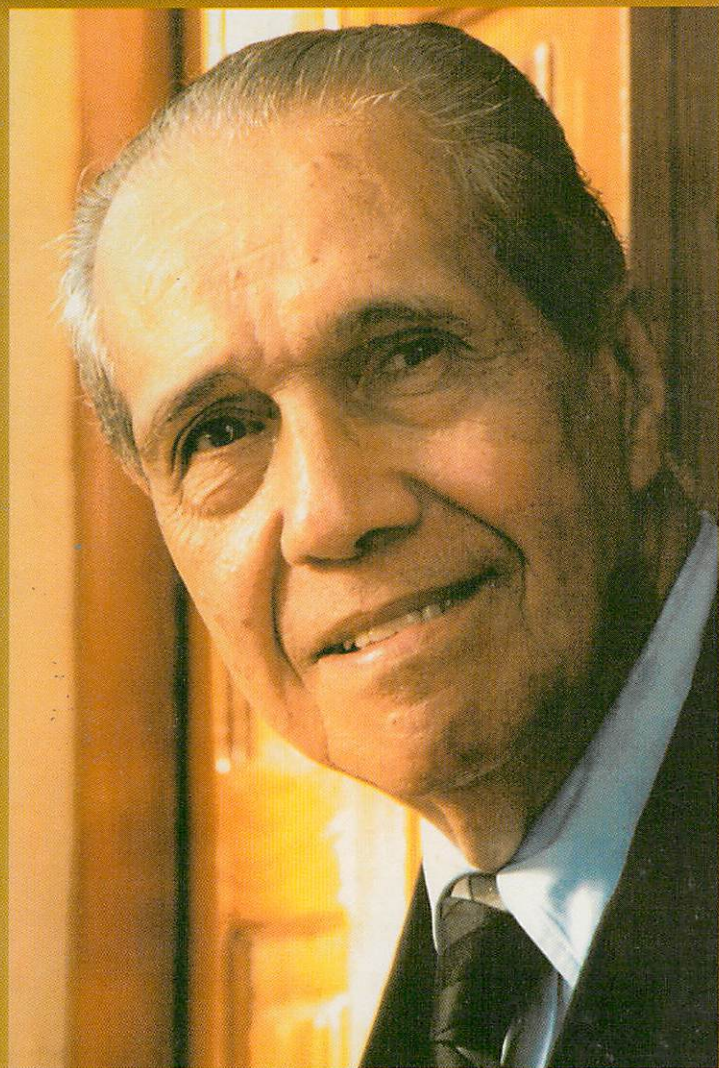
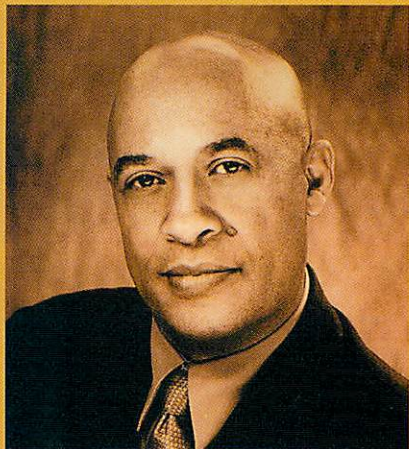


*Vida y Obra de
Don Mariano Lebrón Savinón*



CARLOS T. MARTÍNEZ



CARLOS T. MARTINEZ

San Pedro de Macorís, La Sultana del Este, fue la cuna que abrigó el nacimiento de Carlos T. Martínez, quien vio luz por primera vez el 9 de noviembre del año 1945. Esta ciudad lo ha nombrado hijo meritorio y distinguido. Desde muy joven, se ha caracterizado por su laboriosidad y afán permanente de superación.

Estas cualidades lo han posicionado como uno de los más destacados locutores y comentaristas de temas de actualidad durante muchos años. Su carrera administrativa incluye el desempeño en el área de relaciones públicas en diferentes instituciones estatales. Citamos el Instituto Nacional de Auxilios y Viviendas (SAVICA); la Corporación de Empresas Estatales (CORDE) y el Banco de Reservas de la República Dominicana. En esta última entidad, fue Subgerente en esa área ejecutiva. De igual manera, ha sido Gerente de Relaciones Públicas de la Superintendencia de Seguros, y Director de Medios y Comunicaciones de la Dirección General de Aduanas.

Como cronista de arte, ha realizado una enriquecedora labor de promoción. Ocupó la primera presidencia tras elecciones formales de la Asociación de Cronistas de Arte de la República Dominicana (ACROARTE), tras haber sido vicepresidente de la directiva que gestó el nacimiento de la entidad. Además, dirigió la Seccional de Locutores de la Asociación Nacional de Músicos, Cantantes, Bailarines y Locutores Sindicalizados de la República Dominicana (AMUCABA).

Carlos T. Martínez

VIDA Y OBRA
DE
DON MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN

Carlos T. Martínez

**VIDA Y OBRA DE
DON MARIANO LEBRÓN
SAVIÑÓN**

Santo Domingo, D. N., 2003

Título original:

Vida y obra de don Mariano Lebrón Saviñón

Autor:

Carlos T. Martínez

© **Carlos T. Martínez, 2003**

Diseño portada:

Carlos T. Martínez

Supervisión y Coordinación de la Edición:

Brunilda Santana

Diagramación:

Editora Diálogo

Impresión: Editora Centenario

ISBN: 99934-0350-4

Con la publicación se hace el depósito dispuesto por la Ley.

Derechos de autoría y propiedad intelectual, conforme
las leyes que rigen la materia.

Distribución y Ventas:

***Producciones Catemar C/ Palacios Escolares N° 20-A,
El Millón, Tel.: 537-4145, Santo Domingo, R. D.***

Peluquería Boutique Vane Grey

**Dr. Alberto Defilló 37, esq. Gaspar Polanco,
Bella Vista. Teléfonos: 535-3073 / 532-7560**

Indice

Pórtico	11
Prólogo	15
Una “obligada” reseña	19
Atmósfera histórica en que nace un poeta	29
Émulo de Hipócrates	38
El humanista	41
El académico	46
Fervoroso duartiano	48
Un canto a la vida	53
Poetas a contrapelo de una estética totalitaria	65
El poeta y Dios	73
El prologuista y animador cultural	79
Confesiones de un poeta	83
Una historia contada con entrañable afecto filial	175
Un testimonio con matiz fraternal	199
Otros testimonios cargados de afectividad	215
Cuando asomó la nostalgia al alma del poeta	225
Un día de los padres muy especial	227
Retrato emocional de Mariano Lebrón Saviñón	233
Don Mariano Lebrón Saviñón: El maestro, padre y amigo	237
Tres discursos y tres grandes momentos en la vida de don Mariano Lebrón Saviñón	245

El premio José Vasconcelos, un galardón	
de relieve internacional	247
El premio nacional de literatura	261
Un merecido lauro académico	269
Un homenaje revestido de significaciones muy especiales	281
Discurso del licenciado Tony Rafal, secretario de Cultura	282
Don Mariano Lebrón Saviñón, un hombre de	
antorchas múltiples	286
Palabras del Rector de UNAPEC, Lic. Dennis R. Simó	295
La joven plenitud de don Mariano Lebrón Saviñón	298

Dedicatoria

Al consagrado poeta Serie 23 Víctor Villegas, uno de los más robustos pilares de nuestro Parnaso, vate de cultivado, fecundo y deslumbrante estro, quien durante años ha estado hermanado al personaje cuya vida y obra se recoge en las páginas de este libro, don Mariano Lebrón Saviñón.



La eternidad literaria de Mariano Lebrón Saviñón

Don Mariano Lebrón Saviñón (Santo Domingo, 3 de agosto de 1922), además de oráculo de la literatura dominicana, es un gran humanista en toda la extensión de la palabra. Prosista, poeta, enciclopedista y académico infatigable e incorruptible.

Verdadera enciclopedia bípeda, por la enjundia y el modo entusiasta con que escribe, habla y pergeña la realidad de su tiempo. En este cruce de experiencias y sentimientos, está la misteriosa simbología de la alquimia de su pensamiento. Unas veces, como diestro escultor de la palabra, otras, en la manera de condensar las visiones y complejidades de la vida.

Sus obras parten de un territorio fantástico y de una imagen ideal elaborada para beneficio y provecho del hombre universal. En ellas, deposita sus sapiencias, sus venerables anhelos de perfección apetecible y sus pasiones secretas.

Historia de la cultura dominicana, en cinco tomos, constituye, sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos culturales de mayor resonancia en la literatura dominicana. En ellos, sitúa al lector en la dimensión de saberes continuos y únicos, y él mismo, hace gala de una mentalidad filosófica, humanística y metafísica.

Se trata de obras trazadas desde todos los talantes del alma; desde la contemplación olímpica e impasible del mundo; desde el análisis objetivo y sistemático de lo aprehendido. Capaz de hacernos comprender que todos somos, en una u otra medida, filósofos, poetas, místicos o dramaturgos, porque nos presenta la realidad del mundo como un todo.

Historia de la cultura dominicana bien puede estimarse como la de mayor importancia de las obras suyas, por cuanto contempla, desde la altura de sus años, el panorama completo de su pensamiento. Bellos tomos que ponen de manifiesto esa clave, ese peculiar punto que explica y valora la profundidad conceptual, investigativa y, el humanismo del autor, donde revela que en *Historia de la cultura dominicana*, vivimos, nos movemos y somos.

En otras obras: *Duarte. La Trinitaria*, 1993; *Heroísmo e identidad. Duarte: libertador, romántico y poeta*, 1999, hay una gala peculiar, penetrada de meditaciones y de una imagería que nos enseña a ver a nuestro alrededor fuentes inagotables de instrucción y deleite. ¡Y con qué habilidades y técnicas las hace efectivas y plausibles en la unidad idiomática del mundo hispánico!

Sus obras poéticas *Luces del trópico*; *Sonámbulo sin sueño*; *Cuando el otoño riega las hojas* y *Tiempo en la tierra*, entre otras, son un lujo, una relojería de imágenes impregnadas del romanticismo más puntual y puro. Como hacedor poético, se transforma siempre en ángel divino, ensortijado de magia. Me parece verle escrutar y modelar las metáforas como Rodín al trabajar sus esculturas con una intensidad dramática.

Su impactante creación literaria alcanza el clímax de una pasión desbordante y angelical. Creación ésta donde el aura se convierte en hallazgos y novedades; acusa una realidad virtual, un cosmos en ebullición, como la vendimia de los sueños, porque don Mariano Lebrón Saviñón llena los moldes de sus palabras con aciertos imponderables.

La referencia más importante de sus obras está en el ri-

gor del trazado, en lo que ellas comunican y se reservan para el futuro. Su clave está en su invaluable valor estético y humano, en su condensación mágica y encantadora. Hay poemas suyos que poseen un ritmo musical de ópera clásica. Artista singular, elegante, de una sensibilidad desbordante, evocadora y de insólitas calidades.

Cándido Gerón

A manera de prólogo

Un prócer de la cultura

Desde hace varios años el género biográfico dominicano contemporáneo ha encontrado en el distinguido periodista Carlos T. Martínez a uno de sus más entusiastas cultivadores.

Incansable, laborioso y servicial comunicador, acucioso escudriñador en la trayectoria de connotados personajes pertenecientes a diferentes ámbitos de la sociedad, Carlos T. Martínez ha reunido y publicado diez volúmenes de entrevistas y biografías bajo el título de “Grandes Dominicanos”.

Su vocación por las letras trasciende el género biográfico para incursionar en la narrativa logrando escribir dos novelas para la consideración de lectores y críticos, una de las cuales ha sido publicada con el título “Confesiones de una Ninfómana”, y la otra se encuentra en proceso de elaboración.

En esta ocasión Carlos T. Martínez nos brinda otro nuevo fruto de su intelecto. Se trata de un amplio estudio biográfico sobre un eminente profesional dominicano contemporáneo: el doctor Mariano Lebrón Saviñón.

“Vida y obra de don Mariano Lebrón Saviñón”, que así se intitula el nuevo libro de Martínez, constituye un merecido homenaje a un auténtico erudito y humanista criollo, célebre por su proverbial modestia, su admirable sencillez y su inagotable vocación de maestro, siempre dispuesto a enseñar con el ejemplo de una conducta cívica decorosa, transmitiendo desinteresadamente sus conocimientos para beneficio de las nuevas generaciones.

Dicen que cuando una persona alcanza la categoría de prócer es porque descuella con singular brillo en una o varias disciplinas logrando así un merecido y elevado reconocimiento de la comunidad a la que pertenece. A lo largo del devenir histórico nacional, los dominicanos hemos logrado atesorar una amplia galería de próceres en diversos ámbitos, tales como el militar, el político, el científico, el civismo y la cultura.

Algunos de esos ilustres personajes son los hermanos Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, José Gabriel García, el doctor Américo Lugo, Salomé Ureña, Gastón Fernando Deligne, Pedro y Max Henríquez Ureña, Federico García Godoy, Francisco Moscoso Puello, Juan Bosch, Juan Isidro Jiménez Grullón, entre muchos otros, quienes merced a sus inestimables aportes al nacimiento y posterior evolución del pensamiento dominicano constituyen figuras representativas por excelencia de la cultura dominicana.

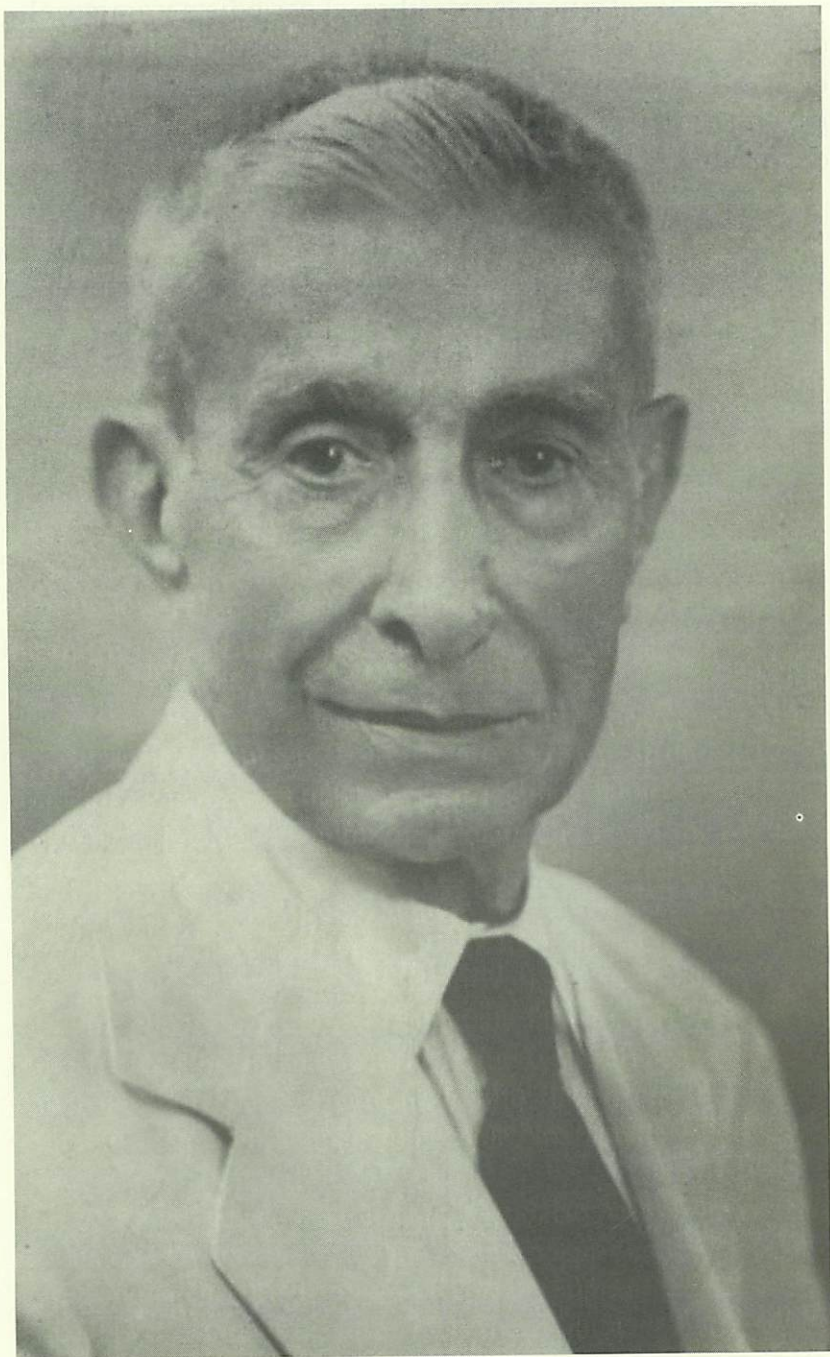
Médico de profesión, catedrático universitario en ciencias y humanidades, escritor de prosa densa de la que emana un sobrio y elegante estilo, poeta de refinado estro y de exquisita sensibilidad estética, profundo conocedor y fervoroso devoto de Juan Pablo Duarte, el fundador de la conciencia nacional, civilista a carta cabal y permanente defensor de los más puros valores patrios, el doctor Mariano Lebrón Saviñón es sin duda un prócer distinguido de la cultura nacional.

Por su inestimable contribución al estudio de la cultura dominicana, y sobre todo por la admiración y aprecio que merecidamente le prodigan intelectuales nacionales y extranjeros, el doctor Mariano Lebrón Saviñón es un astro que fulgura con gran intensidad en el firmamento cultural dominicano y sus destellos habrán de iluminar el sendero que trillarán los futuros escritores, poetas y ensayistas dominicanos. Exhortamos a leer este libro sobre este notable y prestigioso académico dominicano, de forma tal que sea la juventud la que pueda aprovechar favorablemente todo lo positivo y enriquecedor que hay en la admirable y fructífera trayectoria intelectual del doctor Mariano Lebrón Saviñón.

En cuanto al autor de este libro, el periodista y amigo, el deferente Carlos T. Martínez, nuestras congratulaciones por descubrir y difundir vidas verdaderamente paradigmáticas para nuestros jóvenes que en definitiva son la única esperanza del futuro.

Juan Daniel Balcácer

Miembro de Número de la Academia Dominicana de
la Historia



Don José Lebrón Morales, padre del poeta Mariano Lebrón Saviñón.

Una “obligada” reseña

El doctor Mariano Lebrón Saviñón, una de las más elevadas voces del Parnaso nacional, no necesita de presentación alguna, porque el dominicano común, de una manera u otra, tiene algún grado de conocimiento sobre este personaje y su extensa obra como poeta, ensayista, médico, docente, divulgador cultural e intelectual, que asienta su gran sabiduría sobre los sólidos pilares de una vastísima cultura, acopiada con paciencia, pero sin pausa, en la investigación científica y documental sistemática y rigurosa.

Y si nos permitimos hacer este esbozo de su vida y obra, el que apenas puede contener algunas pinceladas, es en beneficio de las generaciones futuras —a las que de modo especial va dirigido este trabajo—, y de quienes, siendo extraños a nuestro medio, quieran adentrarse en el conocimiento de la cultura nacional.

Lebrón Saviñón es el erudito por antonomasia, y aunque vivimos en una época que tiende a desdeñar la erudición y los prodigios mnemónicos, quien le escucha disertar no puede menos que maravillarse del rico acervo de cultura y sabiduría contenido en su mente preclara, tesoro de ciencia, conocimientos y experiencia que ha adquirido mediante la inquebrantable disciplina del estudio y del análisis. Las raíces de su metódica labor de investigación arrancan desde sus años escolares. Esa escuela a la que acudió en su tierna infancia se

fundamentaba en las teorías pedagógicas de Eugenio María de Hostos, las cuales no se distanciaban demasiado del ideal enciclopedista de poner el mayor volumen de conocimientos al alcance de todos, como vía de que todos los que se pusieran en contacto con el saber alcanzaran la más plena libertad. Por el oscurecimiento de nuestras libertades en los primeros dos tercios de la vigésima centuria, el nombre de Hostos no era muy socorrido, pero su filosofía educativa nutrió a generaciones de dominicanos. En los días actuales, todo el que quiere pontificar sobre la enseñanza, invoca el nombre del insigne puertorriqueño panantillanista, pero en lugar de procurar enriquecerlo, hacer más amplio y elevado, el acervo que debe proporcionar la escuela se le empobrece, se le reduce y se logra una nivelación por lo bajo de grandes multitudes que, aun pasando por las aulas escolares, siguen afectadas de rezagos e ignorancias.

Viéndonos en el espejo de don Mariano, podríamos colegir que la vieja escuela hostosiana trataba de enseñar demasiado; pero, si el contraste lo hacemos con el producto que egresa de las aulas hoy día, hemos de llegar a la penosa conclusión de que la escuela actual trata de enseñar muy poco y termina sin dejar el más leve rastro en el cerebro de nuestros estudiantes.

La digresión vale por el hecho de que en hombres como el poeta de *Los Triálogos* y *La Poesía Sorprendida*, es un invaluable capital humano el que tiene en su haber la comunidad dominicana. Si queremos contar con muchos hombres y mujeres que se acerquen a la altura a que ha remontado él, debemos contar con una escuela que incentive la propensión al estudio y a la sabiduría, y contar con hogares en que se cultive la excelencia humana y la constante superación, un ambiente que fortalezca la raigambre moral y afectiva de las nuevas generaciones.

Tras recibirse de bachiller en 1940, egresado de la Escuela Normal Superior de Varones, en la ciudad capital, siguió la carrera de médico en la Universidad de Santo Domingo, donde alcanzó el título de Doctor en Medicina, en 1946. Este

hecho determinó que pusiera un alto momentáneo a sus afa-
nes literarios y se apartó de la directiva de La Poesía Sor-
prendida, entre otras razones por el requisito que había de
cumplir de agotar un año de pasantía en la población en que
determinara la Secretaría de Salud Pública, por lo que se fue
a residir temporalmente en la alejada población fronteriza
de Elías Piña. Luego realizó estudios de postgrado en Pedia-
tría, en la ciudad de Buenos Aires, en el Hospital de Niños y
en el Hospital de Clínicas de la misma ciudad. Realizó tam-
bién numerosos cursillos de Salud Pública, especialmente
en el área de epidemiología.

Contrajo matrimonio con María Teresa Hernández Para-
das, y luego casó en segundas nupcias con Evangelista Jimé-
nez. De la primera familia que formó nacieron: José Oscar
Lebrón Hernández, médico especializado en ultrasonografía,
con aficiones por el cuento y el género narrativo; Mario José
Lebrón Hernández, hombre de teatro y poeta; Teresa Lebrón
Hernández de De los Santos, administradora mercadotécnica.
Con su actual esposa procreó a Guillermo, Wanda Josefina y
Eduardo José Lebrón Jiménez.

Su labor docente

En enero de 1959, es nombrado Ayudante del Decano de
la Facultad de Medicina de la Universidad de Santo Domingo,
hasta 1961, cuando es elegido Vicedecano de dicha Facul-
tad, en la ya Universidad Autónoma de Santo Domingo
(UASD), hasta 1966. En el transcurso de estas funciones le
correspondió ser decano interino de Medicina por largos pe-
ríodos en tres ocasiones. En 1959 fue nombrado Profesor de
Medicina en la misma institución y se le confía la docencia
de Terapéutica, a la que se añade la Patología General, en
1961. También impartió las cátedras de Pediatría y Medicina
Interna, en el mencionado centro de estudios superiores.

En 1966 forma parte de un grupo de profesores que fun-
dan la primera universidad privada del país, la Universidad
Nacional Pedro Henríquez Ureña. El doctor Lebrón Savi-



Doña Cándida Rosa Saviñón, madre del poeta, en sus años de juventud.

ñón fue quien sugirió la idea de que la naciente universidad fuera bautizada con el nombre del gran humanista dominicano, como al efecto se acogió la propuesta. También le correspondió escribir la letra del himno de la UNPHU, la música del cual fue compuesta por el maestro José Dolores Cerrón.

Como catedrático, impartió docencia en la Facultad de Ciencias de la Salud de la primera universidad privada del país, como en la de Educación y Humanidades. En la primera de estas facultades tuvo a su cargo dictar cátedras de Medicina, Puericultura, así como Odontopediatría, en la escuela de Odontología; Historia de Ciencias de la Salud para las escuelas de Medicina, Odontología, Farmacia y Tecnología Médica.

En el área de Humanidades, en varias facultades, fue catedrático de Historia de la Cultura Dominicana, Historia Crítica Dominicana, Literatura, Literatura Española y Ética Profesional.

Labor literaria

Escribió sus primeros versos a los 13 años de edad y sus primeros ensayos a los 14. Apenas tenía 21 años cuando fue cofundador del más vigoroso y fecundo colectivo de poetas del país, que el propio Lebrón Saviñón bautizó con el nombre de La Poesía Sorprendida, grupo en el que se destacaron Franklin Mieses Burgos, Rafael Américo Henríquez, Freddy Gatón Arce, Manuel Valerio, Aída Cartagena Portalatín, Antonio Fernández Spencer, Luis Escoto, Manuel Llanes, Manuel Rueda, Eugenio Fernández Granell, y otros.

Ha escrito más de 700 ensayos de medicina, literatura, filosofía, historia y otros temas de gran variedad. Dirigió el Boletín de la Academia Dominicana de Medicina y la revista *Aula*, de la UNPHU. Asimismo, fue director de la revista de pediatría *Paidos*, en la década del 50.

Instituciones a las que pertenece

El doctor Mariano Lebrón Saviñón ha sido miembro y pertenece aún a diversas entidades, principalmente ligadas a la difusión cultural y científica, entre ellas la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; Profesor fundador; miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua (de la que fue su Presidente por 18 años); miembro de la Sociedad Dominicana de Pediatría; miembro fundador de la Academia Dominicana de Medicina; fundador del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica; fundador y actual vicepresidente del Instituto Duarte; miembro del Instituto de Cultura Domínico-Italiano; socio fundador del Instituto de Cultura Domínico-Mexicano; miembro adjunto de la Real Academia Española, y miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua. También forma parte de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, institución cultural en la que es presidente del Capítulo Dominicano; miembro de la Academia de Cultura Interamericana, de la Academia Dominicana de Medicina y de la Asociación Dominicana de Pediatría, y no agotamos con la lista los honores y distinciones recibidos por este ejemplar e indomable trabajador de la cultura.

Entre las muchas distinciones y reconocimientos que se le han otorgado, destacan el de Profesor Distinguido, que le fuera extendido por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; Huésped Distinguido de la municipalidad de Lima, 1981; Medalla de Plata a Ciudadano Meritorio, 1983; Homenaje de la Academia Dominicana de Medicina, 1982; Premio Joaquín Balaguer de Poesía, 1986; Homenaje a la obra poética de Mariano Lebrón Saviñón, 1986; designación con su nombre de un edificio de cátedras en el campus de la UNPHU, 1988. Por su labor en defensa de la Lengua y los valores hispánicos, recibió el Premio José Vasconcelos 1992, que le fuera conferido por la asamblea del Frente de Afirmación Hispanista de México, el 16 de marzo de 1993. Según manifestara el presidente de la prestigiosa entidad cultural

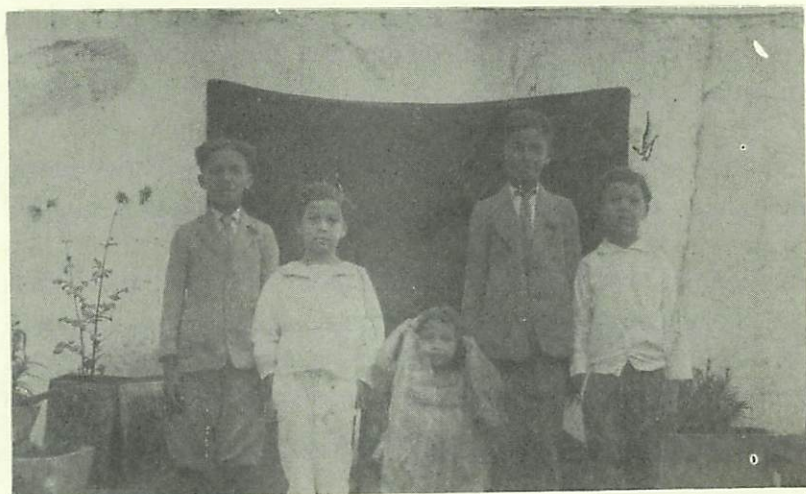
mexicana, don Fredo Arias de la Canal, la propuesta para conceder el galardón a Lebrón Saviñón fue aprobada por unanimidad.

También fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura, otorgado por la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación. Asimismo, la Universidad APEC le investió con el título de Doctor Honoris Causa. Estos tres momentos de su vida son aquilatados por él como los más gratificantes y, en especial, el Premio Nacional de Literatura, según sus propias palabras, es la distinción que en más alta estima tiene, porque viene a ser el reconocimiento de su patria a la labor literaria de toda una vida.

Obras publicadas

El conjunto de publicaciones realizadas por Lebrón Saviñón compendia una diversidad de títulos, aparecidos desde 1943, lo que significa una incansable y tenaz labor de creación que nos ha brindado las mejores primicias de su intelecto. Su primer poemario lo publica conjuntamente con Domingo Moreno Jimenes y Alberto Baeza Flores, bajo el epígrafe de *Triálogos*, neologismo de su propia invención, porque se trata de cantos a tres voces. Fue editado por el colectivo de La Poesía Sorprendida, en 1943, y al año siguiente sale a la luz su primer libro, titulado *Sonámbulo sin sueños*, también publicado por el grupo de La Poesía Sorprendida. En 1945 aparecen en *Cuadernos dominicanos de cultura* las obras teatrales *Mirtha Primavera* y *Cuando el otoño riega las hojas*.

Hacia 1949, en Buenos Aires, Argentina, donde realizaba estudios de especialización en Pediatría luego de egresar de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santo Domingo, editado por Americalee, publica *Luces del trópico*, un compendio de ensayos y conferencias en los que llevó al país austral mayor conocimiento acerca del mundo intelectual dominicano. A su regreso a Santo Domingo, luego de finalizar sus estudios de especialización se dedicó al ejercicio facultativo y a la investigación, resultando de sus inquietudes en



Una estampa familiar de la infancia de don Mariano y sus hermanos. Desde la izquierda, Adolfo, José Ángel, Carlos y Mariano, con apenas 7 años, y su pequeña hermana Rosa.

este ámbito las obras *Nociones de pediatría*, *Memorias de la Academia Dominicana de Medicina*, entidad en cuya fundación colaboró, y el *Herbario dominicano*. En esta línea se inscribe también *Carta de un joven médico a un profano*. También publicó el cuento *Los ancianos*.

En 1981, la Universidad Pedro Henríquez Ureña, centro del que es profesor emérito, edita su obra más copiosa y de mayor sistematicidad en el plano intelectual: los cinco tomos de *Historia de la cultura dominicana*, testimonio de que la paciente y constante labor de investigación sobre las características de la cultura nacional eran parte de una inveterada disciplina. En esta obra compila magistralmente las diversas manifestaciones lingüísticas, folklóricas, artísticas y literarias que dan fisonomía a la dominicana, como comunidad histórica y humana.

En 1982, *Tiempo en la tierra*, donde recoge la mayor parte de su producción poética. Su última colección de poemas, bajo el título de *Vuelta al ayer*, está circulando desde el año 1998. También hemos de agradecer a la fecundidad de su pluma los títulos *Cosmohombre*; *Infinitestética*; *Memorias*, y *El libro de oro*.

Entre los varios ensayos que ha publicado figuran, por espigar algunos epígrafes: *La vida de Juan Pablo Duarte: una tragedia de Esquilo*; *Pedestal para un héroe*; *En la galería de bellas artes*; *Panorama folklórico dominicano*; *Mi homenaje a Divina Gómez*; *Mi homenaje a Heriberto Pieter Benet*; *Discurso de recepción al académico Manuel de Jesús Goico Castro*; *Antología del pensamiento helénico por Luis Brea Franco*; *Sentido de hispanidad*. Su más reciente producción está condensada en un libro publicado bajo los auspicios de la Secretaría de Estado de Cultura, con el título *Santo Domingo en la vida de Martí y otros ensayos*, y antes había dado a la luz su ensayo *Cultura y patología*. Y como muestra de que su genio inquieto no para de laborar, quiero insertar en esta obra dos de las más recientes creaciones que nos ha regalado:

Y ASÍ SOMOS

*Y así somos
como el odio de un sótano sombrío
como la madrugada del hastío
colgada de las bóvedas del Cosmos.
Como el eco ancestral de la caverna
con la pura fiera de la bestia
como la sempiterna
falsa actitud de lóbrega modestia.*

*Somos lobos en soledad desierta
—Homo hominis lupus— en la incierta
lobreguez del abismo más profundo
y tenemos de Dios vida y aliento
de su divinidad el pensamiento
casi dioses y dueños del mundo.*

Poema

*Aquí medito y pienso:
cuando el amor duele, se ama
con la misma ternura que en el huerto
la espina del rosal perfuma y hiere,
como en la sombra
la saeta de luz de una mirada
y como el beso
que le niega a la luz sus llamaradas.
Cuando el amor duele
se ama.*

Atmósfera histórica en que nace un poeta

Es extendida la creencia de que los acontecimientos extraordinarios van precedidos de portentosas señales en los cielos y en la Tierra. El nacimiento de un gran poeta, de seguro está antecedido por asombrosos signos que se estampan sobre la faz del sol, el rojizo telón de los amaneceres y ocasos, lo mismo que en el manto de los piélagos —estremecido en pavorosas convulsiones—, y destacado en extraños caracteres que nos muestran las constelaciones en el oscurecido empíreo.

Dios creó al hombre, dándole inteligencia y palabra, para que atestiguara sobre la obra del Omnipotente y le gloriará, y creó al poeta, proveyéndole de la palabra sonora y bella, para que cantara a las bellezas de lo creado con una entonación que ni siquiera los arcángeles, tronos, serafines o querubines podrían igualar. La belleza es el esplendor de todos los trascendentales reunidos, dijo el filósofo, y sólo el cantor conoce el secreto de la palabra bruñida en oro, que tañe con una melodiosidad, una eufonía, sin parangón posible.

El 3 de agosto de 1922, nació en Santo Domingo Mariano Lebrón Saviñón.

Su eclosión al mundo se produjo en aquellos oscuros días que sólo eran iluminados por las osadas expresiones de un patriotismo que renegaba del yugo que mantenía el dictatorial gobierno impuesto por el ejército de ocupación.

El poeta Fabio Fiallo era para América Latina y el mundo, la encarnación del martirologio, el decoro y la irreducti-

ble dignidad del patriota que arrostra las ergástulas de la prisión antes que ceder un ápice en defensa de su pueblo. En tales horas, la ciudad más antigua del Nuevo Mundo parecía estar adormecida por las circunstancias políticas: el país ocupado por tropas norteamericanas como freno al caudillismo que brotará de nuevo rampante con la desocupación, lo que mantendría al país en continua zozobra. Empero, era falsa la aparente apacibilidad y enervamiento del dominicano ante el invasor.

Precisamente, en los comienzos de esa década de 1920 cobraron forma y consistencia diversos movimientos tendentes a restaurar la República, cuyos fueros habían sido conculcados en 1916, por el caprichoso deseo del presidente Woodrow Wilson por disciplinar “las ingobernables repúblicas bananeras” al sur del Río Grande.

Dicho proceso culminó con la ascensión al poder, el 12 de julio de 1924, del general Horacio Vásquez, luego de dos años del gobierno provisional encabezado por Juan Bautista Vicini.

Esta fue la atmósfera histórica en que se produjo el orto de uno de los astros más refulgentes de nuestro Parnaso, el cual no ha conocido clinamen alguno, pues su fecunda labor literaria y en pro de la difusión cultural, le mantiene en el cenit de nuestro empuje.

Tal como nos ha relatado el propio doctor Lebrón, doña Cándida Saviñón, madre del poeta, en su niñez tuvo oportunidad de conocer algunos personajes de gran relieve en la vida nacional, entre ellos, guerrilleros de dilatada fama en el país: su padrino fue el general Juan María Peguero, lugarteniente de Demetrio Rodríguez, el gentil caudillo ducho en estrategia que solía recitar, en alemán impecable, los versos inmortales de Goethe.

Ella siempre se refería a las moneditas que Desiderio Arias solía regalarle cuando visitaba a su padrino. Su hermana Juana Georgina, que tenía una bien timbrada voz de soprano, quien fue bautizada por Manuel de Jesús Galván, el autor de *Enriquillo*. Un sacerdote le aportó profunda ternura y entrañable cariño a la niña que sería la futura madre de Mariano

José, desde un día en que la vio muy niña todavía, ingenua y humilde; fue el Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, monseñor Adolfo Alejandro Nouel y Bobadilla, quien coadyuvó a modelar su carácter austero y generoso. Parte de ese temperamento lo heredó don Mariano y asimiló desde su apacible niñez el alma romántica de su padre, José Lebrón Morales

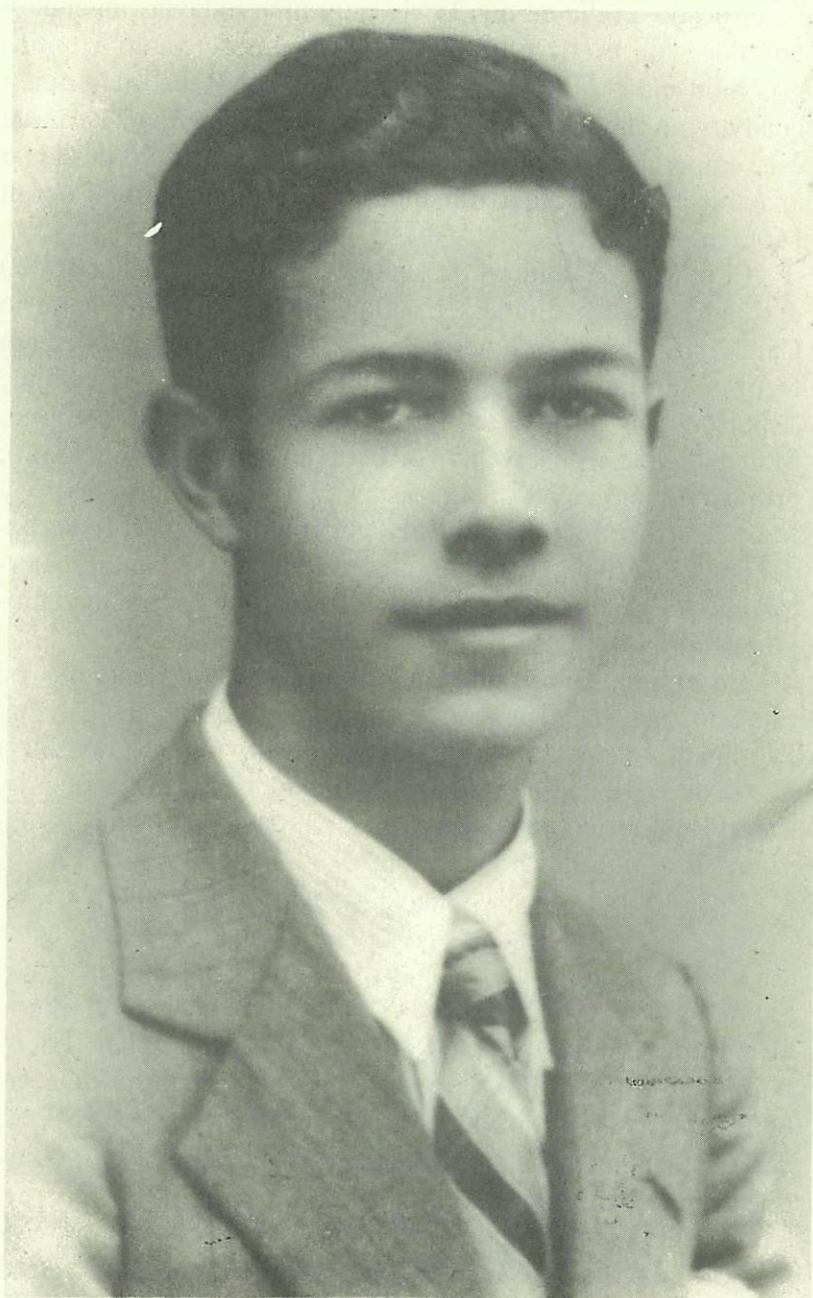
El panorama cultural de la República en la década del 20 del siglo pasado, estaba señalado por lo que Bruno Rosario Candelier llamó la Generación de 1900, donde sobresalen figuras luminosas como Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo, Federico García Godoy, Gastón Deligne, Manuel de Jesús Galván, Enrique Henríquez, Fabio Fiallo, grupos románticos y modernistas, y los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña. Era una generación altanera y verdaderamente egregia en la que fulgura la figura señera del puertorriqueño Eugenio María de Hostos, el educador por antonomasia.

En alguna oportunidad, el propio don Mariano nos ha relatado que en la pequeña y amodorrada ciudad de Santo Domingo —Primada de América— el movimiento teatral, a través de la visita de numerosas compañías de teatro, ópera y zarzuelas que nos visitaban con asiduidad, mantenía un movimiento cultural verdaderamente alentador.

Era el tiempo de la Ciudad Romántica Trovadoresca.

En la casa de la Estrelleta se realizaban frecuentemente veladas de canto. Uno de los tíos maternos, el mayor, Ignacio Saviñón, hoy olvidado, ingresó en las actividades juglarescas al lado de Antonio Mesa, Raudo Saldaña y Scanlan. La infantil voz de Carlos, el hermano menor de don Mariano, era bien timbrada y se le llamaba “el pequeño Carusso”. Rosa del Carmen, la hermana, intentó desarrollar una coloratura que pronto abandonó.

Desde que lo recuerda, don Mariano Lebrón se ha visto siempre con un libro en la mano. Su niñez transcurrió entre libros y en un ambiente familiar que invitaba al estudio, a la reflexión, tanto, que se referían a la residencia de los Lebrón como La Casa del Estudio, la que era punto de cita no sólo de la muchachada coetánea de Mariano y sus hermanos, sino



En la mirada dulce y límpida de un joven de 20 años, comienza a asomar la grandiosidad de un hombre y un humanista abierto a la bondad y al amor.

de los más descollantes intelectuales de la época, entre ellos, Américo Lugo, arquetipo de seriedad, patriotismo y sabiduría; el doctor Federico Henríquez y Carvajal, Juan Bosch, Ramón Marrero Arísty, Pedro René Contín Aybar, Pedro Mir y Carlos Curiel, por sólo mencionar algunos de ellos, todos entrañables amigos del cabeza de familia, don José Lebrón, poeta romántico y depurado sonetista, quien compartía sus aficiones literarias con su condición de industrial del ramo licorero.

Desde muy temprano, en Mariano Lebrón comienza a manifestarse la vocación poética. Cuando apenas había entrado en la pubertad, ya don Mariano había producido composiciones que merecían que el ojo crítico de un Pedro René Contín Aybar reparara en ellas, al punto de incluirlas en la *Antología* que publicó para compendiar lo mejor de la pluma de los poetas dominicanos de fuste.

En las especulaciones de los filósofos griegos, la actividad práctica de los hombres se produce en dos vertientes: *poiesis* o *mimesis*. Es decir, la *praxis* se manifiesta como creación, innovación, o como reiteración de lo ya hecho y conocido. La *poiesis* se corresponde con el esencial sentido que tiene en nuestra lengua la palabra poesía, en cuanto ella no trata de calcar con las palabras la realidad que experimentamos, tal como la razón nos permite objetivarla, sino que añade el elemento de la subjetividad de quien la percibe y da cuenta de ella.

En uno de sus ensayos sobre el modernismo, don Mariano relata la forma en que Paul Verlaine, el “lirófono celeste” según Rubén Darío, describió su poesía cuando en una mesa de la galería del café Mahieu, de París, mientras flotaban los cortinajes batidos por el viento, un amigo le preguntó cómo le llegaba la inspiración:

“¿Veis esa tela que se agita? Para ti es un simple trozo de tela que la tormenta sacude. Para mí es otra cosa. Reconozco en ella la tela de un navío que sacude la tempestad y heme aquí espantado sobre un mar enfurecido. Después mi objetivo da una vuelta. Entonces veo en él una bandera que flota, el clarín da el toque de ataque; me lanzo sobre el enemigo y arrastro un ejército al fuego”.

Y es que la poesía es esa forma personal y única en que el ser, dotado de la debida sensibilidad, es capaz de añadir su subjetividad a la percepción que tiene de lo real. Así como “amarga es la miel a la boca enfebrecida”, la forma en como el poeta recibe los datos que les llegan del mundo interior, lo mismo que sus ideaciones y procesos mentales, no se asemejan a los de cualquier otro mortal. Él añade una impronta muy peculiar a la forma en que da cuenta de la realidad en que vive.

Pero es también la poesía arrebató, flama abrasadora, pasión incontenible, estado del alma que únicamente el poeta sabe transmitir, comunicar por medio de las palabras.

¿Y qué clase de poeta es Mariano Lebrón Saviñón? Como él mismo se describe, era y sigue siendo un poeta romántico. El ser aedo y estar apegado al romanticismo le venía de su padre, pero la vena lírica también la heredaba de los Saviñón. Recuerda que una pariente cercana de su madre, la poetisa Altagracia Saviñón, ha de ser considerada una de las grandes glorias de las letras hispánicas. Es decir, el ser poeta y ser romántico la recogió por partida doble.

Rosario Candelier opina que la creación de Lebrón tiene un talante neorromántico, simbolista y surrealista, rasgo este último negado reiteradamente por él, al tiempo de aclarar que el único de La Poesía Sorprendida con expresiones nítidamente surrealistas lo fue el periodista, escritor y poeta Freddy Gatón Arce. Por su parte, Manuel Rueda señala que don Mariano aportó el tono neoclásico al colectivo de poetas nacido en 1943, pero el egregio literato ganador del Premio José de Vasconcelos es reiterativo y categórico en el juicio de que es esencialmente romántico.

El romanticismo, como se sabe, ha sido uno de los movimientos culturales de mayor impacto en el plano estético, pues no sólo se manifestó en el mundo de las letras, sino en todos los órdenes de la expresión artística.

Resume un conjunto de movimientos intelectuales que desde finales del siglo XVIII hicieron prevalecer los principios de libertad y subjetividad contra las reglas clásicas y el racionalismo filosófico.



En uno de sus lugares preferidos, don Mariano de parte con su esposa, doña Eva, y su hermana, Rosa Lebrón.

Tenido como reacción frente al clasicismo, el romanticismo es una ruptura de los rígidos moldes que se prescribían como cánones inviolables de la creación artística. Si se le toma como una reacción frente al racionalismo, el romanticismo enaltece todo lo relativo al sentimiento y al espíritu, aspectos que no resultan discernibles desde una óptica estrictamente racional.

Fue, originalmente, un movimiento cultural europeo que se manifestó en las artes y en las letras desde finales de la centuria de 1700, en Inglaterra, Alemania y, posteriormente, en Italia, Francia y España. El romanticismo fue la expresión característica de los tormentosos tiempos que comenzaba a vivir Europa y el impacto que comenzaba a tener la Revolución Francesa en el viejo continente, época en que se postuló la libre expresión de la sensibilidad propia y se afirmó el conjunto de los derechos individuales. La romántica, es la generación de las ilusiones perdidas, la secuela de desencantos y concede gran importancia a la expresión estética, especialmente al lirismo y al drama.

Dicho sea de paso, además de sus inquietudes poéticas, expresadas con depurado estilo, desde muy joven don Mariano se sintió inclinado hacia las cuestiones dramáticas y, según nos relató su hermana Rosa, en los años de su adolescencia escribió guiones de radionovelas de corte policíaco, las cuales fueron difundidas por una estación de radio que transmitía desde la ciudad capital. El éxito de audiencia fue tal que los radioescuchas pedían su repetición. Pero ya de manera sistemática, sus dos principales producciones dramáticas son *Mirtha primavera* y *Cuando el otoño riega las hojas*, publicadas en 1945.

Con ocasión de serle entregado el Premio Nacional de Literatura, el escritor y crítico Bruno Rosario Candelier pronunció un discurso, para resaltar la labor literaria y humanística de don Mariano, y sus expresiones fueron tan acertadas y justas que no resistió la tentación de reproducir fragmentos de esta pieza oratoria, cuanto más porque después de lo dicho por el orador, resulta pálida cualquier expresión que

se pudiera dedicar a quien en la actualidad es la voz más alta del Parnaso dominicano:

“Mariano Lebrón Saviñón ha puesto sus talentos al servicio de la creación literaria, al saber que enriquece el espíritu y la sensibilidad, a la valoración del producto de la intuición y el intelecto. Hombre apasionado y justo, desinteresado y cordial, halla en el humanismo la fuente nutricia de sus ideales y en la formación de la juventud la razón de ser de una vocación que se anida en las almas generosas y altruistas, como la suya.

“El escritor... pertenece a la legión de agraciados con el temple moral, intelectual y cultural que han dedicado sus vidas a servir con amor, a compartir con honestidad, a vivir con un acendrado sentido del honor y el decoro a través del cultivo de las letras como pasión vital.

“Con verbo encendido, rigor documental y elegancia en la elocución, este egregio varón de las letras nacionales ha sabido engarzar el más hermoso saber al ideal edificante y didáctico en favor de las nuevas vocaciones literarias, potenciando el talento creador, sabiendo, con Horacio, que las almas no son vasos que se han de llenar, sino antorchas que se han de encender.

“Lebrón Saviñón sintió que su misión en la vida es ser instrumento de un ideal. Ideal que en él estuvo pautado por la impronta humanista que permea toda su obra con el aliento vigorizante de lo clásico como criterio rector y el acento renovador de la modernidad como criterio orientador.

“Cuando Mariano Lebrón Saviñón se incorpora al grupo de La Poesía Sorprendida, inicia una jornada literaria que se corresponde con su verdadera vocación. La tendencia poética capitaneada por Franklin Mieses Burgos, la más fecunda y vigorosa de las promociones poéticas dominicanas, encontró en Mariano una sensibilidad porosa a la línea esencial de su ideario estético, la de forjar una “Poesía con el hombre universal”, canalizando en forma artística la preocupación entrañable del hombre y su destino. Prevalido del rico filón del mundo clásico, especialmente la copiosa veta del Siglo de Oro de las letras hispánicas, aunó a su apelación románti-

ca las gemas simbolistas, creacionistas y surrealistas de su prestante grupo, enriqueciendo el acervo lírico de nuestra poesía con su visión tierna, amorosa y cordial.

“Paradigma de generosidad y altruismo desde el ámbito del Humanismo que profesa, Mariano Lebrón Saviñón es el escritor dominicano que formaliza con mayor cordura en su verbo apasionado el zumo castizo de nuestra lengua desde su acendrado fervor hispánico. Las esencias de nuestra raíz ibérica brotan en los versos de Mariano con el primor y la frescura de una creación que ha escanciado la huella prístina de lo que Unamuno llamaba “la sangre del espíritu” canalizada a través de la lírica de Fray Luis de León, Francisco de Quevedo, San Juan de la Cruz, Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado, Federico García Lorca y Pedro Salinas, y ha sabido engarzar el genio de nuestra lengua a las raíces telúricas y afectivas de nuestro pueblo, con tal virtud que nuestro galardonado poeta es el creador dominicano que mejor ha aclimatado a nuestra idiosincrasia, los benéficos influjos de la literatura española, sin opacar nuestra forma peculiar de asomir el mundo con nuestro propio acento.”

Émulo de Hipócrates

Mariano Lebrón Saviñón no solamente sentía en su espíritu la flama de la poesía, sino también una enorme curiosidad científica, y según refiere, desde muy joven comenzó a forjarse un respetable acervo en ciencias de la naturaleza. Esa era otra vocación que apelaba la atención y su brillante inteligencia.

Cuando le correspondió elegir el bachillerato que habría de cursar, optó por inscribirse en el Cuarto de Ciencias Físicas y Naturales, lo cual era preámbulo del tipo de carrera universitaria que escogería. Por demás, su hermano mayor había iniciado estudios universitarios en la Facultad de Medicina de la Universidad de Santo Domingo, abandonando las aulas cuando ya estaba próximo a graduarse. A ello se unía el hecho de que doña Cándida siempre hizo saber su deseo de que un hijo de ella fuera médico.

Aunque la madre le hacía bromas, diciéndole que se había inclinado a estudiar Medicina para complacerla a ella, don Mariano asegura que su decisión fue por voluntad propia, siguiendo una vocación firme nacida en él.

Cinco años más tarde fue destinado a prestar servicios en el hospital público de Elías Piña, para cumplir con la pasantía que se requería a los egresados de la Escuela de Medicina para graduarse y recibir el exequátur de ley.

En la remota población sureña desarrolló sus destrezas quirúrgicas, bajo las orientaciones del doctor Luis Fernández Martínez. En la referida localidad dio forma a la única novela que ha escrito, titulada *El último remolino*, la cual permanece inédita.

Tras recibir el título universitario se trasladó a Buenos Aires, Argentina, donde realizó una especialidad en Pediatría. Con anterioridad había laborado como practicante en el Hospital de Niños "Ramfis", experiencia que, al parecer, determinó la rama de la Medicina en que se interesaría.

Completados los cursos de especialización que realizó en la capital de Argentina, regresó al país y sintió que la mejor forma de difundir sus conocimientos era recurriendo a los medios de comunicación escrita, para llegar a las madres dominicanas con sus orientaciones sobre cuidados a los niños. De esta serie de publicaciones resultó el libro *Cartas de un joven médico a un profano*, aunque en realidad tales orientaciones pediátricas iban dirigidas, no a un profano, sino a madres que desconocían las complejidades y requisitos de la atención pediátrica, especialmente a las madres que llevaban sus pequeños pacientes a la consulta en el hospital de niños. También le tocó dirigir en la década de los 50 la revista *Paidos*, de la Sociedad Dominicana de Pediatría, y publicó el *Herbario dominicano*, fruto de años de investigación en lo que se refiere a las aplicaciones terapéuticas de plantas de la flora nacional.

Tiempo después fue designado en la Universidad de Santo Domingo asistente del decano de Medicina. En un principio se resistió al nombramiento e hizo diligencias para que fuera revocado, pero le hicieron ver que lo más aconsejable

era aceptar la designación, porque lo contrario se vería como un desaire a Trujillo, con todas las gravosas consecuencias que eso podía arrastrar. Para vencer sus reparos le ofrecieron asignarle alguna cátedra en la universidad del Estado, hecho que de inmediato puso a flor de piel una tercera vocación de don Mariano: la de docente. En la Universidad de Santo Domingo, donde llegó a ocupar el vicedecanato de Medicina, e interinamente el decanato de esa Facultad, y luego en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, fue maestro de varias generaciones de pediatras dominicanos, labor en mérito a la cual la Asociación Médica Dominicana (AMD) inscribió su nombre en el mármol en que están grabados los nombres de los grandes Maestros de la Medicina Dominicana.

Como pediatra tuvo una prolongada práctica, y su saber y su pericia clínica eran tan reconocidos que muchos facultativos de la misma especialidad le referían casos de cierto nivel de complicación, donde su ciencia y experiencia no eran tan efectivas como las del doctor Lebrón. En cierta ocasión en que le entrevistamos, no sin cierto sonrojo, nos dijo que una de sus mayores gratificaciones la recibía cuando uno de esos médicos que formó, algunos de ellos, hoy prominentes figuras de nuestra medicina, le llama maestro.

En el ejercicio profesional llegó a reunir una clientela numerosa, pero al final se vio compelido a abandonar su consulta privada, pues prácticamente no cobraba por la atención a sus pacientes y, en reiterados casos, su altruismo le llevaba a regalar los medicamentos a muchos de los que atendía gratuitamente.

Por décadas sirvió en el sistema nacional de Salud Pública, especialmente en el departamento de Epidemiología. Por el hecho de ser un escritor avezado, además de sus deberes institucionales, a menudo era utilizado como redactor de los discursos que habría de pronunciar en diferentes actos el titular de turno de la Cartera. Nunca percibió retribución alguna, ni aprovechó esta cercanía con los secretarios de Estado que se sucedieron durante sus años de servicio, para escalar en la estructura burocrática. Ni siquiera osó acercarse a

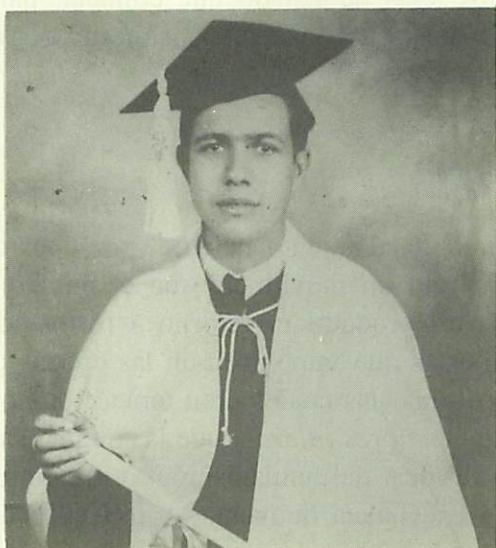
alguno de los jefes de Estado que conocía, para solicitarle una posición más en consonancia con su preparación y su prestancia.

El humanista

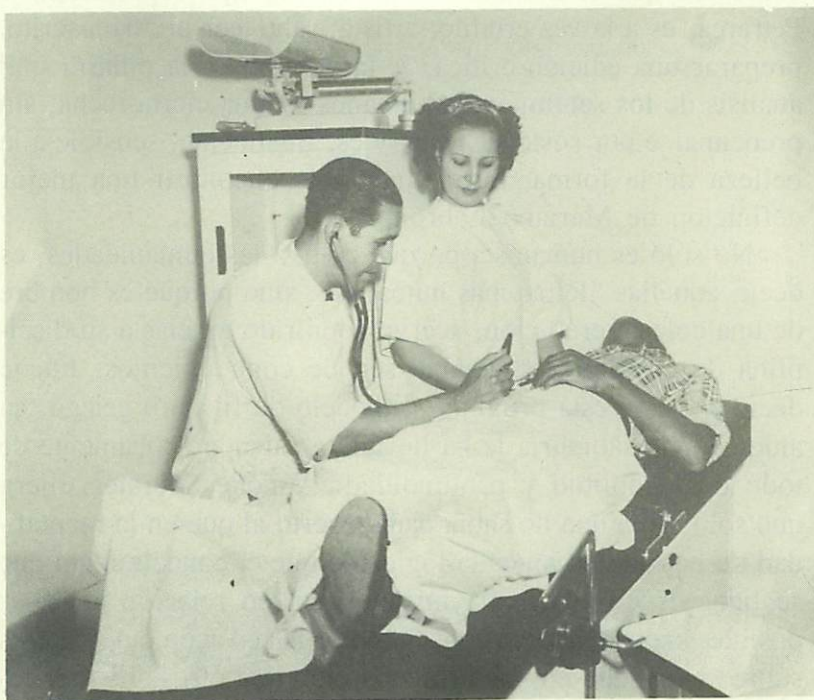
Durante el Renacimiento italiano, por oposición al escolasticismo, surgió un movimiento en el mundo de espíritus cultivados, para producir el retorno a formas de expresión literaria como las que imperaron en las épocas de esplendor de Grecia y Roma, las cuales eran tenidas como “letras más humanas” (*humaniores litterae*) que las que había impuesto la escolástica. El ideal del humanismo, en el hombre que había alcanzado la excelencia humana, era el que cultivaba tales letras.

En su *Historia de la literatura francesa*, Charles des Grange considera que el humanista, del que es tipo representativo Petrarca, es a la vez erudito, artista; sabe leer un manuscrito, preparar una edición crítica. A la vez, busca la pintura y el análisis de los sentimientos humanos en una cierta fecha, sin preocuparse por sostener tesis, y es, finalmente, sensible a la belleza de la forma. Sería imposible encontrar una mejor definición de Mariano Lebrón.

No sólo es humanista porque cultiva las humanidades, es decir, aquellas “letras más humanas”, sino porque es hombre de una colosal erudición, acervo adquirido gracias a su disciplina de estudio e insaciable sed de conocimientos. Puede decirse que él está próximo al modelo de filósofo griego: su amor por la sabiduría le ha llevado a saber prácticamente de todo con amplitud y profundidad. Aunque Sócrates dijera que sólo sabía que no sabía nada, aserto al que en la mentalidad de hoy le buscamos la lógica de que el conocimiento que se tiene es una partícula infinitesimal en relación al saber posible, lo cierto es que unos hombres hacen acopio de saberes sobre la realidad en mayor proporción que otros. El filósofo debía conocer de política, zoología, astronomía, arquitectura, escultura, matemática, cosmología, teología, psicología, y



El 28 de octubre del año 1946, recibe su título de doctor en Medicina.



A sus 30 años de edad, en plena práctica de la Medicina, en el hospital de niños que hoy lleva el nombre de Robert Reid Cabral.

hasta de los primeros principios en función de los cuales se explican todas las cosas. Es difícil encontrar un tema en el que don Mariano no pueda mostrar conocimientos por sobre el promedio, y en la mayoría de los casos excepcionales.

Gorgias el sofista le aseguraba a Sócrates que con el adecuado manejo de la retórica se era capaz de hablar brillantemente de cualquier tema, llegando a asegurar, al ser zaherido por el interrogatorio de su interlocutor, que podía discurrir de medicina con mayor soltura y propiedad que un médico, gracias a la retórica. Estaría por verse si, enfermos, nos ponemos en manos de un retórico o de un médico. En el caso de don Mariano, su elocuencia no está rellena de retórica y artificios del lenguaje, sino de una gran sabiduría y una extraordinaria capacidad de comprensión. En él, ciencia y elocuencia van de la mano. Lejos de ser pedante o petulante, es de una humildad proverbial, y en lugar de convencer apabullando con argumentos efectistas, trata siempre de persuadir con su voz suave, sabia y con la generosidad de espíritu de quien está presto a brindar el mejor de los consejos, cuando alguien lo requiere.

Pero él no es humanista únicamente por esa etimología original del término, sino que en el más estricto sentido filosófico, también lo es. El humanismo asigna al ente humano el valor supremo, y aunque él se define “eclectico” en materia de filosofía, el humanismo que profesa se encuadra más dentro del humanismo de Maritain o Martin Bubber, que en el de un Sartre o un Ernest Nagel.

El filósofo católico francés Maritain decía que el humanismo “tiende en esencia a hacer al hombre más verdaderamente humano; exige a la vez que el hombre desarrolle las virtualidades en él contenidas, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje para hacer de las fuerzas del mundo físico instrumentos de libertad”. Por consiguiente, este humanismo, que es inseparable de las nociones de civilización y cultura, propone una moralidad que consiste en desarrollar, en sí y en los demás, lo que hay de específicamente humano, y en hacer lo posible por proporcionar a todos condiciones de vida eminentemente humanas, pues la excelen-

cia a alcanzar por el hombre demanda que se le provea de las condiciones que propicien esta plenitud del ser.

Por la identidad que guarda con un humanismo de este género, don Mariano afirma que su empeño ha sido realizar una obra aceptable, la cual ha edificado en el transcurso de una existencia cuyo mayor tramo ha discurrido en el siglo XX, con su atmósfera de “pesado materialismo y del tecnicismo profundo que deshumanizan al científico y de las contingencias que arropan la humanidad”, sintiéndose ser parte del “desfile de poetas, escritores y científicos que siguen propugnando la dignidad humana”.

Al ponderar la significación del humanismo, quien conoce a don Mariano, de pronto recibe la impresión de que cuando se hacen definiciones de esta connotación, se las ha concebido para aplicárselas a nuestro insigne poeta, porque cada segundo de su vida ha estado colmado del esfuerzo por alcanzar la excelencia, la plenitud personal que el humanismo reclama alcance cada quien en la búsqueda de su realización personal, lo mismo que ofreciendo a los demás la generosa solidaridad para que también recorran ese itinerario de perfectibilidad en el que él ha avanzado tanto.

También desde la óptica filosófica, podemos advertir el talante nítidamente humanista de Mariano Lebrón Saviñón.

Jean Paul Sartre opinaba que “el hombre no está encerrado en sí mismo, sino presente siempre en un universo humano, y a esto llamamos humanismo existencialista. Humanismo, porque recordamos al hombre que no hay más legislador que él mismo, porque mostramos que no es volviendo sobre sí, sino buscando siempre fuera de sí un fin, que es tal liberación, tal realización determinada, como el hombre se realizará precisamente como humano”, lo cual equivale a decir, por una parte, que el fin del hombre no puede ser encontrado reconcentrándose en sí como individuo, y que esa liberación a la que debe tender la encontrará fuera de sí, pero que esta noción de exterioridad excluye toda posible realidad suprahumana, ya que está subsumido en un universo exclusivamente humano.

Pero, como decía Aristóteles, proponer solamente lo humano al hombre, es empujarlo a su perdición. Si el rasero con el que se ha de medir al ente humano para establecer cuál es la cota de excelencia que debe alcanzar, las miras nunca serán lo suficientemente altas. En la civilización nuestra hay dos arquetipos mayores, que son el santo y el héroe, pero en ambos el *leit motiv* de su sacrificio, de su esfuerzo extraordinario, está dado en razón de una realidad suprahumana que está fuera y por encima de todos los mortales.

En la poesía de Mariano Lebrón, citemos como muestra *Desolado vivir*. El hombre no es el único legislador de sí, tal cual se le define en la concepción sartriana, sino que hay una realidad suprema que en el orden moral es la autoridad inapeable, y en lo teleológico, el fin último trascendente de todo ser humano, sin cuya presencia el hombre está condenado a morar en el amargor de la desolación.

En una de las estrofas de este canto se lee: *¡Solo, oh, sí!, Dios mío, estaba solo, / nunca más solo sin candil de llamas/ ni siquiera el hostel de mis canciones. / ¡Qué triste es mi orfandad! ¡Cuánta amargura! ¡Solo en mi amor y en mis angustias. / ¡Oh, Dios, cuán solo estaba en mi pasión llorosa! ¡Cuán solo sin tu amor!*

Más adelante, en tono dolido, expresa: *Ya no levantan pan de ángeles suaves la luz/ que una vez dio su vida para salvar la mía. / Levantan turbideces imposibles/en el ámbito oscuro donde el órgano ronca sus flautas desvalidas. / ¡Cómo matan, Señor, mi pávida esperanza/ ¡Cómo asesinan, Dios, la fe que me sembraste/ ¡Cómo rompen mi alma, que me dijiste eterna/como un ánfora frágil sobre el suelo de piedra! / Sangra el alma una rosa de pétalos dispersos/ y un perfume que yerra es el recuerdo/de una aurora de oro, de una sangre regada/ de una estrella partida que rasga en dos el cielo.*

Como colofón termina diciendo: *Y al final, / vencido y solo el hombre vencedor. / ¡Desolado vivir!*

Don Mariano es humanista y humanitario, ama a todo ser y toda cosa con una especie de ternura infantil, sobre todo a las personas y al pueblo.

El académico

Haciendo justicia a la labor de nuestro egregio bardo, Bruno Rosario Candelier resalta que en 1970 fue incorporado el nombre del doctor Lebrón Saviñón al número de los miembros titulares de la Academia Dominicana de la Lengua, “a la que ha servido como secretario y presidente en una participación solidaria y enriquecedora en sus reuniones ordinarias, en los congresos internacionales o en las delegaciones que ha ostentado la representación académica de la República Dominicana.”

También es miembro adjunto de la Real Academia Española y de la Academia Hondureña.

Como cada quien impone un sello personal a la forma en que ejecuta su papel social o funciones en una institución dada, bajo el liderazgo de don Mariano la Academia Dominicana de la Lengua viene realizando un trabajo sin grandes altisonancias, callado, pero constante, que no se divulga mucho en los medios de comunicación, puesto que el propósito es realizar un esfuerzo de común acuerdo con las demás academias, para asegurar la depuración permanente del idioma, y mantener su vitalidad, aceptando las palabras que reúnan las condiciones para recibir carta de naturalización en la lengua que nos es común.

Paralelamente hay un trabajo intelectual sostenido que permite, entre otras cosas, la publicación de un boletín que recoge ensayos de los académicos, en su mayoría ensayos y resúmenes de estudios lexicológicos.

Entiende don Mariano que: “Esencialmente, esa debe ser la misión de las academias donde quiera que existen: la preservación, conservación del idioma y mantenerlo en su esplendor, para cooperar al mantenimiento de la unidad lingüística de una comunidad de más de trescientos millones de personas que hablamos el español”.

El lema de la Real Academia reza: “limpia, fija y da esplendor a la lengua”. Ese es el credo al que se ajusta el que-

hacer de don Mariano al frente de nuestra Academia, pues obedece al postulado de que “la lengua es la patria, porque eso es lo que nos identifica.”

El espíritu desprendido del poeta es tal que en la sede donde funciona la Academia Dominicana, en la calle Las Mercedes de la ciudad capital, en la biblioteca que adorna sus vetustos salones, hay una gran cantidad de libros donados por él, de su biblioteca particular, que ahora está en los anaqueles en los que se conserva el tesoro bibliográfico a disposición de nuestros académicos, los cuales se reúnen cada vez que la Real Academia Española efectúa consultas filológicas a las academias correspondientes de todo el mundo.

Por esa razón, don Mariano viaja a menudo a Madrid, a llevar la contribución criolla a la lengua de Cervantes.

Hecho en que recalca el egregio literato, es que “el idioma que llega al continente americano, al iniciarse la empresa conquistadora del Nuevo Mundo, salió de aquí con sus modismos incluidos. Reparemos en que las primeras palabras que se incorporaron al español fueron taínas, como ‘cacique’, ya que Nebrija, en su compilación gramatical, recogió la palabra ‘bohío’, expresión aborigen para designar la choza en que habitaban los indígenas de esta isla”.

En una entrevista que me concediera, recordó que “en una época decía Pedro Henríquez Ureña que donde se habla mejor español en América es en el Caribe, incluyéndonos a nosotros”, acotando que, por cierto, Henríquez Ureña y Dámaso Alonso le iniciaron en el Polifemo y la Galatea, abundando en su belleza oculta. También nos aclaró que Dámaso Alonso fue uno de los poetas de la Generación del 27 y presidente de la Real Academia Española desde 1968, hasta su muerte en 1990, y nos refirió una anécdota a cuento de la petición que hizo Lebrón de introducir el verbo caribeño “asuntar”. “¡Cómo! ¿Que allí utilizan asuntar? Esa palabra se la oía yo a mi bisabuela”, fue la reacción del presidente de la Real Academia.

Con frecuencia me ha manifestado que es “un autodidacta cuyo mayor mérito es el amor que pongo por usar bien el

español. No siempre salgo bien de mi empeño, pero siempre hay tiempo para corregirse”

Siempre ha visto su misión dentro de la Academia cumplir con el papel de guardianes de la integridad y pureza del idioma, pero advierte la existencia de un talón de Aquiles para el español en el mundo, y en la República Dominicana en particular, un problema que considera de carácter universal, cual es la tendencia a que el lenguaje se vea estragado por la invasión de giros y voces propios de lenguas foráneas, sobre todo. Las más agresivas son las que tienen mayores recursos de penetración: cinematografía, medios electrónicos, literatura y dominio casi total de la tecnología que se usa en el planeta.

Sin embargo, recuerda que en determinados períodos históricos, el español ha penetrado como ningún otro idioma en otras lenguas, especialmente durante los siglos en que España fue el más grande imperio sobre la faz de la Tierra. “Por ejemplo con palabras tan criollas como ‘cacique’, que se escriben incluso igual en inglés”, y que en la época de Shakespeare, una gran invasión de palabras españolas, que se registran en su obra. “Madariaga tiene unas cuantas centenas de palabras españolas en el idioma inglés. Hubo una gran influencia a través de la literatura del Siglo de Oro, que tanto imitaron en otros lugares: en Francia, por ejemplo Víctor Hugo tuvo hondas influencias españolas, al punto de que sus últimas palabras antes de morir fueron en español, cuando expresó ante la inminencia de la muerte: ‘Bienvenida sea’ ”.

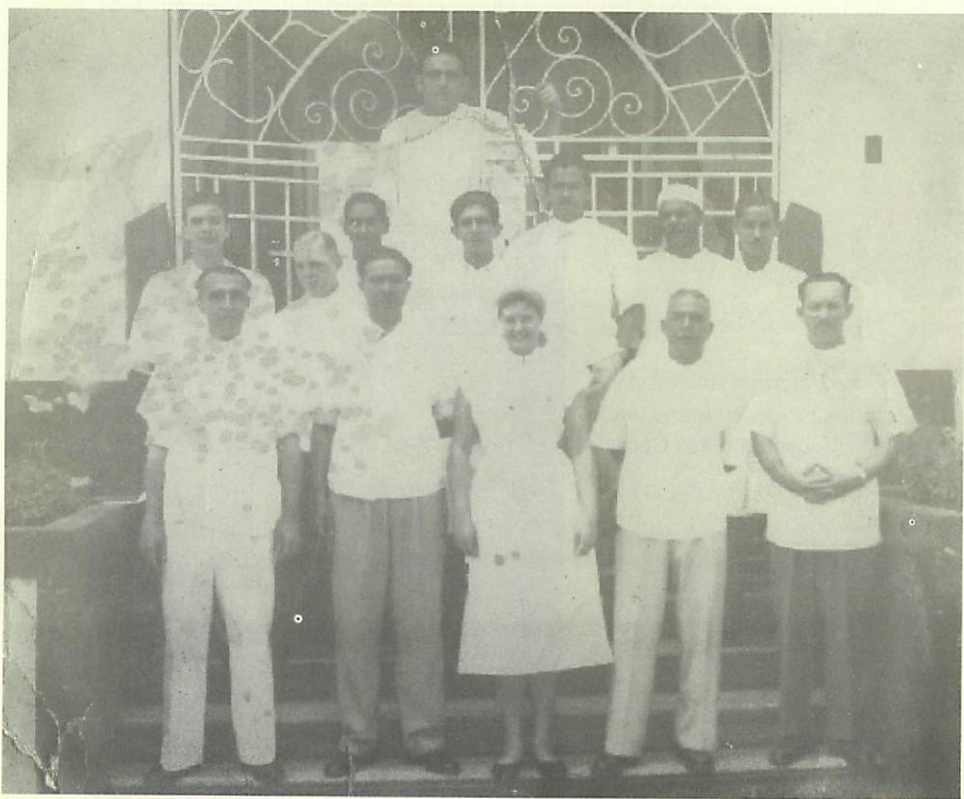
Fervoroso duartiano

Una de las facetas de mayor prominencia e impresionantes de Mariano Lebrón Saviñón es su devoción duartiana, porque ésta se ha traducido en una labor ingente para enaltecer la figura y obra del más noble de los patricios hispano-americanos.

Además de ser uno de los fundadores del Instituto Duartiano, del cual es vicepresidente, su producción bibliográfica



Mariano Lebrón Saviñón a principios de la década de los 60.



Con un grupo de médicos en el hospital de niños.



En una de sus visitas al Uruguay, con su madre, doña Cándida Rosa Saviñón, sus hermanos, Carlos y Rosa, y el entonces embajador del Uruguay, J. M. Sanz Lajara, autor de la novela *Caonex*

En Palermo, Buenos Aires,
junto a su inseparable madre
y sus hermanos Carlos y
Rosa.



relativa a Juan Pablo Duarte incluye más de 70 ensayos en los que valora la personalidad y legado histórico del más grande exponente de la pléyade de prohombres que dieron cuna a la independencia nacional dominicana.

La Trinitaria; Juan Pablo Duarte: escritos; Heroísmo e identidad. Duarte: libertador, romántico y poeta, y Juan Pablo Duarte, son algunos de los epígrafes de las obras que dedica a rescatar el pensamiento duartiano y a dar la debida prez a ese monumento de pundonor, abnegación, desprendimiento y patriotismo que fue nuestro Padre de la Patria.

Y no podía ser para menos. Además de lo admirable que resulta la vida del padre de la Independencia, el sugestivo título que describe a Juan Pablo Duarte como libertador, romántico y poeta, señala los principales puntos de afinidad entre uno y otro.

El romanticismo era en el siglo XIX, sin dudas, la expresión del espíritu revolucionario de la época y, tanto Duarte, como sus seguidores estuvieron improntados por este movimiento, como lo señala en uno de sus libros Emilio Rodríguez Demorizi, quien asegura que “la actividad de los trinitarios que culminó con la creación de la República, fue una auténtica actividad romántica”. Los ideales de las grandes epopeyas se abrevan en el venero del romanticismo, no en la fría lógica del racionalismo. De igual opinión es don Mariano, quien sostiene que: “La Independencia de la República Dominicana es la obra de un romántico, porque eso, y no otra cosa, fue el padre de la Patria: Juan Pablo Duarte.”

Hacer frente a una ocupación militar y demográfica que ya se adentraba en su tercer decenio, tratando para ello de motivar a la rebelión a una población inerme, fue obra de titanes que sólo podía llevarse a cabo si el que intentaba la gesta sentía su ser y dignidad ardiendo permanentemente, cual el zarzal en el monte Sinaí.

Esa flama la prestaba la influencia romántica que recibió Duarte durante su permanencia en Europa, continente que era convulsionado por una conflagración que incineraba los cimientos del viejo régimen aristocrático y transmutaba el orden social en una nueva configuración social que tenía por valores esenciales la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El romanticismo, si se asume de manera extrema, puede suscitar una actitud patética, una predisposición al sufrimiento, al martirologio y hasta la aniquilación, como la ola de suicidios provocada por la sugestiva novela *Werther*, del genio alemán Johann Wolfgang von Goethe. Pero cuando es la hoguera que insufla una causa noble henchida de altos y nobles ideales, se constituye en el acicate, en la dinamo que compele a la lucha denodada para alcanzar los elevados propósitos que se han fijado. El héroe, lo mismo que el santo, son caracteres cuyo nutriente espiritual no se hila con los aspectos estrictamente racionales del pensamiento, sino con esa volición de trascendencia que nos urge a la culminación de las grandes empresas.

“Duarte volcó su romanticismo en su obra, en su vida, en sus sueños, en su actitud, en su generosidad, en el carácter secreto de la Trinitaria, en el juramento trinitario, firmado con sangre de sus venas, en el mensaje de patria dictado en el teatro a través de dramas románticos de Martínez de la Rosa, Alfieri y Ochoa”, nos recuerda, al analizar la deslumbrante personalidad del apóstol de la Independencia nacional.

La admiración —y más que admiración—, la devoción, del celebrado poeta por el autor de nuestra nacionalidad no nace únicamente de la identificación con su romanticismo, sino que en el patricio ve al pensador profundo, filósofo, arquitecto de una nación cuyos cimientos se anclan en su ideario de redención política, social e histórica. Duarte, además de los estudios que realizara en Europa, recibió conocimientos y sabias orientaciones de Juan Vicente Moscoso, quien no sólo le transmite nociones de filosofía y derecho romano, sino, además, la flama independentista a la que se dio calor en el círculo de partidarios del doctor José Núñez de Cáceres, la cual quedó trunca por la imposición de la intervención militar de nuestros vecinos de occidente.

Pero también don Mariano ve en él al poeta que supo sacar momentos en su afanosa empresa para verter en giros poéticos los sentimientos que se anidaban en su alma.

“Duarte escribió versos porque sintió la desgarradura de las angustias en el hondón de su vida, porque se irguieron en

su alma los resortes eternos que en el hombre sensible estimulan la creación." Y fueron temas esenciales de su inclinación poética el amor por su pueblo, el dolor, el tormento y la angustia que siempre acompañan a los agonistas de una lucha de tales ribetes heroicos. Así lo expone el poeta de nuestros días, para referirse al de ayer, al padre de la nacionalidad dominicana.

Duarte es también el maestro cuyas enseñanzas no sólo aprovecharon sus discípulos y compañeros de lucha, sino que su pensamiento constituye un inapreciable filón para que los dominicanos de todas las épocas aprendan el sentido básico del ser dominicano, la convivencia y el comportamiento cívico. El Duarte que transmite la ciencia que ha acopiado, para que sus compañeros compartan el tesoro de sabiduría que constituye su acervo, es también digno de la admiración de ese gran duartiano que es Mariano Lebrón.

Otras facetas que igualmente motivan esa devoción por la figura y el ideal duartianos son sus dotes de político y legislador, como también su condición de apóstol que, sin parar mientes en el sacrificio, esparce la simiente de la buena nueva del sol de nuestros fueros como nación, que en lo adelante habría de irradiar el destino de la comunidad dominicana.

Gran parte de la labor de don Mariano ha estado consagrada a rendir culto al patricio de inmaculada memoria para todos los dominicanos. Y no escapamos a la tentación de pensar que si don Mariano hubiese vivido en los años en que se fraguó nuestra Independencia, habría sido como Duarte, y que si a Duarte le hubiese correspondido haber estado entre nosotros desde 1922, habría sido como el doctor Lebrón Saviñón.

Un canto a la vida

Hacia 1943, año en que se inicia el movimiento de La Poesía Sorprendida, Mariano Lebrón Saviñón, quien a la sa-



Disfrutando de un recorrido por el Río de La Plata, Argentina, en el año 1948. Mariano es escoltado por su adorable madre y su hermana Rosa.



Mariano y su idolatrada madre, doña Cándida Rosa, en Río de Janeiro.

zón apenas contaba veintiún años, daba connotaciones de ser un poeta de una extraordinaria madurez y recursos creativos. En adición al talento propio, había sido alumno del poeta, filósofo y matemático Andrés Avelino, quien junto a Domingo Moreno Jimenes había creado el movimiento Postumista, uno de los grandes hitos de la poesía nacional. Desde su niñez se había codeado con los grandes nombres de las letras dominicanas: Pedro Mir, Juan Bosch, Marrero Aristy, Sánchez Lamouth, además de los de su generación que descollaron en el arte alegre de la poesía: Franklin Mieses Burgos, Fernández Spencer, Freddy Gatón, Manuel Rueda, Aída Cartagena, Rubens Suro, y tantos otros que se iniciaron en el quehacer literario. No era meramente el joven que en momentos de ocio se dedica a hilvanar palabras para tratar de tropezarse con la poesía, o el que en un raptó momentáneo siente la necesidad de expresarse poéticamente para sazonar las alegrías o las penas del amor, sino que era un creador nato y de larga data en el quehacer lírico, cuyas dotes resaltaban por su sensibilidad e inspiración, añadido a esto el hecho de que conocía a cabalidad el difícil arte de ensamblar metáforas, eufonía, rimas y melodía para hacer que el lector traduzca íntimamente el tesoro que se le comunica.

De esa fecha data su composición *Mi canto*, en la que enuncia el sentido y el impulso vital que late en su poesía. Cuando tuve ocasión de leerlo, asumí que, si no lo era, por lo menos así había de ser el Manifiesto del grupo de La Poesía Sorprendida, pues coloca las piedras sillares, las líneas maestras de este movimiento que arrimó en su núcleo los más enaltecidos valores de la poesía dominicana del siglo XX.

¿Y a qué le canta el poeta? El Poeta del Amor —como lo describiera en una oportunidad el eximio literato Manuel Rueda—, le canta a la vida, al amor, a la alegría de ser, a la esperanza, a todo lo que incita nuestra sensibilidad, a la belleza, a los lugares que nos impresionan, pero también a las cosas menudas que nos rodean y que a veces nos pasan inadvertidas, a fuerza de ser comunes.

Todo ser entraña una belleza ontológica, por el solo hecho de ser, puesto que el ser más pequeño es infinitamente

más que la Nada, pero las cosas que nos resultan cotidianas, comunes, tendemos a excluirlas de las categorías estéticas que consideramos relevantes. ¿Y qué de este bardo cantando a unas cuantas rodajas de tomates dispuestas sobre un plato, no con la fruición del que piensa engullirlas, sino con el contento de quien descubre la belleza del fruto rebanado y el amor que le hizo llegar a la mesa?

Obviamente, la belleza es un valor, en función del cual establecemos distinciones entre los objetos y situaciones que percibimos. En sentido general, el valor es una concepción acerca de lo deseable. No tenemos que abundar en argumentaciones para probar que, fuera de los casos patológicos, es deseable que las cosas que nos circundan nos produzcan una sensación placentera al percibirlas, antes que una reacción de repulsión, revulsión o desagrado. Kant sostenía que la belleza es lo que nos “place universalmente sin concepto”, ello sin entrar en disquisiciones acerca del relativismo e inmanencia de la percepción. Bello es en latín diminutivo de bien, por lo que bello y bonito son conceptos perfectamente intercambiables. Bello, en la definición más usual, es todo lo que produce placer estético en quien lo percibe.

Siendo una característica que el hombre, a través de las edades, ha estimado deseable, la belleza se constituye en una finalidad a alcanzar por filósofos, poetas, artistas, literatos y hasta teólogos. En el mundo antiguo, el ideal de belleza tenía por cánones esenciales la justeza, proporción y orden.

En las cartas preparadas por Herodoto para representar el mundo conocido, el Nilo es trazado con una extensión similar a la de los ríos Tigris y Éufrates, todo porque ese sentido de proporción le indicaba que en la Naturaleza no se podía registrar la desproporción.

La belleza no es meramente una categoría material, aunque haya quien sostenga que “la belleza es algo animal, y lo bello celeste”. Ella puede impresionar nuestros sentidos, pero también nuestra alma, nuestro espíritu; conmueve la sensualidad del perceptor, pero se nos manifiesta también en los procesos mentales de ideación, imaginación, intuición, la

pasión y las emociones. Tocamos lo bello en lo que a la creación estética se refiere, cuando extrovertimos lo bello que albergamos en nuestra intimidad.

Uno de los poemas de mayor melodiosidad de los escritos por Charles Peguy es aquel en que pone a Dios a cantar a la incomparable belleza de un niño que se adormece mientras reza, momentos antes de ir a la cama, sus oraciones, sencillas pero plenas de fe y confianza. "Nada hay tan bello en el mundo como un niño que se adormece haciendo sus oraciones". Y ese Dios que ha visto perlar sobre la arena la sangre de los mártires inmolados, que los ha visto llegar hasta el potro de los tormentos sin vacilar, por una fe ardorosa que no para mientes en la magnitud del sacrificio; ese Dios cuya obra entera reboza de bellezas, que ha presenciado la vida de los santos y que ha visto el esfuerzo del hombre por levantarle monumentos impresionantes, como las catedrales de Notre-Dame y Reims —todo por gloria de su nombre—, es quien atestigua que nada hay tan bello en toda su creación como ese pequeño ser que, corridas las ventanas de sus párpados por el peso del sueño, entremezcla el Padrenuestro con el "Dios te salve María". Porque, realmente, es casi imposible encontrar algo que colme más nuestros sentidos y nos llene más de ternura que ver a un niño en oración, mientras trata de impedir que el sueño le venza.

La belleza y sublimidad de las cosas sencillas, el milagro de la existencia, ese conjuro por el cual el vate siente que es y trata de que perdure, para seguir poblando el aire con palabras sonoras; la mujer que nos eleva hasta las prominencias más encumbradas, o la que nos hace sucumbir y caer en la sima más honda, en el insondable abismo de la desesperación y la tristeza; la flor lozana cuyos tonos cromáticos refrescan la vista y alegran el alma, mas también a la marchita que se reseco entre las hojas de un libro, recuerdo imborrable de pasiones que quedan en un pasado que sigue siendo siempre presente; a todo ello promete cantar don Mariano; no sólo a las cosas, situaciones, lugares y personas que nos provocan euforia, sino también "al penar maldito de los tristes", el desamor, la muerte y el dolor".

¿Cómo ser romántico si sólo nos hace vibrar la *Novena sinfonía*, que es un canto de alegría y vida? ¿Cómo no descubrir belleza en la *Quinta sinfonía*, que se inicia con los fatídicos toques de la Parca sobre la puerta de aquel cuya vida viene a segar? Lo patético, lo que nos provoca sufrimiento, angustia, incertidumbre, tristeza, dolor, hasta ira e indignación, todo cuanto mueve nuestra emoción, nuestro sentimiento, es materia prima para el poeta, ¡y vaya que don Mariano lo es!

Mariano Lebrón Saviñón anuncia en *Mi canto* lo que habría de ser su programa a realizar: cantar a lo existente y a la existencia misma. El propósito esencial es “sorprender” a la poesía donde quiera que ella se encuentre y traducirla en vibrantes palabras sonoras que transmitan el ritmo mismo de la vida en cuyo seno mora la belleza, y la poesía que dice de ella en cadenciosas y subyugantes metáforas.

¿Cómo podría asumirse que es excelso cantar a distantes estrellas y a las constelaciones que supuestamente forman — por relaciones que hemos inventado los hombres para ver en el firmamento nocturno a una virgen, un par de gemelos o una cabra y demás signos zodiacales— y ser ciegos al esplendor de seres más inmediatos a nosotros? Lebrón Saviñón nos promete cantar a la belleza del lagarto que aceza rítmicamente sobre un tronco o sobre una piedra, mientras trata de camuflar su presencia; al insecto, sea este un grillo, una libélula o la laboriosa hormiga; a la amiba, primer prodigio de la vida naciente en el planeta, o al glóbulo, ingeniosa planta química en la que el animal dotado de aparato circulatorio logra depurar el oxígeno requerido para la realización de funciones vitales claves, sin cuyo cumplimiento el organismo perece, al tiempo que transporta fuera excrecencias generadas en el proceso de vida.

La idea de belleza es coextensiva al concepto de Ser, en tanto tal entidad sea una, verdadera y persistente. Lo que ocurre es que, en el orden práctico, el hombre tiende a atribuir belleza a lo que le resulta conveniente, agradable o deseable, no a lo que pudiere perjudicarle o infringirle un daño. Usualmente consideramos bella la flor cuyos efluvios despiertan nuestro olfato con gratas sensaciones, pero considera-

mos repelente la ponzoñosa sierpe que nos inoculara letal tóxico; calificamos de bello el bosque en que la floresta es esplendorosa y exuberante, y poblada por multitud de especímenes de la fauna, pero sentimos nuestro ánimo agriarse o deprimirse cuando presenciamos el páramo estéril, los áridos breñales en que el sol tuesta inclemente las piedras que forman el reseco suelo y sólo permiten que subsistan los abrojos, las plantas que han trocado sus hojas en espinas, y los animales que a muchos parecen repelentes.

Pero, ¿cómo afirmar que la viuda negra es lo contrario a la noción de belleza, o decir igual del enorme saurio que, somnoliento y con torpes movimientos descansa su panza sobre la arena recalentada por un sol esplendente y que arroja plomo derretido sobre el inhóspito paisaje? Y si el cantor eleva su canto “por la rosa que vive”, ¿por qué no hacerlo “por el cisne que muere”?

Es por todo ello que Mariano Lebrón asume el compromiso de asombrarse por todo, sorprender su belleza y traducirla en expresiones pletóricas de cadencia y musicalidad.

Desde su óptica, el poeta crea la poesía, pero, el vate existe por el oficio de cantar. *Canto porque al cantar el canto mío/ me perfuma y me crea/ porque el mundo pequeño de mis sienes/ sin canto es imposible*, dice en una de sus estrofas.

Pero, no solamente es inconcebible el mundo de ensueño que vive en la mente del cantor, en sus ideaciones, sino que también es imposible el mundo real sin su canto, porque es el medio por el cual da cuenta de la existencia de éste, y *por eso en el ala de una alondra/ mi voz... y mi cantar*.

Por ello, también, canta para que perviva el conjuro por el cual es. La vida es un sortilegio, un misterio, un arcano. En la religión hindú se asegura que lo que vivimos como realidad es meramente el sueño de Brahma, quien cíclicamente despierta y duerme, desgajándose durante su vigilia lo que había soñado al estar dormido. En la tradición judeo-cristiana, lo existente, la creación, es algo dado y persistente que no se desvanece con el despertar de algún dios. Por suerte, el ser que concebimos como el Arquitecto del Universo no tiene necesidad de dormir ni despertar. Pero aun

así, el poeta asume como su tarea cantar para que perviva ese conjuro por el cual es, pues, trascendiendo el término de sus días sobre la tierra, es su canto lo que le inmortaliza.

La composición a la que vengo haciendo alusión, es como sigue:

Mi canto

Canto la gran alegría de cantarte (en francés en el original).

Paul Eluard.

*Rezo en el mundo mi canción por la esperanza
y por el aliento henchido de las rosas,
por el empeño del ruiseñor
y por la inocencia de luz de los luceros altos.
Por la canción del viento
alegre y sin sentido
y por la última voz de los geranios
en el jardín cansado y sin amor.*

*Canto por el penar maldito de los tristes.
Canto porque al cantar el canto mío
me perfuma y me crea.
Porque el mundo pequeño de mis sienes
sin canto es imposible.
Es imposible el mundo sin mi canto,
y por eso en el ala de una alondra
mi voz... y mi cantar.*

*Canto para que no se rompa este conjuro
del cual yo soy.*

*En la noche también alzo mi canto
por el infanticidio tremendo del estéril profundo
que se hunde en la noche suburbana
sin temor a las sombras;
por la angustia sin fe de la recién parida polvorienta.*

*Y por la niebla
y por la piedra
y por el cisne que muere
y por la rosa que vive
y por el agua oculta cuya canción
sólo es manjar en sombras del sentido.*

*Canto por el valor de las montañas bajo el furor
del viento.*

*Por el paisaje agreste,
por la pasión del alba.
Y por la simple sombra del rocío.*

*Así una tarde o una mañana
sin atisbo de odio, sin escondida fuente de esperanza,
sin medida de cárcel,
reconcentrada y sola, alta y feliz,
mi voz, esta voz mía sembrada en mí,
nacida en mí no sé desde qué estrella
mi voz saldrá a los aires
por el ruido del tiempo siempre voz mía
para decir mi canto,
para decir mi asombro
y mi esperanza.*

*Descenderá mi voz por los jardines
e irá con alegría a la alegría del mundo.
Aunque haya tristezas mi voz cantará alegre
contra todas las sombras
e irá a buscar vida donde exista:
en el lagarto,
en el insecto,
en la amiba,
en el glóbulo,
en el miedo,
en el sol.*

*Irá buscando vida con su sueño,
a despecho de todo lo creado para negar la vida.
En el abismo,
en el misterio,
y en las cuevas del mar.
Yo, como el otro poeta de la vida
"canto la gran alegría de cantar"
y es fe y es canto mi esperanza.
"Canto por cantar"
y por cantar mi vida es un sonoro
y musical tormento de alegría.*

*Más que el amor y el sueño y que la vida
es este canto mío,
canto que es sueño, amor, canto que es vida.*

*Poesía, "perfección imposible" de mi sueño
gozo la gran angustia de buscarte
donde pálidos enterradores de amor
creen sepultarte
y con mi voz
y mi sueño
desentierro al amor, y está dormido.*

*Desconcertante y feliz, grávido y hondo
heme aquí con tu luz
y el canto mío,
vivaz, imposible, glorioso, alto,
cierne sus alas de arrebol soñado,
alza su luz con desazón de luna
en una estrella.*

*Canto, te llevo
en la niebla,
en la piedra
en el cisne que muere,
en la rosa que vive,
en la alondra que nace,*

*en el árbol y el sueño,
en la gloria y la estrella,
el lagarto y el insecto,
y la amiba y el sueño
y en el sentido excelso de eternidad,
y etcétera.*



En Buenos Aires, Argentina, junto a un compañero de pensión. La gráfica data de 1949.



En el año 1949, en Flamingo, durante uno de sus viajes a Río de Janeiro, Brasil.

Poetas a contrapelo de una estética totalitaria

En la década de los cuarenta hubo en el país convulsiones políticas y sociales de cierta significación, una de cuyas últimas manifestaciones fue la expedición armada de Cayo Confites, conato guerrillero con el que se trató de poner fin a la dictadura de Trujillo. En ese decenio tuvo efecto la parte más cruda de la Segunda Guerra Mundial, en la que fueron aplastadas militarmente las huestes del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano. Tras el conflicto bélico que prácticamente afectó todo el orbe, se impuso un espíritu de "aliancismo", que hizo olvidar, hasta el surgimiento de la Guerra Fría, la rivalidad entre los países en la que imperaba el sistema económico capitalista y los que se cimentaban en las concepciones marxista-leninistas como fundamento de la organización social, lo que trajo como consecuencia que los norteamericanos influyeran en los gobiernos de América Latina para que tuviesen una actitud de mayor tolerancia frente a los movimientos de corte marxista o revolucionario.

Por esa circunstancia hubo cierta permisividad o tolerancia respecto a dos organizaciones políticas surgidas al calor de la temprana posguerra: la Juventud Democrática y el Partido Socialista Popular.

Los años 40 son también los del resurgir del obrerismo en la República Dominicana, causa con la que se identificaron intelectuales de la época, tales como Pedro Mir, Dato Pagán Perdomo, Víctor Villegas y otros más, quienes vieron en el aguerrido Mauricio Báez una especie de Mesías prole-

tario. Tal vez esta expectativa es la que llevó a un joven poeta de entonces —Rubens Suro— a invocar el surgimiento de algún Lenin del trópico que transmutara desde sus cimientos el orden que imperaba en el país.

Las huelgas llevadas a efecto en San Pedro de Macorís y La Romana fueron para el régimen de Trujillo la clarinada de advertencia de que no podía seguir tolerando situaciones de ese género, por lo que se proscribió la actividad sindical y se inició un tenaz acoso contra los sindicalistas y quienes habían hecho causa común con ellos. Por otro lado, la actividad de las agrupaciones políticas opositoras y el grado de respuesta favorable a tales movimientos en diversos sectores de la población, hizo dar marcha atrás al régimen en lo concerniente a tolerar la existencia de grupos de oposición.

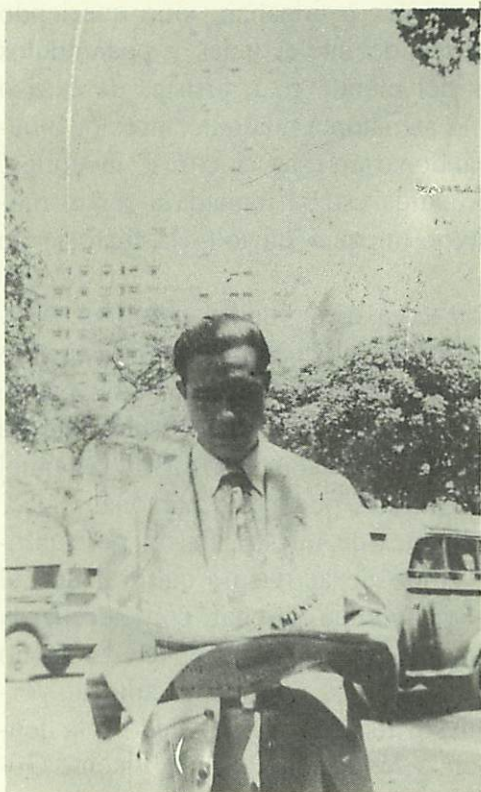
A partir de entonces fueron puestos bajo el foco de la suspicacia todo tipo de expresión literaria o artística que no se encuadrara dentro de los cánones permitidos. Lo aceptado y auspiciado eran los ditirambos de loa al amo de la situación; lo admisible, la cháchara insulsa, el diletantismo copioso que pretendía pasar como talento argumentativo, desprovista de sustancia conceptual, y aun esto comenzaba a ser puesto bajo el microscopio de la sospecha, cuando no era aderezado con una ristra de lisonjas al dictador.

No es de extrañar, pues, que estuviese aletargado el nervio creativo en la mayoría de quienes se inscribían en la categoría de literatos o intelectuales. Tal enervamiento de la vida literaria tornaba el espacio de la creación en un erial virtualmente infértil, que apenas producía algunos ripios ridículos en que nada se decía y en los que el *nihil obstat* era una obsequiosa dedicatoria en que el autor del esperpento decía que su obra, primicia ofrecida “al Jefe”, había sido posible “gracias al clima de paz, confraternidad y progreso auspiciado por el Superior Gobierno”, encabezado por Trujillo.

Dentro de este “amodorrado panorama literario”, como lo calificó Manuel Rueda, es del que surge la “escandalosa” novedad de La Poesía Sorprendida. Al asomar, fueron saludados con mordaz y sarcástica crítica. Se les tildó de “surrealistas”, no porque sus detractores gratuitos entendieran el sig-

nificado del epíteto con que les bautizaban, sino queriendo significar que eran un grupo de intelectuales y pedantuelos esnobistas, desarraigados del mundo real, artistas de escaso vuelo deseosos de atraer la atención a cualquier precio, quienes al pasar el tiempo abandonarían esas “locuras” juveniles. Empero, La Poesía Sorprendida estaba llamada a ser el movimiento literario de mayor impacto en toda la historia de las letras nacionales.

El Postumismo apenas tenía dos grandes nombres: Moreno Jimenes y Andrés Avelino, cuya grandeza e importancia como innovadores en la creación literaria nadie puede negar, pero tenían en su contra las dificultades que han de afrontar los pioneros. Por otro lado estaban los Mir y Manuel del Cabral, los Sánchez Lamouth, poderosas personalidades, cumbres más que sobresalientes de nuestra lírica, pero nunca llegaron a generar el grado de activismo cultural que el concitado por La Poesía Sorprendida, la cual, como recuerda Rueda, “dejaba sentir su influencia viva, y en cierto modo combatiente”, en un ámbito social, político y cultural yermo, poblado de expresiones truncadas por el miedo o la censura. El “hablar pasito” en la Venezuela de Juan Vicente Gómez; las generaciones de dominicanos “con laringitis”, durante la época de Trujillo, son situaciones de las que el artista no puede hacer caso omiso. Durante los años de la Revolución rusa y del dominio de la Unión Soviética en los países del Pacto de Varsovia, lo mismo que en la China de Mao y la Revolución Cultural, la estética estaba sujeta al llamado realismo socialista y al criterio de que “moral es lo que conviene a la Revolución e inmoral lo que la perjudica”. Fuera de estos preceptos de obligatoria observancia, no se toleraban otras expresiones, especialmente las que se etiquetaban como “decadentes manifestaciones de la cultura burguesa”. Lo mismo aconteció en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini, con su predicamento de “todo en el Estado, nada contra el Estado”. Y es que los regímenes totalitarios no toleran la libre expresión de la sensibilidad, porque ello supondría una fisura en lo que se supone necesita ser monolítico, y esta grieta terminaría produciendo el colapso de todo.



En la avenida Río Branco,
Río de Janeiro, en 1949.



En México, junto a personalidades y amigos que le acompañaron en la entrega del Premio Vasconcelos (1992). A su derecha, el señor Fredo Arias de la Canal, Presidente de la entidad que confiere el Premio Vasconcelos.

Durante los años en que Trujillo mantuvo bajo su control a la República Dominicana, era una osadía no alabar el ego del tirano con melífluas y obsecuentes manifestaciones de adhesión y gratitud. Cuanto más valor personal se requería para permanecer a contrapelo de lo que se estimaba aceptable para el régimen, ¡cuán ingente había de ser la dosis de valor para, en aquel entonces, clamar por un Lenin del trópico, o para cantar, como lo hizo don Mariano: *Estos hombres me duelen. Vestidos de sudor/ Comerán pan amargo y agrio como la vida, /amasan la caricia del trigo y del amor/ y recogen la ofrenda de un trabajo perdido/ en el vientre fecundo del engaño y el dolor.* Por decir cosas menos significativas y hasta inocuas, muchos llegaron a perder la vida, por la interpretación retorcida de algún delator, como le aconteció en cierta oportunidad al propio Lebrón Saviñón, que fue sometido a interrogatorios por la policía política de la dictadura por escribir un poema contra Francisco Franco, todo porque un infidente puso en los oídos apropiados la especie de que lo escrito estaba dirigido contra Trujillo y no contra el dictador ibérico.

Incluso es válido considerar que nuestros rezagos en materia literaria obedecen, en gran medida, a la castración de toda forma de expresión libre en la poesía, la narrativa y el ensayo, durante las tres décadas en que éramos una isla desde el punto de vista geográfico y un punto aislado, en cuanto concierne a corrientes políticas, culturales e ideológicas.

Este es el punto de vista que sostiene Manuel Rueda, cuando señala que los cófrades de La Poesía Sorprendida, “al mantener un equilibrio entre forma y mensaje, entre historia y momento social, entre ilusión y motivación, han quedado articulados de manera espontánea a una actualidad que propugna por una mayor jerarquización de elementos. No quiere decir esto que el sorprendidismo sea una fórmula salvadora. Los movimientos no hacen poetas y mucho menos son escuelas donde se aprende a escribir versos, ni siquiera pasables. Después de restas y sumas, de búsquedas de porcentajes, cada grupo, generación o movimiento, inscribe un número al final de sus operaciones; lo importante es que ese número se lea en la columna de los haberes y no en la de los débitos.”

Y más adelante destaca que a pesar de la supervivencia y coexistencia de influencias y estilos —lo cual guardaba ilación con el espíritu de la época en que les correspondió actuar—, “un tono de nobleza se enseñoreaba en la mayoría de las producciones, aún en las de los más jóvenes. Al leer *Babel* y *Momento de la muerte*, de Manuel Valerio, a la sazón de 24 años; al leer *Dulce temblor* y *Fuego en el río*, de Mariano Lebrón Saviñón, uno de los benjamines, con apenas 22 años, se comprueba que se vivía dentro de una realidad maravillosa, común a todos los del grupo, en una especie de Pentecostés donde a cada uno se repartió el fuego de la lengua unido a profundas experiencias comunitarias.”

El maestro Rueda resalta la figura de Lebrón dentro del movimiento, “porque además de su juventud se daban en él condiciones excepcionales de fervor y brillantez. Estas condiciones llamaron muy pronto la atención en los albores del movimiento que tenía necesidad de oponer a las figuras ya consagradas, con que contaba, una avanzada de talentos jóvenes. Impulsado por el temperamento a los moldes clásicos, en especial a los del Siglo de Oro, influencia que le permitió encontrar acentos convincentes, Lebrón Saviñón pudo entusiasmarse, sin embargo, con una gama de posibilidades contradictorias. Así lo vemos aparecer junto a Baeza Flores y Moreno Jimenes en los tres cuadernos de los Triálogos, anticipación un tanto prematura de los cuadernos de La Poesía Sorprendida, ya que el Postumismo y con él su patriarca, iban a ser acremente cuestionados por el nuevo movimiento.”

Repara Rueda que ya en los poemas de la etapa juvenil, compilados en *Sonámbulo sin sueño*, se advierten “la transparencia de la atmósfera, los elementos, la capacidad simbólica y metafórica, la luminosidad y ligereza del léxico, que traían a nuestro ambiente las máximas libertades expresivas, aunque en la más castigada de las técnicas. Por aquella brecha se puede decir que se cuela a nosotros el hálito de un Miguel Hernández y un Alberti que revivía en ‘Cal y Canto’ los acentos gongorinos.”

“A una simple ojeada, sin embargo, ello podría resultarnos dificultoso; temas y estilos permanecen inalterables, únicos

y compactos en su fluidez, sin mostrar brecha alguna por donde pueda adivinarse un viraje, la introducción de nuevas opciones o el replanteamiento de las anteriores. Vemos al adolescente discurrir sin sobresaltos; por supuesto, la madurez le ensancha la visión, los versos se adensan, hay un color distinto circulando por aquellas vidrieras policromas que pueden temblar, estremecerse, pero que se mantienen siempre en su sitio, fieles a sus materiales iniciales, dejando que un mismo sol paradisíaco las traspase”.

Rueda es terminante en el juicio de que: “Lebrón Saviñón es lírico por fidelidad a sus inicios, en los que la realidad era sólo la sombra del yo, no tierra de escapes, sino la isla de los ocultamientos donde fueron a reponerse de sus achaques simbolistas, puristas y vanguardistas de toda laya.

“Nuestro poeta ha hecho permanentemente suyas esas técnicas que campearon en *La Poesía Sorprendida* y que sirvieron de base a un esteticismo que aún campea como expresión de ‘lo bello’. Las palabras no son vehículos, sino sombras de esa realidad por la que el mundo se nos manifiesta en eclipse, con bordes luminosos y cuerpo de cristal negro. Leer esta poesía es comprender el fervor y la pureza que se necesitan para transitar por el misterio donde las cosas no son, sino que se miran ser en el centro de toda idealidad. Por eso Mariano Lebrón Saviñón es el poeta del amor, de las imposibles realidades del amor.”



Dictando una conferencia ante distinguidas personalidades e intelectuales de la época, en Buenos Aires.



En el Roof Garden de la CND, durante un agasajo ofrecido por la UNPHU.

El poeta y Dios

El corazón del hombre, en el discurrir de algunos, es el escenario en que se libra una interminable batalla entre el bien y el mal. Es también el vértice de encuentro entre lo eterno y lo temporal, entre lo infinito y lo finito.

La tensión entre tales extremos sume al hombre en un angustiante e interminable tormento en el que pendula entre la esperanza y la desesperanza; la sublime grandeza y la vil abyección; entre el potencial ilimitado de trascendencia y la propensión a quedar inertes en un universo de inmanencia; entre lo sublimemente divino y lo terriblemente demoníaco; entre la confortante certidumbre y el miedo metafísico a lo incierto; entre la aspiración a la eternidad y la sobrecogedora noción de que no hay nada más allá del inmediatismo. Incluso hay culturas que excluyen de sus categorías temporales el concepto de futuro, en tanto otras conciben al ser en una incesante transmigración anímica, en reencarnaciones sucesivas que evolucionan o involucionan al ser en razón del grado de perfección o imperfección alcanzado durante la forma de existencia precedente.

En la tradición occidental cristiana, el hombre es creación de Dios, “hecho a su imagen y semejanza”. Es decir, con el potencial de ser como Dios, en muchos aspectos. Y aunque de entrada esta afirmación pudiera sonar como una afrentosa blasfemia, lo cierto es que el Arquitecto del Universo nos confirió la capacidad de alcanzar grados crecientes de perfección de nuestro ser propio y, en la medida en que logramos adentrarnos en esta perfectibilidad, nos hacemos más parecidos a Dios.

Piénsese, si no, en el hombre que trata de edificar su ciencia desentrañando los secretos de la vida y de todo cuanto es; en el hombre que es capaz de inducir corriente en un “emparejado” de silicio y placas de cobre de calibre microscópico y hacer que “piense” y realice tareas, basado en una lógica binaria que, a pesar de su simplicidad, es suficientemente potente como para realizar operaciones y cálculos que a la mente humana resultarían casi imposibles de realizar; o meditemos también en el saber acopiado por el hombre en cuanto a su estructura genética y el impredecible poder que va teniendo al abrirse la posibilidad de manipulaciones en las estructuras del ADN en el genoma humano.

Cierto que es un poder terrible y tentador, y pudiera ser que el hombre terminara, cual el aprendiz de brujo que desata sortilegios con los conjuros conocidos, pero es incapaz de detener las consecuencias de las pavorosas fuerzas que despierta con sus recitaciones abstrusas.

Para Mariano Lebrón Saviñón, la poesía es “algo hierático y divino”, asumiendo incluso que —como lo dice en uno de los *Triálogos*—: “La poesía hace al hombre más hombre y a Dios más Dios”, en el entendido de que “Dios alcanza la verdadera magnitud de su omnipotencia a través de la poesía”, pues a su juicio “nada puede dar, nada puede expresar tantas cosas, tantas grandezas; nada puede explicar la vastedad incommensurable del mundo, de la vida, de las cosas, si no es a través de la poesía; porque la poesía está henchida de misterios.” También expone su parecer de que la poesía es: *esto que alienta, esto que vibra, esto que canta, / esto que es Dios y busca a Dios*. Y no puede ser para menos, si se trata de alguien quien considera que “la belleza es, en última instancia, nostalgia de la presencia de Dios”, lo que establece como axioma que amar a la belleza es amar a Dios.

Siendo Dios, en el concepto occidental, la suma de todas las perfecciones, de toda la belleza y todo el amor, el Arquitecto del Universo es punto obligado para un poeta como Mariano Lebrón Saviñón, puesto que si Él creó al hombre “y le dio la palabra para acercarle a él”, la misma es el medio por el cual el cantor puede agradar al Supremo Hacedor en el tono que le resulta más agradable al Creador: el de la poesía.

Así lo manifiesta el propio don Mariano, cuando afirma que “a través del legado humanístico elevamos un canto a la vida —siempre a la vida— y una mirada con la célica luz de la esperanza, con todas las instancias de la fe. Y le cantamos al amor en sus adorables esencias divinales, que nada tienen que ver con Eros y sus traviesas saetas —que tantas veces nos han herido— sino con ese sentimiento universal y eterno, encendido y sagrado, que es la parte espiritual de nuestra vida: la comunión hierática con Dios”.

Dulce temblor es un poema de extraordinaria inspiración mística y filosófica, y ensarta las interrogantes que el vate formula a la divinidad.

*¿Qué hay después del rocío que te toca?
¿Qué hay después de esa nube que se escapa?
¿Qué hay detrás de esa roca
y después de esa ruta supraestelar de mapa?*

*Y detrás de tu sombra, ¡oh Dios! ¿Cuál es tu canto?
¿Cuál es tu melodía de místicas estrellas?
Te busco por la torre quebrada de mi llanto
y en el hueco más triste de mis huellas.*

*En el confín de tu orbe donde llega
con su gesto olvidado la vieja caravana,
el torrente sin ruido donde el amor se anega
y donde cae dormida la luz de tu mañana.*

*Yo voy buscando, cielo, los soles que tú nombras
¡oh Dios!, y tu pupila eterna en tu desvelo.
Para mi fe me bastan tus infinitas sombras,
para mi amor tan sólo tu follaje de cielo.*

*Yo seguiré tu nombre de amor sobre los mares,
sobre tu flor eterna como una mariposa,
hasta que te estremezcas sintiendo mis cantares
y bajas a mirarlos dormidos con tu rosa.*

Cantar a la divinidad o hacer referencia a Dios en sus creaciones, es algo que se reitera en la producción de don Mariano. Muestra de ello es su *Canto sin voz*:

*Las estrellas son las lágrimas de Dios.
Por las cien mil pupilas de la sabiduría
Su llanto habla al amor.*

*Un gran viento de amor lo invade todo.
El cielo es la divina cabellera
con que nos cubre Dios.*

En *Soledad de zafiro*, composición que encabeza con unos versos de Fray Luis de León, aquel monje agustino poeta y teólogo, expresa nuestro vate: *Soledad de mi Dios y de mi canto/ En soledad de aurora,/ En donde el pulso lento de su llanto/ Rosa tierna y cantora/ Dice su tierna rosa encantadora*. Por otra parte, en *Amplia música*, dedicado a la memoria de su padre, dice en unos de sus versos: *dialogaré con Dios, vendré a buscarte/ para cantar la fe de los quereres/ en una breve noche interminable*.

Y, en *Mi mejor canción*, el tono de su canto a Dios es conmovedor: *Ahora, la sombra de Dios/ y parte integrante del infinito de Dios./ Ahora, creador del cielo y de la vida,/ forjador de la tierra y de los mundos./ Marinero que va de isla en isla,/ de sombra en sombra/ bajo soles de piedra y luna/ de enamoradas noches de los mares,/ marinero curtido por las lluvias polares/ y naufrago en mil océanos perdido./ Ahora, esto que alienta, esto que vibra, esto que canta,/ esto que es Dios y busca a Dios/ por los cien mil caminos de sus sueños*.

Asimismo, en *Tiempo en la tierra*, canto cuyo epígrafe sirvió de título al poemario en que está contenido, la súplica que dirige al Arquitecto del Universo es:

*Aparta este cáliz rojo
de ensangrentadas gotas de mi sueño.
Librame de las terribles amarras que me hieren.
Señor, ¿por qué este odio negro de los hombres?*

*Déjame solo
con el terrible castigo que es la vida.
Si fueras sólo Tú, Padre, mi sueño
no aromara de angustia.*

*Pero sea tu alta voluntad
y no lo que yo quiera*

Esta sed de infinito, el deseo de dialogar con el Omnipotente queda patente en *Súplica de eternidad*:

*Déjame cantarte, Eterno Ausente,
forma de inmensidad,
y que en el árbol más alto de tu huerto
cuelgue mi nido,
mi nido de ansiedad.*

Siguiendo con los ejemplos, podemos citar asimismo, en *Al nacimiento de nuestro señor Jesucristo*, donde expresa:

*La nieve sobre el oro: clavel dormido
que la rosa empurpura y el heno dora.
Nace la luz de nuevo contra el olvido
y al sonrosado albor el mundo adora.*

*Suenan rabeles,
cantan pastores,
sonríe el mundo,
ríen las flores.*

Tomemos también dentro de este muestrario lo que entona en *Tras los muros de Sión*:

*El Gólgota es la ruina dormida del dolor.
Sí, porque hoy en el mundo van llorando
los hombres que te odiaron y te amaron,*

*por tu Jerusalén que ya no torna,
y tras de cada piedra, en el resquicio
de ese muro, tras de esa flor
hay un Caifás de odio que te espera
y sueña un Barrabás.
Por eso, escucha, Bondad de las bondades,
Aurora del amor, lirio ordenado
hacia las aguas puras su color.
Escucha, te lo ruego, como a esa blanca paloma
irradiada de fe, como a tu misma voz
tremante y dolorosa allá en Getsemaní:
no vuelvas por mi amor, deja adorarte
en el rosado albor de tu misterio.
¡Y llora por mi fe!*

Sobrarían los ejemplos que podrían ser traídos a colación para graficar vívidamente lo que decimos en cuanto a la vena mística en la poesía de Mariano Lebrón Saviñón, hombre que siempre ha llevado una vida recta y sencilla, como la flauta de caña de que nos habla Rabindranath Tagore, con la diferencia de que nuestro egregio poeta ha sabido poblar el aire con sonidos que dejan mudo de envidia al ruiseñor.

El prologuista y animador cultural

Don Francisco Comarazamy ha destacado con mucho acierto el hecho de que el doctor Lebrón Saviñón ha venido desempeñando un importantísimo papel, sirviendo desinteresadamente de presentador —y por esta vía, de auspiciador— a un sinnúmero de valores nuevos en la literatura dominicana, y sostiene que: “De una parte a la fecha casi no hay un libro de tipo personal que no venga con un prólogo del médico, poeta, filólogo y crítico Mariano Lebrón Saviñón.”

Añade el laureado periodista y escritor que don Mariano se ha convertido, de esta manera, en mayor estimulador de jóvenes y viejos dedicados al cultivo de las bellas letras.

Cuando se es un escritor novel, que comienza a hacer las primeras armas en las lides literarias con una obra publicada a costa de innumerables e ingentes sacrificios, contar con el nombre de un literato de la nombradía de don Mariano, es un impulso, un espaldarazo, que vale por todo el oro del mundo. ¿Cuánto talento no se habrá perdido por ahí, por el simple hecho de que alguien no contó con el respaldo oportuno para lanzarse al ruedo auspiciosamente? Quienes se inician en la producción bibliográfica, aunque reúnan dotes de la mayor excelencia, requieren del estímulo de alguien con ascendencia en el ámbito literario. Contar con un aval de esta naturaleza garantiza por lo menos la curiosidad del posible lector de la obra, y tal vez por quien redacta el proemio, adquiere el libro y descubre en ella el tesoro que contiene.

A este respecto, uno de los mayores propulsores del libro dominicano desde hace varias décadas, establece un parangón entre esta descomunal labor que llevaba a cabo don Mariano y la que realizara en el siglo pasado el escritor español José Francés, quien también se dedicaba a comentar y a prologar libros de autores que se iniciaban en los caminos de la producción bibliográfica.

“A Francés se le llegó a considerar en aquel tiempo el orientador por excelencia de la juventud, igual como está sucediendo en la República Dominicana con Mariano Lebrón Saviñón”, dice Comarazamy.

Esta labor no resulta fácil; a veces es asaz ardua y requiere del prologuista no sólo capacidad analítica para interpretar el texto —que por demás hay que leer para enjuiciarlo con justeza—, sino una alta dosis de paciencia, comprensión, generosidad y capacidad de regalar al autor de la obra que se prologa las prendas del bagaje de experiencia y precioso tiempo para redactar un prefacio y, a veces, ofrecer consejos y sugerencias para que el producto que se entregue al público sea una primicia realmente de valor.

Además de los prólogos escritos para complacer una petición o para impulsar a algún escritor bisoño, don Mariano también ha escrito los proemios de renombrados autores extranjeros, entre ellos Enrique de Gandía, Cintio Vitier y Alberto Baeza Flores.

Su labor de promoción de la cultura no se ha reducido a la redacción de brillantes prólogos, que por sí solos valen tanto como la obra que es presentada, sino que en su prolongada carrera literaria ha sido siempre un incansable trabajador en pro de la cultura. Cuando residió en Argentina, realizando estudios especializados en Pediatría, alternaba los deberes de estudio, investigación y atención hospitalaria con la realización de charlas y la redacción de ensayos sobre la literatura y cultura dominicanas, los cuales editaría Américalee en un compendio titulado *Luces del trópico*, y en los ratos que le robaba al sueño, su pluma dibujaba sobre el papel los más sonoros cantos, con todo y que en el país varios de sus cófrades

sorprendidos le creían desertado del quehacer poético, en aras de la ciencia y las responsabilidades profesionales.

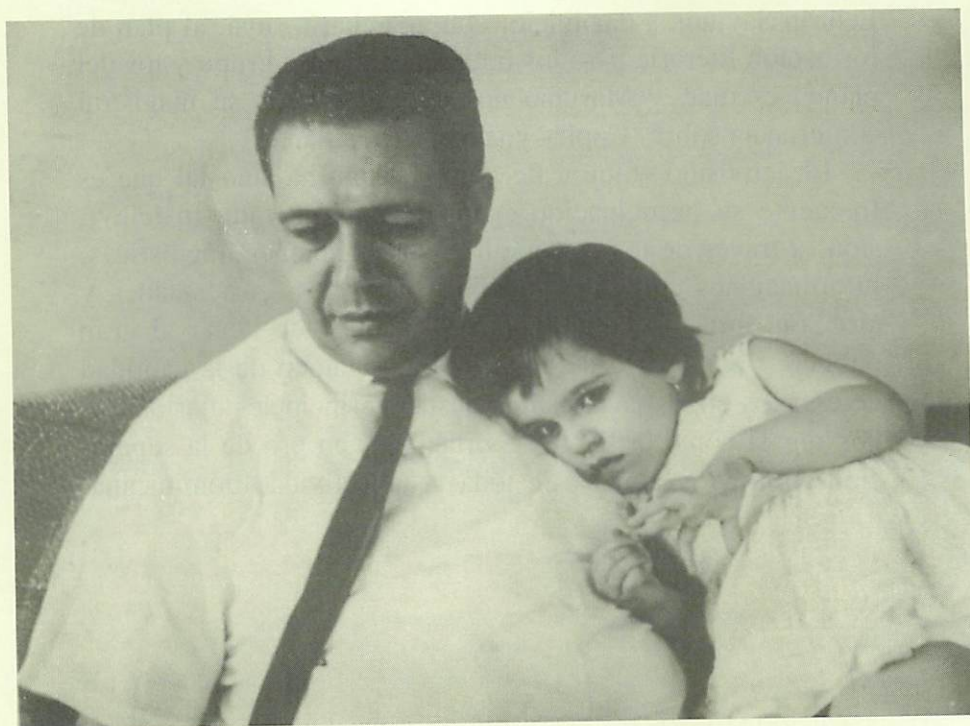
Su madre, sus hermanos o su esposa e hijos, tuvieron en muchas ocasiones que acompañarle en sus frecuentes desplazamientos hacia distintas localidades del país donde dictaba charlas y conferencias, para llevar la luz de la cultura a todas partes. Él ha sabido, en el transcurso de su larga y fecunda vida, hacer como el sembrador de que nos habla la parábola evangélica: arrojar la simiente para que esta germine y congratularse cuando ésta cae en terreno fértil y rinde en frutos al mil por uno.

Rosario Candelier dice de don Mariano, refiriéndose a esta constante romería cultural, que: "En su dilatada carrera literaria no hay un escenario nacional que no haya contado con la voz henchida de elocuencia, erudición y pulcritud de este egregio escritor dominicano. Cuando fundamos el taller literario 'Littera' en la escuela Normal de Licey, en 1966, que fue el primero en su género en el país, invitamos a Mariano Lebrón Saviñón a dar inicio, con una charla suya, al plan de formación literaria para los integrantes de ese grupo y los del plantel escolar, y Mariano nos deslumbró con su magistral conferencia sobre 'Coplas y cantares populares'".

El activismo cultural de don Mariano ha sido tal que es frecuente su participación en programas de radio o televisión, a través de los cuales ofrece orientaciones lingüísticas, informaciones culturales, análisis históricos, curiosidades y aleccionadoras anécdotas, con la finalidad de llegar al gran público y empaparlo de conocimientos, amén de la cantidad de escritos en las páginas de nuestros principales diarios que nos regala como brillantes aportaciones en pro de la superación cultural y humana de toda la colectividad dominicana.



En Juan Gómez, con su compadre José Martín Vásquez, y otros amigos.



Tierna escena del padre acunando a su hija, Teresa Josefina.

Confesiones de un poeta

Una tarde cualquiera, muchos años ha, un cortejo funerario se dirigía desde la iglesia de Nuestra Señora del Carmen hacia el cercano cementerio situado fuera de las murallas de la ciudad de Los Colones, orientado hacia el oeste de la que otrora fuera llamada Atenas del Nuevo Mundo.

Un jamelgo, de paso cansino y adormilado, luciendo los arreos propios de la ocasión, arrastraba el coche en el que se transportaba el féretro.

Y, en tanto los dolientes y conocidos del fenecido seguían la procesión para ofrecer el adiós postrero al difunto, tres hombres de distintas edades, pero de idénticas inquietudes estéticas, filosóficas y poéticas, venían caminando y discurrían sobre los temas que constituían el nudo fundamental de sus especulaciones. El lenguaje en que se comunicaban era la poesía. Y en el triálogo que sostenían, el punto de vista que enunciaba cada quien, era anotado presurosamente en una libreta rellena de reflexiones. Uno de ellos, el de mayor edad, profirió unas palabras en tono sentencioso: "La muerte nos sale al paso a cada instante", y al advertir que venía el cortejo que se dirigía al camposanto, como si el incidente fuese una confirmación del juicio externado, dijo: "Ved si tengo razón: un entierro que pasa".

El más joven le replicó: "¿Tú sabes por qué tienes razón, Moreno? Porque la poesía no está en nosotros. Nosotros somos poetas y la captamos. La poesía está en la son-

risa de nuestra madre, en la ternura de nuestros hijos, en el amor de nuestras mujeres. Y nosotros lo que hacemos es, sorprenderla y traducirla en palabras musicales. Lo que nosotros escribimos es poesía sorprendida". Y terció el otro: "Ese es el movimiento que vamos a empezar, el de La Poesía Sorprendida".

Ese postulado cardinal sentado por Mariano Lebrón Saviñón estaría llamado a ser la piedra sillar de uno de los movimientos literarios que mayor influencia ha tenido en la producción de los vates dominicanos. Ya la poesía no sería el almidonado y a veces ridículo producto de mentes apresadas en una maraña de formulismos y preceptos sobre métrica y rima. En lo adelante, la creación trataría de reflejar el movimiento de la vida. ¿Acaso no dijo alguien que la belleza era el esplendor de los trascendentales del ser reunidos? Si tal es, la belleza que trata de cultivar la poesía no está en forzar consonantes, ni en alargar sílabas, por mera eufonía, sino que ella está ínsita en la realidad y en la mente que la "sorprende" en el ritmo mismo de la existencia. Lo que hace es actuar de mediadora y traducirla a palabras plenas de sonoridad, metáforas musicales que pretenden presentarla de modo íntegro, fiel.

El aedo, como lo entiende Lebrón Saviñón, no es el alquimista que reconcentrado en sí, circuido de la muda atmósfera de un gabinete, hilvana sílaba tras sílaba, para enhebrar estrofas simétricas, formadas por versos regulares, según una fórmula matemática, de viejo acuñada. Es ese ser de aguda sensibilidad que sabe salir al encuentro de la belleza y captarla en la esencia de las cosas que al profano parecen triviales y cotidianas. Mariano Lebrón Saviñón muchas veces salió al encuentro de la poesía y en infinitas ocasiones la sorprendió en la rapsodia propia de la existencia, traduciéndola con impecable maestría y regalándonos creaciones que en todos provoca el placer estético, que es el objeto primordial de quienes cultivan lo bello. A mí me toca hoy salir al encuentro del poeta, prolífico progenitor de tanta poesía.

Me lo encuentro en su casa, aguardando por la entrevista que accedió concederme, aunque todavía no le he adelantado nada en cuanto a que la intención es la de recabar material para un libro sobre su vida y obra, propósito que si se lo hubiese confesado de antemano, tal vez le habría inhibido de explayarse en las respuestas, dadas su sencillez y modestia refractarias a las lisonjas y los homenajes.

Luego de los saludos y expresiones de afecto, nos invita a tomar asiento en un mullido sillón de la sala de su casa. Enciendo la grabadora portátil y pregunto de inmediato acerca de la época de la historia nacional en que se registró su nacimiento, y enseguida la cascada de sus palabras, pronunciadas con inmejorable dicción, llegó a nuestros oídos y al sensible micrófono del aparato magnetofónico.

—En el primer cuarto del siglo veinte. Yo nací el 3 de agosto del 1922. Era en los días de la invasión de los yanquis, que estaban aquí. Mi padre era gaditano, es decir, natural de Cádiz, España. Había recibido una gran educación en Sevilla, antes de emigrar, sobre todo en el colegio de los jesuitas. Era un hablista; manejaba la pureza del español. Había hecho grandes amistades entre la intelectualidad de la época: el maestro Federico Henríquez y Carvajal: íntimo; casi un hermano de don Américo Lugo, quien fue uno de los paradigmas que tomé por espejo durante mi formación. Esa época también coincidió con la última visita de la viruela a las Antillas, sobre todo a Santo Domingo... y debo resaltar, de paso, que este fue el primer país en Hispanoamérica que eliminó el flagelo terrible de esta epidemia. Hoy podemos decir que la viruela es la única enfermedad que ha desaparecido por la acción del hombre, afortunadamente. No estamos hablando de medicina y, por tanto, no voy a abundar sobre este aspecto, pero se sabe lo que es la viruela, que dejaba, cuando no muchas muertes, un gran fardo de ciegos y siempre gente con estigmas en todo el cuerpo.

Hace una breve pausa, y prosigue:

—Mi madre era una muchacha humilde, muy hermosa, de una familia muy conocida: los Saviñón. Desde luego, en ese hogar morigerado, de buenas costumbres y bueno, ahí crecimos. Pero era una etapa en la que realmente, en la República Dominicana se vivía una vida muy austera y donde había respeto. Ese es un pasado feliz que hace darle razón al verso de Manrique: “cualquiera tiempo pasado fue mejor”, porque siempre se evoca con nostalgia.

Soy el tercero de cinco hermanos de padre y madre, porque tengo otros hermanos de padre, anteriores a éstos; pero, de padre y madre, yo fui el tercero. Crecimos juntos en un hogar en la calle Estrelleta y, en una época, llamaban a mi casa La Casa del Estudio, porque ahí, una buena copia de compañeros nuestros se formaron; eran asiduos visitantes y, desde jóvenes, hacíamos tertulias, imitando las que también en mi casa organizaba mi hermano José Ángel, con Juan Bosch, Pedro Mir, Marrero Arísty, con la gran intelectualidad de la época. Quiere decir que fue una vida hecha para la afición por la cultura.

Trato de conocer mayores detalles relativos a su nacimiento, por lo que le pregunto a don Mariano si alguna vez le mencionaron el nombre del hospital donde nació; y satisface mi curiosidad:

—No. Nosotros nacimos todos en nuestra casa. Los cinco hermanos nacimos bajo los cuidados de un médico, de muy grata recordación, el doctor José Román. Le decíamos Pepe Román. Era el médico de la casa. Recuérdate que estamos hablando de tiempos cuando existía el médico de familia. El doctor Pepe Román, con todo el respeto que me merece su recuerdo, porque así le decía mi papá: Pepe, y mi mamá le llamaba don Pepe, que fue quien nos trajo al mundo.

Le inquiero si el nacimiento suyo y de los demás hermanos tuvo lugar en la misma calle Estrelleta, donde reside actualmente.

—No. Nosotros nacimos en la calle Duarte, hacia arriba, pero muy niños nos mudamos ahí.

Le pido precisar la dirección exacta, y me contesta:

—En la calle Vicente Celestino Duarte, la antigua San Antón.

¿En qué momento aprende a leer y a escribir?

—En esa época. Estamos hablando de la parte auroral de lo que fue la tiranía de Trujillo, cuando realmente la educación era preocupación del gobierno. Era un tipo de educación muy diferente a la de ahora; todo facilitado por la escasa cantidad de habitantes que había, y en una época en la que los maestros eran verdaderos maestros.

Hace una pequeña pausa, y los ojos se le iluminan con la evocación de rememoraciones atesoradas, y prosigue:

—Tengo recuerdos adorables de mis maestros de primaria. Después venía el primero y el segundo de escuela normal práctica, que hoy son el séptimo y el octavo. Era una educación seria, rigurosa, bien dirigida. En los cursos primarios, es decir, los de la edad escolar: 6 a 10 años, se impartía moral y cívica desde el segundo hasta el sexto; se enseñaba a cantar a los estudiantes, y no solamente a cantar, sino a pronunciar bien cuando cantaban.

Para dar a lo dicho la fuerza del ejemplo, añade:

—Mi profesor de canto, Julio Alberto Hernández —quien fue declarado Patrimonio Cultural Viviente de la República Dominicana—, un hombre extraordinario, creador, muy dominicano y, sobre todo, maestro ejemplar, cuando reunía al grupo de niños, de voz asopranada todavía —yo con mis cinco o seis años, y otros hasta siete, diez—, el maestro Hernández nos indicaba: “Ahora vamos a cantar el Himno Nacional”. Cuando todos decíamos a coro, con nuestra voz divinal de niños: “Quisqueyanos valientes *salcemos*”, él interrumpía y nos decía: “¡No!, *salcemos* no. Es: *alcemos*. Vamos a repetirlo ahora”. En esa etapa de mi niñez usábamos pantalones cortos como parte de nuestro uniforme. Íbamos a la escuela con pantalones cortos y había grupos de niños y niñas —porque eran mixtas las escuelas— y se ponía especial énfasis en enseñarnos a cantar.

Como te decía, nuestro profesor de canto era esa gloria de nuestra nación: Julio Alberto Hernández. Cuando llegábamos a otra estrofa, que interpretábamos: “Sus cadenas de clavos rompió”, él volvía a corregirnos: “No, niños; es *de esclavos*”.

Nos enseñaban a recitar, y ya a partir del segundo año, que ya leíamos, teníamos que pararnos con nuestro libro a leer en voz alta. Primero empezábamos “pe-a: pa; papá”; después a leer largas tiradas; más adelante a leer prosas, hasta que al llegar al quinto, o en el sexto, ya nos aventurábamos con capítulos enteros, pero leyendo siempre en voz alta. Así se nos enseñó a nosotros. Eso se ha perdido.

Tengo un recuerdo adorable de esos años escolares, porque cuando Pedro Henríquez Ureña visitó la escuela donde yo estaba, que era la Salomé Ureña, la que tenía el nombre de su madre, y nosotros cantamos en honor a él —entonces yo estaba por el tercer curso—, se volvió a la directora de la escuela y preguntó: “¿Y cómo estos niños aprendieron a hablar tan bien?”

Era riguroso hablar bien el idioma y se insistía mucho en la corrección. Se leía en voz alta y los niños teníamos que analizar lo que acabábamos de leer. Se prohibía que cuando el lector se equivocaba, los otros niños se rieran. Eso no era permitido y era severamente castigado quien lo hacía. Además de eso, se nos enseñaba a jugar. Es decir, era una verdadera educación.

Llegados a este punto, indago sobre el establecimiento en donde realizó sus primeros niveles escolares.

—En la Escuela Salomé Ureña, la cual quedaba en la calle Duarte, un poco más arriba de la Félix María Ruiz. Allí terminé mis estudios primarios. Me hice bachiller en la Escuela Chile. Como estaba tan cerca, el barrio de San Carlos formaba parte de nuestro cariño. Nosotros nos sentíamos de Ciudad Nueva porque era donde habíamos crecido. Íbamos con frecuencia al Parque Abréu, muy cerca de la Escuela Chile. En ese ambiente fue en el que crecimos.

Haciendo uso de la más elemental lógica, por estar ante un portento literario de su estatura, formulo lo que entiendo una pregunta obligada: Me imagino que durante sus años escolares se destacó en las asignaturas de humanidades. ¿Estoy en lo cierto, poeta?

—Sí. Primero, por iniciativa propia. Yo crecí en una casa que incitaba al estudio y la creación; mi padre era escritor,

era poeta, poeta romántico. Llegué a publicarle un libro muy hermoso, sobre todo de sonetos. Murió siendo romántico, un poco esquivo a las innovaciones literarias especialmente en el ámbito de la poesía. Pero fue muy liberal con la educación y las tendencias culturales de sus hijos, de modo que él toleraba esas tertulias que se hacían en nuestra casa, que eran tertulias renovadoras, muy lejanas de lo que era parte de su acervo y desde luego, en las escuelas también se hacía énfasis en los aspectos de las humanidades. Por ejemplo, esos libros de lectura que yo te digo, que empezaban en el primer curso elemental, con el libro *Mantilla*, que hasta los otros días fue muy popular; pero, a partir del segundo, había libros escritos de acuerdo con el grado de cultura que debía tener un estudiante en esos niveles. Eran muy pedagógicamente seleccionados, de modo que, mientras en el segundo curso nosotros teníamos la lectura: "Maruja tenía un corderito, corderito de lana blanca", ya en el tercero había lecturas más dilatadas. En el cuarto se leían capítulos de la novela *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván; y en el quinto leíamos capítulos del Cervantes. Mi primer contacto con don Quijote de la Mancha, que hoy es mi paradigma, el libro por excelencia para mí, yo lo hice precisamente en esa escuela primaria.

Trato de obtener una descripción del entorno citadino en que creció don Mariano, y le pido que me refiera cómo era el intramuros de la ciudad capital en su adolescencia.

—Era muy simple, pero ya se estaban haciendo unos que otros edificios. Claro, la ciudad era pequeña. La Normal Superior quedaba frente a donde yo vivo hoy, donde me hice bachiller: en la calle Estrelleta. Esa fue la Normal que construyeron los americanos en el año 1916. Cuando mataron a Trujillo, eso lo destruyeron, porque la escuela quedó en perfecto estado, pero un día una turba entró y le pegó fuego, y sólo quedaron los muros de concreto y de piedra. Todo lo que era madera se consumió. Cuando le dieron la edificación a la Iglesia, a Los Carmelitas, ellos terminaron de tumbar los muros de concreto de las ruinas. Pero esa fue la Normal donde nos formamos todos.

En una ciudad adormilada, en la que la modorra cotidiana resultaba imperturbable, las plazas públicas, los

parques, eran el centro neurálgico de las relaciones entre los vecindados en la urbe. Dado que el establecimiento del que nos habla estaba en las cercanías del parque Independencia, le pregunto a don Mariano si éste era el principal parque en sus años de infancia.

—El parque Independencia era un parque tradicional. Se construyó antes de que yo naciera, cuando las murallas se derribaron en la última década del siglo XIX, por ahí por el 1890, para hacer crecer la ciudad; por eso, a esa parte de la ciudad detrás de lo que eran las murallas, la llamaron Ciudad Nueva. Todo ese espacio contiguo a la muralla era una sabana. Ahí fusilaron a Rodríguez Objío, ahí fusilaron a Scanlan. Ahí frente a lo que hoy es el Colegio San Pío X, del lado de la calle Arzobispo Nouel, había un lugar donde se realizaban los fusilamientos. Después, lo primero que se hizo fue tomar ese espacio para elevar un parque infantil, que realmente era una plaza. Le llamaban parque, porque era mucho más grande que todas las plazas existentes entonces. La plaza Enriquillo, que ulteriormente le llamaron Julia Molina, se hizo muchos años después de iniciar Trujillo su gobierno, unos seis u ocho años después.

El Independencia era el parque infantil, el más grande, con una hermosísima glorieta, que Balaguer destruyó para hacer el Mausoleo a los Padres de la Patria, con protesta de gran parte de la población. No encontré eso tan mal, pero destruyó nostalgias de una niñez feliz. Esa era una glorieta muy hermosa.

Esa glorieta estaba rodeada de un foso siempre con agua. Y se pasaba a la glorieta por seis puentes, como los de Venecia. Y ese era el punto de juego de la muchachada, sobre todo de la parte baja de la ciudad.

Para obtener nuevos detalles que nos permitan visualizar el Santo Domingo de sus remembranzas infantiles, le pido que me diga cómo era la flora del referido parque, en cuyas inmediaciones creció.

—Había un árbol añoso, un álamo, cuya sombra se extendía en gran parte del parque y donde habitualmente jugábamos. Posiblemente, no recuerdo bien, fue víctima de uno

de los tantos huracanes que azotaban al país, y su desaparición hizo sufrir mucho a la muchachada.

Para que me permita conocer el tesoro de sus juegos, pasatiempos y travesuras infantiles, le pregunto si iba al malecón, si recordaba La Playita, la playa más frecuentada en aquel entonces, y si él en alguna oportunidad practicó el "maroteo".

—No, yo no maroteaba, era muy torpe para eso. Mis hermanos sí lo hacían. A la playa sí iba: a Güibía, que era un balneario maravilloso. La echó a perder la avenida George Washington. Era el gran balneario de la ciudad. Nosotros hacíamos excursiones porque, para nuestra visión de entonces, Güibía quedaba muy lejos de la ciudad, porque ésta, prácticamente terminaba en la Puerta del Conde, con los añadidos de lo que es Ciudad Nueva hoy. Entonces, se llegaba allá por trillos y una carretera que se iba abriendo poco a poco.

Los sábados o domingos en la mañana, nos reuníamos un grupo de amigos, a veces con una persona mayor, a pasar la mañana en Güibía, bañándonos. Había unas casetitas que hacían las veces de vestidores, donde uno se ponía el traje de baño.

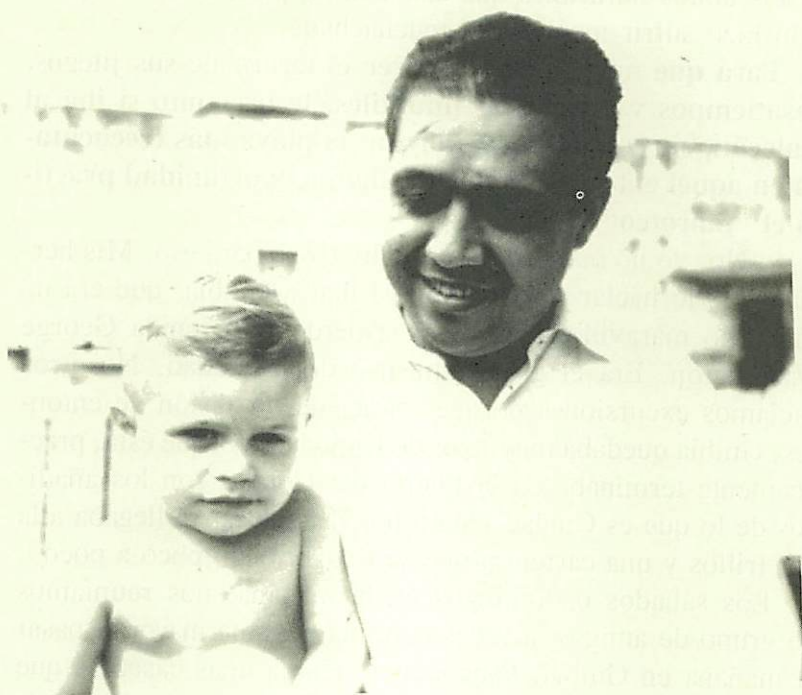
Pero te estoy hablando de cuando yo iba a Güibía, que incluso me bañaba con el pantaloncillito de niño. Güibía tenía un trampolín que penetraba hasta el mar. Pero tú te alejabas de la playa a una distancia enorme. Yo llegué a caminar un kilómetro o más, un niño de siete u ocho años, caminando mar adentro. El agua apenas te llegaba por la cintura, quizás más bajo.

Pregunto si ésa era la única playa de la ciudad, y me aclara:

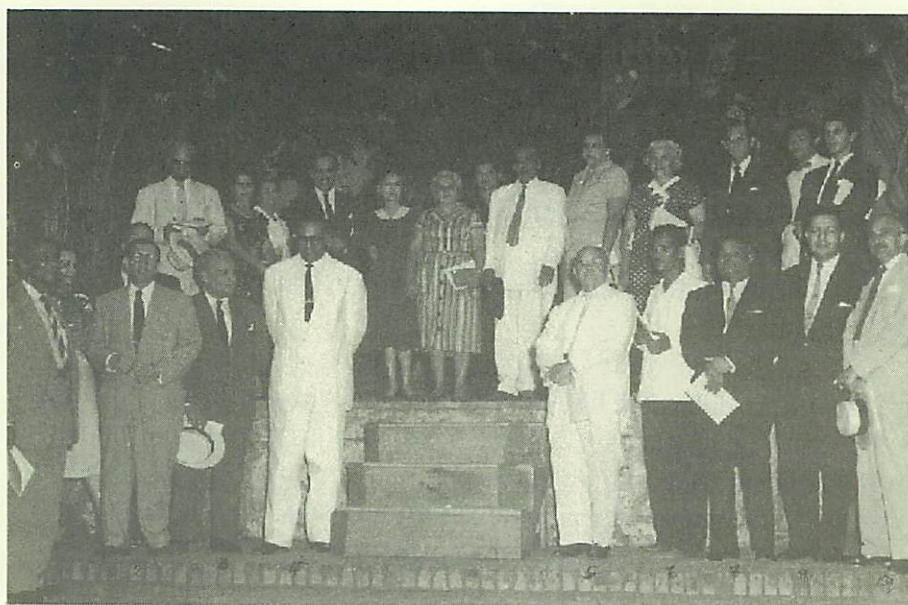
—Había otra, más peligrosa, un poco más acá, por las alturas del hotel Jaragua, donde se decía que hasta ahí llegaban los tiburones. Llegué a ver tiburones muertos, tirados en la costa, que habían sido capturados en esas inmediaciones.

Indago cuáles cines existían en esos años de su niñez y juventud, y satisface esta curiosidad:

—Existía el Capitolio, que estaba frente a la catedral; estaba el teatro Independencia, que era el más grande, y tenía la



Con su hijo Mario José.



En el patio de la Librería Dominicana.

ventaja sobre otros teatros, de un escenario, un poco amplio. Entonces, a las compañías de teatro, que venían con harta frecuencia, generalmente las llevaban ahí, porque tenía más facilidad para las escenificaciones.

También estaba el Rialto. Esos son los cines que yo recuerdo en la parte baja de la ciudad. Un poco después, ya siendo yo estudiante de medicina, se hizo El Encanto, que quedaba en la calle El Conde, entre José Reyes y Sánchez. Era un teatro pequeñito, no de los mejores, pero aristocrático, porque estaba en la calle El Conde.

Como escritor que es, que tiene una visión precisa de las cosas, le pido al doctor Lebrón Saviñón que nos haga una descripción de cómo estaba dibujada la ciudad en los tiempos de su adolescencia.

—Estaba bordeada de barrios, de barrios pobres, con una gran cantidad de casas de madera, y hasta bohíos de yagua, en plena ciudad.

Por ejemplo, al lado de la iglesia Santa Bárbara recuerdo un bohío que desapareció con el ciclón de San Zenón, y al repararlo, ya no fue un bohío lo que hicieron, sino una casa de las que se llamaron ciclónicas. En la Arzobispo Portes, cercano a la Estrelleta, había uno que otro bohío de yagua. En la Padre Billini había casas de madera, con enormes patios poblados de frutales. Nosotros íbamos a buscar frutas donde esos vecinos, limoncillos, sobre todo.

Una vívida estampa de nuestras ciudades es la de la bullanguería de los niños haciendo mofa de algún orate o sujeto de dudosa cordura. Le pido a don Mariano que mencione personajes de este tipo que deambulaban por la ciudad en los años de su niñez.

—Hubo uno que se hacía llamar “Dios”. No lo recuerdo bien, pero era muy oscuro. Y pudiera haberse llamado Capitán, porque andaba con un kepis viejo, pero él se hacía llamar Dios.

¿Y Barajita?

—No. Barajita es ya de mi adultez. El que era de mi infancia era Clinche, que era un loco gordo, pueril, que la ma-

dre lo amarraba a una silla y él salía huyendo con todo y silla. Eso es de lo más patético y risible que tú puedes concebir. Era un contraste absurdo cuando lo veías, siendo tú un niño, ver aquel hombre que por la edad podría ser tu padre — porque era mucho mayor que yo—, teniendo el comportamiento de un párvulo. Lo que pasa es que era pueril. Su mal era de la glándula hipofisiaria; era de estos gordos grandes y tontos. A él lo regañaban, le decían: “Te voy a dar una pela”, y se ponía a llorar. Le hacían muchas maldades.

En esta categoría de alienados, durante mucho tiempo en la ciudad de Santo Domingo era figura harto conocida el que motejaban como “Pichón de Burro”. Trato de saber, por boca del doctor Lebrón Saviñón, si ya para su época infantil o mocedad se conocía este personaje.

—Sí. Era horrible. Lo maltrataban mucho. Le decían: “Pichón de Burro, hediondo a gas, no lo permite la sanidad”, y él se incomodaba y tiraba piedras. Se abusaba mucho de él. Se dice que un pariente de Trujillo —no sé si ello es verdad— le dijo, con un cuchillo en la mano: “Usted es muy feo y no debe vivir”, y le hizo un tajo en el esternón y todo el vientre. Se lo llevaron de urgencia al Padre Billini. Después, andaba enseñando su cicatriz.

Pero, sobre el causante de la puñalada, no puedo asegurar que fuera verdad. Podría haber sido cualquier bandido. Lo que yo nunca probé, y como eso se decía a *sotto voce*, por lo bajo, se lo atribuyeron a uno de los Trujillo menos arbitrarios, no recuerdo cuál, pero era uno que gozaba de simpatía entre la gente, de los sobrinos, pero no estoy seguro. Pero el señalado era de los Trujillo que no eran agresivos.

Para variar la conversación, cuestiono al poeta acerca de lo que puede evocar de esa época de su adolescencia romántica.

—Muchísimas cosas adorables, aventuras, mis primeros cantos, mis primeras pasiones. Recuerdo que a mí me daba vergüenza que supieran que estaba enamorado. Cuando yo escribí, a los 13 ó 14 años, *Estaba frente a frente tu sonrisa*, esa niña que fue mi novia y adorable...

Pregunto el nombre de la musa que inspiró al joven poeta, y me contesta:

—Mira, yo no recuerdo el nombre, y abomino eso, porque mis hermanos me daban lata con ella. Era adorable, era como un ángel. También yo era igualmente inocente, era otro ángel. Incluso, los padres de ambos medio toleraban esas relaciones, que juzgaban de niños. Realmente, eso era inocente, eso de escondernos para darnos un beso en la mejilla.

No recuerdo cómo se llamaba. Tenía un nombre que terminaba en *eta*, y ellos, mis hermanos, por burlarse de mí y mortificarme, le decían Chuleta. Yo pataleaba, peleaba y hasta lloraba para que no le dijeran así, pero ellos seguían en sus treces.

Por las precariedades de nuestro medio, los niños tienen que ingeniárselas muchas veces para improvisar juguetes con materiales que son fácilmente asequibles, como, por ejemplo, tomar un palo de cierta longitud y clavarle dos travesaños más cortos, próximo a los extremos, colocando en las puntas de uno de estos, a guisa de ruedas, los redondeados frutos de la javilla, en tanto se colocan sendos hilos o alambres que unen los dos palos que cruzan el más largo, lo que permite imprimir al que actúa como eje de las ruedas, los movimientos que desee el niño que conduce el artefacto. Son los llamados carritos de javilla. Dado que esto ha sido algo tan común entre los chiquillos dominicanos de todos los tiempos, pregunto a don Mariano si llegó a utilizar tales ingenios de la inventiva infantil.

—No. En mi época era diferente. No fui un niño que disfruté mucho de los juegos. Nunca jugué pelota, pero fui fanático del béisbol desde niño, de los que lloraba cuando el Escogido perdía. Lloraba, pero a raudales, que incluso tenían que venir los vecinos a consolarme, y había amigos míos que eran liceístas, que por el gran aprecio que me dispensaban, no se atrevían a darme lata porque sabían que me iban a hacer sufrir. Pero no jugué nunca; mis hermanos sí.

Inveterada costumbre del dictador Rafael Leonidas Trujillo era la realización de un paseo nocturno en el male-

cón de la ciudad capital, actividad en la que se le veía acompañado de quienes en el momento gozaban de su favor. Me intereso por saber si don Mariano llegó a presenciar a dicho personaje, en momentos en que hacía tales caminatas.

Sí, muchas veces, pero nunca lo veía de cerca, porque te desalojaban minutos antes de que él pasara.

Le pido que me enumere a quiénes veía junto a Trujillo en estos paseos, y acota:

Bueno, yo veía a mucha gente. Al principio, veía a Cucho Álvarez Pina, a quien conocía muy bien; a Paíno Pichardo, a quien conocía muy bien; a Francisco Prats Ramírez, a quien yo quería mucho. Ulteriormente, notaba en el grupo la silueta desgarrada y gorda de Anselmo Paulino. Siempre estuvo acompañado de un grupo de amigos. Era su deleite. Se sentaba un rato en un lugar donde estaba aislado. Por esa acera no pasaba nadie más.

Quiero saber si en alguna ocasión don Mariano tuvo oportunidad de trabar conversación con Trujillo, a lo que responde sin vacilación:

Jamás.

Ante esta respuesta, añado que si nunca vio de cerca al hombre fuerte de San Cristóbal.

De cerca, sí. Lo vi en paradas.

A lo largo de la era de Trujillo, entre las personas estimadas notables por su intelecto, y hasta los que no se reconocían por ser brillantes, no escapaban a que en algún momento se les encomendara escribir y pronunciar un discurso en loor al tirano. Le inquiero a don Mariano si escribió algún discurso en honor a Trujillo.

Claro que sí. En la Escuela Normal, donde yo me hice bachiller, en una oportunidad me impusieron decir unas palabras en un acto. Me llamaron y me dijeron que iba a leer un párrafo dedicado a Trujillo.

Le pido recordar lo que dijo en la ocasión, y responde:

Nada. Todo fue cuestión de decir en un momento dado: "Y todo ese esplendor lo debemos al Benefactor de la patria, que se ha ocupado..." Por el estilo fue mi intervención.

Recuerdo que mi padre se preocupó mucho, porque al decir eso me sonreí.

Yo era un revolucionario callado, no agresivo. Muchos de mis compañeros fueron a parar a La 40. Entre mis amigos que corrieron esta suerte, estuvieron el doctor Fernández Caminero, Asela Morel. Yo estuve detenido e interrogado por eso, y salí, porque no estaba metido en nada. Incluso, hay algo que es insólito: nunca supe que estaban metidos en movimientos contra la dictadura, pero cada vez que apresaban a un amigo mío, yo era detenido. Me detuvieron muchas veces. Estuve preso una vez que me acusaron de hacer un pasquín que yo no hice.

En el grupo de intelectuales con quienes estaba relacionado, y eran opositores a Trujillo, estaba Rodolfo Coiscou Weber, que era amigo íntimo mío, del grupo Alfa y Omega. Fue prácticamente en el salón de su casa donde nació La Poesía Sorprendida, pues fue donde conocí a Baeza, en una conferencia que estaba dictando mi hermano Carlos, y él llegó. De ahí en adelante, no nos separamos.

Cuestiono a don Mariano acerca de cómo veía la personalidad de Trujillo, desde la óptica de un joven de su edad, entonces.

Era apasionante. Como todos los tiranos, hacía desfiles maravillosos. Me pude salvar de muchas de esas cosas calmadamente, con pretextos y argucias. Por ejemplo, yo tenía que desfilar obligatoriamente con el Colegio de Médicos, pero tenía que desfilar con la Universidad, también de manera obligada. Entonces, me iba de un lugar a otro, y en un momento dado me iba para mi casa, y veía el desfile por televisión.

¿Nunca le llamó la atención el director de la escuela o el decano de la facultad?

Nadie se daba cuenta.

Le pido que me describa a ese personaje tan relevante de nuestra historia que fue el dictador Rafael Leonidas Trujillo, y me expresa:

Tú sabes que la juventud a la que pertenecí, y esos médicos catedráticos que estuvieron conmigo, tenían otras ideas.

Recuerdo cuando nosotros nos íbamos en un carro a escuchar los primeros discursos de Fidel Castro, en la radio, muy bajito. Cuando venía un policía, decíamos: “Espérate, que viene un policía. Apágalo, apágalo”. Teníamos temor, lo que no hacíamos era exteriorizarlo.

Esa época la llamábamos “la época de las laringitis”. Paquita Escribano, de quien tú has oído hablar, decía: “Ustedes, los que tienen laringitis”, porque hablábamos en susurros, para evitar que alguien nos escuchara y nos delatara. Y te digo que no era pura paranoia, sino que era temible el aparato de espionaje que Trujillo mantuvo funcionando durante los años en que sojuzgó al país.

Te voy a contar una anécdota para que captes la idea: En cierta oportunidad fui a San Juan de Puerto Rico a un congreso pediátrico. Allá me encontré con Rafael Damirón, que era diputado, y de los aparentemente favoritos de Trujillo, pero por lo bajo, crítico de la situación. Entonces, él me invitó a comer en el hotel, y cuando terminamos de comer, me invitó a su habitación. Entonces, lo más bajo, tan bajo que casi no lo oía, me preguntó: “¿Cómo están las cosas por allá?” Y en el mismo tono, le contesté. Pero llegó un momento en que yo alcé la voz y le pregunté: “Ven acá, y por qué si estamos en San Juan de Puerto Rico, estamos hablando tan bajito”. Y él me dijo: “Porque las paredes oyen”.

Esa era la laringitis. En San Juan de Puerto Rico estábamos hablando así. Mientras Trujillo imperó, lo más sano era andar con mucho tiento antes de hablar, porque era cosa solita que entre los amigos y hasta entre parientes apareciera un infidente.

Una experiencia que desconcierta, indigna y llena de acritud nuestro espíritu es ser objeto de una infidencia por parte de una persona a quien guardamos confianza y amistad. Le pregunto a don Mariano si nunca fue traicionado por un amigo, y me ofrece la siguiente respuesta:

¡Claro que sí! El individuo que dos veces me hizo ir a la cárcel por falsas acusaciones era hermano de un amigo entrañable mío. Por eso, yo no lo revelo. Pero yo sé que fue él,

porque me lo confió luego gente que lo sabía de buena fuente.

La siguiente pregunta que le planteo al doctor Lebrón Saviñón es acerca del significado que para él tuvo Trujillo.

Un personaje histórico con muchas facetas, digno de estudio. Pero tomando siempre en cuenta que fue un monstruo de crueldad. Porque con el tiempo se van exaltando las figuras, hasta de esos césares cretinos y homosexuales. Esto no va con Trujillo que ni fue cretino ni homosexual, sino todo lo contrario. A veces alguien lo elogia, y un día se hará un anecdotario de Trujillo, como se hizo el de Lilís, y va a pasar a ser un personaje pintoresco, olvidándose todo lo que de siniestro tuvo.

Le pido que establezca los contrastes entre la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina, y los gobiernos que le han seguido. Inquiero, concretamente, cuál es la diferencia que a su juicio media entre los 31 años de ese régimen de fuerza y el gobierno del profesor Bosch, que fue el primer gobierno democrático que conocimos luego del descabezamiento de la dictadura trujillista.

El paralelo... yo quiero un poco más de meditación. Nosotros estamos viendo en la era de Trujillo todo el aspecto negativo, y es lógico. Dejaron un gran sedimento de angustia, de dolor, de luto, cosas que pasaron. Ahora en estos días yo he leído una serie de libros acerca de las hermanas Mirabal, aquella epopeya trágica. Pero, desde el punto de vista de la historia, tendremos que hacer un análisis de aspectos negativos que son los grandes, pero también positivos. También las dictaduras a veces dejan algo. No como alguien me preguntó una vez que si era verdad que Trujillo era un Calígula con tendencias homosexuales. ¡No! No lleguemos a eso. No lo idolatremos, pero tampoco digamos mentiras que mañana van a ser desmentidas, y cada desmentido trae para la persona que había sido agredida una cosa de mejoramiento y admiración de su vida. Pero, te puedo decir que solamente se necesita haber vivido esa experiencia para saber que podía

ocurrir una cosa tan terrible en la vida de los hombres de una colectividad, un silencio abisal, que rompimos nosotros con La Poesía Sorprendida, casi como por un milagro de la historia.

Pero, ahí te puedo decir, de una vez, que todo lo que ha ocurrido desde el momento de la muerte de Trujillo, incluyendo la primera parte de este capítulo, los desórdenes, la revolución de abril, todo fue infinitamente mejor que aquella época de terror, de odio, de sangre, de miedo.

Yo llegué a la juventud con un terror extraordinario, porque no era tan sólo que tú tuvieras fervor trujillista, que tú tuvieras fidelidad absoluta para eso; la celada de muerte estaba en cada esquina, por una palabra mal interpretada, por una mirada que no gustó.

Al preguntarle sobre el horrendo crimen que los sicarios de Trujillo perpetraron contra las hermanas Mirabal, reacciona vivamente y dice:

Eso no tiene nombre. Fíjate que se han escrito epopeyas, y sin embargo, el tema no cansa. El tema aparentemente se ha agotado y no es así. En estos días, por una razón especial que luego te explicaré, yo leí dieciséis ensayos largos sobre las hermanas Mirabal. Los leí uno por uno, con igual interés todos.

Le pido que me confirme si era cierto que Trujillo hacía cuanto se le venía en gana, lo mismo en materia de mujeres, ya que se le conocieron numerosas amantes, que en cualquier otro aspecto en que su voluntad se manifestaba.

Trujillo hacía lo que le daba la gana, pero no siempre sucedió así. Yo te hago tres anécdotas, una de ellas es la de Américo Lugo.

Cuando Trujillo quiso que Américo Lugo escribiera una historia, firmó con éste un contrato para que redactara una obra sobre historia nacional, hasta la etapa del gobierno de Lilís. Pero Trujillo anunció en Mao que tenía su historiador oficial que iba a escribir su historia y don Américo Lugo le mandó una carta diciéndole: "Yo escribo en el rincón de mi casa, y mi pluma no se vende".

Cayó en desgracia, y no llegó a morir por esta causa porque era Américo Lugo, y era un individuo de admiración continental. Viriato Fiallo tampoco murió, pero nunca fue afecto a Trujillo y siempre se le enfrentó.

El mismo Trujillo contó una anécdota que alguien publicó —yo la leí, pero no recuerdo quién era el autor— que cuando él iba a Nigua, donde al principio llevaba a los grandes intelectuales, y que luego convirtió en manicomio, él iba a burlarse con una fusta. Los ponía en fila. Eran Jimenes Grullón, Ángel Micolán, todos esos presos egregios. Los insultaba, les daba fustazos, unos le contestaban y otros no.

En un momento dado, Trujillo les decía: “Ustedes son hombres sin redaños”, para no decirlo tal como él lo expresó en el momento, y un preso avanzó, y le dijo: “Mire, yo tengo más que usted, y usted no me puede decir eso”.

Asumí que un gesto de osadía de esa naturaleza sólo pudo tener un desenlace expeditivo y mortal, y así se lo manifiesto a don Mariano; pero, para mi sorpresa, me acota:

Trujillo elevó la fusta, y la bajó. Después, según reseña el autor de la anécdota que te relato, durante un encuentro con sus amigos, mientras bebían, le preguntaron el por qué no le había dado el fustazo, y él contestó: “Porque yo leí en esos ojos que si le daba el fustazo, me agredía, y yo no quería matar a Fabio Fiallo”.

Poeta, he leído bastante referente al dictador, y he oído decir que algunas personas, para conseguir empleos o para que su familia estuviera bien, le cedían sus mujeres y sus hijas a Trujillo.

Tú me has hecho una pregunta que flota la respuesta. Eso pasaba con Nerón, que era un homosexual. Le llevaban las mujeres. Eso pasó con Calígula, eso pasó con todos los tiranos, y que él no tuvo las mujeres que quiso porque él era medio misógino. Eso ha pasado en todas partes, y había gente que se le enfrentaba como las hermanas Mirabal se le enfrentaron.

Se halaga a los tiranos, se les tiene miedo, pero también se buscan posiciones. Hay siempre esa rémora de maldad,

esa rémora de bajeza. Eso existe en el mundo entero, como también existen los Fabio Fiallo, como existen los Tavárez Justo, que fueron a morir por su causa o que se le enfrentaron al tirano, desafiándolo.

Con su sapiencia que donde quiera que va lleva la cultura, le solicito una explicación, desde su punto de vista, acerca de cómo un hombre puede perpetuarse en el poder durante 31 años, que fue el caso nuestro; más de 4 decenios en Cuba, una revolución total y completamente diferente.

Son hombres —vamos a poetizar— que tienen un poder especial, se hacen de un aparato represivo como Lilís, como Perón. No voy a mencionar otros para no crear problemas, pero son como cualquiera de estos hombres protervos, demoníacos, con poderes, que tienen cierto tipo de empatía que no la tienes tú ni la tengo yo, y a lo mejor sí. Yo pudiera ser un gran tirano si me hubiera criado en ese medio y luego a ser un general.

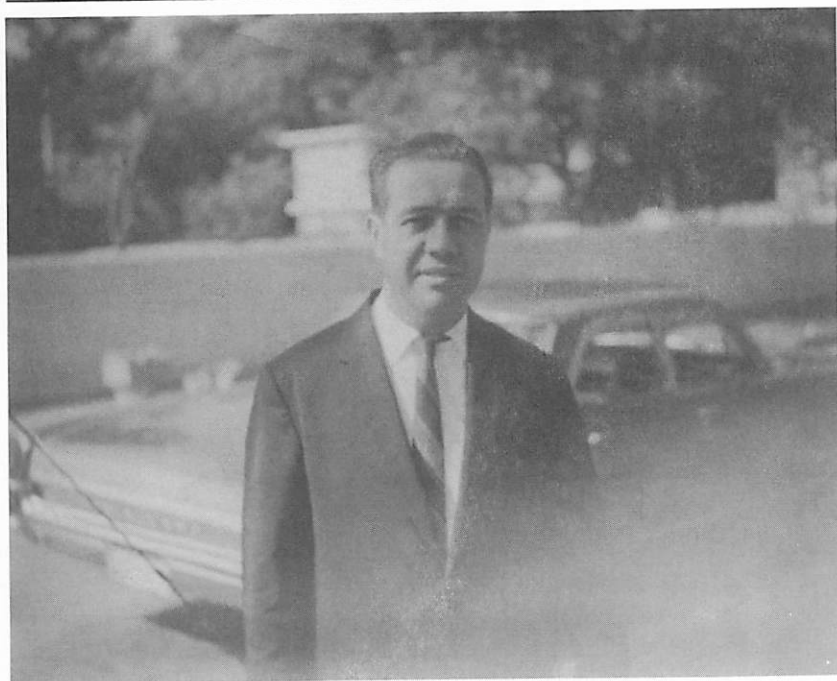
Aquí hay muchos que no lo fueron: Horacio Vásquez no fue un dictador ni fue un asesino, porque no le dio la gana, porque tuvo hartos poderes para serlo, y gentes pasionales que lo seguían, a Horacio Vásquez, a Juan Isidro Jimenes, caudillos que apasionaban, que arrastraban gente. Y cuando tú coges el látigo y tienes gente que te secundan, y las armas las tienes tú y ellos no, entonces tú estás ahí hasta que algún día surge un grupo que le pone fin a eso de alguna manera.

Le hago la observación de lo tanto que en estos tiempos se ponderan “bondades” del régimen de Trujillo, lo que podría tener por efecto que una niebla de olvido atenúe el recuerdo de cuanto de oscuro y perverso tuvo esa dictadura.

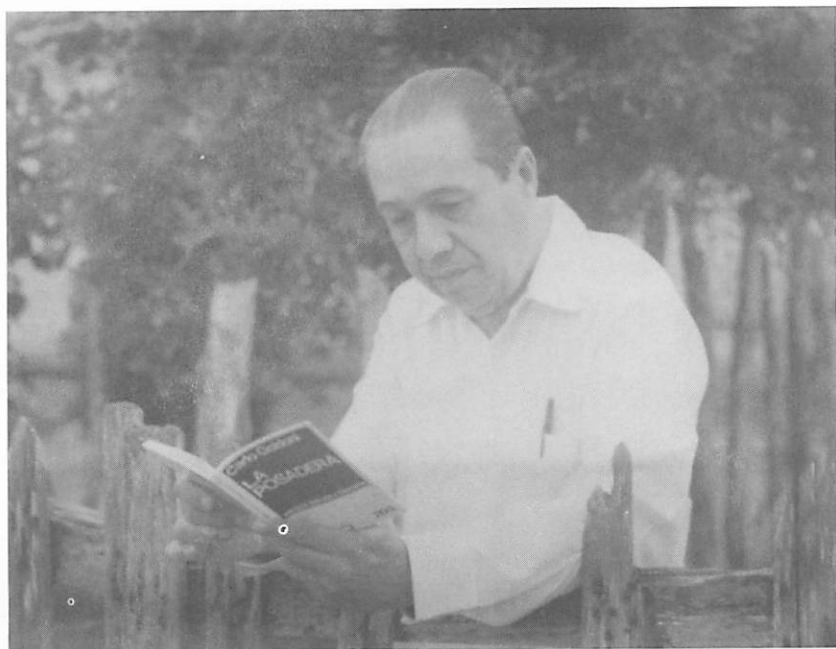
Claro. Están contribuyendo a que se les haga ese otro pedestal.

Pero, ¿fue o no una realidad Trujillo? Es la cuestión que someto a su consideración, y expone su punto de vista:

Claro que es una realidad. Y fue fruto de una época. A Trujillo lo parieron los yanquis.



En uno de sus viajes a Sudamérica.



Durante su estada en Juan Gómez, deleitándose con la lectura de un buen libro.



Durante la recepción ofrecida en el reconocimiento que se le rindió como “Maestro del Año”, acto celebrado en la Biblioteca Nacional. En la gráfica, desde la izquierda: Emma Valoy, Rosa Lebrón, don Mariano, la mezzosoprano Ivonne Haza, y otra invitada que departió junto al grupo.

Una preocupación que albergan muchas personas comprometidas con la existencia del régimen democrático en la República Dominicana es la de si hay posibilidad de que se reedite en el país un régimen de fuerza de características similares a la dictadura de Trujillo, y el poeta admite esa probabilidad:

Sí. Claro que sí.

Pregunto por qué lo considera posible.

Están ahí. Están en potencia. Y de que aparezca un Hitler en Alemania, un Stalin en Rusia. Claro que sí.

¿A esta altura del juego? Digo, casi como una interjección, objetando su razonamiento, y abunda:

A esta altura del juego, y mañana y pasado mañana. Sólo basta con leer la historia, para apreciar que no hay una evolución histórica rectilínea, que hay retrocesos y modelos que se repiten en ocasiones.

Usted conoce muy bien a un hombre llamado Joaquín Balaguer, de 95 años. Todos los políticos van donde él. Recordamos aquellos 12 años cuando algunos decían que él era asesino, que era lo peor. Ahora, parece que en sus últimos años el doctor Balaguer terminará con excelencia. Todos van donde él a consultarle. “A amarrar la chiva”, dicen...

Balaguer es un fenómeno de la naturaleza, y ese tipo de hombres existen: son los genios. Beethoven fue un genio, un dios de la armonía. Balaguer es un intelectual de sólida formación, no se le puede negar. Tiene una cultura enorme, hace discursos bellísimos y un político nato en un país de pasiones.

Arrastran gente. Ahora, en lo que es un fenómeno es que él está escribiendo, está haciendo política, ciego, inútil, en una época en la que todos estamos bajando ya en las actividades intelectuales.

Es un hombre admirable, sí, como lo fue Demetrio Rodríguez en su época, aquel guerrillero montecristeño que leía los versos de Goethe en alemán, y fue un general triunfador y extraordinario. Estoy escribiendo su biografía en estos días.

Estoy en ese menester. Escribí una biografía casi novelada, porque es un personaje apasionante. Dios se lo dio todo.

Le pido confirmarme el dato de si Balaguer vivió en las inmediaciones de donde vive él, en el sector de Ciudad Nueva.

El frecuentó la residencia de sus hermanas, en las cercanías de mi casa durante mucho tiempo, en mi adolescencia. En mi juventud, todavía yo estudiante de Medicina, ya él era habitual por ahí, con unas hermanas maravillosas, unas vecinas maravillosas. Él siempre un poco retraído, se paraba a saludar a mi madre, hablaba dos o tres minutos y seguía. Se le consideraba como a un vecino, aunque realmente no vivió por ahí, porque él lo que hacía era almorzar y cenar donde sus hermanas, a quienes él les pagaba el alquiler de la casa.

Muchas veces dejaba el carro frente a frente a mi casa, se bajaba ahí, atravesaba, saludaba a mi madre y seguía para su casa.

Usted mencionó hace un rato a don Rodolfo Coiscou Weber. Su madre, la profesora Delia Weber, fue una apasionada lectora de los poetas orientales, especialmente de los hindúes. De pronto me asalta la curiosidad de si tuvo don Mariano alguna influencia de la señora Weber para introducirlo en la lectura de poetas como Rabindranath Tagore.

No precisamente. Rabindranath Tagore formaba parte del acervo de varios poetas, de románticos populares en el habla hispana. Eso era Tagore: un gran romántico, con un sentido nuevo, pero no oriental.

Realmente mi apasionamiento por la literatura oriental, por las cosas de Oriente, provenía de un amigo mío, quien desgraciadamente murió en estos días: Enrique Patín Veloz. Él tenía una gran biblioteca de literatura oriental y yo lo ayudé a enriquecerla comprando libros del género. Y desde luego, es una literatura exótica.

Pero creo, y ahora que me preguntas sobre este particular, debo significarte que mi gran pasión por la poesía oriental, sobre todo por la poesía china, a través de la literatura arábi-

go-española, es decir, todo ese período de ocupación islámica de España, ha sido profundamente estudiada por mí. Tengo libros escritos al respecto.

En mi último libro, el primer capítulo habla precisamente de la literatura elegíaca de los árabes, a través de un gran poeta español, aunque de lengua árabe: Abul-Beka.

Esos árabes, que son la esencia de mis ensayos, influyeron notablemente la poesía española. Sin los árabes no hubiera habido un Góngora, ni un Quevedo con toda esa riqueza emocional. Y esa elegía de Abul-Beka influyó en los elegíacos españoles, sobre todo en las coplas de Jorge Manrique. Don Juan Valera dedica todo un estudio a destacar estas influencias del primero sobre el segundo. Como muestra, basta contrastar la producción de ambos: Abul-Beka, que dice: *En todo terreno ser / Sólo permanece y dura / El mudar / Lo que es hoy dicha o placer / Será mañana amargura / y pesar.*

El español expresa la misma angustia por lo efímeras que resultan las cosas humanas: *¡Cuán presto se va el placer / Cómo después de acordado / Da dolor! / Cómo a nuestro parecer / Cualquier tiempo pasado / fue mejor.*

Estas coincidencias no resultan algo ocurrido por casualidad. Por ejemplo, el andaluz arábigo se lamenta en su canto de que: *Con sus cortes tan lucidas / del Yemén los claros reyes, / ¿Dónde están? / ¿En dónde los Sasanidas / que dieron tan sabias leyes / al Irán? / Los tesoros hacinados / por Karún el orgulloso, / ¿Dónde han ido? / De Ad y Temud afamados / el imperio poderoso / ¿Do se ha hundido?* Manrique, a su vez, interroga: *¿Qué se hizo el rey don Juan? / ¿Los infantes de Aragón, / qué se hicieron? / ¿Qué fue de tanto galán? / ¿Qué fue de tanta invención / como trajeron? / Las justas y los torneos, / paramentos, bordaduras / y cimeras, / ¿Fueron sino devaneos? / ¿Qué fueron sino verduras / de las eras?*

Con estos ejemplos quiero justificar la incidencia del género elegíaco de poetas árabes en varios de los más descolantes representantes de la poesía hispana.

A don Mariano se le conoce como un gran melómano, y por tal motivo me intereso por saber cuáles músicos y géneros disfruta más.



Cuando pronunciaba el discurso ante el auditorio que le rindió homenaje, durante el otorgamiento del Premio Vasconcelos, en México, en el año 1992.



Mientras departía en uno de los salones del hotel donde se efectuó la entrega del Premio Vasconcelos, México, 1992.

—Beethoven, desde luego. Yo crecí con Beethoven y su repertorio.

Por ejemplo, mi hijo Mario, que es un gran melómano, es apasionado del barroco. A mí el barroco me encanta, como es natural, pero no me apasiona tanto como la música sinfónica, y más tarde la música moderna, que a veces me desconcierta...

Obviamente, me veo compelido a plantear la cuestión de por qué le desconcierta alguna música moderna, a lo que contesta:

—Porque hay algunos autores que son muy difíciles de interpretar por quien no es un verdadero técnico en música.

Pero de todas maneras, yo te voy a revelar un sentimiento íntimo. De Beethoven, lo que yo más admiro son su *Misa solemne* y la *Novena sinfonía*. Eso es lo que, desde niño, desde muy niño, he estado escuchando, sobre todo la *Novena sinfonía*, porque la *Misa solemne*, como es más difícil, me penetró más lentamente.

Pero, si estoy en mi casa oyendo la *Quinta sinfonía* o la *Sexta sinfonía*, y tú me preguntas: “¿Cuál es la sinfonía de Beethoven que más te gusta?” Te respondería: “La que estoy oyendo”, porque la música de Beethoven es algo seráfico.

Se sabe que el Romanticismo fue un movimiento que impactó no solamente en el ámbito literario, sino también en todas las expresiones estéticas. ¿Su pasión por la música nace por su condición de romántico, o por una atracción espontánea por el arte de combinar el sonido y el tiempo? Es la pregunta que le proponemos al ilustre poeta dominicano

—No. Todo es fruto de las circunstancias. Yo nací en una casa con una gran biblioteca, como mis hijos; una biblioteca para leer todo tipo de literatura que se quisiera.

Además, crecí habiendo una victrola en mi casa, y discos de aquellos de acetato, donde venían las grabaciones de los tenores de un solo lado. Es decir: crecí oyendo música.

Formamos grupos dentro de los que estuvo el papá de Claudio Cohén, Enrique Cohén, quien era muy amigo mío.

Era músico y tocaba muy bien el piano Y de ese grupo también era Manuel Rueda, que era un gran pianista, quien incluso se ganó un premio en Chile.

Ahí estaba un grupo de gente, cada uno con nuestro acervo de discos; nos reuníamos a oír música y los que sabían, a explicar, a trazarnos pautas. De modo que yo crecí oyendo música; mis hijos crecieron oyendo música.

Esa es la pasión por la música. Es lo mismo que lo del folklore. Yo crecí en la época del Santo Domingo romántico, el Santo Domingo que canta Joaquín Balaguer; la época de las serenatas; la época de los merengues *apambichados*. Mi maestro fue Julio Alberto Hernández.

A nosotros, eso lo he dicho muchas veces —y es bueno que ahora salga a relucir, pues lo llevo como un símbolo— se nos enseñó en la escuela a cantar, y se nos enseñó a hablar.

Hablando de músicos románticos, ¿qué opina de Verdi y de su producción operática?

Es, después de Richard Wagner, mi músico preferido, aunque me dio mucha lucha comprenderlo. Yo era íntimo de mi profesor, el doctor Ravelo, que era un wagneriano de pies a cabeza. Conocía a Wagner hasta con su historia, sus libretos, su todo. Él me enseñó a querer a Wagner.

Se dice que Beethoven fue el punto de transición entre el clasicismo y el romanticismo alemán. ¿Cuál es la opinión del poeta acerca de ese gran músico?

—Un romántico, el más romántico de los románticos, en cualquier arte, sea la música, sea la poesía. Nadie más romántico que Beethoven.

Por su vida ardorosa, pletórica de pasiones y su música vibrante de sentimientos, algunos consideran que Chopin fue el arquetipo de la música romántica. Dado este juicio de algunos, interrogo a don Mariano respecto a la opinión que tiene sobre este personaje, quien tuvo una vida propia de novela.

—Sí, Chopin fue un gran romántico, un buen músico, un músico muy agradable, de melodía de amor profunda, accesible y pegajosa, además de sus historias. El gran pianis-

ta universal junto con Litz. Aquella historia de su tuberculosis es expresión de su carácter romántico, pues en aquella época la tisis era tenida como una enfermedad romántica...

¿Por qué consideraban romántica a una enfermedad que, como la tuberculosis, produce estragos tan serios en la salud?

—Era una enfermedad crónica que en esa época llevaba a la muerte, no tenía cura; era una enfermedad larga. No creo que haya otra dolencia que resultara más patética que la tuberculosis y sus secuelas corporales, en que el paciente languidece y se consume como un cirio encendido. Entonces, de las grandes novelas y los grandes relatos de la época, como *La Dama de las camelias*, con aquella mujer tuberculosa desvaneciéndose, apenas sujeta a la existencia por un delgado y frágil hilo vital, y todas esas cosas que traen conmoción del sentimiento, y que hacen llorar hacia adentro; eso es romántico, un romanticismo apasionante.

Y hablando de poetas y de románticos, no me resisto a la tentación de preguntarle a mi entrevistado para qué sirven los poetas, y responde vivamente, dando nueva vez muestras de su erudición y sabiduría tan prodigiosas.

—Déjame referirte una anécdota: siendo el romántico español Gabriel García de Tassara embajador español acreditado en Washington, alguien le preguntó eso mismo que te inquieta, y él le contestó: "Para hacer lo mismo que los demás y, además, para hacer versos".

No vayas a pensar que es un ejercicio fácil, ni vano, hacer versos y exaltar el pensamiento hasta parearlo con el ímpetu de lo divino.

Se cuenta que durante la segunda guerra de Esparta contra los misenios, pidieron a Atenas el envío de un general ateniense. Recuérdate que los espartanos despreciaban a los ciudadanos de Atenas, y los calificaban de poco viriles por su gusto por la poesía y que también rechazaban a los inválidos y contrahechos, al extremo de que al nacer mataban al niño que nacía con problemas congénitos. Pues bien, los atenienses le enviaron a Tirteo, poeta cojitranco y contrahecho. Sin embargo, el poeta con sus cantos heroicos y arengas supo enar-

decer el ánimo de los soldados y provocó el triunfo espartano, por lo que pasó a ser un gran héroe.

Es que la poesía es cosa hierática y milagrosa que exalta y engrandece lo más grande que anida en el corazón humano; es obra perfecta de Dios, quien le dio la palabra al hombre, precisamente para acercarlo a Él.

La poesía es tal, si enciende la llama divina, no importa la norma o el estilo.

A veces surge a pesar del poeta, por una fuerza irrefrenable que algunos llaman inspiración. El poeta, por utilizar una expresión que siempre me ha sido grata, la sorprende en las vibraciones de las cosas y las extrovierte en la magia sonora de las palabras.

Mickiewicz, un conocido poeta ruso, sostiene que este impulso es un don de Dios, y señala que a él le bastaba golpear el pecho para que la inspiración surgiera, lo cual no estimaba un mérito, porque aseguraba que Dios le había otorgado este don y que Él es el único camino que lo conducía a la verdad.

Ya lo he reiterado en diversas oportunidades: el poeta es un niño que no envejece nunca. Sólo en el alma virginal de un niño se empoza tal copia de hermosas fantasías como las que acucian al poeta y lo inducen, como al ruiseñor, a derramar su no aprendido canto.

Hay quienes señalan que en la actualidad se lee muy poco en las escuelas y en el país. A este respecto, le cuestiono de qué hay de cierto en eso.

—Eso es muy difícil de establecer. No sé bien qué se está haciendo en las escuelas primarias, pero en el país se está leyendo como nunca. Cualquiera muchacho que tú ves por ahí te da una lección de novelística. Cualquiera de estos empleados, tú le dices algo, te comentan cualquier tema. Se está leyendo más. Además de esto, uno de los negocios pingües del país son las librerías.

A propósito de esto, pregunto por qué tienen tantas precariedades los autores para poder vender sus libros.

— ¿En Santo Domingo? Porque no hay editoriales. Tú publicas tus libros, eres tu editor; a veces eres hasta parte del

diagramador. No hay aquí la conducta editorial, una editorial que publique tus libros y los lance a la venta.

El mismo gobierno quiere ocuparse de publicar libros, de crear una editorial. ¡Ojalá se logre! Pero no hay, hasta la fecha, editoriales que establezcan arreglos con los autores para imprimir sus obras. Publicar un libro aquí es una angustia: primero, el propio autor tiene que buscar el dinero, después ocuparse de la impresión, después tratar de venderlo, y entonces tú tienes un libro valiosísimo, muy bello, y le quieres sacar dinero, y te enteras, con gran angustia, que el doctor Lebrón Saviñón te alcanzó a ver y se escondió, para que no le vendas tu libro. ¡Eso es horrible!

¿Y cuál es la opinión de don Mariano en cuanto al impacto cultural en nuestro medio de la Feria del Libro que se lleva a efecto todos los años en el mes de abril?

—Eso es extraordinario, y está, desde luego, mejorando, invirtiendo más dinero. Se está poniendo mayor esfuerzo en que sea un éxito. A eso debemos, en gran parte, la gran afición por el libro últimamente. El libro apasiona, atrae.

Mira, el libro tiene para mí un secreto. No solamente es lo que dice, es lo que tiene. Yo lo amo tanto, que cuando tengo un libro nuevo, lo huelo, lo acaricio, lo beso, lo leo, y deseo que estén pegadas sus hojas para desflorarlo. Es deleite. Y después ese libro va amorosamente a los anaqueles de mi biblioteca, porque el libro es el mejor amigo del hombre; te enseña, te entretiene, sin cobrarte nada. Solamente, ese amor se apaga cuando tú cometes un delito: que lo prestas. Se enfada tanto el libro que no vuelve más nunca a tu mano.

Le solicito su parecer en cuanto a si se está formando adecuadamente en las escuelas del país y, parangonando la escuela de sus años de escolaridad con la actual, ¿cuál es el balance que saca?

—Es muy inferior. Hoy se descuidan muchos aspectos. Pero eso no está ocurriendo sólo en República Dominicana. Eso está pasando a nivel de Hispanoamérica. Entre otras cosas, ¿tú sabes cuál era uno de los libros de texto obligatorios. Yo no estoy mencionándote la Era de Trujillo para no concitar cierto tipo de críticas, pero en ese lapso era obligato-

rio dar lecciones de urbanidad, de moral y cívica. Luis C. del Castillo tenía un texto de moral y cívica que aprendíamos los niños, y nos enseñaba a comportarnos en la sociedad y la vida. Nuestras maestras abnegadas, cuando nosotros regresábamos del patio con los botones de menos, tomaban una aguja y un hilo, nos ponían el botón, y estaba prohibido que yo me sentara ahí con la camisa abierta porque me faltaba un botón.

Ayudaban a nuestros padres, era una segunda casa.

Te puedo decir los apellidos, los hijos, la parentela, de los que fueron mis maestros en esa época, sin el temor de que se me olvide uno. Y eso no soy yo, por tener una buena memoria, sino que mis compañeros, de mi edad ya, también atesoran el recuerdo de esos años y de quienes fueron nuestros orientadores y nos dispensaron, no sólo conocimientos, sino también cariño, comprensión y una devoción similar a la que nos brindaban nuestros padres.

Le hago cortar el hilo de sus razonamientos, para preguntarle si fue un estudiante destacado durante sus años escolares, como es de suponer en una inteligencia tan superior. Me responde con cierto dejo de satisfacción:

—Bueno... fui un buen estudiante.

Empero, su modestia le hace acotar de inmediato:

—Pero formé parte de un grupo de estudiantes muy destacados. Hay muchas razones, no es por exaltar el régimen de entonces, sino que todo se facilitaba por el morigeramiento de la ciudad, porque había el sentido del vecindario, del amigo, hermano; había el sentido, además, de la educación.

¿Cuántos años tenía cuando escribió su primer poema?

—10 ó 12. Pero eran poemas malos, infantiles, muy irregulares...

Interesado en conocer el resultado de esos primeros balbuceos poéticos, le pregunto si conserva en la memoria alguno de estos escritos de la niñez.

—No los recuerdo. Pero si hablamos de un poema definitivo, es decir, un poema que llamó la atención, yo tenía 13 años cuando lo publiqué. Figura en la *Antología* de Pedro Contín Aybar.

Me pongo en plano de confianza y le pregunto quién fue la musa que lo inspiró.

—A una novia anónima, porque siempre hay esa cosa, que al poeta uno quiere que diga quién es la novia; pero, cuando no tiene novia se la inventa, sobre todo a la edad de la juventud...

Trato de sacarlo de balance y le pregunto si tenía novia en ese entonces, o si era parte de su ensoñación.

—Era muy niño, realmente. Tenía amiguitas a las que quería mucho, que nos queríamos, que nos excedíamos un poco en cierto modo; pero, amor verdadero, pues no. Tengo un recuerdo adorable de una de mis compañeras que se llamaba Amparo, que cantaba muy lindo y yo cantaba bien —tenía muy buena voz, la he perdido con la edad—, y en los actos de la escuela nos ponían a cantar a dúo y eso hizo sentir en los maestros un idilio entre ella y yo. Y posiblemente lo hubo, pero un idilio muy inocente...

¿Casi platónico?

—Casi platónico, muy infantil. No sé qué se habrá hecho ella, ahora que estoy hablando y la recuerdo. Hace como 60 años que dejé de verla. Es un recuerdo adorable; era una muchachita rubia, chiquitita, de mi edad, con unos ojos azules que miraban con una dulzura extraordinaria. Son remembranzas que vienen como ráfagas nostálgicas, que le da una importancia mayor y, desde luego, a veces esos poemas que uno escribía parecían asertos muy adultos. Por ejemplo, el poema ese, que sí lo puedo decir, porque es el más famoso mío y el más traducido a otros idiomas. A José Ángel Buesa le...

“Le fascinaba”, añadido, a lo que él agrega:

Sí, le fascinaba.

Le pregunto si recuerda ese poema.

—Exactamente decía así: “Estaba frente a frente a tu sonrisa, / estaba frente a frente a tu mirada, / miramos a la bóveda infinita, / y no tuve noción de dónde estaba. / Un árbol, un camino, unas flores; / la noche vive aún en mis recuerdos, / pronunciaste mi nombre quedamente, / y vagamente te busqué en el cielo”. Ese es el poema.

Proseguimos el diálogo y me intereso por saber a través de cuáles medios dio a conocer sus composiciones de esa etapa en que se iniciaba en la poesía.

—En periódicos. Primero, nosotros tuvimos periódicos en la escuela, inicialmente un periódico manuscrito, donde publicábamos nuestra poesía, muy mala, por cierto, porque no era yo el único que escribía, éramos nosotros. Había quienes pudieron ser grandes poetas. Recuerdo uno que fue víctima de Trujillo, pues lo mataron en La 40, muy rebelde, muy inteligente: Luis Escoto Gómez, uno de los héroes olvidados y víctima de Trujillo. Él tenía muchas posibilidades, aunque era hijo de un zapatero, hombre magnífico. Su familia, muy inteligente, muy valiosa; sus padres, adorables, a pesar de su humildad, pero Luis Escoto resaltaba en el grupo por su rebeldía.

Recientemente, el Ayuntamiento del Distrito Nacional resolvió designar una calle del ensanche Piantini con su nombre; pero, por lo que pude leer en los periódicos, se hizo justicia al luchador contra la dictadura, no al poeta de acendrado estro, que ya florecía.

Para que te formes una idea de quién era Luis Escoto Gómez, te puedo referir que él fue uno de los elementos más activos cuando, luego de finalizar la Segunda Guerra Mundial, en el 1946 y 1947, se organizaron en el país la Juventud Democrática y el Partido Socialista Popular, grupos antitrujillistas en los que él fue uno de los militantes más destacados. En un principio constituían apenas un puñado de hombres y mujeres jóvenes muy valiosos, pero supieron hacer llegar su presencia e ideas a las barriadas de la parte alta de la ciudad. El núcleo inicial estaba en la zona colonial, en casa de los hermanos Ducoudray.

Una de las contadas manifestaciones que aquí se realizaron contra Trujillo durante su régimen, fue activada y llevada a efecto por Luis Escoto y varios familiares, y el éxito fue de tal magnitud que atemorizó al gobierno. El acto político estaba señalado para finalizar en el parque Colón, donde se reunió una impresionante muchedumbre. Como habrás de suponer, el gobierno había infiltrado a varios militares entre

la multitud, y en un momento dado, actuando coordinadamente, los infiltrados comenzaron a correr en una dirección, al tiempo que vociferaban: "¡La guardia, la guardia!", dando a entender que venían efectivos del ejército a reprimir la manifestación y eso originó la debacle, con gente corriendo atropelladamente, para ponerse a salvo de un peligro inexistente. A partir de ahí comenzó una tanda de persecuciones en contra de los integrantes de la Juventud Democrática y el Partido Socialista Popular, concluyendo así ese breve paréntesis de "apertura" política, determinado por la atmósfera de aliancismo que animaba el mundo de la postguerra.

Él estuvo en el parque Colón, pero no habló. Tiempo antes, cuando la Guerra Española, yo organicé un mitin por la radio, porque ya habíamos dado uno en el parque Colón.

Como no nos dejaron hacerlo públicamente, lo hicimos por la estación HIT, y ahí sí habló Escoto, y fue de los que más fuertemente encaró la situación y destacó su valiente rebeldía.

Él tenía reciedumbre y además fue el primero en hablar de comunismo en el grupo nuestro; fue el primero que tuvo esos arrestos de rebeldía que nosotros copiábamos. Queríamos ser un grupo compacto, y lo copiábamos. Por eso, prácticamente en mi niñez, estuve detenido.

Suponte. A los 14 años escribí un poema que se titulaba: *Me duelen estos hombres*, muy conocido. Se recitó mucho, durante mucho tiempo y hubo censura contra el poema. En él cantaba a los hombres que sufrían...

Le pregunto a don Mariano si ese poema no se podía considerar contrario al régimen que encabezaba Rafael Leonidas Trujillo, y me contesta resueltamente:

—En contra del régimen, propiamente, no. Era siguiendo esa corriente de izquierda rebelde, en una época en que Rubén Suro, mayor que yo, escribió su poema *Proletario*, creación que resultaba una temeridad mayúscula en esos tiempos —estoy hablando del 40 ó 41—, cuando escribió aquel poema donde expresaba la esperanza de que naciera algún Lenin del Trópico. Entonces, Héctor Incháustegui publicó un libro de rebeldía, los *Poemas de una sola angustia*. En fin,

una serie de cosas en que asomaba la rebeldía, y corrimos tal riesgo que pudimos haber caído en una celada de muerte. Estoy hablando de ese grupo del que formaba parte Fernández Spencer.

Me intereso por saber cuándo y cómo descubrió al poeta, de qué forma recibió ese llamado, esa vocación, y me responde:

—Mi padre era poeta. La mayoría de la gente que visitaba mi casa era poeta: Américo Lugo, Pedro René Contín Aybar —que visitaba mi casa con mucha frecuencia—, nos animaban a que escribiéramos versos. Escribíamos muchos versos malos. Algunos entre los del grupo se quedaron en los versos malos y no insistieron, pero de ahí surgió Fernández Spencer, de ahí surgí yo, de ahí surgió una generación de poetas jóvenes, otros que se me escapan ahora. De ese grupo —aunque no nos reuníamos con tanta frecuencia, pero de cuando en cuando nos veíamos—, formaba parte Rodolfo Coiscou Weber, que yo creo que es una de las glorias un poco soslayadas.

Fue un intelectual de cuerpo entero, con una ventaja dentro de lo que era nuestro grupo: su condición de individuo sin prejuicios, sin odio, sin envidia. Siempre tuvo una actitud de entrega hacia los demás y de reconocimiento a nuestros valores. Entonces éramos un grupo que estaba en eso.

Hace una pequeña pausa, para hurgar en sus reminiscencias, y prosigue:

—Dentro de esa generación, hubo nombres que se extinguieron en otras actividades, como Jorge Hasbún Roedán, quien pudo haber sido un gran poeta pero no persistió en el quehacer.

Habiendo sido don Mariano un cultor de las ciencias de Hipócrates y Galeno, al punto de que durante mucho tiempo fue un reputado pediatra, le pregunto la razón de haberse hecho médico; si fue porque el ambiente familiar le indujo a la decisión de estudiar Medicina, o si realmente fue producto de una vocación.

—Es difícil de establecer. Mi madre decía, e insistió mucho en eso, que yo estudié Medicina por complacerla a ella.

Procuro establecer si esta apreciación de su progenitora se correspondía o no con la verdad y hago la pregunta al respecto.

—Mi hermano mayor estudió Medicina porque mi madre soñaba con tener un hijo médico, pero desertó en las pos-trimerías de la carrera. Ulteriormente fue un gran político. Y cuando dije: “Voy a estudiar Medicina”, que llegué al bachillerato, que era donde uno escogía el curso de la profesión, es decir, el cuarto de Ciencias Naturales, los que iban a estudiar Medicina; el cuarto de Filosofía los que iban a estudiar Derecho, y el de Matemática, los interesados en realizar estudios de Ingeniería; cuando llegué a ese curso, que escogí el bachillerato que me llevaría a estudiar la carrera, entonces mi madre inventó eso. Pero ya estaba muy inclinado hacia la medicina, porque yo me fui creando, en ese mundo donde nos movíamos, un acervo científico. Me fui inclinando por la medicina y con una curiosidad rabiosa por cosas que entonces eran tabúes y yo no quería que me siguieran siendo desconocidas. Leía libros de sexualidad; leía libros de psiquiatría —una psiquiatría muy difícil de yo intuir a esa edad pero que me apasionaba—. Entonces me incliné hacia la medicina por vocación propia. Lo que puede ser obra del azar es la pediatría, porque yo soñaba con ser psiquiatra, pero caí en un hospital de niños y me apasionó la carrera de pediatría y por eso me hice pediatra.

Al cuestionarle acerca de cuántos años duró ejerciendo la medicina, me responde:

—Más de 40.

¿Y cuáles razones podría tener un profesional de tan extenso ejercicio para retirarse de la práctica facultativa, cuanto más teniendo en cuenta que se le consideraba un médico eminente y bueno?

—Decían que yo era un médico de gran dedicación, incluso fui profesor de pediatría. Hasta hay pediatras muy ilustres que todavía me llaman “maestro”. Tuve mi clientela numerosa, pero me estaba empobreciendo.

Quedé perplejo ante lo paradójico de su expresión. ¿Cómo podía estarse empobreciendo si tenía una cliente-

la establecida y respetable? ¿Cómo podía ocurrir una situación tan contradictoria? Le pido que explique este contrasentido y, como quien confiesa un pecado grave, comienza a decir:

—Yo no cobraba; no sabía cobrar. La familia se admiraba que yo tuviera tantos clientes y nunca tenía dinero. Yo regalaba la medicina, en la calle Estrelleta. Nunca le cobré por verle un niño a ningún colega, ni a Emil Kasse Acta, las veces que recurrió a mí. Emil Kasse Acta logró fortuna por otras actividades dentro de su profesión, no por el ejercicio en sí, porque era un hombre de una entrega y de un altruismo extraordinarios. Yo, que no tuve otras oportunidades más que la de escribir, como me sigue pasando ahora, apenas ganaba lo suficiente para el diario vivir, pero nunca tuve esa predilección por el dinero, ni ese anhelo de alcanzar grandes fortunas, no. Entonces yo creí que, si a mí me apasionaba tanto la docencia, debía dedicarme a la literatura.

Lo que definitivamente me apartó un poco de la pediatría fue cuando me nombraron ayudante del decanato de Medicina en la Universidad de Santo Domingo, que ahora es la Autónoma. Entonces, en la Era de Trujillo, era la Universidad de Santo Domingo. Eso me obligaba a cerrar mi consultorio que me costaba muy caro, y cuando fui donde un amigo que era el secretario de Salud Pública, que me quería mucho, admirable persona y profesional...

Cuando fui donde él me dijo: "A Trujillo no se le rechaza un nombramiento". Y yo le repliqué: "Pero es que Trujillo ni me conoce; quien me recomendó fue el doctor Sobá, que lo hizo creyendo que me ayudaba, pero eso me aleja de mi consultorio". Él respondió: "Vamos a ver cómo nos hacemos, pero no le renuncies. Acéptalo y empieza a trabajar". Y el aliciente que me ofrecieron para que yo no trabajara a desgana fue la cátedra, y eso sí me apasionó.

Le cuestiono sobre la retribución que percibía, en su condición de docente en la facultad de Medicina de la Universidad de Santo Domingo, y satisface mi curiosidad:

No lo recuerdo con exactitud, pero podría decirte 20 ó 25 pesos por cátedra, que eran dólares...

Como médico del Hospital Infantil ganaba 110 pesos, en esa época. Para ese entonces eran 110 dólares, de los cuales me entregaban 90, porque el 10 por ciento era del Partido Dominicano, amén de otras deducciones. Y con eso vivíamos más o menos bien.

Aunque bien me consta que no lo era, le pregunto a don Mariano si había sido trujillista.

Fui profesor de la Universidad, pero yo no tuve ningún cargo político en el gobierno.

Le interrumpo para remachar con la pregunta de que si el hecho de no haber tenido posición en el tren gubernamental obedeció a que no quiso o a que no se la ofrecieron, y presto me responde:

Porque lo esquivé.

Pregunto a don Mariano si Trujillo nunca lo mandó a buscar, a lo que contesta francamente:

Jamás.

Me extraño por ello y me intereso en saber si Trujillo no sabía de su existencia, si no lo conocía.

Sí, me conocía, porque en una de las veces que me hicieron preso, él le dijo a mi hermano José Ángel: "Si tu hermano no es culpable, ahora mismo va a salir", y diez minutos después, me soltaron. Pero nunca hablé con él.

Él le llegó a decir a mi hermano que yo era un bandido, que conspiraba contra su gobierno. Yo nunca conspiré contra él, lo que yo hacía era que no simpatizaba. Quizás me salvó la discreción de mis compañeros, que no quisieron involucrarme en esas cosas.

Volviendo a tu pregunta de si fui trujillista o no, te diría que no. Era obligatorio serlo o aparentarlo, y es obvio que di alguna conferencia, que escribí alguna cosa. Estuve detenido muchas veces. En cierto sentido, tuve la desgracia de que nunca, nunca estuve preso, por ejemplo, porque se me descubriera en una trama contra Trujillo; pero bastaba que hubiera cualquier movimiento, para que en el grupo yo fuera detenido, aunque me soltaran después. Pero eso me salvó, porque llegó un momento en que, mi grupo, gente de conocimientos, grandes intelectuales, tuvieron que plegarse,

pues Trujillo quería aprovechar esa gente. Yo me quedé fuera; pero me he quedado fuera de todos los gobiernos. A pesar de mi gran amistad con Balaguer, nunca acepté un cargo en su gobierno.

Lógicamente, mi siguiente pregunta habría de ser si en algún momento, el doctor Joaquín Balaguer le había propuesto que aceptara un alto puesto en el tren administrativo.

Me hizo el ofrecimiento en varias oportunidades.

Hablando del doctor Joaquín Balaguer, me acucia la curiosidad de saber cómo valora los méritos literarios de este hombre que ha dominado la escena política nacional en los últimos cuatro decenios. Concretamente trato de que me ofrezca su parecer en torno a la discusión de si Balaguer es o no poeta.

Balaguer es poeta y es un buen poeta. No pertenece a los movimientos modernos. Es un buen sonetista; tiene sonetos maravillosos. Tiene poesías que resultan cursis para los movimientos modernos, pero siempre con mucha propiedad.

Sí, es poeta. Ahora, no se le puede negar el valor de poeta a un individuo que hace poesía buena, que vive la poesía.

Yo puedo tener una voz de chicharra, pero si me gano el dinero cantando en un combo, yo soy un cantante. Nadie me va a llamar Carusso; nadie me va a llamar Titta Rufo, pero soy cantante.

Para que abunde más en este orden, le pido que aporte su valoración sobre la poesía del doctor Joaquín Balaguer.

Yo tengo muchos ensayos acerca de Joaquín Balaguer. En mi último libro hay un ensayo acerca de su poesía. La coloco en su lugar.

No es una poesía de una excelencia extraordinaria, pero es poesía, y es poesía henchida de belleza, como es la de Juan Antonio Alix: poesía. Poesía popular, chistosa, pero poesía.

Es poeta quien escribe poesía. Y a veces yo conozco muchos poetas que no escriben poesía, y sí son poetas.

Decidimos hacer una pausa cuando advertimos que la esposa de don Mariano, doña Eva, se acerca a nosotros, portadora de una bandeja cromada en la que traía una ca-

fetera, dos tazas y una azucarera. Es la costumbre casi ritual del dominicano brindar la aromática infusión a quien visita su hogar. Luego de que dimos cuenta de la bebida, reintroduzco la entrevista, preguntándole cuándo recibió su título como facultativo de la medicina.

—Yo me gradué a los 23 años, en el 46.

Al cuestionarle en este sentido, responde que realizó estudios de especialización en el que era en ese entonces el más próspero país de Sudamérica.

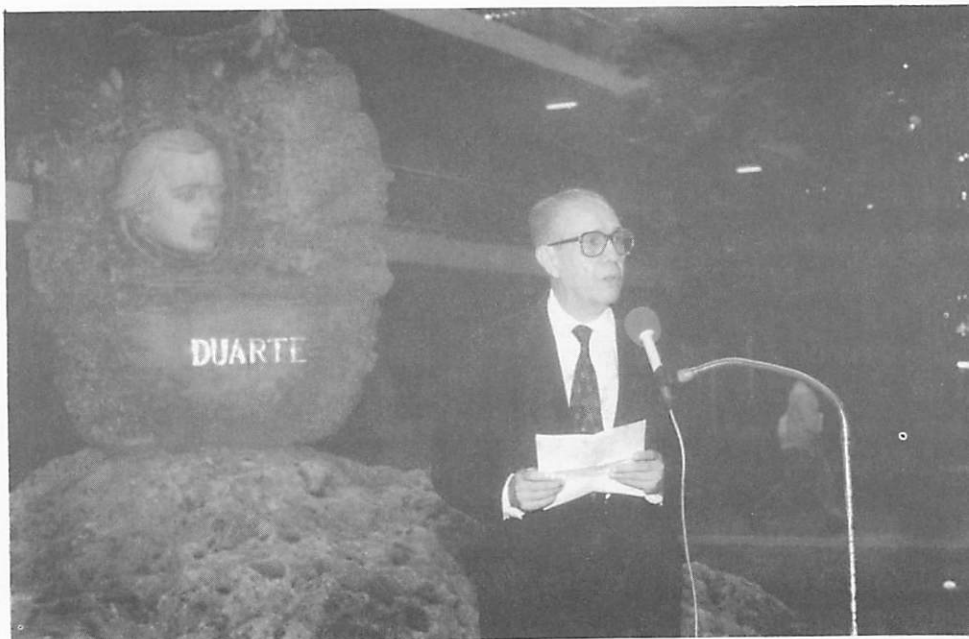
—En Argentina hice mi postgrado de Pediatría, con el que era entonces uno de los más grandes pediatras universales, Juan P. Garrahán. A su cátedra iban estudiantes de Europa y de todas partes, hasta de Alemania. Estando en el hospital de niños, ahí publiqué mi primer libro en prosa, *Luces del trópico*, porque yo di 24 conferencias en Buenos Aires en año y medio: dos de medicina y el resto de literatura, sobre todo difundiendo la literatura dominicana y la antillana, y de ahí salió ese libro que intité *Luces del trópico*.

Le cuestiono sobre si dedicó muchos años al servicio de la salud en el país, y me dice:

—Toda mi vida. Sí. Me dediqué a Salud Pública desde que era estudiante de medicina, porque mi primer nombramiento fue de practicante de medicina en el Hospital de Niños “Ramfis”. Era estudiante ya de término —que de ese nivel eran los que escogían—, con un sueldo de 18 pesos mensuales. Estuve todo el tiempo trabajando para Salud Pública, por lo cual he merecido una jubilación que me permite vivir, aunque no demasiado holgadamente, porque es una jubilación de mil seiscientos pesos.

Aunque reparo en lo irrisoria de la suma que el Estado asigna a este ejemplar dominicano por más de cuatro décadas de servicio, momentáneamente la paso por alto, para no apartarme mucho del guión que significaba el cuestionario que llevaba preparado. Mi siguiente pregunta es alusiva a la experiencia que para él significó esa larga práctica como médico.

—Yo fundé la Sociedad de Pediatría. Mejor dicho, fui de los fundadores de la entidad, aunque no el promotor original



Dirigiéndose a los asistentes durante el desvelamiento de un busto del patricio Juan Pablo Duarte, en la Universidad APEC.



Homenaje del gobierno dominicano, presidido por el doctor Leonel Fernández Reyna, dedicado a un grupo de prestigiosos educadores dominicanos.

de la idea. Cuando yo regresé de Argentina, en el 1949, fui de los fundadores del Colegio de Médicos. Publiqué una revista de pediatría que se llamó *Paidos* e inicié labores de investigación médica en el Hospital Ramfís, lo cual me permitió incluso hacer ciertos tipos de hallazgos interesantes. Por ejemplo: el primer caso de mal de Hopkins infantil lo diagnosticamos el doctor Miranda y yo. Hice investigaciones del carácter infeccioso de las diarreas infantiles, en una etapa en que estaba en pañales la indagación sobre factores etiológicos. De modo que yo le dediqué tiempo y esfuerzo a este género de investigación. Tengo toda una literatura médica al respecto, lo que pasa que es obsoleta ya. Todo eso que escribí, ahí está; lo puedo enseñar a quien quiera, pero no tiene importancia, desde el punto de vista de la vigencia de la medicina de hoy.

Para que a un egresado de la Facultad de Medicina le extienda el Poder Ejecutivo el exequátur para ejercer la profesión, es necesario que realice una pasantía, prestando labores asistenciales en un hospital o clínica pública que le sea asignada por las autoridades la Secretaría de Salud Pública. Esta es una formalidad establecida desde hace buen tiempo en la República Dominicana. La cuestión que le formulo al doctor Lebrón Saviñón es en relación al lugar del país hasta dónde le tocó ir para cumplir con el requisito de la pasantía.

—En Elías Piña.

Conocedor de que su permanencia en la población fronteriza de Elías Piña fue una experiencia pletórica de vivencias imborrables, le pido que nos relate sobre su paso por aquellas alejadas latitudes.

—Elías Piña fue una maravilla para mí. Fue la primera vez en que me alejé de mi casa. Rememoro el llanto de mi madre, yo muy joven, graduado, 22 años. Tuve que hacer la pasantía antes de que me dieran el exequátur, un poco más joven. Para ese entonces, Trujillo iniciaba la dominicanización de la frontera. En esa época había una enemistad entre Haití y Santo Domingo, hasta el extremo de que a un dominicano que atravesaba la frontera lo mataban, y viceversa si era un

haitiano. No había relación. Yo tuve la oportunidad de visitar Haití con ocasión de que el coronel del vecino país tuvo una niña que presentó un cuadro de difteria. No había suero antidiftérico en Haití, y el oficial haitiano se lo solicitó al coronel nuestro...

¿Y usted cruzó? Le pregunto asombrado.

—Sí, porque desde luego, para regalarle el medicamento y administrarlo a la enfermita...

Pregunto si no era peligroso traspasar la frontera, dado el grado de tirantez que existía en la frontera entre las dos naciones, cuanto más si se considera que menos de un decenio antes había tenido lugar “El Corte”, dispuesto por Trujillo en 1937, hecho que significó el exterminio de muchos haitianos que se habían establecido en territorio dominicano.

—No, porque para regalarle el suero, hubo que pedirle permiso a Trujillo, para que él lo autorizara, y él autorizó que se le diera todo el que se necesitara, si era un dominicano quien pasaba a aplicárselo a la niña. Entonces me tocó pasar a mí al otro lado de la frontera, donde tuve momentos muy felices disfrutando del trato de un oficial militar haitiano muy culto. No recuerdo su apellido... Él era el jefe fronterizo de Haití.

Para que la entrevista estuviese salpicada por elementos vivenciales, indago si tiene alguna anécdota que nos pudiera ilustrar sobre sus inicios en la medicina.

—Sí. ¡Cómo no! Cuando yo llegué a Elías Piña tuve la suerte de que uno de mis compañeros de pasantía en el Hospital “Rosa Duarte”, que era el nombre del hospital de allá, fuera el doctor Luis Fernández Martínez que hoy es un gran cardiólogo, uno de los grandes cardiólogos, aunque yo creía que él iba a ser cirujano. Tenía una habilidad quirúrgica extraordinaria, y yo una torpeza quirúrgica extraordinaria también. Yo, como me iba por el intelecto, lo que adoraba era la clínica; pero, aunque era pediatra, porque me había formado en un hospital de pediatría, tenía que atender a todos los enfermos que fueran. Habíamos dos médicos, él y yo, en el hospital y nos turnábamos en los servicios. Él era el jefe mío, el director del hospital, y fue quien me enseñó a operar como

un maestro consumado. De hecho, llegué a hacer buena copia de cirugías.

Le cuestiono en el sentido de si el trabajo junto al doctor Fernández Martínez le hizo convertirse en cirujano.

—Me hice cirujano ocasional. Sobre todo, tuve que operar niños, hacer amigdalectomías, apendicectomías, es decir, operaciones fáciles, no difíciles. Pero en una noche muy de madrugada, que el doctor Fernández estaba ausente, trajeron de la montaña una mujer en trance de parto. Sería un poco pedantesco dar el diagnóstico: placenta previa total, es decir, la placenta ocupaba el canal del parto y aquella mujer se estaba desangrando y muriéndose, con el peligro subsiguiente de la vida del niño. Me la enviaron, y por primera vez sentí terror. Traté de disimular ese gran terror, pero tuve la suerte de que me había ganado el cariño del jefe militar de la plaza, que era el coronel Monclús. Me quiso como un padre quiere a un hijo; me solía aconsejar y siempre sus consejos me resultaron muy favorables. Él me dijo: “Mira Mariano, esa mujer se va a morir, pero tú la puedes salvar. Hazle la cesárea”. Y yo, recordando haber visto a Luis Fernández hacer cesáreas, dije: “Bueno, vamos a prepararlo todo”. Fue una noche muy angustiada, pues no había luz en Elías Piña, era con lámparas con lo que se estaba trabajando. La anestesia, que entonces era éter, gota a gota, la aplicó un profano, el administrador del hospital. Yo hice la operación; se salvó la mujer, se salvó la criatura y ellos decidieron ponerle a la niña: Cesarina Salvadora. Cesarina por la cesárea y Salvadora porque se salvó. E hicieron que yo bautizara a la niña antes de que madre e hija abandonaran el hospital. La esposa del coronel, que era una santa, doña Tatá, al amanecer me hizo un desayuno exquisito y fue toda una fiesta en Elías Piña. Es parte de mi acervo emocional. Me sentí tan feliz, como un niño al que le acaban de regalar un juguete.

Mi siguiente pregunta al apreciado don Mariano es si recordaba en esos momentos a algunos de sus compañeros de estudios.

—¡Cómo no! Yo pertenecí a una promoción feliz de grandes triunfadores. Te hablé de Luis Fernández Martínez, un

triumfador como médico, no solamente desde el punto de vista económico, sino desde la óptica de su pericia y del respeto que provoca su verdadera sabiduría; el doctor Rafael Garibaldi Campagna, que ya murió, uno de los primeros radiólogos que tuvo este país...

Por la gran amistad que le unía con el doctor Emil Kasse Acta, le pregunto si este galeno formaba parte de sus compañeros de promoción.

—No. Kasse Acta fue discípulo mío. Lo quería como a un hijo y él a mí, entrañablemente. Emil Kasse Acta es un personaje paradigmático, del cual yo escribiré alguna vez, porque tengo recuerdos adorables de él. Para mí, si hay un hombre bueno en este mundo, si hay un hombre ejemplar, un hombre digno de imitación, ese es Emil. Su hermano Rafael también lo es, pero como el que tuvo mayor contacto conmigo fue Emil, es a él a quien tengo más presente. Fue para mí un personaje excepcional, y era casi un niño al lado mío. Yo le debía llevar como 10 años.

Le pido que nos hable de su experiencia como docente de la Universidad de Santo Domingo, y particularmente, desde qué año impartió cátedras en la universidad del Estado. Hace la pausa de quien realiza mentalmente una operación matemática, pero la respuesta es imprecisa:

—No sé. Pero yo estuve 12 años en la Universidad. De ahí, entonces fundamos la Universidad Pedro Henríquez Ureña. Soy uno de los fundadores de ese centro académico. Fui quien le dio el nombre de Pedro Henríquez Ureña; soy quien escribe el himno que todavía se canta en la Universidad. A pesar de que tuve que salir, por una ley que obligaba a jubilarse a determinada edad, salí muy joven de ahí. Entonces me fui a la Universidad APEC, UNAPEC, donde ahora estoy y donde se me quiere, se me respeta; donde me siento muy feliz y donde yo quisiera morir.

Enumerando su historial como catedrático universitario, nos refiere:

—En docencia yo he impartido Historia de la Medicina, Pediatría, Puericultura. He sustituido en determinadas circunstancias a profesores de otras disciplinas dentro de la medicina. Impartía Historia de la Cultura, Historia de la Cultu-

ra Dominicana, Historia de América, Historia de la República Dominicana y una serie de cursillos. De modo que en la docencia yo me he desempeñado en muchísimas disciplinas.

Don Mariano confiesa estar encuadrado en la corriente romántica, y así me responde cuando le pido que se defina dentro de las diversas escuelas que se manifiestan en el alegre arte de la poesía.

—Soy romántico. Me siguen considerando romántico. Me considero romántico y romántico moriré. Pero no en la forma, porque ese poema que yo te recité es un poema becqueriano. Lo pudo haber escrito Gustavo Adolfo Bécquer, pero dentro de la corriente de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez.

No obstante esta declaración rotunda, admite que:

—Después tuve influencia directa de Moreno Jimenes, creador del Postumismo, y tengo algunos poemas postumistas que están en mis libros. Después creamos La Poesía Sorprendida. Yo le di el nombre que tiene: Poesía Sorprendida, y ahí ya fue un abrirse hacia el mundo.

En beneficio de los lectores que pudieran desconocer el detalle, le hago la pregunta de cómo y por qué surge la expresión “Poesía Sorprendida” y contesta:

—Cuando Baeza Flores vino a la República Dominicana, su primer contacto fue conmigo, en casa de Rodolfo Coiscou Weber, donde estaba la Sociedad Alfa y Omega, que hacía una labor cultural intensísima, en la Arzobispo Meriño, donde él vivía, en los altos. Hacía una labor cultural muy activa y riesgosa, porque siempre el régimen estaba atento a cualquier movimiento raro, receloso. Ahí, durante un recital que daba mi hermano Carlos de poesía negra...

Como hay errores que, de tanto repetirse, adquieren falsa carta de naturalización en nuestra lengua, tuve el atrevimiento de corregirle, señalando que el adjetivo es “negroide”.

—Negroide, no; eso es un disparate... Poesía negra.

Me repliego, y él prosigue:

—Como te refería, Baeza Flores, que venía directamente de Cuba, asistió a ese encuentro. Por cierto que su presencia ahí, su figura callada, nos asustó un poco y nos preguntábamos: “¿Quién será este tipo?” Pero al final él hizo contacto conmigo, lo presenté al público asistente y ahí iniciamos —él, Moreno Jimenes y yo— el movimiento de los Triálogos. Yo los llamé Triálogos, poesía a tres voces, de lo cual he hablado mucho, y en mi *Historia de la cultura* está muy bien explicado eso. De los Triálogos seguimos evolucionando hacia el movimiento de apertura a las grandes corrientes literarias del mundo. Por eso nosotros hablábamos de “poesía con el hombre universal”. En aquella época se conocía muy poco de la literatura, del surrealismo. Eso porque era un régimen muy fuerte y totalmente cerrado a todo lo que pudiera ser expresión libre. Entonces, la poesía a tres voces que yo la llamé los Triálogos, un neologismo que me inventé —aunque ahora se está usando—, un invento mío: la voz *Triálogo*. Porque *diálogos* es la conversación entre dos y más interlocutores, y yo argüía que triálogo es la conversación de tres y nada más que tres. Entonces veníamos hablando por el camino y hablábamos de la muerte...

“¿Usted y Baeza Flores?”, le pregunto, y me aclara:

—Baeza Flores, Moreno Jimenes y yo. Eran los Triálogos, poesía a tres voces. Cada vez que uno hablaba, Baeza tomaba nota y era un verso. Y en un momento dado en el que Moreno Jimenes, exactamente en la Arzobispo Nouel, esquina Espaillat, decía: “La muerte nos sale a cada paso en el camino”, en ese instante pasaba un entierro en que el cadáver era llevado en andas, porque antes no había carros fúnebres, sino catafalcos para los entierros de ricos.

Para que nos ilustrara un poco sobre las costumbres de la época, le pregunto cómo era un catafalco.

—Un catafalco era un coche todo negro tirado por caballos con gualdrapas negras también. Así denominaba el dominicano al coche fúnebre y, desde luego, esa no es la definición del DRAE.

Intrigado por aquello de las gualdrapas con que enjaezaban al caballo, le pregunto qué era eso.

—Gualdrapas, ese manto que se le echa al caballo por encima. Entonces, en ese momento pasaba el entierro y él, Moreno, dijo: “La muerte nos sale al paso a cada instante”. Y al ver que pasaba dijo: “Ved si tengo razón: un entierro...”

Le señalo que aquello, obviamente, fue producto de la coincidencia.

—Sí, por mera coincidencia. Dijo: “Ved si tengo razón: un entierro que pasa”. Y entonces yo le dije: “¿Tú sabes por qué tienes razón, Moreno? Porque la poesía no está en nosotros. Nosotros somos poetas y la captamos. La poesía está en la sonrisa de nuestra madre, en la ternura de nuestros hijos, en el amor de nuestras mujeres. Y nosotros lo que hacemos es, sorprenderla y traducirla en palabras musicales. Lo que nosotros escribimos es “Poesía Sorprendida”. Y Baeza dijo: “Ese es el movimiento que vamos a empezar”. Por eso dice Fernández Spencer que quien le dio nombre al movimiento fui yo.

Le pido a don Mariano que me especifique los nombres de los gestores y miembros originales del movimiento de la Poesía Sorprendida.

—Empezamos Alberto Baeza Flores, Franklin Mieses Burgos, Freddy Gatón Arce y yo. Freddy Gatón Arce era un cuentista maravilloso. Yo descubrí que sus cuentos eran poesía y él lo afirmó alguna vez. Pero no sé si todavía puedo decir que yo, en cierto modo, induje a Freddy a seguir el camino de su gran poesía y la gente lo creerá. Yo fui quien le dije que escribiera poemas, que él era poeta, y escribió poemas maravillosos como *Vlía*. Entonces nosotros fuimos a buscar a Eugenio Fernández Granell, para que fuera el de las viñetas, y en principio, Moreno Jimenes —pero no como miembro de la Poesía Sorprendida, porque no desertó del postumismo, pero estaba dentro del movimiento—, Manuel Llanes; ulteriormente fueron Antonio Fernández Spencer, Rafael Américo —Puchungo— Henríquez, Aída Cartagena Portalatín. Manuel Rueda llegó mucho más tarde. Ya estaba ahí un poeta maravilloso, aunque medio olvidado, que es José Manuel Glass Mejía, autor de composiciones maravillo-

sas, y Manuel Valerio, que es de los poetas auténticos nuestros. De modo que ese fue el núcleo primitivo de La Poesía Sorprendida.

¿En qué año ocurrió eso?

—En el año 1943.

El poema *Mi canto*, escrito por don Mariano, semeja una especie de declaración de intenciones del joven poeta, al punto de que puede tenerse como un documento de cardinal importancia en el surgimiento y posterior desarrollo del movimiento de La Poesía Sorprendida. Le pregunto de qué época data este poema salido de su pluma, y me aclara:

—Del tiempo de La Poesía Sorprendida, esto es, de 1943 ó 1944. En el libro está marcada la fecha.

Añado que si podría considerarse como un Manifiesto de La Poesía Sorprendida, pero su respuesta es negativa.

—No, no. Un manifiesto de Mariano Lebrón Saviñón, aunque en esencia refleja la misma filosofía, el mismo punto de vista estético que el Prólogo de la revista, en cuanto a nuestro propósito de encontrar la poesía en la vida misma, en todo cuanto nos rodeaba.

Pregunto si hubo algo escrito que pudiera considerarse como el Manifiesto del grupo de La Poesía Sorprendida.

—Por supuesto, el primer prólogo de la revista. Ese es el Manifiesto de La Poesía Sorprendida, lo que fue en esencia la Poesía Sorprendida.

Partiendo del supuesto de que al lector le agrada saber cuál es el poeta preferido de don Mariano, tanto en el plano nacional como en el internacional, le interrogo al respecto

—En el ámbito nacional, te podría decir que es mi padre. Mi padre fue un poeta romántico. No evolucionó. Se quedó estacionado en el romanticismo, pero un hermoso romanticismo, con un sonetario extremadamente hermoso.



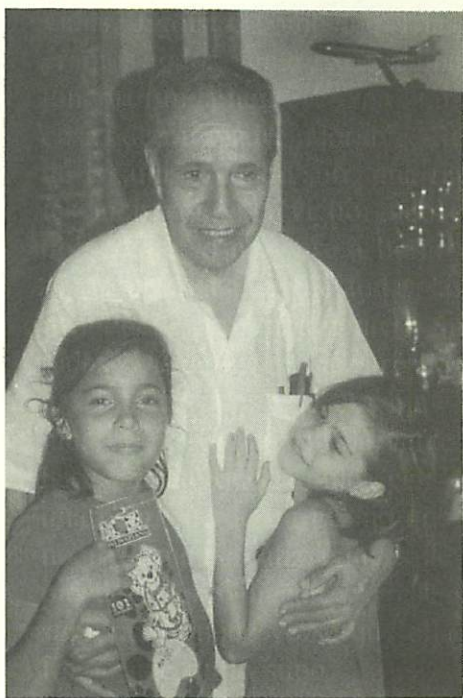
Mientras le rendían un homenaje en una institución cultural de La Romana.



Cuando recibía un reconocimiento especial de ACROARTE, durante una de las premiaciones Casandra.



Doña Eva de Lebrón, Eugenio Fernández Granell, Alberto Baeza Flores y don Mariano, en la Sierra de Guadarrama, en Madrid.



En una adorable estampa familiar, el laureado poeta junto a sus nietas Natalia y Patricia.

Tuvo cierta repercusión en La Poesía Sorprendida, pero no para ponderarlo como un gran poeta, porque su quehacer no le permitía dedicarse con el verdadero fervor que la poesía requiere.

A veces teníamos controversias, porque, por mi tendencia revolucionaria en un temperamento romántico desde el punto de vista literario, arraigadamente romántico, no cabían bien estos atrevimientos míos en las metáforas y en las cosas.

Ahora, no podría decir quién es mi poeta favorito en el plano internacional, porque mi pasión por Rayner María Rilke, gran poeta del siglo XX, ya consonó con mi pasión que heredé.

En español, el poeta del Siglo de Oro español, que posiblemente más me influyó, fue Quevedo. ¡Y Quevedo es el genio, el gran genio del Siglo de Oro español!

Le pregunto cuál de los poetas con quienes compartió personalmente es su preferido.

—Franklin Mieses Burgos.

¡Ahí está la cosa! Si hubiera dicho Moreno Jimenes casi me quedo igual. Es que es difícil de establecer. Es lo mismo que decir, ¿quién canta mejor: Carusso, Pavarotti...?

Carusso es una gran voz; Pavarotti es una gran voz. ¡Me gustan todos!

En la poesía de Mariano Lebrón Saviñón hay una imagen recurrente: la del ruiñeñor, y me permito interrogarle sobre la razón de esta reiteración simbólica.

¡Es que yo amo tanto a los ruiñeñores! Desde muy niño yo conocí a Antonio Machado, y él se llamó, una, dos, tres veces, aprendiz de ruiñeñor.

El ruiñeñor es realmente el modelo del cantor. Su melodioso canto es un himno a la vida, y es proverbial su apego a la libertad, al punto de que cuando se ve privado de este don, muere irremisiblemente.

La cuestión siguiente fue la de si hubo alguna reacción adversa o de acogida, por parte de los poetas de las demás tendencias que existían entonces, y me explica el ambiente que se hizo en torno a ellos, por lo novedoso

que eran sus enfoques y su forma de realizar la creación poética.

—Claro. Reacción negativa. Como todo movimiento revolucionario, pues, el consenso se volvió contra la locura de La Poesía Sorprendida, pues en ese momento penetraron a la República Dominicana corrientes que aquí no tenían vigencia. Con Fernández Granell penetró el surrealismo, que en un principio parecía un disparate, una locura, creaciones de gente loca. Y en las exposiciones que hacía Fernández Granell, la gente iba a reírse, a gozar. Y nosotros gozábamos con la gente, también. Por ejemplo, Fernández Granell pintó un óleo bellísimo que se llamaba *Amor*. ¿Cómo era *Amor*? Un fondo bellísimo de azules y en el aire, flotando, una mujer y un hombre encima de ella, ambos sin cabeza. Y la gente se reía, porque no comprendía que lo que se quería significar era que el amor hace perder la cabeza a los amantes. Se ignoraban los símbolos de lo que se pintaba. Entonces, Dalí era un loco para esta gente para la cual el surrealismo no tenía vigencia, ni significación discernible.

Don Mariano adelanta su cabeza hacia mí, queriendo dar mayor fuerza a sus palabras y hacer más lúcida la explicación:

El surrealismo lo trajimos nosotros y por eso se nos acusó de "surrealistas". No obstante, el único surrealista que había en ese grupo era Freddy Gatón Arce, porque Franklin Mieses Burgos no era surrealista. Franklin Mieses Burgos es uno de los más grandes poetas que tiene el habla hispánica.

Debido a que varios de los mencionados son personas fallecidas, le pregunto cuántos de los fundadores de La Poesía Sorprendida, aparte de él, permanecen vivos.

—Sólo yo. Todos han desaparecido. Eso me da una pena enorme. Todos han desaparecido. Hay uno que pudo sobrevivir, salvarse, pero su descuido lo llevó a la muerte, fue Fernández Spencer.

Me intereso por el dato y trato de saber si se debió a un descuido personal, por parte del recordado poeta dominicano Antonio Fernández Spencer.

—No tanto descuido personal, sino esa aprensión exagerada que a veces tienen algunas personas, cuando se trata de una intervención quirúrgica. Él le tenía miedo a una operación urgente a la que debía someterse. Eso me hizo sufrir mucho, porque cuando se la practicaron, él no estaba preparado para eso y murió. Yo llegué a chantajearlo...

Trato de ayudarle, al ver la emoción que le embarga, y le pregunto: ¿Usted no lo pudo convencer como médico?, a lo que responde:

—No. Cuando vi que no lograba persuadirlo de que aceptara operarse, recurrí a cierto chantaje psicológico, y le decía: “Tú eres un cobarde, le tienes miedo a la operación”. Él me respondía: “No. Yo no soy un cobarde”, y entonces me aprovechaba de su orgullo resentido y le retaba: “¿A que no te operas?” Por esa razón su muerte me hizo sufrir mucho, porque, Fernández Spencer era como un hermano mío...

Le pregunto si el hecho de que los miembros más prominentes de su generación ya hayan fallecido le provoca algún sentimiento de soledad o si le ha causado alguna crisis depresiva.

—La soledad y el aislamiento son factores angustiantes. El hecho de uno verse privado de tantos afectos, de la presencia de tanta gente que fue parte esencial en la vida propia es motivo para deprimirse. Incluso, si uno recuerda la definición que da Aristóteles acerca de lo que es la felicidad, uno tiene que admitir que la pérdida de los amigos es motivo de infelicidad, porque la dicha, según el Estagirita, consiste en tener salud, riqueza, sabiduría y amigos con quienes compartirla, lo que te indica que el nodo esencial de la felicidad reside en el hecho de tener gente merecedora de nuestro afecto —y quienes a su vez nos lo brindan—, a quienes comunicar lo que tenemos en abundancia.

Cuando se pierden esos quereres entrañables de nuestra infancia, de nuestra juventud, de aquellos con quienes hemos compartido anhelos, esperanzas, inquietudes, puntos de vista, quienes están indisolublemente ligados a la urdimbre de nuestra vida, no es insólito que el ánimo se nos abata,

se nos achique el alma y demos cauce a una sensación de carencia afectiva y tristeza.

Cuando se llega a una situación como la mía, uno se ve asaltado por ese filosofar hondo acerca del sentido de la vida y el destino que nos aguarda. No te digo con ello que haya una predisposición a un sentir necrófilo; pero, definitivamente, el espíritu se ve corroído por la angustia y la desolación.

Tal vez no he tenido crisis depresivas, con la tremendencia implícita en el término, pero, por momentos me he sentido desfallecer, mordido en mi intimidad por la terrible cuestión de si vale la pena proseguir en la senda, cuando ya no está ninguno de los compañeros con quienes inicié la jornada. Lo único que reconforta un tanto es que tengo la suerte de estar circuido del cariño inmenso de mi esposa, hijos y nietos.

Como se ha tornado una especie de axioma la expresión de que “detrás de cada gran hombre hay una gran mujer”, cuestiono a don Mariano sobre el significado que tuvo su madre en su vida.

Mi madre lo fue todo en mi vida; lo fue todo en nuestras vidas. Egoísta, como todas las madres. Creía que nosotros éramos todos gente extraordinaria. Celosa, pero tan buena, tan profundamente buena, tan abnegada. Recuerdo tantas cosas de mi madre adorable. Recuerdo que era un muchacho de 16 años, cuando sufrí una caída y se me dañaron dos dientes incisivos y la vi llorando con tanta angustia, con tanto dolor, que yo me puse a llorar también.

Era egoísta, como todas las madres adorables. Ella nos influenció profundamente e hinchó de bondades nuestras vidas. Desde luego, nuestro hogar fue un hogar feliz, un hogar morigerado. Ella era muy buena, pero nosotros medramos en un vecindario de gente muy buena. También te dije hace un rato que la única pela que recibí, si un coscorrón es una pela, fue de un vecino que tenía razón, porque se indignó al verme descalzo en la calle, sabiendo que eso no era propio de nuestro hogar, y yo le supliqué que mi mamá no lo supiera. Aunque yo sé que ella se enteró del incidente, pero fingió que no lo supo.

La madre de este insigne poeta falleció a una avanzada edad, dato que conocemos quienes tenemos cierta cercanía con él, pero como el objeto de esta obra es presentar a Mariano Lebrón Saviñón en una dimensión íntima, le pregunto cuántos años tenía su madre al momento de fallecer, y me responde con la tristeza propia de su alma sensible:

Ella tenía 96 años, pero estaba llena de vida, llena de recuerdos, henchida de lucidez. Ella le decía a mi esposa Eva: “Yo soy más joven que tú, porque tú no ves sin espejuelos, y yo veo sin espejuelos”. Y tenía una memoria de oro. La memoria de mi madre es algo que hizo época, hizo una leyenda entre los amigos nuestros, cómo ella recordaba los nombres de personajes de la historia que fueron sus contemporáneos en los años de juventud...

¿Cómo describiría su relación con ella, don Mariano?

La relación de un hombre desvalido frente a una diosa, frente a una virgen del cielo.

Para equiparar dos de los grandes afectos que marcaron honda impronta en su personalidad, le pido que nos refiera algo sobre su padre.

Papá fue un hombre adorable, justo. Amó entrañablemente a todos sus hijos. Hizo dos familias y no puso diferencias en ninguna. De ahí viene mi parentesco con Mariasela, mi sobrina, a quien yo quiero tanto. Fue un hombre que tuvo el sentido justo de lo que es la vida, de lo que es el amor.

La vena poética y literaria, es un hecho conocido, le llega a los Lebrón Saviñón por la rama paterna, pero sé también que su madre tuvo una influencia decisiva en sus inclinaciones artísticas. Por ello quiero saber de qué forma incide su madre en su determinación de hacerse poeta, o si es sólo por la vía paterna que le nace el amor por las letras.

No. La poesía nos llega por el lado paterno y por el lado materno. Recuerdate que una de las grandes poetisas dominicanas es Altagracia Saviñón. Nos legó una obra extraordinaria. Por su locura precoz, murió en un manicomio, pero fue una de las grandes poetisas, no dominicanas, sino del

mundo hispánico. Entre los familiares de mi madre había gente adorable. Nosotros cantábamos; en mi casa se cantaba. Entre los parientes de mi madre había cantantes maravillosos, compositores maravillosos, escritores. Desde luego, cada personaje, cada acervo es un mundo. El hombre es un ser solariego, vive vidas solariegas. Yo soy yo y mi ambiente, es decir, yo y mis circunstancias —como decía Ortega y Gasset—, de modo que yo puedo ser hijo de dos personas ignaras, y ser lo que soy. Como Sánchez Lamouth, uno de esos fenómenos extraordinarios de la vida. Hijo de campesinos ignaros, hacía gala de una gran cultura y con un acervo poético que ponía a retemblar el mundo. Pienso que personas como Juan Sánchez Lamouth están tocadas por la gloria. Hay un ángel de amor que los besa, y Sánchez Lamouth era un ser raro, fuera del llamado poético. Cuando se portaba como poeta era un niño feliz.

Las famosas tertulias en casa de la familia Lebrón-Saviñón fueron durante muchos años el principal núcleo de actividad cultural en la capital de la República, y constituyeron una especie de institución que marcó hito en el quehacer literario del país. Le solicito a don Mariano que nos hable sobre las mismas y nos cuenta:

En mi casa se hicieron muchas tertulias porque la casa era favorable. Fue visitada asiduamente por los grandes escritores de la época, amigos de mi hermano mayor, José Ángel. Ahí conocí a Manuel del Cabral, Pedro Mir y Carlos Curiel, este último una de las grandes figuras de la literatura nuestra, a quien también quiero reivindicar. Aunque en mi *Historia de la Cultura* hablo de él, la gente aquí no sabe quién era Carlos Curiel. Todos ellos eran visitantes habituales de mi casa. Pedro Mir, que era cantante y compositor, que era bohemio, era un gran personaje. Lo conocí en mi casa, y ellos leían mis poemas.

Como dato anecdótico, te quiero relatar que en esa época en que Pedro Mir era ya un adolescente poeta, gran poeta, yo era un niño que balbuceaba poesía. Le escribí a mi madre poemas, al punto de ella decir: “Yo soy la musa de mi hijo”. Le escribía poemas a mi madre, pero tonterías, como: *Ma-*

dre, dulce madre, detén tus ojos en mí/ que yo te quiero. Pero, en uno de esos poemas, tuve una estrofa feliz. En ella decía —te estoy hablando de un niño de 10 ó 12 años—: *Tengo una perla que es mi tesoro, / tengo una perla de gran valor, / que no la diera por todo el oro, / porque esa perla que tanto adoro, / lágrima es tuya, madre de amor*. Juan Bosch leyó el poema y le dijo a Pedro Mir: “Mira qué estrofa tan bella. ¿Y de dónde este niño ha sacado este hipérbaton?: *lágrima es tuya, madre de amor*, en lugar de decir es una lágrima tuya madre”. Y yo me puse a llorar...

Trato de especificar la razón de las lágrimas que vertiera en ese momento, y cuestiono al eximio literato por qué lloró al oír esta expresión de Bosch.

A Fernández Spencer le dije cuando me preguntó por qué lloraba: “Porque no le gustó la poesía a Juan Bosch porque tiene un hipérbaton”. Y me pregunta Fernández: “¿Y qué es un hipérbaton?” Le respondí: “Yo no sé, pero a él no le gustó, porque le dijo a Pedro Mir que había un hipérbaton”.

Y era todo lo contrario, que le había sorprendido el uso de ese hipérbaton, tratándose de la creación de un niño que todavía no despuntaba a la adolescencia.

Era todo lo contrario. Esa es una de las tantas anécdotas en mi vida.

Siempre se ha dicho que don Mariano es el creador del término “*Triálogo*”. Intrigado por la invención de este neologismo, que en la época actual también se ha puesto de moda, le pregunto cuál es el origen de esta expresión.

No. Yo no fui el creador. Fuimos nosotros tres. Sucede que después de conocer...

Le pregunto al doctor Lebrón Saviñón si los conductores de un espacio de televisión que lleva también ese nombre, copiaron su idea o la pidieron prestada.

No. La idea no. El vocablo. No, no me dijeron nada.

Para conocer la reacción que tuvo ante esa “apropiación”, le pregunto si se sintió complacido o molesto por este uso inautorizado.

Me sentí feliz, claro, sobre todo porque ahí había una persona que yo admiro mucho, pero mucho, que es José Is-

rael Cuello. Creo que sí, que lo de Triálogo estuvo muy bien. Ahora, yo no puedo asegurar que ellos tomaron el vocablo de nosotros.

Siendo don Mariano un poeta de tan prolongada trayectoria, trato de que me proporcione el dato de cuántos poemas ha escrito en el transcurrir de su existencia. Se abstrae unos segundos, pensando en una cantidad que se aproxime al ingente número de creaciones escapadas de su pluma. Termina dándose por vencido y responde:

Qué se yo. Muchos. ¿Cuántos se habrán destruido, cuántos habrán desaparecido, cuántos se han perdido?...

Por ello trato de que me ofrezca la cifra de los publicados, pero la contestación es también imprecisa, porque, bien mirado, ¿cómo contar las arenas del mar o la infinidad de estrellas que tachonan de oro y plata el firmamento nocturno?

Publicados, muchos. Muchos.

Renglón seguido inquiero cuántos libros tiene escritos, y don Mariano me responde:

Escritos, 45; publicados, 16.

Me resulta extraño que nuestro eximio hombre de letras apenas tenga publicada alrededor de la tercera parte de su producción bibliográfica y le hago notar mi extrañeza. “¿Por qué esta diferencia tan notable entre los que ha publicado y el total de los que ha escrito?” Es mi interrogación.

Porque son los que he podido publicar.

Me intereso por establecer de sus poemas que permanecen inéditos, ¿cuántos quedan por conocer?

Algunos, no muchos. Algunos.

Dado que sé que don Mariano padece el mal crónico de la laboriosidad de una hormiga o una abeja, la siguiente pregunta es de rigor: ¿Continúa creando el poeta?

Toda la vida. Vivo escribiendo, vivo tomando notas. Creo que tú conoces lo que son y lo que yo llamo “mi fichero”, los cuadernos donde tengo mis notas, de las que me nutro, los textos que me apasionan. Eso es lo que me facilita redactar tan rápido cualquier cosa que desee escribir. En estos días,

en la Academia tenemos la presentación de Irene Pérez Guerra, y ya yo estoy buscando mis ficheros para saber lo que voy a decir de ella. De modo que cuando yo me siento a escribir, ya ahí hago el discurso.

Animado por el interés de precisar la identidad de a quién le escribe el doctor Lebrón Saviñón, en *Las cartas de un joven médico a un profano*, le formulo la pregunta de rigor y prestamente me aclara:

Ya había regresado de Buenos Aires. Escribí en los periódicos una serie de artículos de orientación pediátrica. Entonces, fingía que le escribía a una persona que no sabía nada de pediatría, las cosas que debía saber. De modo que yo lo llamé: *Cartas de un joven médico a un profano*, para no decir, una profana. Porque realmente iba dirigida a las madres de mis pacientitos. No de los pacientitos de mi clientela, sino de los que iban al hospital.

Inquiero si hubo alguna resistencia a que estos escritos se dieran a conocer, por el contenido de los mismos, dado el hecho de que durante la tiranía de Trujillo hasta las buenas intenciones e iniciativas eran vistas bajo el cristal de la suspicacia y la intolerancia.

No. Ninguna. Al contrario, yo creo que en ese sentido yo tuve fortuna, yo fui feliz. Lo que yo escribía fue siempre acogido. A veces yo mismo me sorprendía de la acogida que tenían mis consejos sobre la atención al niño.

A don Mariano se le conoce como uno de nuestros más grandes prologuistas, y me aventuro a preguntarle si recuerda cuántos prólogos suyos han prestigiado las páginas de libros dominicanos, y comienza a decir, con esa voz apacible y cadenciosa que refleja al poeta y al filósofo:

Prólogos verdaderos, muy pocos. Ahora, los redactados por complacer a un amigo, por impulsarlo, es una enorme cantidad. Y, aunque parezca inmodesto decirlo, he escrito prólogos también para grandes escritores.

Este dato lo considero muy valioso para el propósito de la entrevista que le hacía y le pido precisar el número de autores extranjeros para quienes ha escrito el proemio que sirve de pórtico a alguna de sus obras.

Con su nieto Ernesto
José, dos décadas atrás.



Acompañado del insigne poeta Serie 23 Víctor Villegas, Premio Nacional de Literatura, y su hermana Rosa Lebrón.

Pueden ser unos 18 ó 20. ¡Qué sé yo! Ahora mismo va a salir un libro del actual embajador de Argentina, que lleva un prólogo redactado por mí.

Obviamente, una cuestión relevante a establecer es lo concerniente a cuáles figuras de las letras latinoamericanas ha honrado con sus prefacios, y su comentario a este respecto fue:

Muchos. Está por ejemplo Baeza Flores. Escribí de Cintio Vitier, Enrique de Gandía, quien es uno de los grandes escritores de Argentina, ya en edad proecta, cuando yo estuve estudiando en la nación sudamericana, pero que me quiso mucho. Él me concedió el honor de poner un proemio redactado por mí como pórtico de uno de sus libros.

Don Mariano, como es sabido por todos, nació en el primer cuarto del siglo XX, específicamente en 1922, y como es de presumir, a nuestro laureado intelectual le correspondió ser testigo de muchos acontecimientos resaltantes de la vida dominicana, razón por la cual le interrogo respecto a cuáles hechos trascendentales de nuestra historia le correspondió vivir.

La ascensión de Trujillo al poder. Es decir, su juramentación. Yo tengo un recuerdo. Una vez, siendo un niño —te estoy hablando del 27, 28 ó 29, porque no recuerdo bien el año— que venía de la Farmacia Landestoy, cuando hubo un movimiento enorme en la avenida Mella, llamada entonces Capotillo, y yo vi un hombre muy elegante, vestido de blanco, con una barba blanca: era Horacio Vásquez. Y se detuvo y le empezó a dar la mano a los niños. Yo me quedé a la zaga y él me llamó: “Ven”. Y también me dio la mano. Y yo fui a mi casa lleno de orgullo, diciendo a todos: “Horacio Vásquez me dio la mano”. En mi casa no me creyeron.

Trato de saber cuáles eran los rasgos distintivos de esa época, a la que sólo conocemos por referencias bibliográficas y trabajos periodísticos, y por ser don Mariano un testigo vivencial, le pido que me haga un bosquejo de esos tiempos.

Bueno sí, ya creciendo, sí. Por ejemplo, fíjate una cosa, en mi casa fue donde, en Santo Domingo, se habló de la Gue-

rra Civil Española en toda su crudeza. Mientras el gobierno dominicano y la gran mayoría de nuestros intelectuales eran franquistas, en mi casa se gestó el movimiento pro República Española. Eso nos permitió dar a la luz un periódico que dirigía mi hermano José Ángel, el cual se llamaba *República*, donde combatía el fascismo y el nazismo y todas las brutalidades de la Guerra Civil Española: los bombardeos a la ciudad de Guernica, el horrendo infanticidio de Lérida, el asesinato de Federico García Lorca. Nosotros defendíamos los ideales republicanos. De ahí que, Pedro Mir, Rubens Suro, Carlos Curiel, Pedro Pérez Cabral, eran quienes colaboraban con nuestro periódico. De modo que, eran momentos muy conflictivos para nosotros, porque Trujillo tenía que tolerar eso, primero por el consenso de los países hispánicos y Estados Unidos, que eran republicanos. Además, aquí había un embajador de la República Española. Entonces Trujillo formaba parte de ese consenso y, aparentemente, por el hecho de haber una embajada de la República Española en Santo Domingo, le obligaba a tolerar muchas de lo que él llamaba nuestras "insolencias".

Por constarme que don Mariano es una persona de extraordinaria sensibilidad social y humana, conocedor del hecho de que también fue detenido en diversas ocasiones durante las décadas del 30 y el 40, indago si tuvo algún grado de participación en movimientos políticos o reivindicativos de ese entonces, y él responde:

No. Ya te he dicho que estuve detenido en diversas oportunidades. No estoy hablando de prisión, pues nunca recibí maltrato. Pero sí estuve detenido. Cuando yo escribí un soneto contra Franco se me detuvo. Cuando yo escribí el *Romance de la traición*...

Le pido al insigne poeta que ponga en acción su memoria prodigiosa, para que nos regale algún trozo de ese soneto, petición en la que me complace, explicando:

Le decía traidor a Franco; hijo del demonio porque yo imitaba entonces a Neruda, en su *General Franco en los infiernos*. Escribí el *Romance de la traición*: "Ahí vienen en ronda negra / la miseria y el dolor, / con fieras camisas negras y más negro el

corazón...". Se refiere a los bombardeos por los italianos de las ciudades españolas republicanas. Las autoridades de la época llegaron a amonestarme. Era jefe de la policía el comisario Rafael Rovira, quien siempre me trató con mucha benevolencia las veces en que fui detenido. Lo que hacía era aconsejarme; nunca me amenazó, nunca me habló mal. Pero era cosa sólita que fueran a la Escuela Normal a buscarme, "que el comisario quiere hablar con usted". Siempre me trató muy bien.

El vate es la expresión sonora de la libertad humana. Si un espíritu libre hay, es el del cultor de la poesía, porque, como reza una conocida balada: *Si se calla el cantor, calla la vida*. La dictadura que por tres decenios mantuvo Rafael Leonidas Trujillo Molina, pretendió cercenar toda expresión libre. Por ello me intereso en saber la manera en que la Era de Trujillo marcó la vida de don Mariano, porque durante ese régimen de terror, los intelectuales y su obra estaban sometidos a constante escrutinio, y mientras a unos se les perseguía o eliminaba, a otros se les obligaba a colaborar. Y su comentario es que esa etapa le marcó de manera muy negativa.

Pero muy negativa. Fueron días de dolor, de angustia para mí. Fíjate que te recuerdo que si yo como un personaje conocido de la literatura dominicana, admirado, y ya con cierto relieve continental, hubiera buscado el lado de Trujillo, me hubiera perdido, porque la política daña y envenena. Es una droga narcótica que yo deseché.

El doctor Lebrón Saviñón, junto a otros inmortales de las ciencias humanísticas, fundó la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, centro académico establecido a raíz de iniciarse en la Universidad Autónoma de Santo Domingo el llamado Movimiento Renovador. Para refrescar este episodio de nuestra historia reciente, le pido que nos relate cómo evolucionó ese proyecto que hoy se yergue como una de las más prestigiosas instituciones de la educación superior en la República Dominicana.

Fue una reacción frente a los movimientos anárquicos que sacudían a la Universidad Autónoma de Santo Domin-

go, donde se trató de excluir a muchos profesores auténticos. Fue la respuesta dada por un grupo de verdaderos docentes a ese intento descabellado. Si había alguien a quien los otros querían que se quedara, era yo. Recuerdo que Escipión Oliveira iba donde mí, enviado por los grupos que dominaban la UASD, para que yo me sumara a ellos; pero me negué rotundamente, porque creo que los estudiantes no tenían derecho a decidir la exclusión de ninguno de estos profesores, porque hubieran sido profesores durante la Era de Trujillo. Está bien que quienes tuvieran culpa fueran excluidos, pero los demás no. Entonces, ¿quiénes querían usufructuar eso? Los que no eran dignos.

La Universidad Pedro Henríquez Ureña es la única universidad que se funda con angustias, con verdadero sentido de sacrificio. Muchas de las reuniones que hicimos tuvieron que realizarse a escondidas, con amenazas de bombas y demás cosas.

Hace una pequeña pausa, para agregar sentencioso y en tono resuelto:

Alguna vez escribiré esa historia.

Aprovecho para pedir su parecer acerca de si la creación de esta institución tuvo alguna oposición por parte de los organismos políticos que incidían en la UASD.

Claro que sí. Claro que sí. Primero, la Universidad Autónoma, que era la dueña de toda la educación superior, no quería. La gente de la Secretaría de Educación, tampoco, y esos grupos poderosos de estudiantes que formaban la FED eran totalmente enemigos de la idea.

Para que nos abunde un poco más sobre este conflicto, indago si llegó a ser amenazado por ese esfuerzo por establecer la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, la que fue resultado de la especie de purga que hubo en la universidad del Estado contra los profesores de ese centro a los que se tildaba de “trujillistas” o “reaccionarios”.

Sí, sí. Recibí amenazas; amenazas en las que nunca creí y las que tomé en su momento como fanfarronadas que perse-

guían amedrentar, nada más. A mí me dijeron un día que iba a ser agredido cuando estuviese transitando por el parque Independencia. Para la fecha, vivía en la calle Mercedes esquina Polvorín, al lado de Juan Bosch, y mi madre, donde yo vivo ahora. De modo que todos los días atravesaba el parque Independencia para ir a mi casa, a ver a mi madre. Y una vez mi mamá me llamó por teléfono y me dijo que no fuera a su casa porque le habían avisado por la vía telefónica que me iban a agredir al pasar por el parque. Mi esposa se intranquilizó, pero le dije: “Ningún estudiante de la UASD me agrede a mí, y voy a ir hasta donde mi madre para probarlo”. Y atravesé el parque, para encaminarme hasta la casa de nuestra madre, sin que me ocurriera el más mínimo percance.

Siguiendo en este terreno, le pido mayores explicaciones sobre la forma en que salieron adelante con la realización del proyecto para establecer ese prestigioso centro académico.

El proyecto fue creciendo. Fíjate que lo fundamental es que entre los 130 profesores que fundaron la UNPHU había un 70 por ciento de lo egregio, de lo que era el profesorado más abnegado y de mayor excelencia académica. Otro tanto por ciento se quedó en la UASD. Allí se quedó Goico y permanecieron también otros grandes profesores. Pero parte de lo egregio del profesorado, de los docentes de la Universidad, fueron los que auspiciaron el plan de fundar la UNPHU, y entonces encontramos apoyo en personalidades del país y del extranjero, que vinieron a ayudarnos. Muchos trataron de disuadirnos de que estábamos haciendo un disparate, pero nosotros persistimos, y ahí está ese monumento al saber.

He querido conocer su grado de participación dentro de esa casa de altos estudios, que tiene por epónimo el nombre de uno de los más grandes humanistas de Hispanoamérica y de la hispanidad.

Mi participación fue como docente. Yo nunca fui de los rectores o directivos, pues siempre he sido un poco pasivo en cuanto a don de mando. De manera que yo estoy jubilado, debido a disposiciones internas de la institución que hacen

obligatoria la jubilación a cierta edad, y en mi condición de profesor emérito, percibo la cantidad de mil cien pesos.

Don Mariano es parte de la historia de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, no sólo por su condición de fundador, sino por el hecho de que, además de haber sido el primero en sugerir el nombre con que la bautizaron, le correspondió escribir el himno de la institución. Por ello le pido que me ofrezca detalles sobre este particular. Me complace y comienza a referir:

Eso sí es gracioso. La víspera del día en que se iba a inaugurar la Universidad, desde Radio Televisión Dominicana, vino Rafael Sánchez Cestero, el tenor, y le dijo a las mujeres, a las profesoras, que se había escrito un himno a la UNPHU. Lo escribió Loló Cerón (José Dolores Cerón). José Delmonte estaba ensayando un grupo coral para que en la ceremonia de inauguración, es decir, al siguiente día, cantaran el himno de la UNPHU, pero no había unos versos. Entonces ese grupo de profesoras vino a mí y me dijo: "Mira, hay un himno al que hay que ponerle letra. El himno lo escribió Loló Cerón". Les respondí: "Yo puedo escribir los versos, que si son decasílabos..."

A mí me tocó escribir los versos decasílabos, que se ajustan a la música de cualquier himno. El himno nacional, por ejemplo, se puede cantar con la música del himno de Chile o de México, porque es decasílabo. Nosotros estábamos descalzos lavando pisos, porque al otro día se inauguraba la Universidad; estábamos recogiendo basura. Un grupo de profesoras me llevó a lo que fue ulteriormente la Rectoría y me encerraron: "Mira, hasta que no escribas los versos, no sales de ahí". Entonces, yo me puse a escribir. Salí, entregué los versos, los leyeron grupos de profesores. El profesor Miguel Piantini dijo: "Maravillosos versos". Lo mandamos al grupo coral que debía ensayarlo, y al otro día se cantó en el acto de la fundación.

Como es de esperar de una figura de su relieve y compromisos internacionales, quiero saber a cuántos países ha viajado y con qué fines:

Por motivos de índole cultural, varios; de paseo, casi nunca. La gran copia de mis viajes ha sido por cuenta de la Academia de la Lengua. Una vez, en Guatemala, me correspondió ser representante de la República Dominicana, junto con Tena Reyes y monseñor Polanco Brito, en una convención de la intelectualidad universal.

A Estados Unidos me he trasladado varias veces, a dictar conferencias sobre Duarte, en Orlando, Boston, Nueva York, Washington. Yo he dado como 10 ó 12 viajes. No sé... ¡Tantos!...

A México he ido cuatro veces, una vez a buscar un galardón: el Premio Vasconcelos. Conozco toda Hispanoamérica, menos Bolivia, donde no he tenido la oportunidad de ir. En Europa conozco a España, Francia e Italia.

La permanencia en la patria de José de San Martín constituye un hito prominente en la vida de don Mariano, quien atesora recuerdos imperecederos de sus años en aquellas tierras australes. Por tal motivo le pido que nos hable de sus experiencias en Argentina, y cuáles actividades realizó allí. Su rostro y mirada trasuntan la nostalgia de los recuerdos entrañables, cuando responde:

Primero estudié; hice mi postgrado, logré el diploma, y en los momentos libres di unas 12 ó 14 conferencias, de las cuales salió el libro *Luces del trópico*. Era la primera vez que la literatura dominicana, sobre todo la del siglo XX, salía del país.

Una cuestión que estimé de interés para los lectores es la concerniente a las personalidades del mundo de las letras y el intelecto con las cuales tuvo ocasión de interactuar en ese país sudamericano. Le planteo la inquietud y en respuesta me dice:

Ahí yo conocí a Borges, a Rafael Alberti que estaba exiliado, y discutimos mucho, porque él trataba de menospreciar en parte nuestra aportación cultural. Recuerdo que una vez me dijo: "Manuel del Cabral sí es un gran poeta, pero pertenece al mundo de Trujillo". Y yo le repliqué: "Pero, Rafael, tú estás en el mundo de Perón, ¿cómo te atreves a criticar a nadie?".

Al escuchar la anécdota, inquiero acerca de la reacción que tuvo Alberti ante una alusión tan directa.

Se rió y me invitó a una conferencia que iba a pronunciar. Pero con quien mayor amistad cultivé fue con Félix Coluccio, autor de una gran enciclopedia folklórica. Toda la parte dedicada a las Antillas está escrita por mí. Es una gigantesca enciclopedia y un venero de inestimables conocimientos. Él está vivo todavía, pero ya no escribe. También sostuve una intensa amistad con Enrique de Gandía, que es uno de los grandes historiadores de Argentina, quien hasta su muerte estuvo escribiéndome.

Volviendo al terruño nuestro y a los aspectos relevantes de nuestra historia, le pido a don Mariano que nos hable de los presidentes que ha visto gobernar en la República Dominicana y si los podría citar en orden cronológico.

Quizás no pueda en orden cronológico. Con anterioridad te había hecho mención de Horacio Vásquez, aunque yo era muy niño a la sazón, como para decir que le vi gobernar o que pueda ser testigo de alguna manera de los hechos de su administración; pero, después de la muerte de Trujillo, a todos los que vinieron: Juan Bosch, que fue el primero electo democráticamente, y antes que él los gobiernos provisionales de Balaguer y Bonelly. Después de Bosch, el Triunvirato que encabezó primero don Emilio de los Santos y luego Donald Reid Cabral, tras lo cual vino la Revolución, con el país dividido y con dos presuntos gobiernos, encabezado uno por Antonio Imbert Barrera y el otro por Caamaño, aunque no sé si en verdad fue presidente, porque Caamaño nada más estuvo en la Capital. En los gobiernos, a todos se les llama presidentes. Cuando las aguas se remansaron un poco y se aplacó el incendio de la confrontación fratricida, se instaló el gobierno de Héctor García Godoy.

Yo vi a todos los que vinieron detrás: Balaguer muchísimas veces; Antonio Guzmán, Jacobo Majluta, Salvador Jorge Blanco, Leonel Fernández, y en la actualidad, Hipólito Mejía.

Le solicito que elabore su opinión acerca de cuáles de estos mandatarios, a su juicio, han realizado una gestión favorable para nuestro país.

Todos tienen algo positivo y algo negativo. Si tú quieres que te hable de uno que hizo un gobierno favorable, que me emocionó, para mí: Antonio Guzmán. Estimo que fue un buen individuo, un buen presidente, con una mujer extraordinaria detrás de él, amable en un grado superlativo, con quien tuve oportunidad de hablar dos o tres veces...

“Doña Renée Klang de Guzmán”, y me responde:

Sí, y con el presidente Guzmán. En el Instituto Duarte hablamos mucho. También coincidí con él en la UNPHU, en una ocasión en que él fue a una investidura, donde tuve igualmente oportunidad de intercambiar con él.

La vida está llena de momentos de alegría o de tristeza, de días faustos o infaustos. Le pregunto al laureado literato nacional cuál ha sido el mejor momento en el transcurso de su existencia, a lo que expresa:

Hay tantos momentos que pudieran inscribirse en esa categoría: cuando conocí a mi esposa Eva; cuando conocí a un ángel en la tierra, después de haber estado al lado de esa virgen que era mi madre; mis hijos, la dicha de tener el amor infinito de mis hijos, que aman a su madre igual...

Al oírle hablar con tanta fruición sobre sus hijos, y siendo este un dato que nos ayuda a conocer a Mariano Lebrón Saviñón en su dimensión afectiva, le pido que nos diga cuántos hijos tiene y con cuántos matrimonios.

Tengo 6 hijos de dos matrimonios. Y son adorables todos. Quieren a sus madres como me quieren a mí. Es una dicha rara esa.

Al decirlo, su cara se ilumina con una sonrisa de satisfacción, por lo que me pica el gusanillo de la curiosidad en cuanto a cuál considera don Mariano el momento más aciago de su vida.

Cuando murió mi madre. Yo sentí mucho la muerte de mi padre, y de mis hermanos ya fallecidos; pero mi madre estaba feliz y nada hacía presagiar un desenlace así.

Pregunto si fue repentino su fallecimiento, y con el dejo de tristeza de un hijo que entrañablemente quiso y quiere

a la autora de sus días, me explica las circunstancias que rodearon su deceso:

Ella fue operada. Mi madre, a los 96 años, era una maravilla. Tenía más lucidez que muchos jóvenes. La operaron de una fractura ósea y todos estaban admirados en la clínica de lo bien que había reaccionado. Le habían dado de alta, estábamos Carlos y yo ahí. Mamá nos dijo: "Salgan, que me van a cambiar de ropa, porque me voy ya", tarea en que nuestra hermana Rosa del Carmen le iba a ayudar, y a los cinco minutos salió mi hermana a decirme que se había muerto.

¿Así mismo le dijo, poeta?

Así mismo.

¿Usted lo recuerda como ahora?

Exactamente.

Le señalo mi comprensión de lo amargo y duro que le resultaría ese trance tan inesperado, y prosigue su relato:

Había hecho un paro respiratorio, no cardíaco. Fue muy duro.

Casi no me atrevo a turbarle ante aquellos recuerdos dolorosos, pero le comento que su propia madre había expresado la cercanía de la partida definitiva, y don Mariano reitera las últimas palabras que escuchó de labios de su madre:

"Salgan que me voy a cambiar de ropa, porque me voy".

Le digo que esto fue como si adivinara que le faltaba poco tiempo y don Mariano añadió:

Y entonces salimos los dos a esperarla.

Le expreso que comprendo su dolor y desconcierto en esos instantes, porque ya su madre había sido dada de alta, después de haber rebasado exitosamente la operación.

No tenía absolutamente nada. Eso me causó un impacto que me duró muchos días.

Para pasar a un terreno en que las vivencias sean menos lastimeras y dolorosas, pregunto a don Mariano si se siente satisfecho con lo logrado en el transcurso de su vida, especialmente en las lides literarias.

—Sí. Siempre uno espera algo mejor; esperamos más. Yo no sé. Estoy en el otoño de mi vida, ¿qué más puedo esperar?

Pero, hasta ahora, yo creo que sí. Sobre todo, Carlos, yo soy tan feliz porque he encontrado muy poco rechazo. Mucho amor, mucho cariño de mis amigos. No pensaba que una persona podía ser tan aceptada por los demás. Me he movido en ese mundo y no he sentido rencor ni odio contra nadie.

Aunque los psicólogos hablan de empatía, de la capacidad que se tiene de colocarse en la perspectiva del otro, creo que cada experiencia humana es inmanente a quien la vive o sufre, y apenas trasciende, aunque no en toda su significación y riqueza, cuando el que la experimenta la comunica de modo inteligible. Es por esta razón por lo que trato de que don Mariano me especifique cuál de todos los premios y galardones que ha recibido ha sido el más apreciado por él.

El Premio Nacional de Literatura.

Tenía el prejuicio de que el premio que más le satisfacía era el Vasconcelos, por lo que inquiero si el recibido en el país lo tiene en mayor estima que el galardón que le otorgaran en México, observación a la que responde:

Más que todos.

Lógicamente tenía que preguntarle por qué, y afirma sin ambages:

Porque era el que más anhelaba.

¿Por qué lo anhelaba? Le pregunto, sin darle tiempo a pensarlo mucho, y expresa espontáneamente:

Porque es el de mi país, el de mi patria, el de mi gente.

Habiendo sido homenajeados con dos importantes premios: el Vasconcelos y el Nacional de Literatura, procuro obtener de don Mariano el detalle de sus experiencias al recibir ambos honores.

Maravillosa experiencia. Momentos estelares de mi vida. Mi viaje a México fue un viaje feliz con dos de mis hijos, mi esposa y mi hermana Rosa. Un acto maravilloso, una aceptación a través de diferentes ciudades de México. Hasta canté en un acto público, lo que nunca había hecho.

¿Y cómo quedó?, le pregunto de inmediato y me evado diciendo:

¡Qué sé yo!



Don Mariano, extremo izquierdo, con Rodolfo Coiscou Weber, Ernesto Hernández, Víctor Villegas y Antonio Fernández Spencer.



Despidiéndose con su hermano Carlos Lebrón Saviñón y el poeta Leopoldo Minaya.



En el momento de recibir un reconocimiento de ejecutivos de Acción Pro Educación y Cultura (APEC).



Mientras departía junto a su hermano Carlos Lebrón Saviñón, el cantante Fernando Casado, su hijo Mario José Lebrón, y doña Eva Jiménez de Lebrón.

Trato de saber si fue merecedor del aplauso de los presentes, pero su modestia le impide afirmar que le aplaudieron por su buen desempeño como cantante. Con su habitual talante de filósofo que está a la vuelta de todo, asegura:

Pienso que me iban a aplaudir de todas maneras, por cortesía. Pero lo que sí me hizo feliz fue el Premio Nacional dominicano. Yo tenía una emoción rara y sentí que había verdadera admiración y cariño en esa gente que estaba ahí, en el Teatro Nacional aplaudiendo. Eran mis amigos.

Aprovecho estas palabras de quien siempre he considerado mi padre, y le reitero la pregunta acerca de lo que constituyó para él haber recibido el importante galardón que representa el Premio Nacional de Literatura, el cual, según confiesa, era el reconocimiento que anhelaba.

Era deseado; por ahí empezamos. Jamás hice alguna señal de quererlo, pero siempre uno trabaja para estas cosas. Desde luego, había ganado otros premios. Fui a México a buscar el Premio Vasconcelos, que compartí con Octavio Paz y otras figuras. Esa fue una experiencia extraordinaria. Asistí con mi esposa, mi hermana, hijos... y sentí una emoción extraña. A veces, con cierto escepticismo, me decía: "Pero, ¿por qué se premia mi labor?" Y creía que esa era la gran emoción de mi vida, pero tenía un escozor: yo quería el premio de mi patria. Después de todo, he trabajado y he vivido por ella; he tenido un fervor y un amor tan grandes, el que siento por la tierra donde yo nací, por la gente que me quiere, que anhelaba esa satisfacción. Me llegó oportunamente. Nunca es tardío. El caso es que llegue. Y ya sí, yo tuve una emoción que pude reventar hasta las mismas lindes de las lágrimas. Se siente algo extraordinario y como un nuevo vivir.

Estaba atento, entre la multitud, de las caras de los míos, y una angustia infinita de que mi madre solía decirme, con esa ternura de sus 90 años: "Mira, Mariano, yo quiero decirte una cosa: tú eres el hombre más inteligente del mundo". Le respondía: "Mamá, tú tienes razón, mamá, lo que fui no seré". Y yo sé que para ella hubiera sido una satisfacción enorme haber presenciado el momento en que se me confirió esa

distinción. Pero en fin, es una emoción inolvidable. Eso mismo sentí yo, una cosa rara, cuando vi a Hilma Contreras, tan anciana, tan valiosa, que me llenó de nostalgias cuando ella estaba en plenitud creadora y nosotros andábamos en los caminos de La Poesía Sorprendida.

Ese rezagamiento injusto de ella resulta incomprensible, hasta que, ¡por fin!, la reconocieron. Ahí hay una epopeya, una epopeya bibliográfica-sentimental, realizada por Ilonka Nacidit, valiosísima mujer de mi patria —yo la adoro—, y esa hazaña de ella, de lograr para Hilma Contreras este premio, que ella harto merecía, ha sido extraordinaria.

Me intereso por el caso de doña Hilma Contreras, excepcional literata dominicana, quien a pesar de su calidad y elevadas dotes creativas, ha permanecido relativamente postergada, olvidada por la mayoría de los críticos literarios del país, ignorada por el gran público, y viviendo en la esfera que, en parte, ella contribuyó a crear, aislándose en el hermetismo de una vida casi monacal. Le pregunto a don Mariano las razones que explican este hecho casi inconcebible, y me dice:

Que fue temperamental, un espíritu libre e indomable. Cuando joven, Hilma fue una mujer creadora, de un acervo entrañable y poderoso, excelente narradora. La plasticidad de su pluma, su destreza narrativa, habla de su maestro, Juan Bosch, en mi entender el primer narrador del mundo hispanoamericano. Juan Bosch, sin Premio Nóbel, tiene la misma envergadura, la misma importancia en nuestra lengua materna que si hubiese recibido justamente ese blasón. En definitiva, los premios son cosas del azar. Te lo he dicho muchas veces. En ocasiones, el premio a una de dos personas valiosas, lo decide un "tin marín de dos pingüé". Eso hay que tomarlo muy en cuenta. Pero, volviendo a Hilma, ella era notable, sobre todo porque era casi un genio solariego del cuento femenino en ese momento. No existían grandes cuentistas. Amelia Francaschi, la autora de *Madres culpables*, había muerto hacía mucho, durante largo lapso alabada como la primera novelista dominicana; desde luego, de cierto corte romántico y a veces hasta folletinesco.

Tuvimos también una buena narradora con *Sueña Pilarín*, de Abigail Mejía, que crea una novela con una especie de *slogan* eterno. Eso de *Sueña Pilarín* pasa a ser una cosa muy pintoresca y repetida en el país. Pero, esa condición de verdadera narradora afloraba en Hilma Contreras. Ella no era una mujer alabanciosa. Era una mujer discreta, admirable y admirada —porque se le admiraba mucho, realmente—.

Recuerdo cómo hablaba de ella Pedro René Contín Aybar, con un entusiasmo enorme. Pero se rezagó. Ella misma lo ha confesado, ha explicado cómo fue a buscar un rincón casi pardal donde no tenía gran contacto con la gente.

A veces uno tiene la impresión de que estamos teniendo retroceso en lugar de avances en materia cultural, especialmente en los dominios literarios, por ello asaeteo al poeta con la pregunta de si se está haciendo en el país, en estos momentos, buena literatura. Se acomoda en su sillón y comienza a elaborar su respuesta:

Creo que sí. Estamos en el momento del reverdecir de la cultura y la literatura dominicanas, como una vez cuando estábamos casi a la vanguardia. Pero ese mismo ardor de creación está a nivel del continente, y creo que del mundo.

No sé por qué. Las contingencias tan adversas del mundo, las grandes sorpresas que nos está dando el devenir del tiempo, parece que marchamos hacia un abismo interminable de la Humanidad. Yo no sé lo que pueda pasar, pero hay una fuerza creadora, un sentido de creación y, a veces, hasta romántico. Yo sigo siendo un poeta romántico.

Percibiendo la panorámica que nos dibuja el doctor Lebrón Saviñón sobre este esplendor de la narrativa, le cuestiono acerca de qué pasa con la poesía, género del cual él es el más encumbrado exponente.

La poesía no goza, nunca ha gozado, del gran aval de las masas.

Inquiero la razón por la cual sostiene este criterio.

Porque la poesía es difícil. La poesía, contrario a lo que usualmente se presume, a lo que la gente cree, es un menester angustioso. La producción siempre deja un sedimento de

angustia y de dolor, y los auténticos poetas, para conmover esas fibras que llevan a ese sentimiento de grandor humano que es la poesía, han de tener mucho criterio y mucho amor; amor, sobre todo, en el sentido universal de la palabra.

Recuérdate que cuando Baeza Flores, Moreno Jimenes y yo escribíamos los *Triálogos*, teníamos un concepto muy especial de la poesía. Yo expresé en uno de esos *Triálogos*: “La poesía hace al hombre más hombre, y a Dios más Dios”. Dios alcanza la verdadera magnitud de su omnipotencia a través de la poesía. No puede ser de otra manera. Nada puede dar, nada puede expresar tantas cosas, tantas grandezas; nada puede explicar la vastedad inconmensurable del mundo, de la vida, de las cosas, si no es a través de la poesía; porque la poesía está henchida de misterios.

La poesía no es, aunque suena muy bonito: “Ayer pasé por tu casa y me tiraste un limón, el zumo me cayó en los ojos, y el golpe en el corazón”, eso no te está diciendo absolutamente nada. La poesía es: “Quién me oiría entre la jerarquía de los ángeles, si yo gritara, / y supuesto que alguno me colocara sobre su corazón, / perecería yo por su existencia más fuerte, / pues lo bello no es más que el primer eslabón de lo terrible...” ¡Eso es poesía, pero poesía pura! Hay que comprenderlo así.

Baeza dijo en uno de esos *Triálogos*, que si alguna vez, por alguna razón, los hombres podían juzgar a Dios, tenían que hacerlo con la poesía, o sería imposible.

Aunque el poeta desbordaba de entusiasmo al ofrecerme esta respuesta, interrumpo el hilo de sus razonamientos para inquirir qué género literario se está cultivando más en la República Dominicana, a lo que responde sin dudar:

La narrativa. La narración está apasionando, y por otra parte, es más fácil que un narrador alcance un Premio Cervantes, que un filósofo profundo, o que un ensayista admirable. La narración es la que está moviendo el comercio, el pueblo. Ahí tienes, por ejemplo, el *boom* que exaltó a Vargas Llosa y Gabriel García Márquez, por sólo mencionar dos de

esa cosecha. ¿Qué es el *boom*? Un movimiento comercial de los editorialistas españoles para ganar dinero. ¿Y dónde encontró ese caudal? En la narración. Pues la narración ha alcanzado una vigencia, sobre todo, en el mundo de los lectores. Para mí es casi insólita la ocurrencia de este fenómeno. Yo nunca pensé que se llegaría ahí.

Alguien sostuvo en su momento que la grandeza de la filosofía estaba dada por el hecho de que no servía para nada, en el sentido de que no tiene un carácter instrumental y, a este respecto, no cumple un papel de tributaria, de afluente, de cualquiera otra rama del conocimiento. Siendo “la madre de todas las ciencias”, no puede someterse a ser esclava de éstas. Los antiguos griegos, desde el momento en que Eurípides dijo que no era un sabio, sino un amante de la sabiduría, tuvieron clara la noción de que la filosofía era esa inclinación por el saber, por la ciencia que nos permite desentrañar la razón por la que la cosa es, que la razón es la de la cosa y que la cosa no podría ser de otra manera. Uno de los quebraderos de cabeza de la intelectualidad moderna es definir lo que es la filosofía y la naturaleza del oficio de filósofo. No obstante, creo que la filosofía es el género de especulación o respuesta que el hombre se ofrece a sí cuando se pregunta: “¿Quién soy?” “¿De dónde provengo?” “¿Cuál es el sentido de mi existencia?” “¿Cuáles son mis nexos con el universo del ser?” “¿Hacia dónde voy?” Estas inquietudes básicas, cuando tratamos de darle contestación, constituyen la materia prima del quehacer filosófico. Huelga reparar en el hecho de que don Mariano es uno de nuestros intelectuales de más profundo y sólido pensamiento, que conoce íntimamente la filosofía y a los filósofos, al punto de que en su acervo se incluyen ensayos sobre esta temática y hasta sobre las psicopatías de algunos de los más descollantes exponentes de este quehacer intelectual. Por tal circunstancia me intereso en conocer dentro de cuál escuela filosófica se inscriben sus disquisiciones y análisis en este orden.

La filosofía que sigo es ecléctica. No he hecho de la filosofía un menester, pero soy apasionado de las ideas y de los sentimientos, y sobre todo, me identifico plenamente con el criterio de Ortega y Gasset, de que “la cortesía del filósofo es ser claro”. Existen filósofos cuyos sistemas están envueltos en un denso velo, y el género de especulación del que se ocupan requiere un nivel de abstracción al que difícilmente llega el hombre común. Nunca he comprendido la necesidad de exponer el punto de vista propio de manera que resulte indiscernible, ininteligible, para el común de la gente.

Yo siempre he tenido muchos breves, por ejemplo, con Kant, que es uno de los filósofos más admirados, y posiblemente del que más he leído, influenciado por mi profesor Andrés Avelino. Soy un apasionado de Unamuno, si lo vamos a considerar filósofo —y creo que sí lo es— y de pensamiento profundo y apasionado, como yo. Pero posiblemente el filósofo que últimamente más me ha impresionado y con quien más he estado en contacto ha sido Ortega y Gasset.

A renglón seguido añado si sería válido decir que los filósofos a los que admira más son los españoles, particularmente a Ortega y Gasset y don Miguel de Unamuno.

No forzosamente. Yo sigo siendo un apasionado de la filosofía griega.

El final de su discurso para agrader el doctorado que le fuera otorgado por la UNAPEC nos recuerda mucho un trabajo presentado por Jacques Maritain bajo el epígrafe de *En defensa de la persona humana*, en el que analiza el papel del médico en la sociedad. Le pregunto si se ha involucrado, de alguna manera, con filósofos de la corriente denominada “Humanismo Integral”.

Sí. Jacques Maritain es un filósofo de los más populares en el mundo de la filosofía; una filosofía clara, profunda, diáfana, pero con mucho de sentimiento hierático.

Para recabar datos relativos a la esfera privada de su vida, le pido que precise el año en que contrae matrimonio con su actual esposa, doña Evangelista Jiménez, a quien todos llaman Eva, dentro del círculo familiar.

Yo no te lo voy a decir, porque en el recuerdo de fechas yo fallo. Pero, ¿qué edad tiene Guillermo? Guillermo tiene 32. Bueno, tengo 34 años casado con ella.

¿Y cómo un poeta definiría a la mujer con quien ha compartido más de tres décadas de existencia?

Después que la he visto atendiendo a su madre, con santa abnegación, a sus hijos, a los miembros agradecidos de su parentela: una mujer excepcional, admirable. Es para mí, mi esposa; es para mí, mi hija; es para mí, mi madre y, sobre todo, mi amiga. Algo difícil de concebir en este mundo y en esta época.

Y, ¿qué tiene que opinar don Mariano de los nietos, esos seres angélicos que nos roban el corazón con un afecto que tal vez no sentimos con respecto a los hijos?

Los nietos, esos son siempre encantadores.

Le pregunto cuántos tiene, a lo que responde:

Son 11.

Quiero oír de boca de don Mariano cuál ha sido la mayor satisfacción que ha recibido de su familia, y de inmediato acota:

Mucho cariño, mucho cariño, mucho cariño.

¿Es su familia tradicionalista?

Algunos. Unos sí, otros no.

Una de las características resaltantes del doctor Mariano Lebrón Saviñón es su extraordinaria capacidad de comunicar ideas, haciendo uso de un lenguaje no rebuscado ni pedantesco, pero que es ventana a la que asoma su inmensa cultura y sabiduría. Con ocasión del premio El Caonabo de Oro que se otorgó al celebrado autor latinoamericano Mario Vargas Llosa, en su discurso de agradecimiento hizo alabanza del español dominicano, por su musicalidad, y particularmente elogió las palabras pronunciadas por don Mariano, expresadas “en un lenguaje casi erótico”, apreciación que aludía no al carácter sensual de los vocablos empleados, sino al deleite que produce oírle bruñir cada sonido antes de lanzarlo al aire en una cascada de elocuencia y buen decir. Como soy de

parecida opinión ante esta virtud de nuestro poeta, le pregunto cuál o cuáles de sus hijos ha heredado sus habilidades retóricas.

Creo que todos. Lo que pasa es que son tímidos.

¿Cómo se considera con respecto a sus hijos?

Yo me considero un buen padre. Ellos son mi vida, parte de mi vida, parte de mí.

Siempre se ha dicho que son dos amores distintos el que se siente por los hijos y el que se siente por los nietos, porque en el caso de estos últimos, el abuelo es padre dos veces y se le acusa de que es muy permisivo y sobreprotector respecto a los nietos, habiendo sido más riguroso en la crianza de los hijos. Pido al poeta que me especifique la diferencia que existe entre la generación de hijos y la de nietos.

Es la misma, aunque son cariños diferentes. Cuando tú tienes nietos, tú tienes mayor capacidad de ternura. La edad va atemperando tu carácter, y además recuerda que nosotros somos muy tolerantes con los niños. Apoyadores, como dicen los padres, pero es que los queremos sin responsabilidad.

Indago cómo es el entorno familiar: hermanos, tíos, sobrinos, ¿qué es lo que le caracteriza? Y de inmediato nos describe el ambiente que prevalece en su familia:

Una cordialidad enorme. Un sentido familiar extraordinario.

Como a veces tiendo a desconcertar a mis entrevistados con preguntas que se salen de lo rutinario, me atrevo a preguntar a don Mariano si su vida social en los años mozos fue tranquila, apacible, o si gustaba de la parranda y fue enamoradizo.

Yo gusté de la parranda y fui muy enamorado, pero no era parrandero, y era un poco tímido.

Asumiendo que en el Santo Domingo en que creció don Mariano eran comunes las casas con techumbre de zinc acanalado, le pregunto si entre sus evocaciones está

la del sonido de la lluvia golpeando con monótono e hipnótico ritmo sobre un techo. A tal cuestión, me responde:

Nunca viví en casa de zinc. Claro, mis tías tenían casas de zinc, pero yo siempre he vivido en casa de concreto. En 1922 ya había casas de concreto, en la calle donde yo crecí, en Ciudad Nueva, en la Estrelleta.

Aun a sabiendas de la respuesta que podía esperar, le pregunto a don Mariano Lebrón si de sus años de infancia o juventud conserva el recuerdo de alguna pelea a trompadas, sostenida con algún vecino o compañero de escuela.

Yo no. Mis hermanos sí eran aguerridos. Pero yo nunca peleé, ni con mis hermanos.

Una persona no es sólo la percepción que los demás tienen de ella, sino también lo que en su Yo íntimo constituye la evaluación que se ha forjado de sí misma. En algunas ocasiones, incluso, el Super yo es inflexible y en extremo riguroso en la forma en que conceptúa al propio individuo. No obstante, albergo la seguridad de que, por ser persona ecuánime y moderada, don Mariano me indicará sin ambages lo que piensa de sí mismo, por lo que trato que él se autoevalúe en cuanto a los defectos que pudiera tener. Le cuestiono a este respecto, y su contestación es:

Quizás un poco vanidoso, no sé...

¿Tiene mal genio?

No. Siempre trato de no ofender, de no tener exabruptos que luego deba reprocharme.

Por lo que toca a su vida social, se podría decir que El Poeta siempre ha sido un tanto retraído y muy dado a reconcentrarse en su mundo de lecturas, disquisiciones filosóficas, metáforas y creación poética. Le pregunto si es así por ser elitista y empeñarse en estar apartado del vulgo. Su respuesta no se hace esperar.

Bueno, elitista es cualquiera. Desde que a mí no me gusta una persona, yo soy un elitista para ella. Yo nunca he tenido una vida social activa.

Le replico que, a pesar de lo que confiesa, me han contado que fue un excelente bailarín, señalamiento ante el cual opina:

Bailador y cantante. Yo no tenía una voz de oro, como la tenía mi hermano Carlos, que le llegaron a decir el "Pequeño Caruso". En mi caso, sin embargo, nunca canté con orquestas ni nada parecido...

Le pregunto si no lo llegó a hacer por timidez o porque no tuvo la oportunidad de actuar junto a una orquesta.

No. Esa no era mi actividad. Desde niño, yo cantaba en las veladas escolares y gozaba de cierta fama. Tenía un rival muy poderoso, mi propio hermano, que era un artista y lo sigue siendo. Aun con la edad que tiene, puede hacer gala de una voz de oro.

Al hacer referencia al conocido y excelente declamador y poeta Carlos Lebrón Saviñón, la siguiente cuestión que le planteo es con cuál de sus hermanos mantuvo relaciones más estrechas.

El que murió antes de José Angel, Adolfo, el padre de la niña que falleció en estos días. Me llevaba tres años de edad. Él fue quien me orientó, que me llevó por los caminos del mundo; venció mi timidez, me hacía conocer que tal o cual muchacha estaba enamorada de mí y que debía ser un poco más osado frente a ella.

Yo tuve la dicha de que viví en una época en que la atmósfera moral de la ciudad era casi puritana y, como he reiterado en varias partes de esta entrevista, las costumbres estaban muy morigeradas. Eran desconocidos los excesos y aberraciones de los tiempos actuales. Para que te formes una idea de cómo era aquella época, te puedo decir que, en toda la ciudad, apenas te topabas con dos o tres homosexuales. No había muchos.

Había uno que bailaba maravillosamente, de apellido Llubes, que se hacía llamar Miningo. Era un bailarín extraordinario y de una cierta apostura viril. Nosotros lo admirábamos mucho, y tarde supimos que era homosexual, por ser sumamente discreto. Y dos o tres más: uno llamado Ama-

pola, hombre muy culto, pero nosotros sabíamos que era homosexual por su forma de caminar y eso, pero no eran descarados, como los de ahora. Tenían sus círculos.

En esa época era muy difícil caer en el abismo de la homosexualidad, a no ser que por una cosa ya genética, porque la juventud tenía otras miras y no se degradaban tanto las costumbres. Se vivía una vida morigerada, ¿tú comprendes? Los forajidos eran conocidos también por su nombre: cuatro, cinco, seis, diez. Pero era raro.

Una de las principales actividades que ocupan al doctor Lebrón Saviñón es la Academia Dominicana de la Lengua, institución que presidió por 18 años. Para que nos haga una evaluación de su trabajo en la referida entidad, le pregunto cuál ha sido su contribución a la Academia Dominicana de la Lengua.

Mi vida ha estado dedicada a la Academia. La he mantenido ahí. Ahora, afortunadamente, tengo gente maravillosa que me ayuda. Pero hubo épocas en que yo era el presidente, el vicepresidente, el tesorero, el conserje, el mensajero y toda la Academia. Y por mí estaba ahí.

¿Qué está haciendo la Academia Dominicana de la Lengua en estos momentos?

Ahí sí me estoy ufanando. Hemos encontrado ayuda a partir del gobierno de Leonel Fernández, y en este gobierno, con Tony Raful, mi entrañable amigo. A veces quisiera llamarlo con un poquito más de ternura, porque yo puedo ser más que su padre. Estamos mejor atendidos, trabajamos más. Ese diccionario que salió es obra de nosotros también.

Cuando vino el director de la Real Academia Española, hizo elogios del trabajo de nosotros. Ahora estamos trabajando no solamente en la Academia de la Lengua, sino también en el Instituto Duarte.

Algo que me llama la atención: ¿reciben ingresos los miembros de la Academia...?

No, no ganan nada.

¿Y no tienen que trabajar mucho?

Yo trabajo como un condenado en la Academia de la Lengua. No gano ni un centavo. No tenemos dinero. Yo voy de la

Academia al Instituto Duarte, donde soy vicepresidente. Trabajo también con ardor, hasta la fatiga. No gano nada. También voy a la Academia de Medicina, donde no percibo emolumentos ni retribución alguna, nada.

¿De qué vive el poeta?

Los poetas viven un poco del aire y del perfume de las flores, como los insectos.

¿Con cuántos miembros cuenta actualmente la Academia Dominicana de la Lengua?

Ahora mismo hay tres vacantes, pero son 17. Tenemos 14. Los miembros de las academias de la Lengua y de la Historia son perennes. Solamente por renuncia o muerte se sustituyen.

Entonces, ¿no reciben ningún apoyo del Estado?

Hemos mejorado mucho. Sí recibe. Una vez recibíamos 150 pesos...

¿Cómo? ¿Ciento cincuenta pesos mensuales? ¿Y para pagar qué?

Sí, después, Antonio Guzmán se preocupó y dijo que eso no era posible y nos puso 500 pesos. En esa época yo era el presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, el secretario de la Academia de la Lengua, el vicepresidente de la Academia de la Lengua, el mensajero y el que metía su mano en el bolsillo para que se fueran las cartas a tiempo.

Eso fue en el gobierno de Antonio Guzmán. ¿Y ahora?

No, con Antonio Guzmán mejoramos un poco. Ahora nos estamos desempeñando. Contamos mucho con Tony Raful. Tenemos algo y muchas promesas. Ahora mismo tenemos un equipo para intercomunicación con todas las academias que costó 86 mil pesos, que nos regaló la telefónica de Madrid. Eso lo estamos instalando, y hemos tenido la ayuda de la Secretaría de Estado de Cultura y, además, la oferta de CODETEL. Ahora, nuestros empleados, que son muy eficientes —una secretaria en la mañana, una de tarde— son pagados por el Gobierno, tienen un sueldo del Gobierno.

Le planteo a don Mariano que de todas las instituciones nacionales y extranjeras a las cuales pertenece, ¿en

cuál siente que ha hecho una labor verdaderamente productiva?

En las entidades dominicanas, por ejemplo en la Academia, en el Instituto Duarte, donde estamos haciendo una verdadera labor, y fuera de aquí, en la Real Academia Española, donde se me estima mucho y se aprecia mi labor.

Don Mariano es un símbolo de la Universidad APEC, centro de estudios superiores que se enorgullece en contar con el poeta, el lingüista y el docente. Me intereso en saber desde cuándo está ligado a la indicada universidad, y él aclara el punto:

Desde que me jubilé —una jubilación obligatoria— la UNPHU. Ya tengo en APEC 13 ó 14 años, no recuerdo con entera exactitud. Creo que son 14.

Inquiero por sus funciones dentro de esa institución académica:

Ahora mismo soy el Asesor Cultural del Rector y de la Universidad. El consejero de aquí, de allá...

Nuestro afamado poeta no se hace a la idea de dejar de trabajar y afanarse por el avance cultural, y cuando le pregunto sobre si en algún momento piensa retirarse de la vida pública, me responde en forma categórica:

Sí. Claro. Cuando muera. Y voy a morir.

Al preguntarle si tiene enemigos, prestamente saca a relucir el balance de su vida en este orden:

Creo que no. Creo que ni los tengo, ni los he tenido.

San Tertuliano decía que nadie se hace rico honradamente; pero, a pesar de la inmaculada honestidad de don Mariano, me permito preguntarle si es millonario, a lo cual contesta:

¡Oh, sí! Quien tiene en su camino los hijos que yo tengo, o un Carlos T. Martínez como amigo, es millonario. No somos muy amigos el dinero y yo.

Al preguntarle por qué siente tan poco apego al dinero y, en general, a las cosas materiales, responde:

¿Tú te imaginas?

De modo directo le reclamo: ¿Por qué usted es tan humilde? A lo que contesta con su habitual mansedumbre de hombre de bien:

Porque la vida me hizo así.

Cuentan de Diógenes el cínico, que cierto día, al ver a un niño sorber en el cuenco de su manita el agua extraída de una fuente, tomó la escudilla que llevaba para beber y la arrojó, diciendo: "Ese niño me ha enseñado que llevaba conmigo algo innecesario". El dinero, ¿qué significa, para Mariano Lebrón Saviñón?

Vivir, sobrevivir. Atender a cierto tipo de deberes, pero no dilapidación ni riquezas.

Algo que siempre ha extrañado a muchos es el hecho de que el más excelso de nuestros poetas actuales se pasea a pie por todos lados y no tiene un carro, y él nos explica el por qué:

Primero, no lo podía tener, y ya no lo puedo guiar, aunque lo tuviera.

Le pregunto si tuvo alguna frustración cuando joven que le provocara no manejar un vehículo y me contesta afirmativamente, por lo que le pido que explique esto a los amigos lectores y comienza a referir:

Cuando yo me gradué de Medicina...

Le interrumpo para que nos refresque en qué año se produjo su egreso de la Universidad de Santo Domingo.

En el 1946, cuando todavía no había realizado mi pasantía, yo tenía un maestro para guiar, para un carro que mi madre me iba a regalar. Transcurría la Era de Trujillo, pues estábamos en 1946. Tuve la desgracia de estropear a un médico del Ejército, sin querer, por torpeza mía, desde luego, y brutalidad del chofer que me estaba enseñando, pero casi no le hice nada. Era médico del Ejército, y él trató de que no me mortificaran, a pesar del gran miedo que yo tenía. Y el necio éste se empecinó...

Tal como inferí, el necio era el chofer, y así nos sigue relatando don Mariano:

El chofer que me estaba enseñando a guiar. Sólo recuerdo el nombre: Angelito. Se empecinó en que yo siguiera guiando. Yo no quería, pero se empecinó, y al doblar choqué con una palmera y perdí un carro que todavía no habíamos pagado.

De ahí para acá, nunca más volvió a manejar, agregó.

Más nunca. Es decir, cuando salgamos ahora tú me dices: "Siéntate, ponle la mano al guía". Yo no me atrevo a hacerlo. Eso se llama fobia, que es un miedo absurdo.

A una persona con la profundidad de pensamiento del doctor Lebrón Saviñón, uno supone que no es indiferente en materia religiosa, y en este sentido es mi pregunta al poeta.

Sí. Hasta cierto punto soy religioso. Creo que hay Dios. Para mí Dios es una realidad incontrovertible. Si tú eres un individuo observador de la naturaleza, fíjate en lo que significa la estructura de un mosquito, de un mime, de un bacilo; el corazón tuyo, con una serie de cosas igual que el mío. La belleza del mundo, la diversidad y complejidad con que se manifiesta el fenómeno de la vida, y aún en la materia inerte, existe un orden tan perfecto. Eso no puede ser obra del azar, tiene que ser obra de una voluntad o de una fuerza creadora y ordenadora...

¿Y cómo se le llamaría a esa fuerza? Trato de saber.

Dios. Y es necesario tener Dios para hacer llevadera la existencia. Recuérdate que Voltaire, el más descreído del mundo, cuando estaba en el ocaso de su vida dijo: "Si no hay Dios hay que inventárselo", porque el hombre no podría vivir sin él.

Le expreso: Cuando usted ve el inmenso mar, las diversas especies que lo habitan, desde el tiburón blanco, el asesino, hasta las ballenas jorobadas que las tenemos acá cada cierto tiempo; las langostas, los peces, ¿qué le dice a usted eso, y qué le dice la selva, donde existe tal variedad de plantas y animales, de lo que es la real y verdadera naturaleza?

Eso mismo. Que hay misterios desconocidos en la vida, pero un Dios que lo rige todo. Un Dios que no es un hombre igual que tú y que yo, o un león o un gato, ni un tigre, ni un caballo, ni un asno. Puede ser una fuerza, una voluntad, un sentimiento. Pero existe, porque no puede ser de otra manera. Es como señala santo Tomás de Aquino, que sería absurdo suponer la existencia de un orden tan perfecto si no admitimos que Dios es su motor y ordenador.

Le pregunto si ha sentido en algún momento el poder de Dios.

Claro. Yo lo he sentido.

¿Se ha comunicado con él?

Sí. Sí. Pero son fuerzas también que vienen del intraser. He visto a mi padre muchas veces, pero yo no creo que por obra del milagro ni del misterio. Sino porque vive en mí, en mi intraser, y mi subconciencia lo libera, lo pasa a mi conciencia y lo veo, y me crea un sentido de adoración y de amor.

Aprovechando estas meditaciones sobre aspectos trascendentales, pregunto qué significado tiene la muerte para Mariano Lebrón Saviñón.

Algo también misterioso. A mí lo que me preocupa no es tanto la muerte, sino la incertidumbre metafísica de afrontar una realidad que no nos resulta experienciable ni discernible, mientras llevamos esta vestidura carnal. La gran angustia de la vida del hombre es ese no ser. El no saber lo que yo era cuando no era. ¿De dónde vengo? ¿Qué yo era? Y el no saber lo que voy a ser cuando deje de ser.

¿Dónde entiende el poeta que va a parar el alma cuando nos vamos de esta vida?

A una eternidad de eternidades. ¿En dónde está? No lo sé. Pero yo no puedo ser esta deleznable y putrescente naturaleza que dura lo que una flama de un cirio en medio del vendaval. Debe haber algo en mí que persista. Que estará en el espacio; qué se yo...

Al ver un amigo dentro de un féretro, en el ataúd, ¿qué piensa don Mariano?

Una angustia infinita. Y a veces pienso en mi propia muerte.

¿Tiene usted temor a la muerte?

Fíjate que siempre hay una respuesta. Deja que se acerque y que la sienta. Ahora mismo yo no tengo temor, pero deja que llegue cerca de mí.

Le pido al poeta que elabore el mensaje que quisiera que conservaran en sus mentes los jóvenes dominicanos, y de manera particular los lectores de lo expuesto en esta entrevista.

Que siempre traten de hacer el bien, de enriquecer su acervo cultural; de hacer vida moral; de aferrarse a los cánones de la moral, que son religiosos, que son humanos, que son sociales y, sobre todo, de amor. Yo creo que la fuente de la vida, la fuente de la eternidad, es el amor, el amor. Y el amor es recrearse en la belleza. Y la belleza es la nostalgia eterna de Dios, de un Dios que debe de existir.

Le solicito que, como colofón del diálogo sostenido, exprese cuál es su mensaje al pueblo dominicano.

Amen su patria. Esta es la patria grande de Hispanoamérica. Aquí empezó todo, aquí empezó la cultura, aquí empezó el amor, aquí empezó el español, aquí empezó el heroísmo. Esta es una tierra que alguna vez fue llamada Atenas del Nuevo Mundo. ¿Tú sabes lo que era Atenas? Un montoncito de tierra que era la dueña de la cultura universal, y lo sigue siendo todavía. Nosotros somos la Atenas del Nuevo Mundo. Pero debemos tener orgullo, orgullo de nuestra tierra, de lo que es nuestro, y amarla.

Tengo mucha pena por el desdén con que los dominicanos a veces vemos nuestras cosas. Un país que tiene en su haber un Juan Pablo Duarte y un Pedro Henríquez Ureña, no morirá nunca.

Y un Mariano Lebrón Saviñón, termino diciendo.

Una historia contada con entrañable afecto filial

En un libro que trata de recoger los aspectos resaltantes de una vida tan señera como la de don Mariano Lebrón Saviñón, el aspecto testimonial cobra una importancia crucial. Incluso, metodológicamente, cuando se estudian hechos y personalidades coetáneos con el investigador o de un pasado muy reciente, recurrir a testigos fidedignos puede resultar una estrategia apropiada para obtener la perspectiva más ajustada al análisis que se pretende hacer.

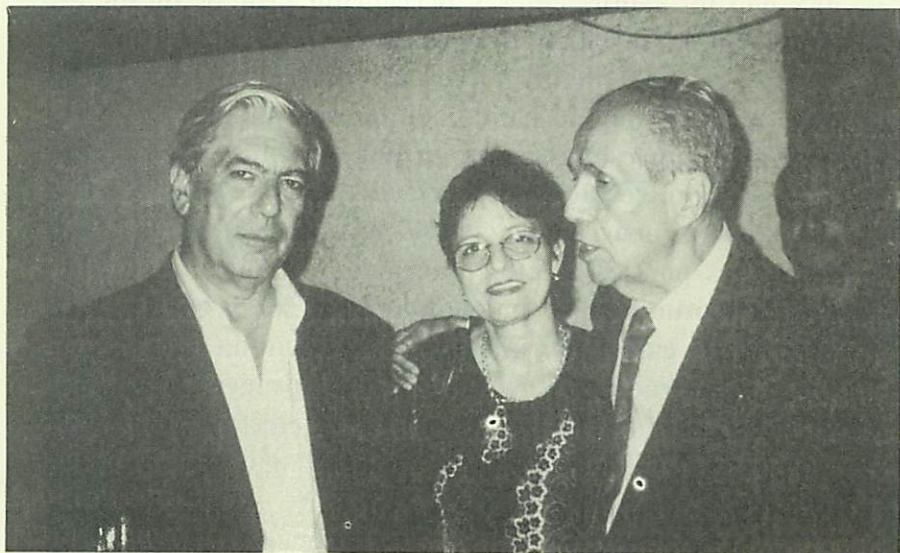
Cierto es que este recurso muchas veces se “contamina” con los sentimientos y percepción propios de los testigos, con los afectos y desafectos. Pero, de ahí también la riqueza de este método, pues la realidad que se percibe está matizada por la calidez de los sentimientos.

Algunas personas conviven por espacio de vidas enteras y al final resultan ser perfectos desconocidos entre sí. Difícilmente ocurre esto cuando se trata de padres e hijos enlazados por los afectos paternos y filiales admirables por su profundidad y forjados en un crisol de cariño, comprensión y camaradería, menos aún cuando el hijo tiene razones sobradas para admirar a su progenitor, no sólo por el relieve social, económico o intelectual del padre, sino también por la intensidad de los vínculos afectivos que los unen.

Para conocer, no al Mariano Lebrón Saviñón poeta, literato, médico, filólogo u hombre público de enaltecidos méritos, sino al ser humano íntimo, cotidiano, tangible,



Recibiendo los saludos del príncipe de España.



Con Mario Vargas Llosa y doña Eva de Lebrón.

padre nutricio, esposo, hermano, hemos echado mano del testimonio de familiares cercanos, quienes han podido dimensionarlo en esa perspectiva cerrada que sólo permite la familiaridad, la ligazón estrecha, la solidaridad más primaria entre los seres humanos, como son los lazos de sangre. Uno de los entrevistados por nosotros para que nos ayuden a perfilar la figura de don Mariano en el plano familiar es su hijo, Mario Lebrón Hernández, cuyas palabras van delineando a ese Mariano Lebrón íntimo que tratamos de descubrir y describir. La primera cuestión que le planteamos es:

Para Mario Lebrón, ¿quién es el doctor Mariano Lebrón Saviñón?

Pienso que hay una característica fundamental en Mariano Lebrón Saviñón: es su condición de extraordinario ser humano, adornado con una humildad sincera, no artificiosa, ni fingida. Y como su hijo, que hablo con él, sé cómo disfruta hasta el más pequeño de los homenajes, de una escuela, de un liceo, de un pequeño grupo de poetas, y cómo se abruma con homenajes excesivos de conocidos, de personas que lo adulan. Para él la adulación no constituye un homenaje, es desagradable. Creo que esa es su principal cualidad. Mariano Lebrón es un hombre bueno, especialmente bueno.

La principal clave de su éxito es la disciplina; porque para él, la literatura ha sido una disciplina. Para él la literatura no es algo festinable, sino una disciplina. Desde que tengo memoria, y hoy tengo 46 años, él cada día, de lunes a domingo, de enero a diciembre, lee y escribe. Y eso es lo que se llama disciplina en su profesión, que es la literatura.

A esos atributos debemos agregar una memoria superior y muy por encima del promedio. Tiene una retentiva que es un regalo de Dios y, por tanto, cuando él combina el trabajo diario con una gran memoria y con un gran concepto de lo que es la literatura, entonces tenemos al humanista que poseemos. Ejemplo de esa disciplina lo constituyen las fichas que elabora. Él lee un libro e inmediatamente lo puede donar, lo puede botar, lo puede quemar, puede deshacerse de dicho libro, en cualquier forma. Estoy hablando en sentido

figurado, porque es inconcebible pensar que él queme un libro, bajo ninguna circunstancia. A lo que me refiero es al hecho de que él lee un libro y se puede deshacer del mismo inmediatamente, porque hace un fichero, y todo lo que entiende destacable de ese libro lo anota en un cuaderno. De modo que él tiene en un cuaderno 20 ó 25 páginas de cada libro y tiene todo el gran concepto. A eso hay que sumarle una divina memoria, un divino poder de retención que también es parte de su disciplina. Como literato, parte de su gran éxito es la disciplina. Repito: lee y escribe cada día, desde los 13 años de edad.

Mi padre tenía 13 años en el 1935. Nació en el 22, el 3 de agosto, en Santo Domingo. Hijo de don José Lebrón Morales, español, comerciante y poeta; fundador de la Casa Española. Estableció la primera licorería de la ciudad de Santo Domingo, localizada en Villa Duarte, y él se fue a la quiebra cuando la licorería explotó. Pero don José, mi abuelo, a quien no conocí porque murió en el año 46, era un hombre muy querido, porque a sus obreros —estoy hablando de los años 30, por ahí—, los alfabetizó a todos, y a todos los ayudó a construir sus casitas, y por eso en Villa Duarte hay una calle con su nombre: la calle José Lebrón Morales de ese sector.

Mi padre fue hijo de doña Cándida Saviñón, pariente de esa familia capitalena de gran reputación. Una dominicana ciento por ciento, mujer de muy pocos estudios, pero una madre cariñosa, muy absorbente. No solamente con mi papá, sino con todos sus hijos. Pero mi padre, con su temperamento, fue el que más se dejó absorber. Y hasta sus últimos días —mi abuela murió en el año 96, pocos días antes de cumplir 97 años de edad— estuvo manipulando al viejo, porque nuestra abuela era así, era absorbente, pero buena. Y cuando digo “manipular”, el término lo uso en un sentido de amor, afectuosidad absorbente, de celo constante por garantizar su bienestar y protegerlos.

Sus hermanos de padre y madre son José Ángel, quien ya murió, y llegó a ser secretario de Estado de Trabajo, en los últimos años de Trujillo, además de que fue embajador du-

rante las administraciones de Balaguer y de Jorge Blanco — estuvo en Nicaragua cuando el famoso terremoto del 1978—, fue decano del cuerpo consular acreditado en Brasil; fue el primer cónsul dominicano en Ginebra y fue el primero en ser designado en estas funciones en Corea del Sur. Tío Adolfo, el segundo, fue director de escuela; toda su vida fue maestro de aulas, y llegó a ser director de varias escuelas; un hombre muy bueno también, que vivió un poco aislado de la familia, porque residió en Villa Duarte cuando todo el grupo familiar residía en la parte oeste de la ciudad.

Tío Carlos es una persona muy conocida. Carlos Lebrón Saviñón es persona muy destacada, poeta, etnógrafo y, sobre todo —creo que es su principal dote— tremendo declamador, especializado en poesía afrocubana o negra. Una línea que ya hoy no está muy de moda, pero que en los años 40, 50, y 60 era un género muy aplaudido, y en el que él era una verdadera estrella. Yo tengo un vídeo de su último recital que le organicé. Tía Rosita, doña Rosa Lebrón Saviñón viuda Anico, es abogada y además literata. Ella ha escrito varios libros, específicamente sobre mujeres. Esa es su especialidad.

Hay otros hermanos de padre: Fernando, Alfonso, Carmen y Santiago Lebrón. Ahí está la mamá de José Ramón Hernández, el fundador de Nedoca; la mamá de Mariasela, Victoria Eugenia (tía Ena); Santiago Lebrón, el papá de Luisito; tío Fernando, que no tuvo hijos, que era muy conocido, porque ponía inyecciones en Ciudad Nueva: espigado, alto, flaco, vestido de blanco, tocado con un pequeño sombrero. Él ponía inyecciones y no cobraba, cuando las jeringuillas eran de cristal, que debían ser hervidas para reusarlas. Estos son sus hermanos por la vía paterna.

Hubo una época en que no se llevaron muy bien, pero después se logró la armonía, que era lo justo.

Ha tenido dos matrimonios, entonces nosotros somos seis: José Oscar, Teresa Josefina y yo, Mario José Lebrón Hernández, que somos hijos de María Teresa Hernández Paradas.

Y la esposa actual, ¿cómo se llama?

Evangelista Jiménez, pero familiarmente se le llama Eva.

¿Cuántos años estuvo casado con tu madre?

Con mi madre estuvo casado 13 años.

¿Y con doña Eva?

Con Eva tiene un montón de años. Guillermo tiene 32 años. Algo así como 33 años de casados...

En los deportes, ¿qué disciplina practicaba don Mariano?

Nunca practicó deportes. Él es muy fanático, sobre todo del béisbol. Es fanático hasta el punto de que, en mi adolescencia, íbamos cada día al estadio y nos acompañaba o nos íbamos, junto con la doctora Carmen Salcedo viuda Berrido y sus hijos. Éramos muy amigos del doctor Emil Kasse Acta quien fue presidente del Escogido. Mi padre siempre ha sido escogidista —escogidista de corazón— e hizo de mí parcial de ese equipo.

¿Cómo es Mariano Lebrón Saviñón en el papel de padre? ¿Cuántas pelotas les dio a sus hijos?

Probablemente su único defecto como padre es que nunca ha dicho que no, y es una crítica que yo le he reiterado. O sea, es demasiado bueno, pero demasiado flojo. Y tú como papá sabes que a veces hay que decir que no, y echar mano de una correíta, de vez en cuando.

Y don Mariano no conoce eso.

No sabe decir que no.

El temperamento del poeta, ¿cómo es?

Dulce, cariñoso, muy sentimental. Cualquier cosa le afecta mucho. Es tanto lo que le duele cuando uno de sus hijos tiene un problema, que le hace sentir mal y a veces pierde la capacidad, la serenidad, para ayudarnos. Aunque si se trata de un problema que se mantiene, entonces sí tiene, después que pasa la crisis inicial, la capacidad de análisis para ayudarnos. Porque sí es un buen analítico. Pero no de primera instancia.

¿Cuántos libros ha publicado?

Publicados tiene, entre libros y trabajos monográficos, opúsculos, alrededor de quince. Desde Argentina cuando publicó un libro de ensayos sobre, básicamente, cultura dominicana...

¿En qué año?

En el año 1948, cuando él fue a Argentina. Cuando se graduó de médico pasó un año en Elías Piña, haciendo la pasantía. Un año de muchas vivencias y donde él escribió una novela, su única novela, que se llama *El último remolino*.

¿No la ha publicado?

No la ha publicado.

¿Por qué no la ha publicado?

Porque él no tiene el temperamento tampoco para buscar dinero, buscar patrocinio, buscar quién le publique un libro. No le gusta pedir. Algunos se los han publicado diversas instituciones por gestiones mías: yo hago una carta, y la firmo yo, porque ni siquiera se la puedo llevar a que la firme él. En esas comunicaciones, como pura formalidad, porque todo el mundo lo conoce, lo presento haciendo mención de su dedicación y brillo intelectual, y a renglón seguido digo: tenemos este libro, que queremos se publique, y la respuesta ha sido invariablemente positiva, y entonces se publica. Pero no porque él tome la decisión de ir al Banco Central, al Banco de Reservas o a una editorial equis, a presentar un libro que haya escrito.

¿Y a qué atribuyes que con tanto bagaje, con tanta capacidad, no puede tener todas sus obras publicadas?

Desde mi punto de vista, y no es la última palabra, es mi punto de vista nada más, aquí publicar es difícil. Hacer lo que tú haces para vender los libros, no es algo que él haría jamás. Mi padre no es de ese temperamento. Entonces mi papá no se ha aliado a ningún grupo, ni político ni comercial. Ha sido muy independiente como literato. Él ha mantenido una independencia un poco excesiva, digamos, porque esa dependencia —entre comillas— no hace daño. Ese es un comercio y vender un producto que tú fabricas, que se llama literatura, y que no sirve si no se difunde. O sea, que tú no haces nada con escribir el mejor libro del mundo y meterlo en una gaveta. Entonces, lo importante es que se difunda. Esa es la idea.

Tiene unos 15 libros publicados. Cuando trabajaba en una imprenta, yo le publiqué *Tiempo en la tierra*, que fue una

recopilación de toda su poesía de 40 años. Después también hice las gestiones para que se le publicara su libro de ensayos *José Martí en Santo Domingo y otros ensayos*. Hice las gestiones para publicar su libro en el Banco Central de *Cultura y Patología*. Don Lupo Hernández Rueda, que tiene una colección, le publicó su segundo libro de versos: *Vuelta al Ayer*. Pero de ese libro que yo publiqué de versos, ya él había publicado varios libros, libros que se perdieron, que no hay ningún ejemplar, impresos en los 40. Él pasó realmente unos 20 años durante los cuales no publicó nada, excepto algunos opúsculos sobre Duarte y un trabajo, que es muy bueno, sobre hierbas naturales: *Herbario dominicano*. Por supuesto su gran obra, su obra cumbre y de las más importantes que se han hecho en el país, la *Historia de la Cultura Dominicana*, que fue editada dos veces, primero la Universidad Pedro Henríquez Ureña la publicó en 5 tomos. Y después, para el Sesquicentenario de la Independencia de la República, se le publicó una segunda edición, esta vez en 3 tomos.

Todavía hoy escribe a mano, pues nunca usó una máquina de escribir y no va a usar nunca una computadora. No le gusta ni leer en la computadora. Hay que imprimirle para que él lea. Tiene manuscritas entre 20,000 a 30,000 páginas inéditas.

¿De qué? ¿De todo?

Tiene una *Historia de la Medicina*, sobre la medicina universal; una *Historia crítica dominicana*, muy extensa. Tiene un *Panorama del Teatro trágico universal*, que es también una obra voluminosa, donde analiza el teatro trágico, pero tomando obras fundamentales y haciendo un análisis de cada obra de diferentes épocas. Es un trabajo también monumental. Esos son trabajos para grandes editoriales, porque, por el volumen de las mismas, no son para pequeñas tiradas. Tienen que ser editoriales de una distribución internacional. Aparte de esos, tiene otros libros ya menores como su *Estudio sobre la cultura judía*, y otro titulado *Estudio sobre la cultura árabe*. Tiene un estudio que se llama: *Escenarios de la novela latinoamericana*, que es excelente. Ese lo voy a publicar. Tiene un *Análisis del Quijote*, un estudio de la locura de don Quijote, no

desde el punto de vista psiquiátrico, sino filosófico. Ese también creo que lo voy a publicar.

Y tiene más cosas por ahí. ¡Es que él no ha parado de escribir nunca! Tiene un libro que se titula: *Historia del hombre*, que es un enfoque del hombre desde diferentes aspectos: arqueológico, antropológico, religioso, sociopolítico. Un libro fundamental, no tan largo, no tan extenso, un libro muy bueno que también quisiera publicar.

Dime una cosa: te hice la pregunta hace un rato, pero quedó inconclusa la respuesta, ¿cuántos premios ha recibido el doctor Mariano Lebrón Saviñón, en reconocimiento por sus obras o su labor cultural?

No tengo ese número... son muchos. Entre los más importantes que le han conferido están el Premio Vasconcelos, de México, y el Premio Nacional de Literatura. Son sus premios más importantes. Considero un premio para él, el que haya sido miembro del jurado del Premio Cervantes. También aprecia mucho el Caonabo de Oro. Mi padre debe tener más de cien homenajes, más de cien placas. No. Más, mucho más. Entre placas y diplomas de ayuntamientos, escuelas, asociaciones culturales, además de que lo han honrado con su membresía honorífica instituciones de Honduras, Puerto Rico, El Salvador, Argentina, Chile, Nueva York, España, resultan incontables.

El Vasconcelos, ¿son pocos los que han recibido ese premio?

El Vasconcelos es un premio que otorga en México una institución privada. Pero, imagínate que el primero que lo recibió fue León Felipe. Y son pocos, porque es un premio anual que tiene unos 15 ó 16 años, y es una distinción muy importante este premio en honor a José de Vasconcelos.

¿Qué le preocupa al poeta Mariano Lebrón Saviñón?

Como hombre bueno que es, le preocupa que el mundo ande mal, le preocupa la injusticia. Es un enemigo del racismo, de la injusticia en sentido general. Es de las pocas cosas que le hacen tomar una actitud que se pudiera considerar violenta. Cuando ve la injusticia, y la incapacidad de quie-

nes la sufren de defenderse ante la iniquidad, se indigna. Eso es producto de su bondad, de su condición de hombre bueno. Es enemigo del racismo, en todas sus manifestaciones.

¿Escribió una novela?

Sí, *El último remolino*, su única novela.

¿En Elías Piña?

En Elías Piña, en el año 1946. Hay que ver lo que era Elías Piña en el 46, si se la compara con lo que es hoy. Allí realizó su pasantía y tuvo vivencias de tipo político; como médico tuvo vivencias interesantes salvando vidas. A propósito, recuerdo que nosotros fuimos a Elías Piña en el año 69 ó 70, cuando yo era un niño. Él trabajaba en Salud Pública y yo lo acompañaba cada vez que él tenía que viajar a las provincias. Eran viajes que a veces se inventaba. Él no tenía la obligación de ir, por lo que podía mandar un técnico, y recuerdo que estaban inaugurando unos puestos de leche, para repartir ese alimento entre las familias pobres. Estoy hablando de los finales de la década de los sesentas. Y él iba con el doctor Fabio Cabrera, el doctor Luis Bonet, y a veces iba el doctor José Martín Vásquez. Entonces íbamos a los pueblos, lo que permitió que conociera, prácticamente, el país entero acompañándole. Él me llevaba, siendo yo apenas un niño, y también se hacía acompañar de José Oscar, mi hermano mayor. A veces, incluso él se reprimía de irse de parranda con los amigos, porque se quedaba cuidándome, compartiendo conmigo. Recuerdo que cuando fuimos a Elías Piña, le estaba esperando la gobernadora provincial con una gran fiesta, con mucha comida. Es que cuando ella era niña, mi papá le había salvado la vida...

¿A nivel de la medicina?

Como médico, claro. Recuerda que él estuvo ahí de pasantía, en el año 46. Después pasó a San Pedro de Macorís y desde ahí fue a Buenos Aires.

Su estada en esta capital sudamericana es otra etapa importante de su vida, porque Buenos Aires tenía una vida cultural muy activa y él hizo gran vida cultural ofreciendo muchas conferencias sobre cultura del Caribe y dominicana. Allí conoció a importantes escritores, cantantes de ópera, músi-

cos, etcétera. Eso es parte muy interesante de la que solamente él debe hablarte.

¿Cuáles son las principales virtudes y defectos del poeta, en la apreciación de su hijo Mario?

El tiene dos grandes virtudes: una, que es muy bueno, y otra, que es muy humilde. Y cuando digo bueno, es que no se le niega a nadie a darle una mano: estudiantes, poetas jóvenes, escritores destacados... cualquiera que le pida una asesoría, un consejo, tiene una sonrisa para él. Su gran defecto es que es muy bueno. Por ser tan bueno, a veces yerra en el juicio sobre los demás y sus motivaciones.

¿Cómo fue el poeta en la época del tirano, Rafael Leonidas Trujillo?

Él fue un disidente discreto, no un opositor activo...

No fue un cortesano.

No fue un cortesano; para nada. Tampoco fue un revolucionario activo, sino un disidente.

¿Es cierto también que don Mariano es un gran bailarín?

Sí; le encanta bailar. Bailaba mucho y muy rápido. Le gusta bailar.

¿Cuál es el trago habitual o preferido del poeta, que era el que tomaba allá, en el Malecón, en El Caserío?

Lo que él bebe regularmente, cuando lo hace, es cuba-libre.

En esa época había un jerez, creo que se llamaba Tío Pepe, si mal no recuerdo.

El Tío Pepe es un vino de Jerez, que a él le fascina, pero su bebida habitual, que es la que puede comprar cualquier día, está entre la cerveza y el cuba-libre. El Tío Pepe le encanta. Cuando fuimos a España disfrutamos mucho tomando Tío Pepe barato, porque el Tío Pepe se hizo una bebida costosa en el país.

Él llegó a contarme de cuánto le costaba esa bebida allá abajo, antes de que se disparara su precio.

De eso también podríamos hablar, de cuando los viejos se divorciaron. El, mis hermanos y yo nos veíamos cada domingo. Íbamos a misa en la Parroquia Santo Tomás...

¿Después de estar divorciados?

Divorciados, sí. Él nos recogía, entonces íbamos a El Caserío.

Tus hermanos de parte de madre, son todos de don Mariano, ¿cuántos son?

Somos tres: José Oscar, médico sonografista y radiólogo, y Teresa, que hizo su carrera de mercadeo, pero no la ejerce.

¿Nunca sentiste celos por la madrastra, por la esposa actual, en su momento?

Para nada. Desde el principio he querido mucho a mis hermanos y me he llevado muy bien con la esposa de mi padre.

¿Y ellos contigo, también?

Sí. También. Gracias a Dios, siempre ha existido una gran armonía entre los dos grupos de hermanos. Nosotros nos juntábamos invariablemente los domingos. Íbamos a El Caserío, sitio que tenía un recuerdo emocional, porque en la revolución, en el 65, nosotros tuvimos que salir huyendo de La Mercedes con Polvorín, porque mi papá y mi mamá mantenían una actitud anticomunista. Nos mudamos en la Pasteur, esquina Santiago. ¿Qué pasaba con esa esquina? Que ahí era la frontera entre los constitucionalistas y las tropas de la Fuerza Interamericana de Paz. El patio de nosotros, que era la frontera, era trinchera y escenario de un tiroteo, casi cada noche. Duramos unos meses ahí muy bonitos, en esa esquina, que era una casa de don Mario Padilla, quien nos la prestó, y por último tuvimos que mudarnos a Jarabacoa, a una casa grande que tenía ahí Ricardín Hernández, que es primo de mi mamá. Entonces, mientras vivíamos en la Pasteur esquina Santiago, salíamos a caminar cada día, cogíamos el Malecón. En el Malecón esquina Máximo Gómez, pero del lado de Güibía, había un kiosco, donde este señor vendía churros...

¿Quién era él?

Era un español, no recuerdo su apellido: don Pedro. Tenía ese sitio, donde vendía churros, pinchos morunos y horchatas.

¿Cuántos años tú tenías cuando eso?

Nueve. Como te refiero, nos juntábamos con él después de misa, que la oíamos en la parroquia que queda en la Independencia, casi esquina Máximo Gómez, y bajábamos al Malecón. Ya El Caserío estaba en la acera del frente, donde estuvo hasta hace poco. Ya era la terraza. Él me enseñó a beber cerveza, porque en esas andanzas me daba mi traguito de cerveza. Pedíamos unos churros...

Francisco Casanova dice también que él fue quien le enseñó a beber cerveza.

Sí, porque Chiqui y yo, y no puedo dejar de llamarle Chiqui...

Al tenor Francisco Casanova.

Chiqui y yo, con trece, catorce años, íbamos a su casa a oír ópera los sábados...

¿A la casa de quién?

A casa del viejo. A la casa de mi abuela, donde él vivía, en la Casimiro de Moya. Entonces él compraba unas cervezas y nos daba un vasito a cada uno, que esa era la cuota tope, ya uno con trece años, por ahí. Y nosotros, felices. Él nos enseñó a oír ópera, no sólo a beber cerveza.

¿Recuerdas cuál fue la primera ópera que tú escuchaste?

No. Pero sí recuerdo, y todo se lo debo a él, la primera obra de teatro que fui a ver.

¿Cuál fue?

Los intereses creados, de Jacinto Benavente, en Bellas Artes, en el año 1967. Y después en el 69 vino la Compañía de Teatro María Guerrero, de Madrid, que presentó una serie de obras patrocinadas por Enrique Rodrimur. ¿Lo recuerdas?

Claro, un español. Trabajé con él en la Broadcasting Nacional HIZ.

Ese mismo. Era de los directivos de Casa de España, que estaba aún en la zona colonial. Él trajo esa compañía que se presentó en Bellas Artes, y se me metió el teatro en la sangre, quedé preso. Ahí quedé cogido.

¿Qué tú esperas de la vida para tu padre, Mariano Lebrón Saviñón?

Pienso que a mi padre, por su misma forma de ser, su mismo temperamento, la vida le ha negado una serie de cosas que él merece...

Y que a otros les sobra.

Es una atrocidad de esta sociedad que la pensión de mi papá por sus 35 años en Salud Pública sea de RD\$1,300.00 pesos.

¿Por su trabajo como pediatra?

Como médico epidemiólogo.

Él es pediatra, ¿verdad?

Él es pediatra. Ejerció la pediatría en el Padre Billini, donde también tuvo una extensa experiencia como cirujano general...

¿Es cirujano también?

Sí. Se graduó de médico cirujano; luego realizó una especialidad en pediatría, en Buenos Aires, y después trabajó en Salud Pública como epidemiólogo. Como anécdota, te digo que Balaguer, en los Doce Años, dos veces, le mandó a ofrecer, vía un tercero, la sub-Secretaría de Salud.

¿Y él no la aceptó?

Él no la aceptó.

¿Por qué?

Mi padre figura entre el contado número de personas a las que Balaguer les ofrecía un cargo, porque normalmente Balaguer nombraba y nadie se atrevía a negarse. Por alguna razón de respeto, él tuvo este gesto de deferencia con papá. Ellos fueron vecinos, pues Balaguer vivió en la Estrelleta con Cambronal, creo, y además Balaguer siempre lo respetó mucho como intelectual, pero lo marginó también. Eso es otra historia. Dos veces le mandó a ofrecer la sub-Secretaría de Salud y mi papá se negó. Yo en esa época era muy revolucionario y muy cabeza caliente. Me alegré que él no la aceptara, pero me extrañaba y le dije: "Pero ven acá, papi, eso significa mejor sueldo, un carro con un chofer, ¿cuál es el problema? Coge el cargo ese." Y él me dijo: "No Mario, mira, yo no sé robar. No voy a robar. Pero nadie me lo va a creer, y voy a salir de ahí siendo ladrón sin haber robado. Entonces mejor

no cojo el cargo". Y él se quedó como subdirector del Departamento de Epidemiología de la cartera de Salud. Es decir, un cargo como de tercera.

¿Te enseñó el viejo lo que es la disciplina ortodoxa que él lleva?

Sí, claro que sí. Sin decirme nada, con su ejemplo nada más.

¿Cuántas horas lee el poeta, a esta altura del juego y sin espejuelos?

No, ya usa espejuelos...

Yo lo he visto sin espejuelos, él se los quita para leer...

No; al revés, se los pone para leer. Pero tiene sólo cinco años con espejuelos.

¿Cuántos años tiene él ahora?

Cumplió 80 el pasado mes de agosto.

¿El día 4?

El 3. No sé cuántas horas lee. Todas. Él puede leer 5 ó 7 horas al día sin problemas. Saca su tiempo para ver su jugueto de pelota, sus horas para escribir; saca su par de horas para recibir a todo el que le pide, para los nietecitos, etc., etc. Es muy rápido y muy concentrado en la lectura. Cuando tú lees 20 páginas, él ha leído 40.

Te hice una pregunta que no me la contestaste. Me dijiste que todavía era muy rápido.

Te estaba hablando entonces lo que espero de él. Pienso que mi papá ha sido realmente bien homenajeado y bien reconocido en vida. No económicamente, pero sí en cuanto a demostraciones de cariño, de admiración. Y reitero lo que te dije al principio: de escuelas, instituciones y grupos culturales, empresas grandes, empresas chiquitas, ha recibido una cantidad indeterminada de distinciones. Él tiene pequeños ahorros. Lo recibido en metálico de su Premio Vasconcelos, su Premio Nacional de Literatura, le servirán ahora en su vejez para cualquier enfermedad...

¿No repartió parte de ese Premio Nacional de Literatura entre ustedes?

El regaló unos pesos, sí; pero nosotros lo motivamos a que guardara una buena parte.

En propiedades, ¿qué bienes tiene el poeta?

Nada. La casa donde vive, que es la casa materna donde ellos se criaron, él y sus hermanos, en la calle Estrelleta, y ahí él vive hoy. Son dos pisos, y ese es su único bien que tiene algún valor. Nunca ha tenido carro, nunca ha tenido un solar, nunca ha tenido una finca. Nada. Eso es lo que él tiene, su casa.

Perdona pero, ¿los únicos bienes materiales que tiene el poeta... ?

Su casa. La casa de la Estrelleta.

Que le dejó su madre querida.

Exactamente.

¿Siendo uno de los más grandes poetas de nuestro país, vive en tal estrechez? ¿Y a qué tú lo atribuyes?

No solamente poeta, sino intelectual en sentido integral. Las estrecheces materiales en que vive son a causa de su forma de ser, su temperamento. Esa es una de sus debilidades: su falta de apego a todo lo material...

Además, él como poeta dice que no se va a llevar nada para allá. Y él disfruta de lo que le depara el momento, como cuando está esperando por un carro que viene a recogerle y no llega a tiempo, se va a pie y arriba a su destino, y dice que le sirve de ejercicio.

Sí. Gracias a Dios es una persona muy sana.

Me dijo el otro día, que le dio la afección viral que llaman “Capotillo”: “Carlos, hace setenta años que no me enfermaba”.

Sí. Es muy sano, gracias a Dios. Pero pudo no serlo, y tú sabes que la medicina aquí es cara. ¿Qué yo espero de él? Realmente, de él como persona no espero más nada. Que siga siendo como es. Para él: que se le siga reconociendo y que después de muerto, no se le olvide y se le siga recordando con respeto. Quisiera que después de muerto se siga hablando de él, con la misma vehemencia que hoy se habla de él y que la gente que hoy quiere estar pegado de él, lo siga mencionando. Simplemente que lo mencione.

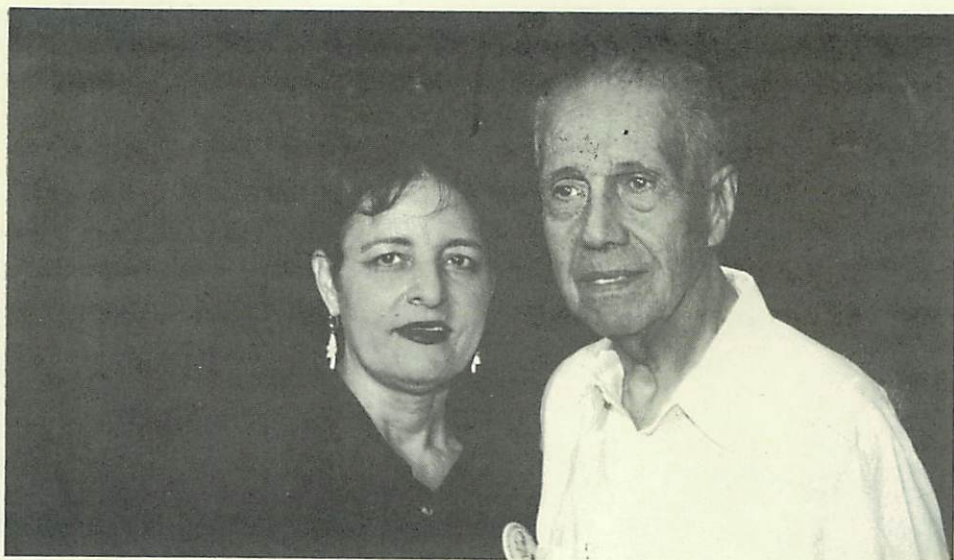
¿Cómo se siente un hombre de tu categoría siendo hijo de una figura de la categoría del consagrado poeta, egregio y paradigmático, Mariano Lebrón Saviñón?



Celebrando uno de sus cumpleaños en la intimidad familiar.



Con sus hermanos Carlos José y Rosa del Carmen.



Con su esposa, Evangelista Jiménez de Lebrón (Eva).



Con sus hijas Teresa Josefina Lebrón Hernández y Wanda Josefina Lebrón Jiménez.

Muy bien, muy orgulloso, muy satisfecho. Creo que queda demostrado porque en todo lo que le puedo acompañar, así lo hago, y sobre todo es una persona de la que nadie puede hablar mal. Puedo decir que soy hijo de él en cualquier lugar sin el más mínimo temor de encontrarme con un enemigo o con una persona que haya sido lastimada por él. Todo lo contrario. Entonces yo me siento muy, muy orgulloso de su bondad, sobre todo, y de su sapiencia en segundo lugar. Yo me siento muy orgulloso de ser su hijo.

¿Cuál legado entiendes tú que te ha dejado, o te dejará tu padre si es que él muriera primero que tú?

Sobre todo: ser honesto. La honestidad. Soy incapaz de engañar, soy incapaz de robar, soy incapaz hasta de mentir. Y eso lo aprendí de él. Nunca me ha dicho: "No hagas esto, no hagas lo otro". Lo aprendí viéndolo a él, al influjo de la mejor prédica que puede haber: el ejemplo.

Y precisamente de tú ver que en la postrimería de su vida, el poeta solamente tiene salud, tiene a Dios y a sus hijos, ¿qué tú dices de eso?

Es su forma de ser. Él debió darle un poco de importancia a lo material. No para hacerse millonario, simplemente pensando en su vejez.

¿No tiene asegurada su vejez?

Eso es relativo. Si hiciera una gravedad, el seguro con que podría contar somos sus hijos.

¿No tiene un seguro de vida el poeta?

Si lo tiene yo no me he enterado. O sea, lo material yo entiendo que no puede ser primordial, pero no se puede soslayar en una sociedad como está hoy día, donde una medicina cualquiera, te puede costar cien pesos una pastillita, o hasta más.

El hobby del poeta, ¿cuál es?

Leer.

El lee a todas horas... por lo que yo veo.

A cualquier hora. No a todas, pero sí a cualquiera. Seguro, seguro, de madrugada. Se levanta a las cuatro y media o cinco de la mañana a leer.

¿El poeta tiene mal genio?

Para nada.

¿El poeta es enérgico?

Sí, en determinadas circunstancias. Pero trata de evitarlo.

¿Te ha llamado en algún momento la atención fuertemente?

Nunca, nunca. Y confieso que a veces me hizo falta.

¿No hay ninguna biblioteca o aula que lleve el nombre de él?

Un edificio en el liceo de la UNPHU lleva su nombre. El Ateneo Dominicano tiene una sala con su nombre. Hay otra institución que le puso su nombre a una sala. Creo que UNAPEC también lo ha distinguido en este orden.

El ha sido rico en esas cosas...

Es lo que te digo, él ha sido reconocido en vida. La frase de: "¡Oh, América infeliz..."

...que sólo recuerdas tus grandes hombres cuando son tus grandes muertos"...

Creo que con él no es necesario mencionarla. Por su valor como poeta y por lo meritorio de su labor de difusión cultural, él ha sido reconocido en vida con honestidad, con sinceridad, por todos los grupos. La cantidad de homenajes a los que yo he acudido en pueblos, ayuntamientos, gobernaciones, escuelas, escuelitas de monjas, escuelitas de curas, escuelitas de barrios, en un sinnúmero de provincias del país. Creo que ha sido reconocido en vida, eso es importante. Si bien eso no ha significado dinero, pero ha significado lo que es más importante, que es la satisfacción del espíritu.

¿Cuáles son los países a los que más le gustaba viajar a Mariano Lebrón, que ya no le gusta viajar mucho?

España. Su gran pasión es España.

¿Por su padre, por sus raíces familiares?

Por la cultura española. Por la cercanía entre nuestras dos culturas. Por sus ancestros en todos los sentidos, no solamente a través de su padre sino a través de su propia cultura y su gran personaje de mayor admiración, después de Cervantes, naturalmente, Pedro Henríquez Ureña.

Sería importante ahora, Mario, que me hablaras del poeta, del escritor, Mariano Lebrón.

En la literatura, creo que mi padre ha incursionado en casi todas las áreas. Sus más desarrollados campos son el ensayo y la poesía. Sus obras en materia de ensayo, naturalmente, son producto de su condición de humanista, de esa cultura amplia. En mi programa, incluso lo poníamos a hablar de música, porque recuerdo que en los años 60, viviendo nosotros en Las Mercedes esquina Polvorín, frente a Blandino y frente a don Bubito Félix, al lado del doctor Pieter. Retengo en la memoria que los sábados por la tarde, el cuadro del doctor Mario Ravelo Barré, el doctor Miguel Piantini y él, con un recogimiento casi religioso, oyendo música clásica. Don Mario Ravelo era un médico de la familia de los Ravelo, que todos saben de música y llegaron a tener una orquesta de música compuesta exclusivamente por miembros de esa familia. Y ese era el gran compañero de mi papá para escuchar música. Además, es un estudioso de la historia, tanto de la música como de los autores clásicos. Reitero que sus trabajos de ensayo han abarcado una multiplicidad de temas, desde historia, prehistoria, o historia de la literatura contemporánea, biografías, análisis de situaciones específicas: música, folklore, etcétera. Aclaro que él ha sido maestro y profesor de Historia de la Medicina, Historia de la Cultura Dominicana, Historia de la Cultura Universal, Historia de la Literatura, Historia Social Dominicana, aparte de que fue catedrático de materias de medicina como Puericultura, Cirugía General y otras. Sus trabajos de ensayos han sido muy variados: poesía, literatura en general, historia de la cultura, trabajos muy enjundiosos sobre la cultura judía, cultura árabe, trabajos sobre la cultura hispánica. Sus trabajos sobre la literatura española son incontables. Esa es su gran pasión, la cultura española. En definitiva, podemos decir que sus trabajos de ensayos son profundos, de gran sustancia y muy variados.

En los años sesenta él publicó mucho en los periódicos. Y luego ya en los últimos 15 años ha estado publicando permanentemente en los periódicos sobre temas variadísimos. Creo que es uno de los grandes ensayistas dominicanos del siglo XX. Lo ha dicho gente con más calidad que yo y con menos ligazón sentimental que la mía. Pero su verdadera

pasión es la poesía. Ha sido un poeta desde los 12 ó 13 años de edad. Sus primeras publicaciones fueron con 13 años de edad. En cierta oportunidad había botado un cuaderno con unos poemas. Pedro René Contín Aybar, que visitaba mucho el hogar de los Lebrón, porque era una peña a la que asistían José Rijo, Juan Bosch, Pedro Mir y tantos otros literatos de la época. Te recuerdo que mi abuelo era poeta, pero el hermano mayor, que era tío José Ángel, también fue un amante de la literatura, un estudioso y un gran escritor también. Contín Aybar encontró este cuaderno; vio el contenido de aquel cuaderno repleto de composiciones poéticas, lo recogió y preguntó: “¿y estos poemas?”

¿Lo recogió dónde?

De la basura. Estaban ahí para botarse ya. Lo recogió y entonces mi papá le confesó que eran suyos. Y Contín Aybar le dijo: “No; pero esto yo me lo voy a llevar”. Y fue Contín Aybar quién le publicó sus primeros poemas, en su Antología, en la cual Mariano Lebrón Saviñón era el más joven de todos los poetas. Algunos de esos poemas aparecieron en antologías internacionales. A partir de ahí su trabajo poético no se ha detenido nunca.

Ha tocado otros aspectos de la literatura como son el teatro. Tiene varias obras de teatro escritas. Obras hoy difíciles de representar por dos razones: por el lenguaje y por el montón de personajes que normalmente tienen.

¿Y se han llevado a las tablas?

Se han presentado, sí. Se presentaron en los años 50.

¿Cuáles, recuerdas los nombres?

Mirtha primavera, Cuando el otoño riega las hojas, títulos bonitos. Él le da mucha importancia al título de una obra. Como una forma de atracción. Tiene varias más. Ya mencioné el teatro, la poesía, el cuento. Tiene una novela. Una sola.

Tiene elaborados innumerables trabajos científicos, porque cuando ejercía la pediatría, se dedicó intensamente a la investigación y la docencia. Llegó a ser vicedecano de Medicina de la Universidad de Santo Domingo, antes de que fuera Autónoma, con anterioridad a la Revolución. Y para mí es un bonito recuerdo, porque, entre paréntesis, algunas veces



Con sus hijos Guillermo José Lebrón Jiménez, Mario José Lebrón Hernández, José Oscar Lebrón Hernández y Eduardo José Lebrón Jiménez.



Rodeado de su entrañable círculo familiar, hermanos, hijos, sobrinos.

él me llevaba a la Universidad. A pesar de que estudiábamos en La Salle mi hermano y yo, la guagua nos llevaba y nos traía. Yo era muy niño, 6 ó 7 años. Cuando él me llevaba a la Universidad, me sentía estar en el campo. La Universidad no era lo que es hoy. Era un campus bonito, limpio, despejado, con flores, con frutas. Había unas fuentes. A mí me encantaba ir con él. Él tiene una anécdota, que te la debe hacer él, porque él salvó notas de un grupo de estudiantes, cuando el golpe de Estado o en una época de esas tumultuosas. Entre esos estudiantes sé que estaba el doctor Máximo Beras Goico, y creo que Narciso Isa Conde era de ese grupo también.

Un testimonio con matiz fraternal

Otra fuente primigenia en la que abrevé datos valiosos que nos ayudaran en la indagación sobre don Mariano Lebrón Saviñón, lo fue su hermana Rosa, abogada y escritora destacada, quien comparte con el excelso poeta que parió esta tierra, el gusto por las bellas letras. Ella nos esbozó un retrato sentimental de su gran hermano, arrancando la relación desde la época en que ella veía a sus hermanos mayores crecer en el campo de la literatura, camino que ella trillaría después. Entre las muchas perlas que cosechamos al sumergirnos en sus recuerdos, está la información de que don Mariano fue uno de nuestros primeros guionistas de radio, al haber parido su pluma varios episodios de radionovelas policíacas y de suspenso, que atrajeron tanto a la audiencia como las aventuras de Charlie Po, radiodifundidas por la estación cubana CMQ, al punto de que cuando fueron actuadas, el interés del público hizo que fueran repetidas.

Otro detalle que se descubre son las inclinaciones melómanas de don Mariano, tan atraído por la música culta, como por la más sonora poesía, puesto que en definitiva, la música clásica es para muchos la más bella poesía, interpretada por querubines y otros entes celestiales.

Pero no adelantemos lo que doña Rosa está en disposición de contarnos de aquel quien para todos nosotros es el presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, poeta del más enaltecido y cultivado estro, docto confe-

rencista, médico de gran acervo científico, literato polifacético, pero que para ella es simplemente su hermano.

—Doña Rosa, ¿qué podría decirnos de la niñez de don Mariano, de sus inicios en los estudios, lo que conoce de su hermano?

—Desde niño, Mariano se dedicó completamente a la lectura. Leía mucho. Siempre ha tenido el hábito, siempre, desde que era un niño, de levantarse temprano, y desde que se levantaba, se dedicaba a leer. Mi papá, que era el poeta andaluz e industrial José Lebrón Morales, fue el que nos inició a todos; pero, sobre todo a los de mayor edad: a José Ángel y a Mariano, en el hábito de la lectura. Desde pequeño, Mariano tenía grandes inquietudes literarias. Cuando todavía era un muchacho de escuela, un párvulo, como quien dice, él escribía novelas policíacas. Y todos los amigos interpretaban papeles. Eran novelas policíacas de misterio, cuando estaba muy en boga Charlie Po. Y esas novelas fueron transmitidas por la estación de doña Milagros Cuervo, la mamá del general Cuervo Gómez, que estaba, en ese entonces, en la José Reyes, cerca de la iglesia de San Miguel. Concitaron tal admiración y tanto interés, que hubo que repetirlas. Recuerdo que él, cuando oía los juegos de pelota, —porque en ese entonces no había televisión— cogía un cuaderno y apuntaba cada uno de los jugadores y su actuación. Siempre ha sido minucioso y detallista; luego hacía peñas literarias, juntaba a todos los muchachos. Siempre tuvo una inquietud y una inclinación muy marcadas hacia la música clásica, desde que era un muchacho.

A él le gustaba mucho oír música clásica. Su inclinación principal era por los grandes maestros, de manera que eso fue creciendo, al punto de que él se fue desarrollando y su dedicación a ese arte se fue haciendo mayor. Las óperas las oía y las oye todavía, con la partitura. Luego, cuando él estuvo más desarrollado, siendo ya un profesional, se reunía con grandes conocedores de la música culta, como eran, por ejemplo, Mario Ravelo Barré, Fernando Ravelo, Pepito Ravelo, Cundo Amiama, que también formaba parte del grupo, o se

iban a una finca de Mario Ravelo, en Bayona, a escuchar música. Porque él puede seguir la música y es un gran conocedor de todos esos autores y de todos sus argumentos.

La cultura de Mariano es universal. Mariano sabe de todo. Se le oye hablar de pelota, de deporte, de ciencia, de literatura, de música, de pintura, de dibujo, de escultores. La cultura de Mariano es verdaderamente universal. Volviendo a su niñez, Mariano sobresalió desde muy pequeño por sus afanes literarios en la vida intelectual dominicana, pero sobre todo en el núcleo de las escuelas. Todos sus profesores: Abigail Mejía, doña Teresa Paradas, don Enrique Martí Ripley, don Ángel Mieses, Manuel Patín Maceo, todos veían en ese muchacho el gran caudal que tenía. Porque era demasiado inteligente, inclusive, había uno que otro maestro (no Abigail Mejía, que tenía mucha cultura), había unas cuantas maestras que sabiendo bien su materia, no sabían mucho de algunas cuestiones literarias, y Mariano las ayudaba: “Señorita esto...”, y a la maestra no le quedaba más que admitir: “Sí, sí, sí. Es como él dice”.

¿Usted es la única hembra de los hermanos?

Soy la más pequeña, la quinta, la última. La única hembra. De padre y madre, porque teníamos hermanos de padre.

¿Y cómo era en esa época el tratamiento de don Mariano hacia los demás?

Él con quien más salía y con quien más se unía era con Adolfo, nuestro segundo hermano, porque entre Adolfo y él había poca diferencia de edad. Primero era José Ángel, que ya tenía otro mundo y otras cosas. Él y Adolfo eran los que siempre estaban juntos, inclusive cursaban el mismo grado, porque Adolfo se atrasó y Mariano lo alcanzó. Iban juntos para todas partes y el grupo de amigos era el mismo. Constituían un grupo de muchachos muy ruidosos, muy bullangueros, que no estaban por la cultura, pero Mariano los inducía a preocuparse por la cultura.

—En total, me gustaría que me dijera los hermanos en el orden cronológico, desde el menor hasta el mayor.

—¿De padre y madre?

—**Exacto.**

—De los Lebrón Saviñón, la última soy yo y la única hembra. Rosa del Carmen es mi nombre. Después viene Carlos, luego Mariano, que es el tercero, después Adolfo y el mayor, José Ángel, que tú lo conoces...

—**El que murió...**

—Sí. Que fue embajador. Adolfo también murió.

—**¿Adolfo era más joven que Mariano?**

—No. Mayor que Mariano. En orden descendente eran: José Ángel, Adolfo José, Mariano José, Carlos José y yo. A todos mi mamá les puso José, porque el nombre de mi padre era José.

—**¿Qué recuerda de estos años de Mariano Lebrón, cuando usted advertía lo que estaba pasando con su hermano? ¿Lo admiraba, sabía de su capacidad, o no reparaba en el talento de esa gloria que tenemos?**

—No, no, no. Cuando yo era niña —él me lleva cierta edad—, yo veía la casa siempre llena de intelectuales. Primero por mi padre, que era amigo de toda la intelectualidad dominicana, comenzando por Américo Lugo, Apolinar Perdomo, Federico Henríquez y Carvajal y otros prohombres de la vida pública del país. Nuestro hogar era visitado con frecuencia por todas esas grandes personalidades. Inclusive ayer estaba rememorando, porque mi padre nos acostumbró a ello, las visitas que domingo por domingo hacíamos a casa de don Américo Lugo. Recuerdo que me tomaba de la mano e íbamos a la casa de don Américo, quien llegó a tenerme tanto cariño, que el domingo que no me veía, él se desesperaba. Justo ayer veía yo una notita de su puño y letra, en la que decía: "Pero ustedes no vinieron este domingo, pero vengan..." Y cualquier notita que le mandaba mi papá o mi mamá, porque en ese tiempo se escribía y los correos eran muy eficientes, llegaban al otro día. Cuando no podía visitarnos, hacía saber a la familia las razones de su ausencia: "Yo no he podido ir, por esto y lo otro..." E invariablemente preguntaba por mí, porque me tenía un cariño especial. Entonces yo veía ese movimiento, yo veía que se reunían aunque todavía la edad mía no me permitía valorar todas esas



Nietos y biznietos.



Con su esposa e hijos. Desde la izquierda: José Oscar Lebrón Hernández, Mario José Lebrón Hernández, Teresa Josefina Lebrón Hernández, Eva Jiménez de Lebrón, Wanda Josefina Lebrón Jiménez, Eduardo José Lebrón Jiménez y Guillermo José Lebrón Jiménez.

cosas. Naturalmente, yo sí, desde pequeña, tenía ciertas vivencias intelectuales o literarias. En los colegios sobresalía por las cartas que escribía cuando nos ponían esas asignaciones, por las composiciones, que antes eran tan frecuentes en las aulas. Y comencé también a estrenarme en la escritura de versitos y cosas por el estilo, pero en realidad no soy poetisa ni poeta. No lo soy.

—Como te refiero, primero iban por mi papá: un grupo acudía por mi papá, otro grupo lo hacía por mi hermano mayor: José Rijo, Ramón Marrero Aristy, Carlos Curiel. Otro grupo iba por Mariano. Y comenzaron a visitar la casa grandes intelectuales detrás de Mariano. Por ejemplo, Alberto Baeza Flores; un segundo secretario de la embajada de México, de apellido Aceves, que lo conoció y enseguida vio que el muchacho tenía un gran intelecto y un gran material; Pedro René Contín Aybar, quien era un hombre cultísimo, y buen poeta, pero sobre todo crítico literario, que enseguida se dio cuenta de que en Mariano había un gran material y lo seleccionó para su *Antología*, que fue un número limitado. Así, de pronto, estando todavía en la Normal, me daba cuenta de que mi padre era inteligentísimo —mi padre había venido de España muy joven y asistió al colegio San Luis Gonzaga, del Padre Billini, él fue alumno del Padre Billini—, pues ya yo veía el desenvolvimiento y escuchaba, pero no calaba tanto.

¿Cómo era, desde su punto de vista, el temperamento de Mariano Lebrón, como hermano?

Mariano fue, de los cinco, el que siempre demostró mejor temperamento. Inclusive le decíamos que él era un aguantón, lo que se llama aguantón, porque todo, todo lo soportaba. No se incomodaba. Para que Mariano saliera de sus casillas había que molestarlo demasiado. Mariano era en extremo bondadoso; no le gustaba, ni le gusta, ofender a nadie, ni que nadie se sintiera ofendido por una palabra de él, ni con ningún gesto, ni nada. Era muy amoroso con papá; se comprendían mucho. Él acostumbraba, cuando todavía era un muchacho joven, leerle a mi papá. Esto es bonito hasta en una anécdota. Él le decía: “Papá, mira lo que escribí”, y daba

lectura a lo que había escrito. Mi papá era poeta, escritor, ensayista y poeta sonetista muy bueno. Y otro día, cuando le dijo: “Papá, te voy a leer”, nuestro padre le respondió: “No, no. Espérate. Déjame leerlo yo, que es que tú lees muy bien y todo suena bonito”. Y ese es uno de los grandes méritos que tiene Mariano. Escribe bien y lee bien. Es un artista. Enfatiza cuanto dice. Cuando ese hombre se sube a un podium, la audiencia se siente subyugada. Todas esas mujeres, todas esas amigas mías: Nelly, Licelotte y varias más, cuando le oían no dejaban de expresarme su admiración: “¡Ay!, te felicito por el hermano que tienes”. ¡Es que nos transporta! En ese programa de Mariasela: *Esta noche Mariasela*, en el que él tiene un momentito, la gente se vuelve loca.

¿Era muy enamorado don Mariano?

Mariano siempre fue medio picaflor y se enamoraba, desde jovencito. Hay un cuento que ellos siempre hacían. Yo no lo vi, pero me refirieron el incidente: Una vez estaban sentados en una silla y pasó una muchacha muy graciosa y entonces él se fue a parar y quedó pegado de la silla. Era de esas sillas que tenían brazos, y por el azoro que produce una situación así, apenas pudo balbucir un: “Adiós encantadora Zulema”.

Él tuvo sus amoritos de niño. Y debo decirte algo que no sé si pudieras ponerlo, porque a él no le va a gustar: casi siempre las muchachas eran las que se le insinuaban a él. Nunca enamoró una mujer formalmente, de decirle “te quiero”; no. Comenzaban a insinuársele y él seguía. Luego de que él ama, él es apasionado. Él quiere con ternura, con pasión a la persona que le toca, que le tocó o le ha tocado tener a su lado.

¿Cómo es el amigo Mariano Lebrón, desde el punto de vista de su hermana Rosa?

Extraordinario. Se puede confiar y se puede contar con él en cualquier momento. Inclusive, ya no tratándose de lo concerniente al medio familiar, sino desde el punto de vista de otras personas. Desde que era un muchacho, él no le sabe decir no a nadie. A él se le acercan diversas personas: hombres, mujeres, jóvenes, viejos, para que los ayude en ésta u

otra cosa; para que les corrijan esto, les corrijan lo otro, y él no sabe dar un no por respuesta. Por ejemplo, él estuvo cuatro años haciéndole los discursos a un Secretario de Salud, mejor dicho, a casi todos les hacía los discursos. De hecho, a él le placía hacerlo. Y nunca, nunca, se ha negado a dictar una conferencia o una charla. Muchas veces le acompañábamos mi marido y yo, y mi mamá: muchas veces fuimos a Bonao, a Villa Altagracia y a otras localidades, porque de donde venían los jóvenes universitarios y estudiantes, ahí iba Mariano a complacerlos en su petición de una conferencia. Nunca le ha dicho que no a nadie, a menos que esté enfermo o impedido por algo.

¿Y la salud de él, siempre ha sido excelente?

Excelente. De pequeño él tuvo una afección muy fuerte de amígdalas y entonces hubo un médico, el doctor Rafael Abréu Miniño, que tenía su consultorio ahí donde está hoy Pina Acevedo, que lo trató. Mi papá lo llevaba para que se las cauterizaran. En vez de extirparlas, las cauterizaban. ¡Lo que ese muchacho sufrió! Yo no me recuerdo a cabalidad, porque estaba muy pequeña, pero presumo que debió ser un suplicio inenarrable.

¿Lo operaron o no lo operaron?

Nunca lo operaron. Llegó a cauterizarse, pero fue en diferentes sesiones.

¿Sufrió mucho?

Mucho, mucho. Pero él es estoico. Él sufre y no se queja, ni hace que los otros sufran con él. Él soporta la adversidad, calladamente.

Evaluando su condición de poeta, ¿cómo lo cataloga y define usted?

Mariano es un ser sensible, es un poeta prácticamente del amor. En todo lo que Mariano escribe, sea de la naturaleza, sobresale el amor. Mariano es un gran poeta. Para mí, tiene un lugar entre los grandes poetas del Parnaso dominicano.

A pesar de ese carácter manso que usted y todos le reconocen, ¿nunca escuchó de que sostuviera un pleito con alguien? Como siempre los muchachos, los

mozalbetes, en un momento determinado, se van de las greñas...

Jamás. Jamás. A donde él iba, iban en consulta todos. Y él a todos los guiaba y hacía grupos intelectuales. Muchos salieron luego escribiendo poesía, quizás mala, nada más que por su influencia.

¿Y puede usted relatarnos algo de la época cuando don Mariano ejercía la medicina?

Cuando ejercía la medicina, él se fue a hacer una especialidad a Buenos Aires y allí fue donde mi mamá, mi hermano Carlos y yo fuimos a buscarlo, para traerlo de regreso. Y entonces paseamos mucho. Ya él conocía la Argentina. Conocimos Brasil, Uruguay. Para la fecha, ya mi hermano estaba de cónsul en Puerto Rico, también nos detuvimos allí. Entonces, mamá le prometió que cuando él volviera con su oficina de médico, su consultorio, le iba a regalar un carro. Ya mi padre había muerto. Entonces, él comenzó a aprender a manejar. Pero después no recuerdo por qué motivo eso no se materializó. Eso fue cuando él se graduó. No sé, pero en eso se fue a Argentina a hacer una especialidad en Pediatría con los mejores médicos de allí, en la Universidad de Buenos Aires, entre ellos el doctor Garrahán. Cuando concluyó esos estudios especializados y retornó al país, decidió casarse. Al casarse y tener nueva familia, entonces tuvo que luchar por la vida, porque en aquel tiempo era empleado de Salud Pública.

En su opinión, ¿por qué él abandonó la medicina?

Él la abandonó porque no cobraba por las atenciones que prestaba y, como es natural, tenía que vivir. Él no sabía cobrar...

¿No era más difícil cobrar con la poesía que cobrar con la medicina?

El no sabía cobrar. Le llegaban los pacientes, y en aquel tiempo la consulta eran dos pesos. Cobrar tres pesos por consulta, cuando él comenzó, era demasiado. Yo digo que en la vida hay que hacerse sentir, y mucha gente a la que prestó servicios médicos de manera desinteresada, después ni siquiera se lo agradecían; como era de balde, sin paga, como si no

hubiera existido. Cuando tú sanas a una persona y le cobras sus honorarios, te manifiestan agradecimiento.

Al final, Mariano se dedicó a la enseñanza, se incorporó a la docencia. Tiene más de 50 años de profesor activo en la docencia universitaria; primero, en la Universidad de Santo Domingo, luego en la UNPHU, que ayudó a fundar y le dio el nombre, y posteriormente en UNAPEC. Aparte de que hace más de 20 años que es profesor activo del Instituto de Periodismo, sin remuneración. Así que Mariano tuvo que dedicarse a lo que le estaba dando dinero.

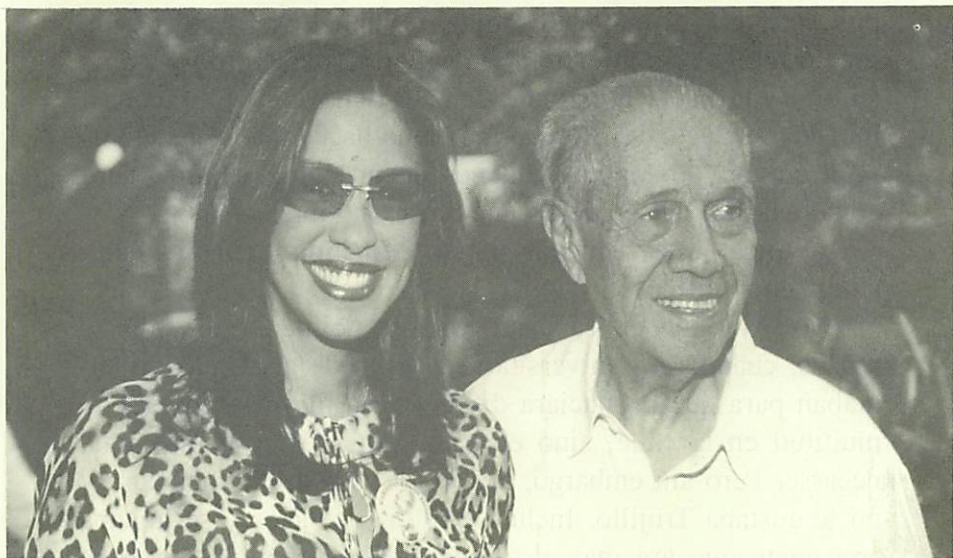
¿La hermana ha visto algún defecto en Mariano Lebrón?

Ninguno. Ninguno. Presumo que, como ser humano, cometerá sus errores. Pero al contrario. Tal vez habría que enrostrarle que es muy paciente, muy pasivo, muy aguantón, pero eso no creo que sean defectos. Pero defectos, defectos, ninguno. Todo lo contrario, y no lo afirmo porque sea su hermana. Bueno, porque soy su hermana lo digo y lo enfatizo. Es que a Mariano no hay por donde cogerlo. Es tierno, es sensible, es cariñoso, amistoso, servicial, ayuda a todo el mundo a cualquier hora del día y de la noche. Y cuando era médico, no había paciente —sin importar la hora: madrugada, noche, matrimonio—, a cuyo llamado dejara de acudir cuando requerían de sus atenciones. ¡Y salvó muchas vidas! Si él hiciera un recuento, si hiciera un libro sobre esas vivencias médicas, aparecerían muchos que le deben la vida a su ciencia y abnegación.

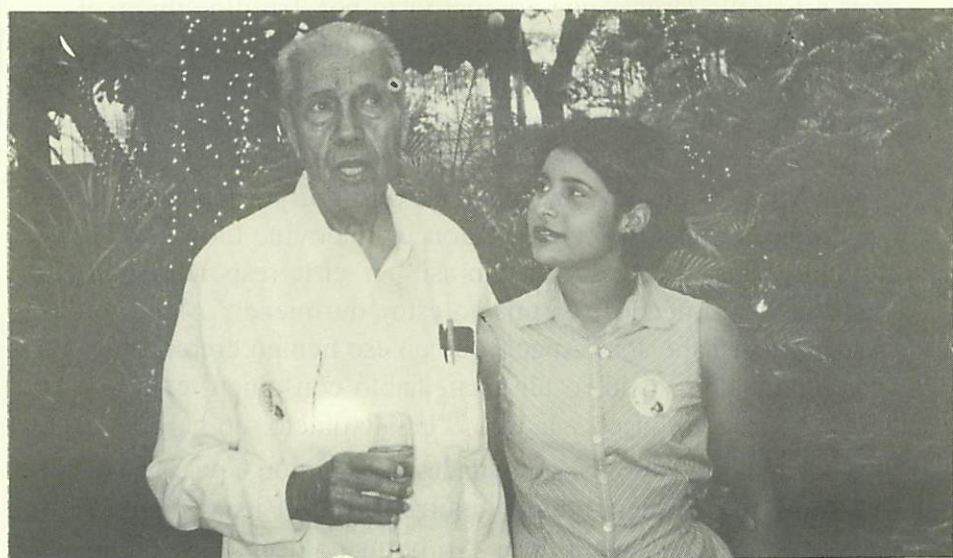
¿Cómo valora usted el grado de cultura de don Mariano?

Desde mi punto de vista objetivo, Mariano es uno de los hombres, sino el más culto, uno de los más cultos. Y creo que se pueden catalogar como tales tres o cuatro cultos, poseedores de una sólida cultura universal.

Mariano escribe de todo, es polígrafo. Escribe historia, ciencia, ficción, ensayo, medicina, poesía, teatro, etcétera. Inclusive una vez mi hermano José Ángel, que tenía una cultura extraordinaria, y cuando escribía, era un poeta de la prosa. Decía: “Muerto Robles Toledano, no creo que haya nadie que tenga la cultura de Mariano. Porque, por ejemplo, mis



Con su sobrina Mariasela Álvarez, productora y presentadora de televisión.



Con sus nietas Sara y Teresa Isabel.

dos amigos, el doctor Balaguer y Juan Bosch, cultivaron mucha cultura, sobre todo Balaguer. Balaguer poseía una cultura que hacía horizonte; Juan Bosch también. Muchos, muchos intelectuales. Rueda murió no hace mucho, tenía una gran cultura. Todos eran dueños de una gran cultura, pero como Mariano, yo no creo que haya otro intelectual”.

¿Nunca, que recuerde usted, Mariano Lebrón incurrió en política?

No. Mariano nunca incursionó en política. En sus años mozos, cuando era universitario y luego de graduado, lo llamaban para que pronunciara discursos en mítines, no así con multitud en la calle, sino en actos políticos, y él no podía negarse. Pero sin embargo, a él no le gustaba la dictadura y no le gustaba Trujillo. Inclusive él hizo amagos y se juntaba con gente que era mal vista por el Gobierno. Él tuvo una amiga que lo admiraba. Ella tocaba piano. Yo estudié mucho piano y componía. En nuestra casa había un piano y esta muchacha iba y tocaba. Se hicieron grandes amigos. Pero ella era pariente de Estrella Ureña, y una vez se fueron juntos a ver a Estrella Ureña, que era mal visto por Trujillo, ahí en el hospital Padre Billini, donde estaba internado, y luego de algunas otras cosas, a Mariano lo llegaron a detener y estuvo preso en la fortaleza Ozama. Ahí estuvieron Ludovino Fernández y Federico Fiallo. Pero Mariano, cuando llegó se durmió. Mira, esa es una anécdota. Se durmió, porque él no tenía ni hechas ni sospechas, y entonces Ludovino fue y le dijo: “¡Oh! ¿Y usted está durmiendo así?” Y él le respondió: “Sí, así estoy durmiendo. Así mismo estoy durmiendo”. Pero, en eso, mi hermano José Ángel, que en ese tiempo creo que era Secretario de Estado, o algo así, habló con quien tenía que hablar, fue y lo buscó y le dijo: “Estate quieto, no hables”.

Cuando iniciaron las actividades de la Unión Cívica, cuando era un movimiento cívico antitrujillista, él iba a los mítines y estaba en primera línea. Mi hermano decía: “Mira, ahí está Mariano en la Unión Cívica”. Y otra que se pudiera catalogar quizás como anécdota fue que se dio tan demasiado buen pediatra que todo el mundo lo buscaba. Recuerdo que

José Ángel, mi hermano, en una época fue el director general de Radio Televisión Dominicana, porque Petán, el fundador de La Voz Dominicana —no hay otro más que él—, le tenía cierto aprecio. Entonces la mujer de Petán, Candita creo que se llamaba, tenía un niño o una niña enferma, y lo llamaron apresuradamente y Mariano fue. Cuando él llegó dice: “¡Ay, no traje el termómetro! ¿Usted tiene uno?” Entonces Petán, que estaba nervioso, le dice: “¿Qué clase de médico es usted que anda sin termómetro?” Y le contestó: “Un médico que no anda con termómetro”. Siempre tuvo un prodigioso ojo clínico y apenas se dilataba dos minutos en advertir la dolencia del paciente. Mamá le decía: “Pero, examina Mariano”, porque en dos minutos de verlos, ya él sabía lo que tenían, y en un dos por tres daba el diagnóstico y ponía la curación...

¿Y resolvía...?

Y resolvía. Entonces resolvió con la muchachita o el muchachito de Petán, —no recuerdo bien—, y ya tú sabes. A él no le gustaba que lo llamaran, pero no podía decir que no, porque era entonces problema para él, para su familia y para José Ángel, que estaba allá de director general de la planta radiotelevisora.

¿Qué usted quiere para su hermano, Mariano Lebrón? ¿Sus deseos para él, cuáles son?

Antes que cualquiera otra cosa, que Dios le siga manteniendo esa salud que hasta ahora tiene, porque salvo dos o tres contingencias que se le han presentado, como se le presentan a cualquiera...

Claro, ¿80 años?

80 ya; sí, exacto. Y otra cosa que te voy a decir, es que a Mariano se le han hecho muchos, muchos reconocimientos. Son pocas las personas que han calado tan fuerte en el hondón del alma de la gente y de las personas con quienes ha trabajado. Cuando salió de Salud Pública eso fue un reguero de lágrimas. Mariano ha calado hondo y sin él buscarlos, porque tú sabes que hay personas que salen a buscar los homenajes. No. No, no. Sin él buscarlo. Inclusive hasta se sorprende. Una tarde, hace unos cuantos años, tenía yo preñdi-

do el radio, cuando se escuchó en el aparato: “Es condecorado con la Orden de Duarte, Sánchez y Mella, en el Grado de Comendador, Mariano Lebrón Saviñón”, junto con un pariente nuestro, Marianito Defilló. ¡La orden más alta con que la Patria recompensa a sus hijos! Lo llamé, y cuando le hice saber que habían decretado condecorarlo, me dijo: “¿Cómo?” Ni lo sabía. Es decir, que a él los homenajes le vienen sin él salir a buscarlos, y ha recibido muchos. Hay muchas instituciones que llevan su nombre; lo han declarado Hijo Distinguido allá, en La Romana y en otras municipalidades. Tiene muchas placas, muchos reconocimientos. Todo el mundo ha querido homenajearlo en vida, lo que es gran cosa. Ahora, yo sí le deseo que Dios le siga dando, primero su salud, y que el entendimiento le siga, como hasta ahora, brillante. Porque parece que no da abasto, no se cansa. Durante esa celebración de la Semana del Libro, eso era día por día, que charla aquí, que charla allí, sin descansar. Ese es Mariano Lebrón Saviñón.

Mariano es un hombre prolífico, muy prolífico. Tiene escritos. Escribe prólogos, da conferencias, dicta charlas, pronuncia discursos, etc. Entonces, se puso de moda aquí, en los años 70, 80, las presentaciones en sociedad de jovencitas en la Casa de España, en el Club Naco, en todos los clubes sociales. Entonces en el Naco, el doctor Eduardo Troncoso, amigo de Mariano, lo buscó para esos fines, para que escribiera una poesía para las debutantes. Mariano en principio se resistió, no le gustaba eso, pero como no le sabe decir que no a nadie, se puso a escribir. Le escribía una a cada una de las muchachas. Pero en una noche hizo la proeza de que escribió 100 poesías. Él era el poeta del Reino, el mantenedor. Lo declararon poeta oficial del Club Naco. Naturalmente, nunca lo compensaron, nunca le dieron nada, todo fue a título gratuito. Pero ahí están los álbumes donde aparecen sus poesías. A veces hacía una sola para todas, pero a veces hacía una para cada una. Y en una noche escribió cien poesías, todas buenas, porque no es que si escribía muchas las hacía malas; al contrario, todas de gran calidad.

Así habla su hermana Rosa, una gran dama de nuestro país, a quién le tenemos igual afecto que a ese poeta inmenso y de mente tan fértil, don Mariano Lebrón Saviñón.

Otros testimonios cargados de afectividad

Nos quisimos desperdiciar la magnífica oportunidad que nos ofrecía la celebración del octagésimo cumpleaños del doctor Lebrón Saviñón para recoger las impresiones que sobre él tienen otros de sus familiares cercanos y relacionados. Al doctor José Oscar Lebrón pedimos su parecer acerca de este hombre que es su padre, y que hoy cumple 80 años de edad.

—De mi padre hay muchas cosas que se pueden decir, y que siempre hemos hablado cuando nos reunimos. Una de las cosas que yo siempre he destacado es lo amoroso que es mi padre.

Tal vez él haya fallado con los hijos en el control, en el manejo, en el dominio. Pero eso lo han tapado nuestras madres. El siempre lo ha dicho, que él no sabe manejar, controlar. Son nuestras madres las que siempre lo han hecho.

Pero indiscutiblemente, el amor que él siempre nos ha dado es una base. Para mí es algo muy importante, porque en el mundo de hoy, creo que lo que más afecta a las familias es esa falta de tiempo, esa falta de amor.

Por otra parte, mi padre siempre ha sabido dar ejemplo en todos los sentidos. Desde pequeño, él ha leído mucho; nosotros lo hemos visto leer. Desde pequeño, él ha oído música, él ha discutido con amigos sobre cultura; él nos ha enseñado a través de su ejemplo todo lo que es bueno.

No recuerdo más que dos veces haber visto a nuestro padre “molesto”, y vamos a ponerlo entre comillas, porque siempre está contento, aun en los momentos en que algo le moles-



El cantautor dominicano Claudio Cohén interpreta poemas de Mariano Lebrón Saviñón, durante el agasajo que le fuera ofrecido al ilustre bardo, con motivo de su octagésima fecha natalicia.



Selecto grupo de invitados que compartieron junto al homenajeado.



El bizcocho.



Su hermano Carlos Lebrón Saviñón mientras declamaba.

ta. No sé cómo, pero él le saca algo bueno al asunto. Es alguien impresionante y fuera de serie.

Mi hermano Mario decía que es honesto, realmente honesto y humilde. A veces esta humildad es mala. No se puede ser tan humilde en la vida, porque la vida es agresiva, y hay que manejar esta agresividad. Pero él lo es, y siempre lo ha sido, y ya en sus 80 años no dejará de serlo. Tal vez lo cultive más, porque la vejez nos hace más niños, más profundos.

Mi padre es sumamente bueno. Como médico, fue bueno. Por lo tanto, yo diría que él se dedica a ser bueno en todo lo que hace: bueno en la literatura, en la medicina, fue bueno cuando la ejerció.

No sé si fue el doctor Emil Kasse Acta o el doctor Hugo Mendoza quien me dijo una vez: "Tu padre pudo haber sido el mejor pediatra de este país". Se dedicó a otra cosa. Cuando se dedicó a la creación de la UNPHU, se dio de lleno, sin importar lo que dejaba a un lado.

Por tanto, sus convicciones él las pone como una meta, y las alcanza. Es impresionante, también, en ese sentido.

Tal vez tenga muchas cosas malas, aunque desde mi perspectiva de hijo estimo que no es así. Bueno, para el que no tiene odio, no existe en este mundo.

Ahora, dentro de lo que es la balanza, entiendo que es más lo positivo que lo negativo que hay en mi padre.

Esta es mi opinión general. Pudiera sacar mucho más ideas si me pongo a analizarlas mejor. Pero creo que esa es la base: un hombre honesto, un hombre bueno, un hombre inteligente y con mucha memoria, por lo menos no para recordar a las personas, que siempre se les olvidan, pero sí para recordar lo que lee.

Yo leo, y sé que me gustó, pero no puedo decir qué fue lo que leí. Pero él tiene una memoria para todo cuanto lee, y esa ha sido la base de toda su discusión literaria, de todo su gran caudal de conocimiento: esa memoria.

Leía yo en algún lugar que le preguntaban: "¿Cómo usted es tan sabio?" Y él decía: "No es que yo sea sabio. Es que tengo mucha astucia para saber dónde buscar. Yo sé dónde buscar las cosas".

Y esa es la base de mi padre. Tiene una gran cantidad de fichas. Y cuando usted le pregunta algo, dice: "Yo creo que es así, pero espérate, déjame buscarlo". Al poco rato viene con una ficha afirmando que Fulano dijo esto y que Zutano dijo lo otro.

Él lee sacando datos y apuntando los aportes más relevantes. Eso es otra base de él.

Como profesor, yo tuve la dicha de ser su alumno. Muy asustado fui como alumno de él, no sabiendo cuál iba a ser la imagen frente a mis compañeros. El primer día fue una maravilla. De ahí en adelante yo iba relajado. ¡Maravilloso profesor! Da énfasis a todo lo que lee y pone énfasis en ofrecer ideas claras al auditorio.

Mucha gente se pregunta sobre lo que él hace en los programas de radio y televisión. Lo mismo que él hace en la casa: sentarse a hablar, solamente. Sentarse a conversar de lo que él sabe. Solamente hay que aguijonearlo con un tema para que hable de ello.

En los últimos años, tal vez la edad lo haya afectado un poco. He notado que se ha cerrado un poco a nuevos conocimientos raros. En la literatura sigue abierto. Pero no le hables de computación.

Pero yo creo que es la edad. Si él hubiera agarrado la computación a los 40 años, de seguro estaría un poco metido en ella. Aunque, él nunca prefirió la máquina. Prefería hacerlo todo a mano. Ese es mi padre. Y la balanza en sí es positiva.

Otro de los hijos de don Mariano Lebrón Saviñón es Guillermo Lebrón. Guillermo, ¿cuál es el parecer que tú tienes de tu padre?

Desde el punto de vista paterno, es un ángel caído del cielo. Un ángel que se le escapó a Dios y está aquí en la tierra ocupando su lugar, para la familia y toda la gente que lo quiere, que es mucho más la gente que lo quiere que la que puede no quererlo.

Donde quiera que va, encuentra gente que lo saluda con mucho aprecio, con mucho cariño. Profesores, estudiantes, alumnos de él de toda la vida —tantos que él muchas veces ni los recuerda—, antiguos compañeros de trabajo, de viajes.

Donde quiera le aprecian mucho; donde quiera lo aman mucho. Me imagino que eso será por la magnitud de su corazón; por lo mucho que puede comprender al prójimo.

Como padre es excelente, no crea problemas. Todo lo contrario: bastante comprensivo y bastante apoyador. Si eso era con los hijos, ¿qué será ahora con los nietos?

Teresa Lebrón es otra de las connotadas hijas del poeta Mariano Lebrón Saviñón. Quisiera saber el parecer que tiene sobre su padre.

Como papá, es una persona que da un ejemplo fabuloso, en cuanto a persona seria, persona trabajadora, consistente, que ha llegado a la meta por su dedicación y constancia; que ha conseguido haber sido incluso premiado en vida.

Ha tenido mucha presencia.

Papá nunca ha sido capaz de regañarnos. Ha sido un apoyador en todo. Gracias a Dios no nos hemos desviado del camino porque hemos tenido una madre que hace el contrapeso.

Es un gran consentidor y amoroso, hasta tal punto que los nietecitos se asustan cuando él va hacia ellos a abrazarlos, porque lo hace con tanto ímpetu que todos le temen al principio.

Realmente es un ser sumamente amoroso.

Wanda es otra de las hijas hermosas de Mariano Lebrón Saviñón. ¿Cuál es el parecer que tienes de tu padre?

Para mí es el mejor padre. Mi padre es una persona muy cariñosa, y ha sido un padre muy querido.

Nunca he recibido de él ni siquiera un regaño.

De mis primeros años recuerdo que él siempre me complacía en todo, no sé si porque era la más pequeña.

Ernesto Lebrón es uno de los nietos de don Mariano Lebrón. ¿Cuál es el parecer de tu abuelo?

Realmente puedo decir, sin temor a equivocarme, que mi abuelo es la persona más bondadosa que conozco.

Es una persona que tiene un gran corazón, dulce. Les ha demostrado a sus hijos y a sus nietos el gran cariño que tiene.

Durante toda mi vida he sentido de mi abuelo un apoyo, un cariño que realmente él lo demuestra siempre. Y creo que

esa es la más grande de sus virtudes: su amor hacia nosotros, y demostrarlo, sobre todo.

Fernando Martínez es un psicólogo, amigo también del poeta, y va a verter su opinión referente a don Mariano. ¿Qué nos puede decir acerca de ese ser humano tan extraordinario llamado Mariano Lebrón Saviñón?

Lo que más me llama la atención en el Maestro, como yo le digo, porque realmente es para mí un maestro, es su capacidad de sorprenderme.

A su edad todavía tiene la virtud de asombrarse de las cosas bellas.

Aparte de ésta, su humildad es otra característica. Una persona con una capacidad, con una sapiencia casi enciclopedista, como no quedan ya, y todavía tú lo ves con una humildad. Él le pregunta a cualquier persona sobre algún tema, con esa necesidad que tiene siempre de aprender. Eso es lo que más me llama la atención.

Teófilo Terrero es otro amigo de la familia de don Mariano, y la pregunta que le hacemos es: ¿cuál es el parecer que tiene de don Mariano Lebrón Saviñón?

Conocí a don Mariano en una época muy interesante, porque yo era muy joven y estaba dedicado al teatro. Don Mariano fue a ese grupo en el cual estaba, y comenzó a motivarnos más acerca del teatro.

Recuerdo que para esa época nos habló sobre Alejandro Casona y sobre una de sus obras llamada *Los árboles mueren de pie*. En cierta medida, nos la leyó un poquito declamada, y eso me motivó a investigar sobre Alejandro Casona.

Lo que quiero significar es que desde ese momento en el cual yo conocí esa faceta de investigador, de motivador, he visto siempre en don Mariano a una persona que no va a pasar por la vida como si nada, sino que va a dejar huellas. Y ya ha dejado huellas, de hecho, tanto en el aspecto histórico, tanto en el aspecto literario.

Por ejemplo, ese movimiento literario muy importante, del que fue parte, que él generó, que es La Poesía Sorprendida, e igualmente sorprendente es esa ingente obra de investigación histórica condensada en esos tomos que tiene de *His-*

toria de la Cultura Dominicana. Igualmente hay que destacar su obra en el campo literario, no sólo en la poesía, también en el teatro, que ha escrito obras.

Pero hay una faceta que casi se pasa por alto, que es la del amigo. Él es una persona que nunca ha sido amante de la opulencia y del dinero, sino que es de carácter simple y sencillo. Y a veces, para uno es muy sorprendente ver a una persona que tiene una cultura tan amplia —y me refiero a cultura en el sentido de la información, de conocimiento histórico, un desarrollo tan amplio de su intelecto—, que puede hacer gala de tal sencillez y modestia, y un compartir esos conocimientos a todo el mundo, como si a él no le hubiera costado nada obtenerlos.

Realmente, entiendo que los conocimientos científicos no son propiedad de nadie, sino de aquel que los pueda desarrollar. Mas sin embargo, ese conocimiento y esa forma de ser de don Mariano acentúan esos principios.

Si me dedico a hablar de don Mariano tendría que invertir una infinidad de tiempo. Pero esencialmente quiero decir que es una entrañable persona a quien le tengo un gran afecto, un gran cariño y, sobre todo, una gran admiración.

Eduardo Lebrón es uno de los hijos más pequeños de don Mariano Lebrón. ¿Cuál es el parecer de tu padre?

—Cuando se piensa en mi padre, se piensa en muchas cosas: en admiración, en honestidad, en seriedad.

Es una persona a quien todo el mundo admira; una persona que quien lo conoce le toma mucho cariño, porque siempre está dispuesto a ayudar al que le pide un favor, siempre está disponible. No sabe decir que no.

Como padre, es muy cariñoso con todos. Siempre trata de dar el mejor ejemplo. Siempre lo vemos leyendo y escribiendo. Trata de darnos los mejores consejos. Como padre es excelente. Nos muestra mucho amor a todos por igual.

Como ya hemos comentado anteriormente, él tiene un gran defecto: no fue nunca capaz de regañar, ni siquiera de amenazar a ninguno de sus hijos. Eso en parte pudiera ser algo bueno.

Todos sentimos mucha admiración y mucho orgullo por él.

Teresa Lebrón, nieta del laureado cantor, lo describe de la siguiente manera:

—Mi abuelo es una persona sumamente cariñosa, muy entregada a sus seres queridos, dispuesto a ayudar en todo momento. Por eso lo queremos muchísimo y todos los que lo conocen.

Odile Moreta, nieta de don Mariano, percibe a su abuelo en los siguientes términos:

—Una persona siempre dispuesta, muy cariñosa, muy atenta, siempre dispuesta a dar. Para mí es una eminencia.

Déborah De los Santos (nieta), opina de don Mariano:

—Es la persona más cariñosa del mundo. Siempre nos ayuda, va al colegio, nos da charlas de historia, de literatura. Está dispuesto a ayudarnos. Nunca me ha pegado.

Laura, nieta:

—Súper amable y cariñoso. Siempre está dispuesto a ayudar y deja de hacer cualquier cosa para ayudarte. Nunca lo he visto con cara de disgusto, siempre está de buen humor. Es muy cariñoso.

Natalia Lebrón, también nieta del venerable poeta, opina de él:

—Es una persona muy especial, dispuesta a ayudarnos y a apoyarnos. Nunca nos dice que no. Siempre está feliz. Una persona amorosa. Cada vez que nos ve, se siente feliz. Lo quiero mucho.

Sara Lebrón, nieta, resume su parecer acerca de don Mariano como sigue:

—Muy cariñoso, amable. Nunca lo he visto disgustado. Está dispuesto a todo por nosotros.

Alberto De los Santos, esposo de una de sus hijas. ¿Cuál es su parecer sobre este extraordinario hombre de las letras de la República Dominicana?

—Don Mariano es un ser humano total. Es una persona con una percepción del mundo muy especial, con un humanismo y un sabor hacia la vida extraordinarios. Con un gran

apego y una gran avidez de conocimiento; un saber que casi le corroe las entrañas, porque es un hombre que se levanta a las cinco de la mañana, a su edad, a continuar su vasto conocimiento. Es un curioso de la vida y de todas sus manifestaciones.

Creo que su actitud es lo que lo ha hecho a él ser uno de los grandes conocedores de la literatura y el gran humanista que es de las letras dominicanas.

Mariasela Álvarez, una mujer de la televisión, una belleza, un gran ser humano, es su sobrina querida. ¿Cuál es su opinión sobre esta enciclopedia humana que es Don Mariano Lebrón Saviñón?

—Como intelectual, tío Mariano es uno de los grandes pilares de la cultura y del humanismo en República Dominicana de todos los tiempos. Como persona, tío es uno de los seres humanos más nobles y más humildes que existen.

Cuando tú encuentras a personas con esas dos cualidades, realmente encuentras un gran tesoro.

Tío es, y seguirá siendo, la guía en sabiduría y en cultura de nuestro pueblo, y el tío de todos los dominicanos.

Cuando asomó la nostalgia al alma del poeta

Todavía estábamos afanados en dar los últimos toques a esta biografía, cuando nuestro protagonista comienza a dar señales de un debilitamiento inusual, al que los especialistas atribuyeron, luego de exhaustivos exámenes y análisis clínicos, a un exceso de trabajo. Inclusive, el propio poeta atribuyó su estado al estrés y agotamiento físico.

Ciertamente, el ilustre bardo nunca ha cesado en su misión de prodigar consejos, aportes culturales, y todo lo que de su acervo intelectual pueda comunicar en provecho de los demás. Don Mariano Lebrón Saviñón nunca descansa.

De ahí que todos los diagnósticos apuntaban, sin vacilaciones, a un posible exceso de trabajo, mucho más de lo que su añeja humanidad podría soportar.

Pero lo que la ciencia médica y sus propios allegados desconocían, era que el poeta estaba desintegrándose espiritualmente.

La partida paulatina de sus entrañables amigos, los de La Poesía Sorprendida, había causado profunda pena en el corazón de don Mariano. Se había quedado solo. Los intelectuales que crearon ese movimiento literario que marcó una de las épocas más florecientes de la poética dominicana, desaparecían poco a poco del plano físico, dejando el protagonismo a su único sobreviviente, que se debatía entonces en la abrumadora melancolía de un ayer que quedaba sólo en las páginas de un libro.

Esa nostalgia de presenciar el ocaso de la vida de tantos personajes con los que convivió íntimamente, había obrado un efecto desgarrador en la sensible alma del poeta, que estaba minando sus energías.

El poeta caía en una profunda depresión.

El acercamiento y el cariño de sus familiares y amigos, devolvió su entusiasmo por la vida, y una renovada exaltación por el mundo y lo que éste nos regala cada día.

Un día de los padres muy especial

En honor a don Mariano Lebrón Saviñón y con motivo del Día de los Padres, su sobrina Mariasela Álvarez preparó un interesante documental que recoge la obra y amplia trayectoria del poeta, médico y escritor dominicano, con testimonios de algunos de sus amigos y compañeros de trabajo.

En una de las intervenciones que le correspondió hacer en la producción televisual, el insigne bardo recordó que: “Cuando yo publiqué mi primer poema tenía 13 años y se tradujo al inglés y al italiano. Siempre recuerdo ese poemita, porque Pedro Contín Aybar lo trajo en su *Antología* de la poesía dominicana”, y agregó que aunque no lo considera su mejor poema, es el que más veces se ha repetido.

Con apenas 21 años en 1943, Mariano Lebrón Saviñón desempeña un rol protagónico en la gestación y posterior desarrollo del que se considera uno de los más relevantes movimientos del arte alegre de la poesía en la historia de la literatura nacional: La Poesía Sorprendida.

Expuso el criterio de que la inclinación poética es una especie de predisposición del individuo, que nace con él. “Yo no soy poeta porque me da la gana, sino, porque nací poeta”.

Agregó que Dios le ha dado la virtud de interpretar las voces y la música de la naturaleza, lo que quiere decir que la poesía no está en él, sino, que la sorprende en las cosas y las convierte en canciones y en palabras.

Don Mariano relató que Moreno Jimenes le propuso publicar una revista que se llamaría *La poesía sorprendida*. Esa misma noche fueron donde Franklin Mises Burgos y Freddy

Gatón Arce, dando inicio así al más fecundo colectivo de la poesía nacional.

La filosofía de *La Poesía Sorprendida*, proclamaba buscar un canto nacional nutrido de lo universal, y entre sus actividades principales se encontraba la publicación de la revista de su mismo nombre, la cual circuló, tanto en el país, como en el extranjero.

“*La Poesía Sorprendida* tuvo algunas cosas que le fueron favorables. Primero, nunca hizo elogios de Trujillo. A lo sumo, cuando el movimiento cumplió un año, saludamos al Presidente y a algunas personas más, pero fue perseguida duramente, porque todos éramos poetas liberales”, contó don Mariano.

Recordó que con apenas 17 años de edad publicó “*Me duelen estos hombres*”, una poesía revolucionaria, poema que aunque es anterior al surgimiento del movimiento, expresa el género de inquietudes sociales que animaban a sus integrantes.

“Eran momentos difíciles, porque eran los tiempos de la dictadura”, recordó Lebrón Saviñón, al tiempo de acotar que durante el régimen de Trujillo las diversas formas de expresión estética estaban sujetas a una rígida censura, que no permitía manifestaciones que pudieran considerarse contrarias o lesivas a los propósitos de la dictadura. “Y entonces esos poetas tenían que ir a un mundo de evasión o evadirse en la realización estética para no comprometer el mensaje dentro de una tiranía tan sangrienta”.

Considera que en la historia de la cultura dominicana, *La Poesía Sorprendida* puede catalogarse como el más interesante de los movimientos poéticos del siglo XX y el más vital, además.

“Eso no va en desmedro de otros grupos como el de 1948, porque la pauta la trazó *La Poesía Sorprendida*. Por ahí han continuado los otros grupos, algunos de ellos extraordinariamente valiosos”, expuso el poeta.

Apuntó que la filosofía de este movimiento proclamaba buscar una poesía nacional nutrida en lo universal, y entre sus actividades principales se encontraba la publicación de



Conversando con el periodista y escritor licenciado Carlos Cepeda Suriel.



Su hija Teresa Josefina con su esposo Alberto De los Santos.

la revista del mismo nombre, la cual circuló tanto en el país como en el extranjero.

Ponderando al literato y ser humano

Al recabar la opinión del doctor Rafael González Tirado, entrevistado en el documental en cuestión, respondió que don Mariano fue uno de los principales propulsores de esa publicación, no sólo como poeta, sino, como editor del medio especializado en poesía y literatura.

“Sepan ustedes que hablar de don Mariano realmente me emociona, y ya siento miedo de ir perdiendo la facultad de la palabra, porque él vale mucho, y nosotros le hemos pedido en esta Academia no hablarnos de término de su mandato, porque él es la concordia y la unión de esta entidad”, expresó González Tirado.

El médico

Su dedicación a la literatura no impidió que en 1946, Mariano José culminara sus estudios de medicina en la Universidad de Santo Domingo. Más tarde, se especializó en pediatría en Argentina, rama que ejerció exitosamente en centros de salud públicos y privados, con la misma o mayor sensibilidad presente en su poesía y en su esencial vocación humanística.

Sobre el particular, uno de los invitados recordó que don Mariano fue presidente de la Sociedad de Pediatría, y editor de una revista de esa rama de la medicina publicada por dicha asociación. “Tengo conocimiento que él dirigió una clínica de recién nacidos, en la época en que el hospital infantil tenía el nombre de Ramfis. Ahí Mariano dedicó parte de su tiempo, demostrando que a todas las cosas que se dedica las hace muy bien.”

Destacó que los pediatras dominicanos lo admiran y lo quieren mucho, además de verlo siempre como un ejemplo.

Agregó, refiriéndose a su labor poética, que le gusta la poesía de Lebrón Saviñón, porque tiene música, contiene un mensaje y muchas imágenes bellas.

Indicó que no sigue a los poetas actuales porque son muy intelectuales, y la poesía es emoción, por lo que aquel que no pueda expresar emoción en la poesía, para ella no es poeta.

El día de los padres

Ya al final del documental y a manera de chanza en su acogedor hogar de Ciudad Nueva, el doctor Mariano José Lebrón Saviñón expresó que ha visto transcurrir ocho décadas, pero susurró que lo digan en tono bajo para que nadie se entere.

Fruto de su brillante carrera, son los numerosos e importantes reconocimientos que ha recibido, tanto nacionales como internacionales, los cuales muestra en diferentes paredes de su casa y en rincones que ocupan un lugar muy especial.

Desde 1996, don Mariano honra la producción del programa “Esta noche Mariasela”, con su conversación siempre inspiradora, interesante y enriquecedora sobre temas de la cultura universal, y muy especialmente de la cultura dominicana.

Al ser testigo de todas esas palabras hermosas y de agradecimiento, dijo sentirse muy satisfecho y feliz, porque las demostraciones de cariño y de admiración han sido infinitas a los 80 años, con seis hijos y nietos que le hacen rejuvenecer.

Explicó que antes veía el Día de los Padres como una actividad comercial, pero después se dio cuenta que el padre también engendra y tiene hijos que son parte de su vida, de su ser, de su pensamiento y sobre todo, de su amor, porque cuando no puede dejar una herencia de dinero, la deja de amor y de cariño.

El documental preparado por el equipo de producción del programa, se difundió con motivo del Día de los Padres, el 28 de julio de 2002, en el espacio televisivo producido por Mariasela Álvarez, sobrina del laureado poeta.

Retrato emocional de Mariano Lebrón

Las que se transcriben a continuación son anotaciones salidas de la pluma del destacado periodista y educador dominicano, licenciado Adriano de la Cruz, quien ha permanecido ligado a don Mariano, no sólo por haber sido alumno del insigne poeta, sino también por su participación en los planos directivos de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores, de la que don Mariano es presidente del Jurado que tiene a su cargo la elección de los periodistas y escritores a ser premiados en cada entrega anual de El Caonabo de Oro. Regustémonos en la lectura de este escrito redactado por este maestro del periodismo nacional.

Las tardes de aquel verano de 1972 no eran de esas tardes a las que se refieren los escritores, señalándolas como brumosas y húmedas, que hacen de la transpiración un molesto compañero, que nos enjuga hasta la fatiga. Y obliga a desdoblar el pañuelo, hasta convertirlo en un cómplice del sudor, que nos abrasa y se pega al cuerpo hasta lo insoportable. De aquellas tardes, ésta que aquí narro, se quedó pendiente en mi memoria y aquí la recreo.

Eran los primeros días del mes de septiembre, inicios de la década de los setenta, y mientras esperábamos que las agujas marcaran las dos de la tarde, para reiniciar la última parte del apretujado cur-

so de verano, de Historia de la Cultura Dominicana, alguien gritó: "¡Ea! ¡Ahí viene el hombre!" Yo estaba sentado de espalda por donde vendría el profesor esperado. Y mientras se escurrían algunas conjeturas sobre el temperamento y humor del académico, su figura se fue acercando al grupo, como si advirtiera que éramos nosotros su destino. Sin embargo, dio un leve giro, y de pronto ingresó a una de las enormes naves que recogía en ese ambiente los sueños y las esperanzas de casi ochenta estudiantes, que cursábamos los estudios de Educación en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Mientras algunos compañeros le saludaban con devoción, yo observaba desde el fondo del aula a este caballero de quien sólo había oído hablar, y que había comprado y leído su enorme volumen de Historia de la Cultura Dominicana, trabajo que me parecía el resultado de muchas horas de investigación y lectura; pero sobre todo, de alguien a quien tenía que gustarle y amar mucho el país, para dedicarle tan variada y profunda gama de temas.

Sí, señor, y aunque me parecía un sueño, estaba frente a mí, de carne y huesos, y aunque también transpirando por el calor insoportable de aquella tarde, su sonrisa refrescaba el ambiente y presagiaba, más que una cátedra, una generosa aventura intelectual, de quienes viajaríamos en alas de Argos, a fin de conocer desde las alturas, los confines del Parnaso.

Lentamente levantó la mano derecha como si se aprestara a dirigir una orquesta, y de su boca, aún sonriendo, comenzó como una cascada de aguas cristalinas, un torrente de palabras, que al principio parecían escogidas, por lo bellamente pronunciadas, en un fresco y novedoso tono castellano. Era ese, don Mariano Lebrón Saviñón, de quien me habían hablado tanto, pero no me habían dicho ni la mitad.

El silencio logrado desde los primeros minutos, fue el noble tributo que se le rinde a los maestros. Recuerdo que nos habló de los orígenes de los distintos nombres de la isla. De las características de los aborígenes, de su hábitat, alimentación y de ese espacio lechal, según sus palabras, que envolvía el ambiente de un fino aroma de generoso saber y de alegre lozanía.

Hablaba sin descanso; pero sin cansar. Los nombres exóticos de árboles y caciques revoloteaban en el aula, como inteligentes mariposas de un jardín de girasoles. Era como si lo leyera todo y de todo estuviera hablando al mismo tiempo. Historia, música, política, geología, geografía... Y finalmente, medicina. Y aquí sentó sus reales. Era como si todos los libros de una enorme biblioteca confluyeran al unísono y un remolino de altos sentimientos, hiciera coro con todas las diosas de la sabiduría y las artes, hojeando simultáneas, todas las preocupaciones que al grupo de estudiantes de esa feliz jornada nos hubieran tocado.

No recuerdo cuándo sonó el timbre que indicaba que todo aquello tenía un final; pero sí aún mantengo frescos los rostros sorprendidos y admirados de los demás compañeros, que junto al rostro mío, no salíamos de aquel momento de ensoñación e hipnosis.

Nadie dijo que aplaudiéramos. Y cómo, si teníamos las manos heladas de una encogedora alegría. Nadie dijo alguna frase de elogio. Y cómo, si estábamos ante ese huracán de palabras fluidas, y temíamos que fuera un sueño lo que estábamos viviendo... Había cesado aquella paradisíaca lluvia de estrellas y un nuevo esplendor de conocimientos transparentaba el plúmbico gris de aquel salón, cuyas luces fluorescentes, se quejaban sollozantes, en medio de ese irradiante esplendor. Ahora flotaba el conocimiento en el eco de sus últimas palabras, que culminaron

con un trozo poético del Gran Almirante, don Cristóbal Colón, quien fascinado por la belleza de estas nuevas tierras, pulsó la lira de unos versos, nerviosamente escritos, y que en labios de don Mariano coronaron con increíble fuerza, una calurosa tarde de verano, del año de 1972.

Todavía hoy, treinta años después, escucho desde el aula vecina, ese suave y agradable murmullo de miríadas de estrellas que danzan divertidas, de ese inspirado maestro de la palabra y el saber.

A don Mariano Lebrón Saviñón, con cariño.

Don Mariano Lebrón Saviñón: el Maestro, Padre y Amigo

Por Carlos Cepeda Surriel

Benditos los vientres, aun en la eternidad, de tres maravillosas mujeres que parieron para este Santo Domingo, que ayer fuera Atenas del Nuevo Mundo, tres hijos orgullo de nuestra patria. Cada una de tan abnegadas madres, como rosa de tres primaveras, ganó el galardón de la gloria cuando sus entrañas regalaron a la posteridad el mejor de sus frutos.

Para Manuela, Salomé y Cándida, y en ellas a la mujer dominicana, el más merecido reconocimiento y el agradecimiento por todos los siglos venideros. Confieso la firme creencia, asido de la certeza que garantizan los tiempos, cual humilde espectador ante el deslumbrante verdor de tan inmensas praderas, que la naturaleza divina fue celosa con el período de gestación de estas tres mujeres, pues de su interior no sólo salió un niño, sino también un rayo de luz para iluminar por siempre el patriotismo nacional, el humanismo hispánico y las letras de América.

No hay dudas de que los años 1813, 1884 y 1922, constituyen fechas importantes para la historia dominicana y de Hispanoamérica, porque estos años fueron testigos del nacimiento de Juan Pablo Duarte y Díez, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Lebrón Saviñón; tres inmensos dominicanos que han sido, y son, el ejemplo a seguir por todas las generaciones; pues en ellos se encuentran las mayores bondades que

Dios imaginó para un ser humano que lograra alcanzar la virtud de poseer un alma noble y hacer sublime cada latido de su corazón.

Propicia es la ocasión, al aprovechar este libro que ahora se publica sobre la vida y obra del último de ellos, manifestar, con la más honda sinceridad que nace del espíritu, que son mis dominicanos preferidos, para quienes traspaso todos los límites de mi admiración, al entender que tres hombres como ellos marcan la diferencia en la historia de los siglos y la esperanza de una nación. Ciertamente, podemos tomarlos como ejemplo en cada segundo o paso de sus vidas, y mostrarlos con orgullo al mundo entero, hasta con las pretensiones de desafiar o comparar, si fuere necesario, la grandeza de otros en cualquier país o continente; consciente de que esta opinión jamás puede desconocer la existencia de otros hijos valiosos que ha dado esta tierra.

Es hermoso poder compartir la nacionalidad con hombres como ellos, y hablar de su vida y obras en cualquier país que visitamos, confiados en que las cosas que expresamos de los nuestros, alcanzan la admiración y el respeto más allá de las fronteras. En verdad me maravilla escuchar a los españoles platicar de su Cervantes, a los argentinos de su Borges, a los mejicanos de su Carlos Fuentes, a los colombianos de su García Márquez, a los venezolanos de su Uslar Pietri, a los chilenos de su Neruda; como a los norteamericanos de su Hemingway y a los franceses de su Víctor Hugo. Ese mismo privilegio tenemos los dominicanos de poder hablarles de los grandes nuestros.

Pláceme sobremanera responder a la gentil solicitud que me hiciera el autor de este libro, el buen amigo y hermano Carlos T. Martínez, para que en sus valiosas páginas apareciera lo que siento y pienso de don Mariano; honor que llena de alegría todo mi ser, porque con este hermoso gesto, el autor me halaga y me brinda la oportunidad de reiterar el respeto, la admiración, el agradecimiento y el cariño que, cual manantial inagotable, se anidaron por siempre en mi corazón, como el más humilde de los reconocimientos que hago

y haré eternamente al Maestro, Padre y Amigo: a mi adorado poeta, don Mariano.

A este dominicano excepcional comencé a conocerle y a admirarle desde que cursaba mis estudios secundarios, a través de sus obras literarias y del grupo de “La Poesía Sorprendida”. Para tan privilegiada suerte, tuve que recorrer, trillando nuevos senderos, espacios más amplios que los que me eran presentados por mis profesores de literatura, quienes, en su rol de educadores, y sin malsana intención, pretendieron enseñarme cuatro puntos cardinales para el campo de las letras dominicanas: Bosch, Balaguer, Mir y Del Cabral.

Grande fue mi sorpresa al descubrir, sin restar los sobrados méritos de estos cuatro grandes dominicanos, que hasta en la humilde aula de un modesto colegio, la política imponía su hegemonía para trazarle pautas aun a la enseñanza; que los apasionamientos podían marcar los recodos del camino; que la tendencia al regionalismo lograba crear preferencias absolutas, y que el afanoso empeño de lisonjear el mundo de la aristocracia era capaz de convertirnos en desconocedores del universo de los otros.

Ciertamente fue emocionante descubrir que el vasto campo de las letras dominicanas no estaba delimitado, porque un Pedro Henríquez Ureña, con su deslumbrante capacidad literaria creadora, había hecho desaparecer todas las fronteras existentes, y que un Mariano Lebrón Saviñón, desde un modesto hogar de la calle Estrelleta de esta ciudad primada de América, también con una impresionante capacidad de creación literaria, les hacía ver a las letras hispánicas, sin la más mínima pretensión de exhibición de grandeza, que el inmenso Pedro no había muerto, porque vive y se manifiesta en él.

Esta realidad, tan cierta como el aire que respiramos, me lleva a la verdad de que resulta fácil, en don Pedro y don Mariano, descubrir dónde nace el humanista; pero que al mismo tiempo es imposible determinar en ellos dónde está el ocaso del literato. ¡Parece que Dios pensó en ellos dos cuando hizo el Universo!

Existe un momento importante en mi vida, que valoro como uno de los principales privilegios que me ha dado Dios,

y es haber conocido personalmente a don Mariano; porque ese día, como resultado de la inagotable bondad que siempre tiene desbordante para servir a los demás, tuve no sólo la suerte de poder abrir más la puerta ancha que lleva al conocimiento, sino también la dicha de encontrar al maestro, al padre, al amigo, al hermano, al consejero permanente: al ser humano que lo da todo a cambio de nada.

El privilegio de conocerlo y la felicidad de saber que contamos con su hermosa amistad, es uno de los principales agradecimientos que tengo hacia Dios, y la gratitud que por siempre le guardo al profesor Juan Bosch, además de la admiración que me acompañó siempre por el honrado político y formidable escritor, quien, sin lugar a dudas, constituyó uno de los más connotados literatos de las letras hispanoamericanas.

Al profesor Bosch acudí, sin importarme traspasar los límites del atrevimiento y la osadía, para hallar en su sabia experiencia los consejos necesarios para los que nos iniciamos en la literatura. El gran dominicano, que precisamente en ese tiempo estaba inmerso en una de las más afanosas campañas políticas en la búsqueda de la Presidencia de la República, me abrió gentilmente la puerta de su casa, me extendió su mano amiga y recibí de él las orientaciones que buscaba.

El autor de *La mañosa* se ofreció a seguir ayudándome cuantas veces fuera necesario, pero las ocupaciones de la política eran tantas, por las circunstancias de aquella campaña del año 1994, que prefirió continuar colaborando conmigo, poniéndome en las manos de quien, a su juicio, y con palabras certeras que parecían reflejar en cada una de ellas la hermosura de su corazón, era uno de los mejores maestros y más finos escritores: su amigo Mariano.

“Dile a Mariano que yo te mando. No es necesario que le expliques más nada”. Estas sencillas palabras fueron la carta de presentación que el profesor Bosch me entregó verbalmente para el poeta que desde hacía tiempo yo admiraba y ansiaba conocer en persona.

Tratar de cerca a don Mariano Lebrón Saviñón es conseguir que la vida crezca a cada instante. Es descubrir que bajo

el cielo de este pedazo de América vive un hombre extraordinario, un humanista excepcional, un ciudadano ejemplar, un creador de la palabra, un artista que con pinceladas perfectas llena de mágicos colores la lengua castellana y hace uso del idioma como si al conjugar cada verbo quisiera honrar a Cervantes.

En este poeta del amor logramos encontrar no solamente al prolífico escritor y la fuente de agua cristalina donde podemos saciar la sed de cultura universal, sino también al amigo fiel que, con su cariño y bondad, nos hace temerle a ese momento en que pudiera abandonarnos físicamente, porque ese día dejaría en nosotros un vacío, imposible de ser llenado por otro amigo.

Don Mariano descende de una hermosa familia de intelectuales. Hijo de padres amantes de la literatura. De su progenitor, un andaluz que respiraba poesía a través de preciosos sonetos que escribía cuando la inspiración de los poetas se veía volar en las alas del modernismo, heredó la fuerza que requiere el alma para convertirse en arquitecto de las cosas románticas que a los aedos la vida les permite hacer entre alegrías y angustias, y al unísono de las dichas y los quebrantos.

De su madre adquirió, desde el mismo vientre, el manantial de ternura que necesita el escritor para llenar el universo de bondad con cada pensamiento expresado.

Es cierto que el escritor nace, pero también es verdad que para alcanzar la grandeza y aterciopelar con sus obras el vastísimo campo de las letras, es determinante la formación que recibe desde la cuna, lo que desde niño comienza a ver y escuchar; lo que le es enseñado y lo que a diario aprende. Don Mariano proviene de un hogar donde la lectura era, más que una costumbre, una necesidad prioritaria; por lo que la casa de sus padres fue llamada "El hogar de los estudios". Para nadie puede resultar sorpresa alguna la tanta similitud existente entre él y don Pedro Henríquez Ureña, porque la formación recibida por ambos, desde niños, estaba sustentada en los maravillosos patrones de enseñanza establecidos por la mente prodigiosa de Eugenio María de Hostos.

El rico quehacer cultural de don Mariano es el más verosímil reflejo de su gran humanismo. Su poesía es realmente soberana, con acentos tan convincentes y penetrantes que la hacen capaz de vestir con la bufanda de una estrella al más desnudo corazón. Es poesía hecha con fervor, y alcanza la brillantez, sin tener nada que envidiarles a los grandes poetas del Siglo de Oro. Él no es ajeno al cultivo de todos los géneros literarios, y a cada uno de ellos se entrega con la misma fuerza creadora e igual pasión, desde el cuento hasta la novela, logrando producciones literarias, con deslumbrante pureza, que han enriquecido a la literatura dominicana y a las letras de América.

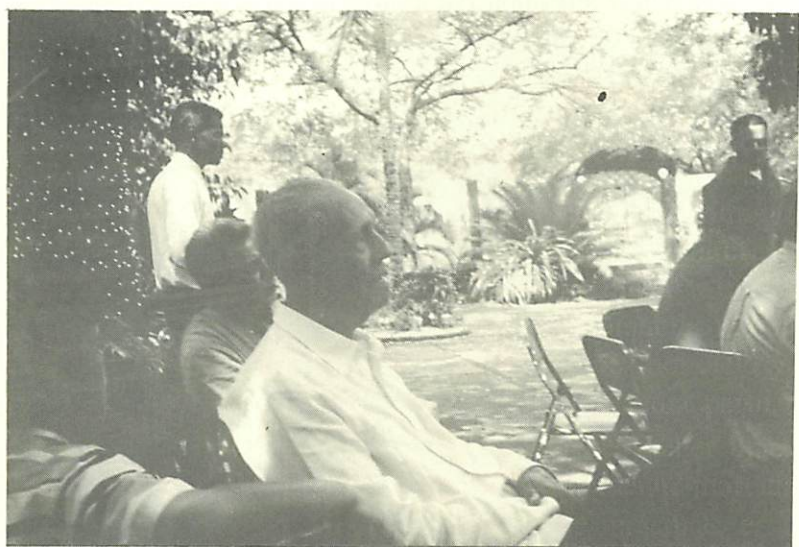
Constituye un deleite apasionante leer los maravillosos poemas que conforman su libro *Tiempo en la tierra*, como también adentrarnos a sus inigualables tomos de *Historia de la Cultura dominicana*. Sus obras *Cuando el otoño riega las hojas*; *Sonámbulo sin sueños*, y *Luces del Trópico*, entre tantas otras producciones literarias de gran valor, convierten a este fecundo literato en uno de los escritores más interesantes que podemos disfrutar los que a cada momento buscamos encontrar una lectura exquisita.

En su hogar de Ciudad Nueva, donde todos los días permanece localizable el poeta al iniciarse la mañana, al mediodía o al caer la tarde, siempre está dispuesto a recibir a los demás, sin importar el horario o el tiempo cada vez que a su puerta llega el amigo. Comparte su vida con una esposa maravillosa y unos hijos dignos de tan hermoso matrimonio. En aquella humilde casa, parece anidarse una extensión de la paz del cielo y de la cultura universal que han elegido allí su estadía permanente.

Sostener una conversación con don Mariano es vivir un momento inolvidable, porque con él, todo diálogo se torna de inmediato en un derroche de conocimientos culturales, y las fronteras se hacen inexistentes, y en cuestión de minutos caminamos por las calles de la antigua Grecia; o visitamos la impresionante biblioteca de Alejandría; o platicamos con los clásicos españoles; o tenemos datos nuevos de Vivaldi; o re-



Jorge Jiménez, Faseli Sánchez y Edwin Jiménez, sentados delante. Detrás, junto al poeta, Carlos Cepeda Suriel.



Compartiendo con Carlos Cepeda Suriel.

cordamos versos de Moreno Jimenes, o analizamos las composiciones de Juan Luis Guerra.

Don Mariano es una enciclopedia viviente. Pero es tanta la humildad que hay en su corazón, que se niega a reconocer su grandeza. Es un ser humano sencillamente especial. Jamás le gusta hablar de sí mismo y cambia de conversación cuando escucha a los amigos expresar elogios sobre su persona.

Su extensa labor literaria, rebosante de lirismo, lo ha hecho merecedor de un premio Vasconcelos, como reconocimiento continental que le otorgara el pueblo mexicano. De igual manera, su República Dominicana le distinguió con el Premio Nacional de Literatura.

En consecuencia, reitero mi agradecimiento a Carlos T. Martínez por haberme solicitado mi opinión acerca de este gran dominicano, para ser incluida en este valioso libro que sobre su vida y obra ha escrito el periodista y locutor amigo. Quiero concluir esta modesta exposición, manifestando que si Dios me diera la oportunidad de nacer de nuevo y elegir quién ser en la vida, sin duda cambiaría quien soy, para pedirle ser Mariano Lebrón Saviñón.

Tres discursos y tres grandes
momentos en la vida de
Mariano Lebrón Saviñón



El poeta rodeado de grandes amigos.



Desde la izquierda, sus yernos Isabel Fernández, Nancy Espínola, Alberto De los Santos, Patricia Álvarez y Arturo Mota.

El Premio José de Vasconcelos: Un galardón de relieve internacional

El 27 de mayo de 1992, la Universidad APEC difundió la información de que el doctor Mariano Lebrón Saviñón, docente meritísimo de ese centro académico, había sido escogido por el Frente de Afirmación Hispanista, de México, D. F., para otorgarle el Premio José de Vasconcelos, uno de los más importantes reconocimientos en el mundo hispanoamericano que se confiere a quienes han descollado merced a su labor en defensa de los valores más conspicuos de la hispanidad.

Este galardón fue instituido en 1968 para honrar al filósofo y escritor mexicano de este nombre.

En la oportunidad, UNAPEC dijo sentirse “hondamente regocijada por el premio otorgado al Dr. Mariano Lebrón Saviñón”, de quien dice la institución que siempre le ha considerado no tanto en su condición de director de un importante departamento de la universidad, sino como “un excelente compañero de trabajo, como sus estudiantes le profesan un cariño y afecto inconmensurables”.

Con ocasión de serle otorgado este galardón por sus muchos merecimientos aquilatados en una extensa e intensa labor de preservación de lo hispánico, el egregio poeta dominicano pronunció el discurso que a continuación transcribimos:

Señoras y señores:

“Hay una isla deliciosa como una fruta fresca como el rocío, noble como una princesa, bella como una flor; hay una isla creada el séptimo día, después de terminado el mundo, sólo para embellecerlo y adornarlo, si ya no es una piedra preciosa caída de la corona de Dios, esta divinal perla que orgullosamente en su agitado pecho el mar ostenta; hay una isla abrigada como un nido, alta como una estrella, espléndida como un tesoro de los adorables; hay una isla encantadora, llena de luz y de armonía, beldad de la naturaleza, novia del cielo, cuyo dulce nombre no lo diré: callado queda, guardado lo llevo, oculto está, escrito en letras de oro aquí en mi corazón”.

De esa isla, cuyo nombre Américo Lugo, el escritor de péñola dorada, calla su nombre en la cita que traigo, yo vengo a este México señorial en busca del Premio Vasconcelos 1992, que el Frente de Afirmación Hispanista me otorga como un altísimo honor inesperado. Es mi Santo Domingo, amado, otrora La Española, nueva Delos que flotaba en el piélago abisal cual barco a la deriva, y que Dios detuvo en medio del mar para que fuese el corazón de las Antillas.

Tierra de gloriosas primacías, donde la reina taína Anacaona bordaba versos para los areítos, y donde en el siglo XVI, Leonor de Ovando y Cristóbal de Llerena escribían los primeros versos y entremeses del mundo hispanoamericano, en el más depurado español.

Vengo a este México —nuestro hermano mayor en las conquistas culturales— a donde hace nueve milenios —según favorable especulación— el hombre de Tepexplán, nómada, cazador y recolector, tras atravesar el estrecho de Behring, se asentó, probablemente en la cueva de Cozcatlán, donde reflejó su inexorable vocación rupestre. Y en las costas del Golfo de México, mucho después, comienza a florecer la alta cultura que nos presenta al primer humanista del continente: Netzahualcóyolt.

Ese maravilloso monarca de Tezcocó —Hammurabi de América con su crudelísimo código, y notorio urbaniza-

dor— fundó escuelas, universidades, liceos de música y dos academias históricas: una para poetas —que buena falta nos hace en nuestros días— y otra “presidida por Xochlquetzaltzin, hijo del rey, que congregaba astrólogos, historiadores y a los que tenían otras artes”. Además Nexahualcóyolt fue un gran guerrero conquistador y connotado cronista de sus hazañosas jornadas.

Pero, sobre todo y ante todo, este humanista Náhuatl fue poeta, posiblemente el más grande poeta del mundo precolombino, aun por encima del poeta maya Huetxoxingo, de corte árabe medieval, escéptico y sombrío; y aún más grande que Nonohuantzin. Para el templo de los sacrificios, recio y monumental, que él construyó, donde se acumulaban rimeros de corazones sangrantes, escribió, ya en altas horas de su edad, una elegía amarga, atisbando, con doloroso resabio, la destrucción del templo y de su mundo. Y elegíaco fue también el poema que escribió en 1460 a su primo, el rey de México, Moctezuma Ilhuicamina —para ser representado y bailado— cuando lo visitó en su lecho de muerte, y en el que hace elogios de la belleza de Tenochtitlán.

A ese México de Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés se enlaza el destino de mi patria, desde hora temprana de la conquista, cuando pasado su esplendor, La Española dependía de El Situado, es decir del dinero del erario de La Nueva España, con que solventaba sus necesidades; y un arzobispo, fray Agustín Dávila Padilla, nacido en México, fue el más ferviente defensor de nuestro arruinado patrimonio colonial en horas infaustas del siglo XVII.

En Santo Domingo penetraban, por los tiempos de mi lejana muchachez, los aires mexicanos plenos de viriles instancias —como nuestro merengue de entonces— y de románticas pasiones. Así eran conocidos como si fueran nuestros, Tata Nacho, Barcelata y Guti Cárdenas, quienes acompañaban a nuestros trovadores de la época a cantar su quejumbre de amor frente a la enrejada y florida ventana de la amada que hacía la oferta inútil de su boca, jugosa como fruta nectárea y roja como encendido clavel reventón. Era la época de la Ciudad Romántica, como se le llamó a mi

Santo Domingo cuando la ciudad se henchía de odoración guerrilleril y fragancias de amor.

Pero aunque en el intercambio nosotros hemos salido gananciosos, en gran medida hemos hecho también aportes generosos a la cultura y a la historia mexicanas, esencialmente con la presencia en su ámbito egregio de Pedro Henríquez Ureña, quien sentó cátedra de cultura y amor al lado de don José de Vasconcelos, su amigo y admirador, y su discípulo entrañable Alfonso Reyes, cuya fecunda amistad quedó plasmada en un magnífico epistolario. Su cenáculo lo integraban hombres de la alta calidad de su hermano Max Henríquez, Alfonso Gravioto, Jesús E. Valenzuela, director de la revista *Savia Moderna*; Antonio Caso, Rafael López, José de Vasconcelos, Eduardo Colin, Jesús T. Acevedo y Diego Rivera. Alfonso Reyes era considerado el benjamín del grupo.

Antes, en el siglo XVIII, las desventuradas contingencias que estremecían mi patria con las invasiones del Occidente de la isla, trae a este México a los hermanos Villaurrutia, uno de los cuales, Jacobo, llegó a ser en 1805 Alcalde del Crimen de la Real Audiencia Mexicana, fundador de Sociedad Económica, y con el mexicano Carlos Bustamante, de *El Diario de México*, el primer periódico de circulación diaria en América Hispana, que estuvo saliendo hasta 1817.

Ulteriormente, a mediados del siglo XIX, es el licenciado José Núñez de Cáceres quien, frustrada la independencia que quiso darle a su patria, se estableció aquí en Taumalipas, estado de Victoria, cuyo Congreso, en 1848, grabó su nombre con letras de oro por sus luchas en contra del coloso del Norte que enajenó territorios de su patria adoptiva.

Recuerdo ahora que fue un dominicano, don Delfín Madrigal, quien obtuvo para el gran héroe Benito Juárez el título de Benemérito de América.

Hoy me toca a mí recibir de mano de ese gran ensayista, don Fredo Arias de la Canal, presidente del Frente de Afir-mación Hispanista, el Premio Vasconcelos 1992, que se me

concede en este acto solemne. Si se me pregunta por qué a mí, precisamente a mí, se me confiere este homenaje que intelectuales con harto prestigio han recibido antes que yo, diría que los señores del Frente han querido premiar en un dominicano, toda una vida de angustias dedicada a la cultura y a la hispanidad.

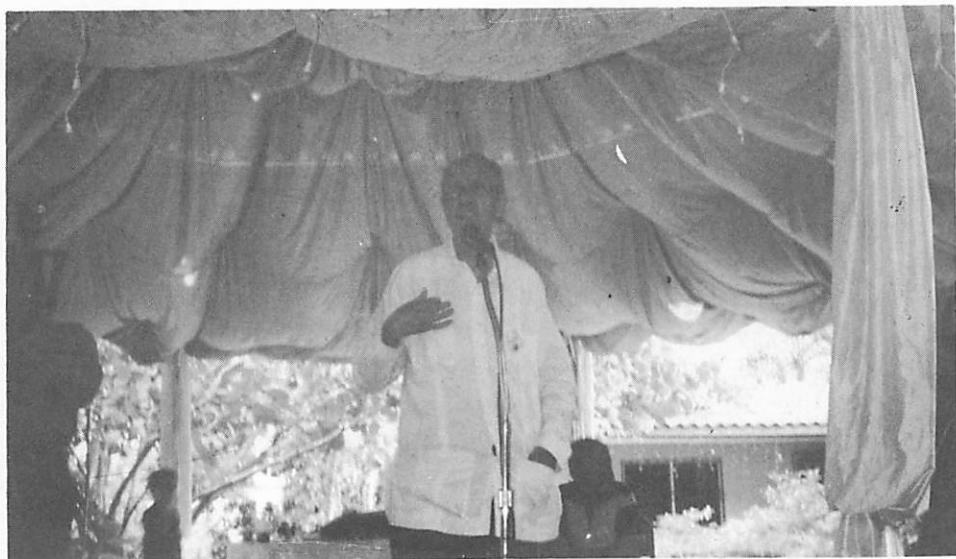
Como dice Pedro Henríquez Ureña: "cultura fundada en la tradición clásica no puede amar la estrechez". Creo, lo mismo que nuestro máximo humanista, que es la cultura y no la técnica —esto es, la máquina— la que salva a nuestros pueblos. Un exceso de tecnicismo —y ya se atisba en el horizonte incierto de la humanidad— habrá de llevarnos un día hacia un abismo secular. Y quizás, de tanto ascender, lleguemos, como los lobos, a la ancestral caverna milenaria. Estaremos de nuevo aterrorizados, bajo el cielo impasible, y desheredados de Dios como nuestro solariego abuelo cavernario en la infinita soledad sombría de la prehistoria.

Pero no. Mi país, parvo y pobre, naufragó, también en la catástrofe garrafal de los tiempos. Como un fénix, se eruirá, como tantas veces, de sus propios escombros indolentes, porque tiene inagotables reservas de amor. Yo tengo fe y, como Duarte, el impoluto apóstol de nuestras libertades, "la fe del centurión".

Y, sobre todo, creo en la vida y en sus momentáneos destellos de dicha.

Porque yo he sufrido también las contingencias dolorosas del vivir. Para ser dichosos necesitamos sufrir, como se necesita de la sombra para que irradie la luz.

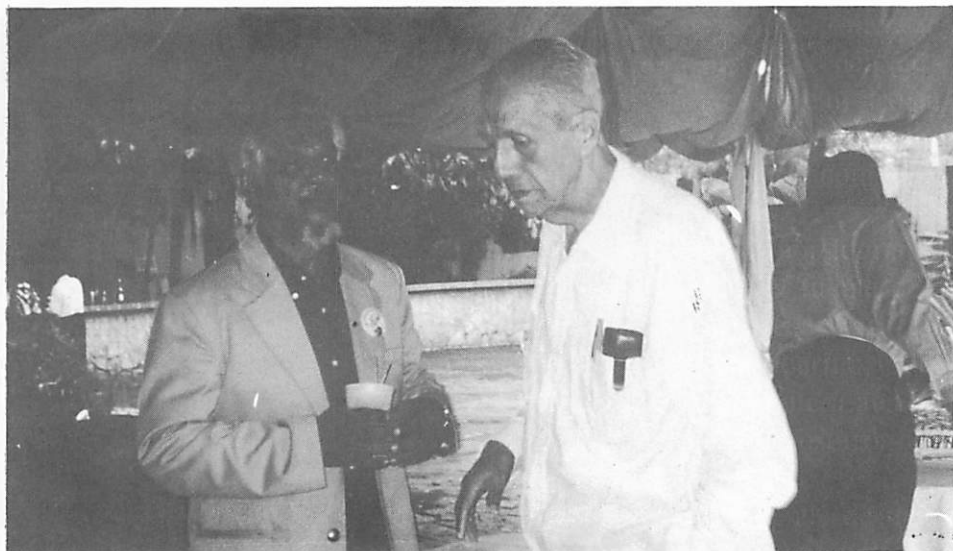
Hay un problema abisal que tiene que enfrentar el hombre a fuerza de perturbar su paraíso: el de la convivencia. Desde el momento en que tengo que incorporarme al ámbito social y, lo que es peor, compartir perspectivas de mi existir con los otros, y también las circunstancias de mi mundo, debo hacer, en mi alcázar violado, amable esta impuesta convivencia, y lo tengo que hacer a costa de mi yo. Porque no puedo parvularme en mi torre de marfil si no es a trueque de hacer estéril mi soledad.



Mientras hablaba en la celebración de su 80 cumpleaños.



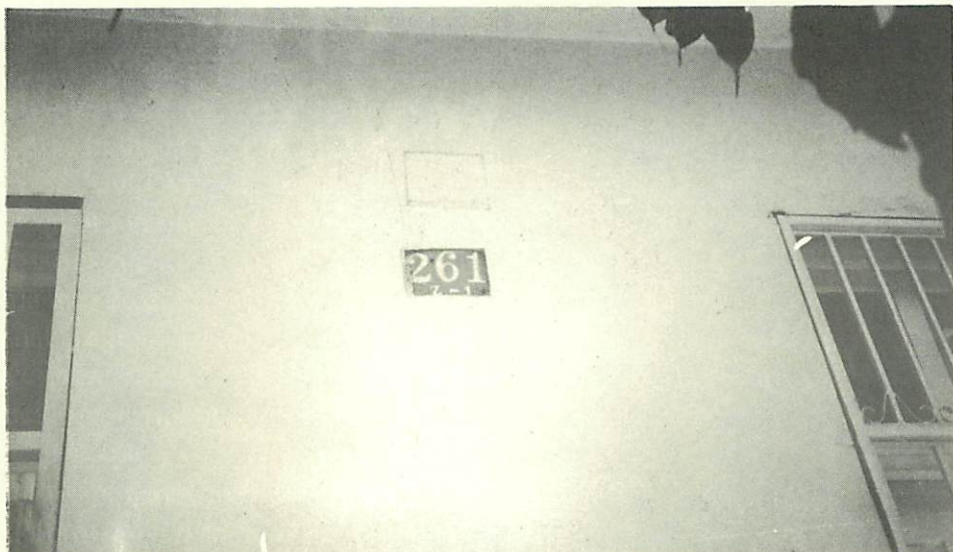
Su nieto Arturito, dedica a su abuelo un poema.



Con el psicólogo Fernando Martínez, ensayista, poeta y narrador, director del Departamento de Servicios Estudiantiles de la Universidad APEC.

Con su cálida y franca sonrisa, y haciendo gala de su gran elocuencia, el poeta se dirige a los asistentes al agasajo que le fuera ofrecido con motivo de su 80 aniversario.





Con el número 261 de la calle Estrelleta, en Ciudad Nueva, queda marcada para la historia la residencia de la familia Lebrón Saviñón, hoy hogar del poeta, su esposa e hijos.



Fachada de la casa de dos niveles donde vivió su infancia y aún narra sus vivencias el poeta Mariano Lebrón Saviñón.



Algunas de las estanterías en su hogar que resguardan libros de añejas vivencias del poeta.



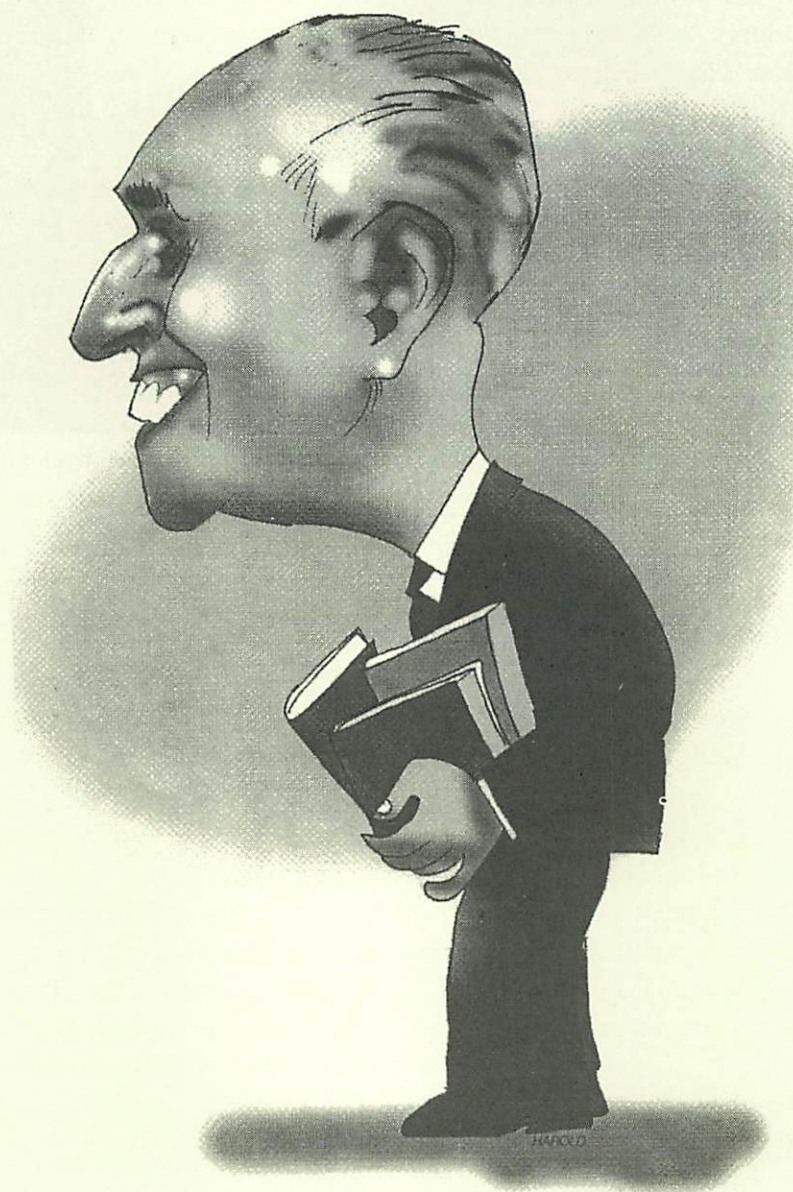
Pared de una de las estancias de lectura del poeta, en la que se observa parte de los innumerables reconocimientos recibidos por su vasta creación literaria y su humanismo de toda una vida.



Hojas verdes de una planta de los trinitarios, jazmín de malabar, que los trinitarios llamaban *filoria* y que se constituyó en símbolo patriótico de su lucha independentista, brotan en el patio de la casa del insigne poeta.



“Joel”, su fiel can, que ha andado sus pasos junto al poeta en un dilatado trecho de su existencia.



Don Mariano, conforme lo concibe el artista plástico Harold Priego.

El hombre solitario es un ser enfermo porque transgrede un instinto primordial. Para enriquecer mi vida y colmarla de experiencias, para henchirla de vivencias adorables, tengo que ocupar el hueco de mi soledad con las ternuras y los dolores, así como con los revuelos surgentes bajo el inquietante cielo de la organización gregaria.

La convivencia es así: Briareo que lanza sus brazos tentaculares para estrangular la quimera, y sucede que no son brazos en la experiencia cervantina, sino aspas de molinos manchegos que a golpe de muelas trituran la carne y mezclan la agria púrpura de la sangre con la sal del sudor.

A veces es necesario sustentar el mito para salvar la vida. Y más que nada, llenar nuestra boca, a la par con el candente rumor de los besos, con el frescor de las palabras amables, trasuntos de finezas y filigranadas cortesías.

¿Y por qué no perfumar la vida? ¿Qué tiene más la rosa que el hombre? Y ésta llena, con el sitibundo rumor del aroma, el ámbito pequeño de su mundo, desde el frágil pedestal erguido de su tallo. Y el agua simple y discurrente de las acequias limpias, improvisa canciones cuando los dedos del viento pulsan las cuerdas de arpa de su ondaje.

Puede concentrarse el Universo en una sola palabra de cuatro letras. Con efecto, cuando yo digo Dios, lleno con esta modulación de mi voz todo lo que hay en lo alto y en lo bajo y los soberbios espacios infinitos.

¡Qué mundo de vegetales encantos hay en la genuflexión de un junqueral que se inclina coqueteante a la serena insinuación del viento para retratarse en las aguas temblorosas! ¡Y en la nocturnidad del canto del ruiseñor, o en el alba sonora cuajada de rocío, con que rompe el cristal mañanero el canto de la alondra! Ya todo lo intuyó Juan Ramón Jiménez, el poeta de las fórmulas condensadas, cuando escuchó la remota canción de la golondrina. Dijo:

*La golondrina canta en la madrugada
(En su voz está el valle, el cielo azul, la brisa).*

O como dijo el filósofo: "Todo está en todo".

Hoy es un día, en mi dilatada vida, de notoria trascendencia. Recibo este premio Vasconcelos tan importante, sin soberbio orgullo, porque creo que se me ofrece por este caudal de amor con que he tratado de edificar en mi vida.

He querido arremolinar y hacer brillantes las hojas áureas de mi otoño y erguirme, con estimulante fervor desde el incomprendido malezal de mi tristeza. Hoy yo quiero que tremen en mí, con ímpetu arrollador, como el huracán que con manos de furia estremece los árboles, las fuerzas imponderables de la vida, que se presentan con vigor inesperado desde el fondo de mi corazón agradecido. Y evocar con las obras inmortales de los genios que conmovieron el mundo, esas fuerzas que me subyugan: la gloria del fuego del amor que vibra en los poemas musicales de Richard Strauss, tan ajenos a su primer pesimismo; el esplendor de lo grandioso atormentado que impuso Wagner en sus poderosas tempestades orquestadas, el canto de esperanzas y de vida con que el atormentado Beethoven cantó a la alegría en la dulzura inmortal de su Novena y la prédica de un evangelio de fe creadora y armonía serena que impuso desde el seno de su niebla melancólica Maurice Maeterlinck.

Hoy están conmigo Spencer, por un lado, y por el otro, Fouillé con un canto de optimismo y esperanza.

La vida no retrocede ni se estanca: avanza. Y es un drama esquiliano con su final perfecto, que es la muerte, es decir, el arribo del río discurriente al proceloso mar.

La carne deleznable desaparece, pero el alma se salva. Y mi alma está aquí y está allá: en el beso de mi amada, en la mano sarmentosa de mi madre, en los ojos expectantes de mis hijos y en las sonrisas angélicas de mis nietos. Mi alma está ahí, goteando hacia lo porvenir en el ánfora divinal de mis afectos: en mis amigos, y en los hijos, también, de mis amigos; en mi frágil manantial poético donde puse mucho de mí, y en la melodía sin par de mis canciones. En todo y hasta en este premio que el Frente de Afirmación Hispanista, a través de ese gran caballero, Arias de la Canal, me otorga, por mor del sándalo de amor que yo sembré.

El Premio Nacional de Literatura

Algo que parecía inconcebible e injusto era el hecho de que a don Mariano Lebrón Saviñón no se le hubiera otorgado el Premio Nacional de Literatura en el transcurso de una dilatada existencia dedicado al cultivo de las bellas letras.

Él reunía méritos más que suficientes para que se le hiciera este importante reconocimiento. Sin menospreciar a nadie, ese galardón fue concedido con antelación a valiosos literatos dominicanos que, a pesar de su indiscutible excelencia y la calidad de su obra, no habían rendido tantos servicios a la cultura nacional como el insigne poeta a quien dedicamos el presente libro.

Don Mariano, desde su temprana adolescencia, ha permanecido en una interminable brega de creación literaria y de activismo cultural que ha sido abundante en frutos incomparables, tanto en lo que se refiere a las composiciones poéticas que nos regala su exquisito estro romántico, como en lo concerniente a la labor de divulgación de la cultura, lo mismo que en su defensa ardorosa de los valores dominicanos y el cultivo del buen decir.

Poeta, en sus rasgos más prominentes, pero no por ello menores sus facetas de historiador, ensayista, filólogo, etnólogo, nadie ha merecido más que él este reconocimiento que le llegó a los 75 años de edad.

La periodista Renania Reyna publicó una reseña el 20 de febrero de 1999, en el diario El Nacional, en la que el laureado cantor y cultor de las bellas letras expresó sus

impresiones ante el hecho de que se le hubiera concedido el aludido premio. En el escrito en cuestión, nos describe la reacción de don Mariano.

“Al preguntarle cómo se sintió al obtener el Premio Nacional de Literatura otorgado por la Fundación Corripio el pasado 27 de enero, aseguró que ‘como es natural, me siento muy contento, porque el que está dedicado a la literatura, busca compensaciones en ella, sobre todo cuando es una cosa vocacional’.

“Agregó ‘aunque yo he recibido muchos premios, algunos de mucha importancia como el Vasconcelos, otorgado por el Frente de Afirmación Hispanista, de México, realmente yo creo, estoy seguro, de que el que más me ha conmovido es éste’”.

En la crónica periodística también se recoge una anécdota de cómo se enteró don Mariano de que se le había galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Al llegar a la sala de redacción de los periódicos nacionales una nota informativa de la Secretaría de Educación y la Fundación Corripio, comunicando la novedad, una reportera fue comisionada para que entrevistara al eximio literato.

Cuando estuvo frente a él, y sin ponerle en autos de lo que motivaba la entrevista, le pidió opinar acerca del Premio Nacional de Literatura.

La joven periodista quería que don Mariano emitiera sus juicios sobre el hecho de haber sido seleccionado para otorgársele el Premio, pero el presidente de la Academia Dominicana de la Lengua lo que infirió era que su interlocutora le pedía que opinara sobre dicho premio, en términos generales.

“Yo no quisiera hablar del premio”, le respondió, y al reparar la periodista el sentido en que él había interpretado la pregunta, le aclaró: “No, pero es que se lo han dado a usted”, ante lo cual el mostró su extrañeza y le dijo: “Pero, ¿cómo va a ser?” Y ella, viendo la cara de asombro del hombre de letras, le ratificó: “Sí, si es que al periódico llegó la noticia de que se lo acaban de otorgar”.

En ese instante, sonó el teléfono y cuando se colocó el auricular sobre la oreja, la llamada provenía de la Fundación Corripio, anunciando que se le había escogido como merecedor de la importante distinción.

Durante la entrevista señaló que la noticia del premio le producía una mescolanza de alegría y tristeza, porque ese mismo día se cumplía un mes de la muerte de su hermano mayor, “y él era uno de los que deseaba apasionadamente no morir sin ver que recibiera este premio”.

Aunque reza la expresión popular “más vale tarde que nunca”, asumimos que debió ser frustrante la inexplicable tardanza que se tuvo en la concesión de este merecido galardón. Debió él sentir una inefable sensación agrídulce por recibir el Premio, con todo lo que ello significa, y que se le concediera con tanta dilación.

A continuación transcribimos el discurso con el que agradeció el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura, la noche del 23 de febrero de 1999.

Cuando después de una resignada espera, el poeta andaluz de la Generación del 27 Luis Rosales, en la cátedra de la Universidad de Alcalá de Henares, recibió en 1982 el Premio Cervantes, inició su discurso con este párrafo inolvidable:

Lo dije muchas veces y lo repito: nadie merece un premio. En su sentido más profundo la creación es siempre colectiva. Por consiguiente, quien puede merecerlo es la generación a la que pertenece...

Y nosotros hoy, en este amplio escenario del Teatro Nacional, boato que derrama su esplendor de luces, hacemos nuestras sus palabras y, sobre todo, cuando añadió de seguida:

Al jurado y a ellos debo darles las gracias, y esto es un acto de reconocimiento, desde luego, pero también de restitución: pongo en sus manos lo que es suyo.

Hoy, cuando me toca en suerte recibir el Premio Nacional con el que mi patria galardona a sus grandes intelectuales, asido al ansión de mis vivencias, esto es, a la rama que-

brada de mis desgarrantes nostalgias, evoco conmovido, a aquellos de mi generación —y me refiero al grupo de La Poesía Sorprendida— que, como Antonio Fernández Spencer, habiéndolo ganado no lo recibió, y a otros que, definitivamente, no llegaron a él por una mala jugada de los hados: Franklin Mieses Burgos, Freddy Gatón Arce, Aída Cartagena Portalatín, Rafael Américo Henríquez...

Y pienso, también, en aquéllos que, hartos de méritos intelectuales y, sobre todo, con un acervo poderoso, lindero al humanismo, están a la espera de su hora.

El intelectual de hoy vive en continua guerra con la vida, en medio del menosprecio que habitualmente se tiene, en los tiempos que corren, para su quehacer creador, y de las cosas con que debe trajinar para su sobrevivencia.

Los hombres y mujeres que acervan conocimientos y tra-segian cultura, viven en continuas limitaciones agobiantes:

Los intelectuales de nuestro tiempo —apunta Julián Marías— *hacen demasiado cosas. Tienen cargos públicos, hacen vida social, presiden comisiones, hacen declaraciones a los periodistas, hablan por la radio, aparecen en la televisión, forman parte de innumerables asociaciones, intervienen en la política de su país y de los otros. Temo que les falta en muchos casos tiempo, más aún, calma para pensar.*

Pero más penosa, aún, es la otra guerra: la que conmueve con insólitos estremecimientos el concepto de la amable convivencia, esa fuerza vital de nuestra instintiva condición gregaria.

Es la queja que formula Pedro Henríquez Ureña en carta que enviara desde México a Alfonso Reyes, entonces en Madrid:

"La literatura aquí es guerra y yo no sé hacerla."

Nuestra preocupación, empero, en la tarde otoñal de la existencia, es sólo por el claro destino del hombre y su presencia en el ancho paisaje de la vida.

Luego del predominio de las culturas que Laín Entralgo llama arcaicas, en su mágica niebla fatalista y la avasallante gravitación de los dioses, como un milagro que Anatole France proclama con valoración oportuna, aparecieron en

el panorama histórico los griegos, quienes hicieron un descubrimiento trascendente: el hombre, el cual, consciente de su prepotencia, por las mismas lindes de la divinidad, se irguió según el concepto de Ilin, para ser como un Zeus de la tierra..., esto es, el gigante de la creación.

Desmayos de su fe, por una negativa imposición histórica —mediando el nebuloso medioevo— lo llevaron a desandar sus caminos y volver al concepto de su pequeñez, con su deleznable naturaleza mortal. Se impuso una necesidad de sufrimientos y renunciaciones —en mísera vida solariega— con el objeto de alcanzar el cielo.

Estar de espaldas a la Hélade fue su pecado.

Necesitó del huracán de luz del Renacimiento y la nostalgia colosal del Ática olvidada, para que el hombre tornara a la conciencia de sus posibilidades ecuménicas.

Y ahora, en este siglo XX que se extingue, un coloso del pensamiento, Wilhelm Dilthey, con su filosofía vital, que encuentra refrescante refacción en el límpido espejo ortegueano, redescubre al hombre con su tremenda fuerza creadora, ágil de catastróficas instancias.

Podríamos decir que la filosofía vital es la filosofía de la conciencia histórica.

La visión de la historia, sin embargo, no es algo alentador sino “un inmenso campo en ruinas”.

No siempre ha sido así. La historia ha tenido sus períodos clásicos esplendentes. El presente debería ser una oportuna corrección o rectificación de pasados errores.

Y, entonces, surge una pregunta que se estremera como un angustiado naufrago en el atolón de la duda:

¿Tiene la vida sentido y el hombre destino?

Esta interrogante, que alude al problema de la inexorabilidad planteado por Maurice Blondel, constituye el dilema que estremera con acuciantes urgencias nuestra conciencia atribulada: el hombre viene al mundo sin poner en este acto voluntad; actúa sin saber de la acción: vive sin que de él procediera el aliento vital y sin saber, en últimas instancias, quién es.

No puede, aunque quiera, conquistar la nada y, aunque no lo quiera, aunque su voluntad ponga muy poco en ello,

está condenado a vivir, a morir con despierto o dormido anhelo de eternidad.

¡La eternidad! He ahí el anhelo, que tanto preocupó a Unamuno, el vasco genial, para quien la cuestión era la inmortalidad del hombre concreto, del hombre material, el hombre que vive y muere y no quiere morir del todo.

Y con esas dudas y esperanzas que centran “El sentimiento trágico de la vida”, debe nacer, medrar y dar flores eternas, el árbol del amor, que es el gigante rosado de Mira y López, tal como lo concibe en “Los cuatro gigantes del alma”.

La República Dominicana, mi patria, es un vivero de intelectuales egregios, muchos de ellos insólitamente generosos, con la figura de Pedro Henríquez Ureña, hombre de una humildad casi nazarena, a quien el consenso considera señera representación del humanismo hispanoamericano.

El humanismo, que siendo refacción y esplendor del Renacimiento, cuyo hontanal es acervo de nuestras linfas culturales, se remonta a la aurora esplendente de “aquellos heroísmos muertos de que están empedrados los caminos de nuestra vida civilizada”. Y nos estamos asomando al alma diáfana y profunda del helenismo que irradió como un milagro histórico en el marco luminoso del mundo mágico. Bajo esta consigna —ya lo dijimos— llegamos siempre al hombre, esa criatura de *“corta vida que, como dice Homero, se alimenta de pan”*.

Vale este esfuerzo intelectual de mi patria para exaltar la cultura, pues, como dice José Manuel Rivas Sacconi:

“...en un mundo sitiado por la barbarie y agobiado por la angustia existencial, la cultura es la necesidad más urgente, y los estudios humanos han de cumplir una misión eminentemente regeneradora y civilizadora”.

Y la cultura humanista se apoya en el amor.

El amor, según Agatón en el Simposio platónico, “es lo que da la paz a los hombres, la calma al mar, el silencio a los vientos y un lecho de sueño al dolor.”

Para Sócrates no hay amor a lo feo: el amor se recrea en la belleza. Y la belleza es, en última instancia, nostalgia de la presencia de Dios.

No puede haber amor cuando se odia o se siente la pÉrfida mordedura del áspid de los rencores, mantenido en conserva, o el súbito zurriagazo de la envidia.

Un neoplatónico lusitano, el judío lisboeta León Hebreo, en su metafísica del amor, se refiere a la belleza con estos términos: “es la gracia formal que deleita y mueve a amar a quien la comprende”. De modo que, en su concepción platónica, de tal manera motoriza la belleza el sentimiento amoroso, que le es dable afirmar que sin aquélla, ésta no existiera.

Por eso muchos se refugian en la soledad y en ella se recrean, no por aquello de “me paseo entre la gente como entre los árboles”, sino porque en el atuendo angustiante de la convivencia se establecen los “grupúsculos” —como lo llama Terence Moix en su novela *Leonard o el sexo de los ángeles*— que constituyen las “capillitas”, donde se decapitan reputaciones y se extinguen los anhelos.

Abominemos del alfanje que la crítica esgrime con saña cruel, con fuerza inexorable. Toda obra horra de amor es detestable.

En *Cartas a un joven poeta*, Rainer María Rilke señala con honda sabiduría: “Nada hay peor que la crítica para abordar las obras de arte. Únicamente el amor puede captarlas y ser justo con ellas”.

Y es que, como dice Paramahansa Yogananda, místico hindú: “Hay personas que tratan de ser altas cortando las cabezas de los demás”.

Hay quienes creen que lo importante es vociferar: levantar la voz y entorpecer los argumentos del otro. A veces los gozques atemorizan con la pertinacia de sus necios ladridos.

Así, cuando don Quijote velaba sus armas en la posada de puerto Lápice, amenazó con iracundia tal a los arrieros que iban a abrevar sus recuas, que puso gran temor en sus ánimas, con lo que logró alejarlos.

Por eso, para muchos, el mejor argumento es la palabra airada y descompuesta, pero dicha con recia indignación colérica. “Señor —decía un contertulio en una discusión,

según nos cuenta Oscar Wilde— usted refuerza con la voz, cuando debe reforzar los argumentos”.

Y es lo que necesitamos, argumentos, razones que sean verdades, y consuelo...

Conceptos y comprensión en la turbidez de los tiempos que vivimos.

Y para eso hay que extravolcar nuestras íntimas convicciones generosamente.

Y una vez más don Miguel de Unamuno nos auxilia:

“He conocido —dice— a un hombre de ciencia, pero de verdadera ciencia, un especialista de positivo y reconocido mérito en la materia a que se dedicaba, que ocultaba muchas de sus íntimas creencias por temor de caer en el descrédito y hasta en el desprecio de sus compañeros de profesión. Sufría la terrible imposición de la sequedad espiritual”.

Los tiempos son mezquinos, porque falta la pasión. Cuando el pensamiento se hace glacial y el sentimiento se congela, el hombre marcha hacia un naufragio: se estratifica el amor y la pávida ardentía del alma tórnase en pavesas. Se cae, entonces, en la grotesca robotización, y en la deshumanización, que es nuestro pecado de hoy.

Hoy se propugna la vuelta al mundo natural del instinto y renunciamos a la divinidad.

Pero nosotros, a través del legado humanístico elevamos un canto a la vida —siempre a la vida— y una mirada con la célica luz de la esperanza, con todas las instancias de la fe. Y le cantamos al amor en sus adorables esencias divinales, que nada tienen que ver con Eros y sus traviesas saetas — que tantas veces nos han herido— sino con ese sentimiento universal y eterno, encendido y sagrado, que es la parte espiritual de nuestra vida: la comunión hierática con Dios.

(Palabras leídas en la entrega del Premio Nacional de Literatura 1999. Acto celebrado en el Teatro Nacional el 23 de febrero del mismo año.)

Un merecido lauro académico

Uno de los momentos más gratos y emotivos para el doctor Lebrón Saviñón fue la ceremonia en que la Universidad APEC le investió con el título de Doctor Honoris Causa, la cual tuvo lugar en fecha 28 de enero de 1998.

Durante el acto de investidura, el Rector Magnífico de la casa de altos estudios, doctor Franklyn Holguín Haché, pronunció un discurso ponderando la figura de Lebrón Saviñón y los muchos méritos por los cuales le conferían la extraordinaria distinción. Más abajo se transcribe un extracto de la pieza oratoria pronunciada por la más alta autoridad de UNAPEC, y a seguidas el discurso con que el insigne poeta expresó su gratitud por el honor que le fuera conferido.

(Palabras pronunciadas por el rector de UNAPEC, doctor Franklyn Holguín Haché, con motivo de la investidura como Doctor Honoris Causa del poeta Mariano Lebrón Saviñón.)

Esta ceremonia, que la Universidad APEC celebra con parquedad, es fundamentalmente simbólica, no porque es honorario el título otorgado, sino porque es ocasión para exaltar conductas. Se exalta para incentivar la imitación. Se honra para poner en alto e irradiar la luz que alcance a alumbrar a la comunidad universitaria.

Durante mis largos años en UNAPEC, he disfrutado de innumerables satisfacciones espirituales. He visto crecer a los estudiantes en conocimientos, he percibido la fuerza ins-

titucional de la academia, he sentido el orgullo de los egresados por sus éxitos, pero hoy, lo que siento es veneración.

Veneración, porque en la época presente, cuando la inmoralidad gravita sobre el mundo, cuando los sentimientos más firmes se rinden ante el dinero, cuando el miedo engendra en los corazones la maldad, la mentira, la ingratitud, estamos festejando la apoteosis de un hombre ilustre como es don Mariano Lebrón Saviñón, quien escribió sus primeros versos a los 13 años y sus primeros ensayos a los 14.

Además, nuestro homenajeador ha desarrollado la función del artista en su inserción en lo humano para provocar la belleza, muy útil para la estabilidad y el mejoramiento de la cultura y para complemento del hombre individual en su naturaleza íntegra. Ha gritado por las bellas artes como fuente de conocimiento creador, como venero de satisfacciones espirituales. Ha invertido en ella y la ha valorado en su dimensión humana. Aquí, él ha sido un hombre de dos aspectos fundamentales: ha mirado la tierra como dispensadora de toda clase de bienes materiales, y también ha dirigido la vista hacia el espíritu.

Siento veneración porque don Mariano Lebrón Saviñón es en nuestras aulas un docente admirable. Es modelo permanente de lo que la Universidad espera de sus docentes. Como maestro, su sencillez va unida a su modestia, y en las dos, encontramos la conjugación a sus deberes profesionales. En su afán de enseñar, muestra la abnegación y el sacrificio, elevando la función del docente a la altura de un verdadero apostolado. Pensar en don Mariano como maestro, es desacostumbrar a mirar el maestro con conmiseración y ofrecerle las consideraciones de benevolencia a que es acreedor. Es un trabajador silencioso, no es un artífice de la grandeza común, como aquellos que pululan galanteando la historia, y que atraen hacia sí la admiración y el aplauso del momento. Él pertenece al imperio de las causas morales, que se impone a despecho de todo, y que tarde o temprano, restablece el equilibrio de las compensaciones. Como maestro ha sido una de las figuras sobresalientes de la patria.

Mariano Lebrón ha sido un padre de bondad y un esposo de amor sincero. Como hombre, lo retrata la nobleza y las grandes reservas morales que las considera superiores a la violencia. Prefiere ser engañado y traicionado que mostrar desconfianza o suspicacia. Señala que la reconciliación personal es el camino de la paz. Es un hombre fiel a Dios, y con su bondad ablanda los corazones más duros. Todos tenemos en él a un amigo entrañable.

El Claustro de UNAPEC, la Universidad, al entregar este Doctorado Honoris Causa, hace justicia, y sobre todo, siente haber dictado una cátedra de civismo, de patriotismo, de moralidad, de solidaridad, de amistad, de lealtad y decencia. Hemos asistido a la apoteosis de una idea y a la exaltación de un hombre singular, que se ha hecho digno, por sus ejecutorias, de la eterna mirada de Dios, y considero que lo que este acto debe enseñar a las generaciones presentes y futuras, no es la conquista de la fortuna, ni la conquista de la gloria, es algo más hermoso todavía, la conquista de Dios, la única piedra sobre la cual puede descansar el honor del hombre y la única a cuyos pies siempre están convertidas en pavesas las soberbias humanas.

Don Mariano Lebrón Saviñón, con veneración, le impondré las insignias académicas y sólo pido "que los luceros que arden en sus pupilas y resplandecen en el firmamento, su ejemplo brille siempre sobre los horizontes de la patria, para que no peligre el porvenir y para que en el corazón de cada uno de nosotros se renueve en cada amanecer la promesa de Dios, en la dicha del amor y en la inagotable dulzura de la esperanza".

(Discurso de don Mariano Lebrón Saviñón, al agradecer a la Universidad APEC por haberle conferido el título de Doctor Honoris Causa de ese centro de estudios superiores.)

Como un rito conmovedor de mi vida —cuando el otoño va dejando en rezago sus amarillas fragancias y vaga mi alma enternecida de amistad en el ansión de las ternuras— acepto esta profunda prueba de amistad. ¡Oh, los manes gloriosos de los dioses, que la gente de mi Universidad APEC (UNAPEC) me hace, al otorgarme este título de Doctor Honoris Causa que colma mis anhelos en este atormentado tiempo en la tierra.

En la Biblia profunda de mi alma, en la que los versículos saltan atormentados con extraño rumor de dudas y agrias odoraciones de escepticismos, salvo en aquellas instancias en que el Jhavé habla con la sonante dulcedumbre de su infinita bondad, se abre el capítulo estremeciente de una nueva ruta hacia la eternidad que sueño. En ella he aprendido que, aunque treme en mi conciencia la desesperanza que se hace permanente en la ilusión de mi deleznable naturaleza, hay una voz divina, omnisciente y omnipresente, que me señala a la distancia, el astro secular de mi destino.

Y atisbo ya el fulgor de su irradiación divina que me conduzca como el polvillo de oro que traza una escala hasta el sol.

Yo tengo un gran orgullo de ser parte viviente de la rica intelectualidad dominicana, increíble y casi insólita función creadora, donde crear es agobiante ejercicio y triunfar una lucha tenaz contra ancestrales prejuicios. Pero nunca pensamos que cuando aludimos a un Manuel Rueda, paradigmático en muchos aspectos de la cultura, o un Manuel del Cabral, se estima que ellos —ni lo quiera Dios— han llegado a la culminación de una creación definitiva. Porque, como dijera Jorge Luis Borges, Premio Nóbel que nunca

fue premiado, en su monumental ensayo sobre “Las Versiones Homéricas”, que integró luego el acervo de su volumen “Discusión”:

“El concepto de textos definitivos no corresponde sino a la religión o al cansancio.”

Y el cansancio espiritual, pese a las oscuras contingencias de la época, no bate aún su ala oscura sobre la cabeza de la erguida intelectualidad dominicana, creadora, orgullosa y plena.

Los días que corren son calamitosos. Todos estamos contestes en ello. A la misma puerta del siglo XXI, nos enfrentamos a una crisis que repercute en la enseñanza superior y estremece la Universidad desde sus propios cimientos. Sin embargo, los hombres auténticos se aprestan para una lucha en la búsqueda de soluciones que nos lleven, aún por aguas borrascosas, al puerto de la esperanza.

Las autoridades de UNAPEC, que se yerguen austeras y ufanas como hontanal inspirador de grandeza, y cuyas aguas colman ambiciones y esperanzas, han impreso, desde su aparición al orbe educacional —hace treinta y dos años— a su ámbito, inquieto dinamismo de orgullosas contingencias en su noble quehacer. Y cónsona con la filosofía que la norma, realiza una apertura hacia las disciplinas del humanismo en el amplio concepto helénico.

Las universidades, desde que brotaron del vientre fecundo de la Escuela de Salerno, surgida en el camino que va desde el Monte Casino hasta el Oriente, donde los árabes habrían despertado de su letargo la cultura humanística que parecía naufragar en las compactas nieblas medievales, surgieron estáticas y claustrales —con sus solemnes investiduras rectorales— hasta el momento en que en el horizonte de la historia emergió el sol radiante del Renacimiento, cuyos rayos llegaron tempranamente a nuestra patria a través del humanista Alejandro Geraldini, y fueron a iluminar nuestra Universidad de Santo Tomás de Aquino, con su “Trivium” y su “Cuadrivium”.

Por eso, la Universidad APEC no se introvierte, sino que se vuelca hacia el exterior plena de ese afán cultural que debe ser meta de este mundo tan convulso.

La universidad dominicana languideció cuando se estragaron los estudios de filosofía que Pedro Henríquez Ureña propugnó en la década del 30. Luego, nuestra pobre cultura se resintió en el lapso de tres décadas, porque entonces vivimos la triste experiencia de una clase intelectual provinciana. A fuerza de no tirar la vista más allá de sus límites imprecisos de nuestra nacionalidad por el seudotemor a contaminaciones doctrinarias, que la fobia figuró monstruosas, nuestra cultura libresca se resentía. Fuimos prácticamente autodidactas. Se leía lo que nos dejaban leer. La censura lo cerraba todo. Los que, para extender los límites de los conocimientos pasaron por encima de la censura, lo hicieron con peligro de su vida.

Era casi un pecado universalizarse e hicimos de nuestro republicanismo literario una tonta parlería que se nos antojaba excepcional.

Esa era la realidad que se vivía. "Esto es lo idóneo", se nos decía ante el ilusorio brillo de una estrella en la mano, mientras arriba, en la célica extensión ardían las constelaciones. No es un tonto decir: demasiado recientes se vivieron estas realidades que no podemos olvidar. ¡Cuántas veces se humilló la frente en la grotesca reverencia a una ignara majestad!

Empero, dejemos que se consuma ese pasado en la llama de un forzoso olvido para construir con la cal y los cantos del amor y de la dignidad, los nuevos edificios de la Universidad hogaño. Y condenemos a perenne ostracismo el silencio. No existe el silencio absoluto en el seno de la vida. El silencio de la meditación llena nuestras perfecciones con los pequeños ruidos que acervan el atuendo nocturno del bosque: el ululante ladrido de los canes que hinchán la lejanía con su acoso lunar; el apagado cristalino rumor de las acequias; el monótono grillar de las malezas y, de cuando en cuando, el imperceptible arrastre de los dorados alhumajos por los saurios insomnes. De igual manera bro-

tan de la profunda espelunca de la conciencia, no tan silente, el eco de las voces que nos atosigan en la nocturnidad de nuestra pasada etapa abisal que creíamos inacabable.

Hoy, cuando emocionado casi hasta las lindes de las lágrimas recibo este homenaje de mi Universidad APEC, ¿qué puedo decir de mí? Muy poco. Pero me es forzoso hablar, pese al temor de romper el límpido cristal de mis vivencias y exponer la bien cuidada imagen de mi intimismo. Y es el amor, amor triunfante que, como dice Agatón, contertulio del Simposio del Divino Platón, es lo que da paz a los hombres, calma al mar, silencio a los vientos y un lecho de sueños al dolor.

Y como dice Sócrates: "Amor es recrearse en la belleza", y es bella mi vida en la realidad de momentos como éste y lo es en el atroso evocar de los recuerdos. Sólo debo hablar de mis luchas, de mis angustias creadoras, de mis ansias de llegar. Fueron mis ambiciones, como las del afanoso abeja que expresa su alegría zumbante bajo el sol, mientras la noble miel, con afán maternal, esponja sus hibleos dulzores en la plástica cera del panal.

Y vienen, como agua naciente de montanares risueños, los recuerdos:

En la esplendente nocturnidad del cielo, que en la Ciudad Romántica gravitaba su fantástico semillero de luz bajo el redondo fanal de plata rielante del mar, soñábamos paraísos increíbles Domingo Moreno Jimenes, Alberto Baeza Flores y yo. Dialogábamos, ebrios de soledades nacientes, poesía celeste para una eternidad de eternidades.

En este deslumbrón de amor, otro recuerdo: El del callado caserón solariego donde yacen los recuerdos que vienen hoy a mí como metáforas misteriosas:

*Y vi la casa aquella,
La casona sencilla
Donde soñé, tremante de canciones
La canción de mi vida.*

Es el otoño que deja atrás el ocre falso de sus hojas muertas para dar paso a la nieve invernal. Pero yo amo también la nieve fría que ahora luzco en mis sienes como en mi corazón.

Y es ahora, en el otoño de mi vida, cuando viene este homenaje, este Doctorado Honoris Causa, que me conmueve y me conmina a seguir con ansiedad acuciante, ávido de luz, como Goethe en su agonía, en el mar amoroso de los libros.

Los libros son alimentos del alma, confidentes amables y refacción de mágicas conquistas.

Hay temas entrañables que nos apasionan y pasan a ser deleite de la vigilia y hasta nos llevan a un insomnio deleitoso; hay autores zahoríes en la exposición. Yo no quiero encuadrarme en este calificativo que rezago, porque sé, con mi Gustavo Adolfo Bécquer, que la poesía es, en esencia, "perfección imposible", y el poeta en la alta concepción juanramoniana, "el creador oculto de un astro no aplaudido".

Yo debo confesar que soy un apasionado de la cultura de mi patria. Si ha habido miopía para ver en el fondo de las primacías que nuestro destino histórico nos ofertara, nuestras grandezas y el acervo cultural que soslayamos con desilusionante desdén, es secular herencia que nos viene de un pasado brumoso, propio de la España conquistadora, y que se arrastra por nuestra sangre como los cantos rodados por los ríos. En 1916, Alfonso Reyes, egregio mexicano a la sazón en Madrid, le escribía a nuestro Pedro Henríquez Ureña, quien residía en México:

"El patriotismo español consiste en declarar malo todo lo español".

Opino, como el crítico hispano José Ramón Encinar, que es un hecho incontrovertible que tanto la música como la literatura y las artes plásticas interesan, por su valor específico, a una minoría (y tiene que ser así) de nuestra población, de los cuales unos pocos son seguidores del arte actual.

"Hoy día no hay gente culta, sino que la cultura se ha degradado para ponerla al alcance de un mayor número de

personas, pero la vulgaridad impera en nuestra vida cotidiana y lo hace con una presión insoslayable”.

Empero, en toda obra perdurable, en toda obra grandiosa, trema y palpita un sentimiento romántico. El romanticismo se impone sobre el pensamiento indiscriminado de lo racional “para abrirse a aspectos irracionales de la existencia humana: la pasión, el sentimiento, la imaginación, el misterio, la emoción, la tradición, la historia, la religión”.

Esto es, le impresionan los valores de la nacionalidad, el sentimiento patriótico, la búsqueda de su identidad, su condición de hombre.

“...De aquí —afirma José Luis Abellán— que el romanticismo provoque el grito apasionado del yo, el triunfo del espíritu individualista y de una libertad radical que favorece el desarrollo de ese individualismo”

La naturaleza y el arte suelen consonarse. Ni Picasso, con la fuerza sugerente de sus creaciones abstractas, ni Braque en la concepción fascinante de su cubismo han podido reproducir la perfección pictórica, magia de aparente absurdidad cromática, del ala de una mariposa o una brizna de la gleba bajo la lente transformadora del ultramicroscopio. Y cuando Pitágoras quería poner un alto al afanoso trajinar hierático de su escuela en Crotona, se sumergía, con rara delectación, en la hontana de los números.

Hay un mundo imaginativo: mientras más revolucionario, más absurdo se antoja el arte. Y entonces no nos sorprendemos del orbe onírico de Dalí: teléfonos que se derriban como bombones bajo el sol, ejércitos de hormigas que lamen la sangre del caído, como si fuera un río de miel y estatuas que se contorsionan en mitad del desierto, con angustia de mármoles parleros. Pues bien, yo he visto, en el ámbito de mis sueños, seres etéreos como bloques de hielo, espejeantes sobre nuestra testa. Y esas imágenes son verdaderas en el mundo sub-real de la conciencia.

La ciencia, como el arte, abre un portalón a lo terrible, y ya lo dijo Rilke:

“Lo bello no es más que el primer eslabón de lo terrible.”

Y es angustiante, y es doloroso y experiencia sempiternamente frustrante este deambular por los cármenes del sueño. Porque, apunta la conseja: “Soñar no cuesta nada”. Y sí cuesta: cuesta dormir liberando los fantasmas de la subconsciencia; cuesta, la forja inquietante de los ensueños y traerlos al ámbito de nuestra vida, y cuesta, también, el no siempre feliz regreso a la vigilia.

La ciencia no marcha separada de la vida. El hombre, y sobre todo el médico que trajina con el dolor y lucha con la muerte, tiene, naturalmente, su alma abierta a la belleza.

Axel Munthe, el médico sueco de “El libro de Saint Michael”, nos dice:

“Un hombre puede soportar una porción de cosas mientras se soporta a sí mismo. Puede vivir sin esperanzas, y hasta sin amigos, sin libros, hasta sin música, con tal de que sea capaz de escuchar sus propios pensamientos, el canto de los pájaros delante de su ventana y las voces del mar en la lejanía...”

El siglo XX que agoniza, en el que he podido vivir los setenta y cinco —casi setenta y seis— años de mi vida y hacer una obra aceptable, a pesar del pesado materialismo y del tecnicismo profundo que deshumanizan al científico y de las contingencias que arropan la humanidad contempla el desfile de poetas, escritores y científicos que siguen propugnando la dignidad humana.

Los humanistas del “cinquecento” aspiraban a la dignidad, a la medida.

“Por haber descuidado el estudio de las humanidades —dice el gran médico canadiense Osler en sus *Aguanimitas*— la profesión de médico ha perdido una cualidad preciosa”.

La claridad del alma sólo se obtiene colmándola de cosas bellas, de acervos entrañables; no de cosas pesadas, sino livianas, como el tembloroso fulgor de una estrella. Así podemos los médicos que hacemos de nuestra profesión mensajes de adorables jirones de divinidad, atemperar las angustias de las almas atormentadas, aunque sea con discurs-

sos bellos, como decía Sócrates en "Parménides", de Platón: Arrancar de los ojos entenebrecidos las huellas de las tormentas silentes y agobiadoras, borrar de las cunvalaciones del cerebro una tara hondamente arraigada.

Petrarca, el poeta toscano, que anunció el Renacimiento con sus endecasílabos, expresaba con estas palabras el sentimiento humanístico:

"Si nuestras pasiones no son, ante todo, algo que suena armoniosamente, también habrá disonancias en nuestro ánimo y en la palabra, pues un alma bien formada, aun cuando no sea experta en el arte de la retórica, pronunciará siempre palabras claras, dignas y mesurables".

El médico de hoy —perdóneseme este desfogue, pues, después de todo, yo soy médico— deberá tornar, para refrescar su conciencia, a los cánones eternos de la doctrina hipocrática.

Hipócrates, y no Galeno, regirá su vida y aligerará la pesada carga del pasado tecnicismo que la agobia.

Porque, en última instancia, con lo que debe luchar el médico no es con la vida —que ya de por sí abrumba— sino con la muerte, que es el perfecto final de esta tragedia que es nuestro existir. La muerte, ese no ser que tanto angustiaba a Unamuno, porque vivía inmerso en el sentimiento trágico de la vida, es ese caer hacia un abismo de eternidades, de sombras arcanas y remotas, esa noción de nuestra deleznable naturaleza putrescente, ese paraíso perdido tan lúgubre y desejeante.

Porque el hombre nace para emprender una muy corta caminata, no hacia la vida, sino hacia la muerte.

Por eso quiero concluir con la evocación del Dr. Rieux, personaje de la novela "La Peste", de Albert Camus, quien al enterarse, mientras luchaba con tranquilo estoicismo y mórbida fatiga con los enfermos de la peste, de la muerte de su esposa, se quedó en su puesto de lucha, porque afirmaba que los enfermos "no tienen vacaciones". No, no tienen vacaciones los enfermos, ni los médicos tampoco. Y hay que permanecer siempre alerta, porque el bacilo de la muerte no muere jamás".

Un homenaje revestido de significaciones muy especiales

El 9 de octubre de 2002, la Secretaría de Estado de Cultura, la Universidad APEC, la Biblioteca Nacional, varias entidades culturales, literatos y personalidades consagradas a la labor cultural, organizaron una jornada de celebraciones en honor de don Mariano Lebrón Saviñón, con ocasión de la octagésima fecha natalicia del poeta, y reconociendo su más de 13 lustros dedicado a la creación literaria, a la ciencia y a la difusión de la cultura.

La jornada contó con la participación del secretario de Estado de Cultura, licenciado Tony Raful, el también poeta Andrés L. Mateo, subsecretario de la misma cartera, el licenciado Dennis R. Simó, Rector de UNAPEC y el eximio literato dominicano Víctor Villegas, entre otros.

Fue este un emotivo reconocimiento al laureado poeta nuestro, que le fuera rendido por personas provenientes de los más variados estamentos de la sociedad dominicana, entre ellos centenares de jóvenes estudiantes secundarios y universitarios, quienes se dieron cita desde las nueve de la mañana hasta las 9:00 de la noche para rendir tributo de admiración a don Mariano.

Más abajo reproducimos cuatro de las intervenciones que tuvieron lugar durante el día de homenaje a don Mariano. La primera que insertamos es el discurso que en la oportunidad pronunciara el secretario de Estado de Cultura, licenciado Tony Raful, pieza que reproducimos a continuación.

Palabras del Secretario de Estado de Cultura en el homenaje al doctor Mariano Lebrón Saviñón, al cumplir 80 años de fructífera vida

La historia de la cultura dominicana abarca las más diversas expresiones a través de sus grandes creadores como de la cotidianidad permanente, perfilando lo que es hoy, nuestra identidad nacional.

De los grandes maestros de nuestra cultura se destaca en forma esplendente en la actualidad la figura del doctor Mariano Lebrón Saviñón.

De las múltiples facetas que adornan su vida ejemplar, quiero destacar las siguientes:

El Poeta

Desde muy joven Mariano Lebrón Saviñón se dedicó a escribir una parte de los más hermosos textos de la poesía dominicana, siendo uno de los Codirectores del Movimiento de Poesía Sorprendida, considerado una de las etapas más luminosas de la poesía dominicana.

Junto a Alberto Baeza Flores y Domingo Moreno Jimenes publicó los *Triálogos* y es como señala otro de los grandes escritores de La Poesía Sorprendida, Manuel Rueda: "Es en el primero de dichos folletos, donde aparecen como pie de imprenta, el nombre de Poesía Sorprendida, este calificativo, iluminador de una condición poética renovadora y que estaba llamado a perpetuarse en las letras nacionales, es feliz hallazgo de Mariano Lebrón Saviñón".

Su obra poética incluida en su mayor parte en el libro *Tiempo en la Tierra* recoge los más significativos aportes de la tradición poética dándole un sello personal donde lo clásico toma su auténtico nombre por encima del tiempo y las escuelas.

El Investigador.

El proceso cultural dominicano tiene en su obra *Historia de la Cultura Dominicana* en cinco (5) volúmenes, un contenido de indiscutible valor. Yo diría que es parte importante de nuestra historia cultural, a través de la cual deben abreviar las nuevas generaciones, a veces tan alejadas de los prolegómenos de nuestra cultura.

El Humanista

Superados los esquemas de una modernidad, que a veces fragmenta el conocimiento, don Mariano Lebrón Saviñón conjuga el discernimiento de las ciencias médicas con los más variados conocimientos sobre cultura griega, latina, española, francesa, acercándose a lo que sería un hombre del Renacimiento, cuyos saberes compendaban las más diversas disciplinas, no para regodearse de tanto aprendizaje, sino como maestro que transmite su sapiencia a las generaciones contemporáneas, y a los que transmitirán su herencia a través del tiempo.

El Maestro

Durante toda su vida, la escuela, la universidad, los círculos literarios y su casa han servido como escenarios para que miles de dominicanos aumenten sus conocimientos y se orienten por la virtud del aprendizaje permanente ligado a los principios éticos.

El Paradigma

Qué modelo a seguir en un país donde la inversión de los valores premia a veces la iniquidad, la irresponsabilidad y la falta de decoro. Su vida ejemplar coronada por 80 años de existencia es un crisol que desprende luz hacia todo aquel que quiera, en una síntesis de ética y estética, dedicar su existencia a la cultura y al bien, como lo ha hecho nuestro insigne homenajeado.

Su admiración por José Martí y Pedro Henríquez Ureña, plasmada en algunas de sus mejores páginas, lo colocan en esa tradición de pensamiento.

El académico

La presencia de don Mariano Lebrón Saviñón como Presidente de la Real Academia Española, permitió, aunque con grandes sacrificios personales, mantener abierta esa importante institución. La lengua en que escribimos y hablamos todos los dominicanos ha tenido un protector, un divulgador, convencido con Pedro Henríquez Ureña, de que "cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal".

Los Reconocimientos

Don Mariano Lebrón Saviñón ha merecido premios y reconocimientos nacionales e internacionales entre los que se destacan el Premio Nacional de Literatura en homenaje a la trayectoria de toda una vida literaria, siendo el más alto galardón que otorga el país, y el premio internacional José Vasconcelos, prestigiosa distinción recibida en México en 1993.

Padre querido, todos nosotros, sosteniendo la llama de la admiración más alta, apoyados en la luminosa esfera de tu inspiración lírica, conmovidos por los efluvios de tu verbo lleno de plenitudes, capaz de fundar otro universo, viviente humanidad de todo lo bello y excelso, nos inclinamos en la prórroga infinita del tiempo para dejar constancia del instante florecido de tu presencia y dar gracias a Dios por la gravitación imperiosa de tu condición humana.

Pero el más cálido reconocimiento tú lo recibes día a día a través de tu pueblo que te respeta y venera, y representado en una intelectualidad que hoy se da cita para testimoniar, una vez más y para siempre, su gratitud por tus aportes

tus aportes imperecederos a nuestra cultura y a la mejor poesía cuando nos dice:

*Y cayó un ruiseñor y otra campana,
Y otra rosa mejor y otra mañana,
Y otro ademán de amor y otro sentido
Y otro elevado acento del olvido.*

*Tierno sólo en mi fe, toma su escudo.
Libre sólo al amor, toma sus alas:
Nadie podrá lo que mi amor no pudo.*

Larga vida por siempre Mariano Lebrón Savinón.

A continuación transcribimos el trabajo leído por el laureado poeta petromacorisano Víctor Villegas, otra de las descolantes figuras que tributaron el merecido reconocimiento a don Mariano Lebrón:

Don Mariano Lebrón Saviñón, un hombre de antorchas múltiples*

* Prólogo a Mariano Lebrón Saviñón, *Santo Domingo en la vida de Martí y otros ensayos*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 2002. Págs. 9-19 (Colección Biblioteca Nacional de la República Dominicana, Serie Ensayos y Monografías, N° 1.)

Un símil establecido con un verso del famoso *Cementerio Marino*, de Paul Valéry, me permite externar este sentimiento: admiro al hombre con antorchas múltiples. Sí, al de espejos infinitos desde donde se difunden, en las más altruistas de las transparencias, las vivencias del ser, esas conductas que sólo transmiten sentimientos de pura esencia y sabiduría desinteresada, aunque de poderosa fuerza, dirigida a la conciencia de los pueblos para el logro de su transformación y decoro, inestimables condiciones estas para hacerse sentir y respetar en el seno de las sociedades, tanto las de pretéritas épocas, como las que en estado perpetuo abren las puertas del porvenir.

Ningún país en la historia de la humanidad que haya conquistado un lugar de respeto y de reconocimiento a su soberanía sobre la base de imponer, aún contra los deseos de grandes poderes, con rasgos identificatorios de sus esencias culturales, su insobornable decisión de ser siempre libre, ha carecido, independientemente de sus hombres de acción en los espacios en que sus actuaciones han sido necesarias, de sobresalientes intelectuales que de manera individual o forman-

do parte de generaciones, han pautaado el camino a seguir luego de haber creado conciencia en el seno del pueblo con sus sabias y eficaces enseñanzas.

Los ejemplos sobre ese particular son incontables, desde las antiguas civilizaciones hasta el día de hoy. Recordemos de la Grecia luminosa los nombres de Esquilo, Sófocles, Sócrates, Platón, Aristóteles y Demóstenes, fundamentos de todo el pensamiento occidental, primero, en la Roma culturalmente conquistada por el helenismo, de Cicerón y Virgilio, y luego, en los comienzos y en la cristalización del Renacimiento, momento estelar de la humanidad cuando las inteligencias de Dante, Petrarca y Boccaccio, da Vinci, Donatello, Ariosto, Rabelais, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, conmueven el espíritu y el pensamiento de aquellas etapas, posibilitando así una mayor cosmovisión del hombre, lo que permitió el ensanchamiento del mundo, con el Descubrimiento de América.

En ese orden, en la historia reciente de los países de lengua española, el prototipo del intelectual que se señala, el hombre abarcador de numerosos géneros filosóficos, literarios, científicos, etc., ha ejercido una gran influencia en la educación de sus ciudadanos, lo que les ha permitido, mediante los órganos estatales y las instituciones cívicas, colocarse si no en la vanguardia, al menos, en los trayectos más expeditos para el logro de una vida más promisoría y menos desafortunada.

Mariano Picón Salas, figura cimera en Venezuela en ese aspecto cultural, como también lo hicieron Andrés Bello, Guillermo Meneses, Rómulo Gallegos, Miguel Otero Silva, expresa, en el sentido indicado, en la obra *Viejos y nuevos mundos*, págs. 138 y 139, de Ed. Biblioteca Ayacucho, lo siguiente: "Sin la maestría de un Díaz Rodríguez, ni la fineza meditativa, risueña y tolerante de Pedro Emilio Colí, Rufino Blanco Fombona fue la figura más varia y completa del modernismo venezolano fue, por excelencia, el escritor cuyo incansable combate con la palabra escrita se prolongó en peripécia tan vasta como la de su vida, poblada de riesgos, desafío y azar polémico". Luego agrega: "De los tres grandes nom-

bres de la generación del 95, la que en las propias páginas de la revista *El Cojo Ilustrado*, libró ruda cruzada contra sus predecesores académicos, Blanco Fombona era orgánicamente el hombre de pasión, como Díaz Rodríguez el esteta y Pedro Emilio el recatado y benévolo contemplador de los libros y las ideas. Con su fuerza viril, cargado de lo que tenía que decir, él se defendió también del “camafeo” y la “miniatura”, a que a veces se redujo —es el caso de Zumeta— la voluntad estilística de muchos de sus coetáneos. Ninguno como él sintió la Literatura como oficio ferozmente amalgamado e inseparable de la propia función de vivir”. “Su trabajo de escritor nunca se interrumpe por el ocio diplomático, la sinecua oficial, los deleites y tentaciones de la vida fácil. Como extraño plenipotenciario de un linaje apasionado hasta la monstruosidad, venezolano hasta el delirio, juzgador de muertos y de vivos, haciendo de la historia y la tradición del país una especie de legado personal —como don Quijote con la caballería—, jamás cesó en su tarea crítica y reconstructiva, que se remonta tan lejos como su conquistador espacial del Siglo XVI y tan cerca como los corrosivos panfletos contra Juan Vicente Gómez.

Idénticas ilustraciones en el cielo total de América hispánica, en muchas ocasiones motorizadoras de conmociones sociales en busca de plenitudes de identidad y de disfrute absoluto de libertades, las personifican próceres de la talla de José Martí, mártir de Dos Ríos, maestro ayer y hoy, ejemplo de consagración a las más nobles causas de los pueblos, innovador literario; José Antonio Portuondo, autor de la obra *El heroísmo intelectual*, y el también cubano Fernando Ortiz, de reconocidos méritos internacionales; Domingo Faustino Sarmiento, quien tanto usaba el traje del destierro como el del soldado de la espada o de las letras; José Ingenieros, filósofo positivista de evidente pensamiento contrario al del alemán Arturo Schopenhauer; el gran colombiano Baldomero Sanín Canó, ensayista, crítico, humanista de vanguardia en la ingente tarea de cambiar el rostro de nuestros pueblos mediante la implantación de una cultura de dinamismo permanente, y su coterráneo de hoy, Gabriel García Márquez, símbolo

y exponente de un presente y un futuro de grandes conquistas espirituales.

¡Cómo no evaluar con idénticas dimensiones a esa generación de positivistas que encabezó Eugenio María de Hostos!, cuya escuela difundió en Chile y otros países; y que en el nuestro instaló uno de los más eficaces y adelantados métodos de enseñanza, destacándose entre sus miembros los hermanos Henríquez y Carvajal, Salomé Ureña, los hermanos Henríquez Ureña, de los cuales Pedro llegó a convertirse en maestro de América con la colaboración de los insignes Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Vicente Lombardo Toldano y José Vasconcelos, entre otros, forjadores de las grandes reformas en la educación especial en México.

España, la España de siempre, altiva e intransigente en su amplia y poderosa vestimenta, discreta y tímida en la hora de su reducida cintura, contradictoria no por escasez de miras sino por excesivo optimismo, muchas veces ilusorio, sube el telón de un escenario en cuyo fondo se ven arder los últimos vestigios de su presencia colonial en América, y en su espacio frontal los grandes actores del 98, los intelectuales que reaccionaron ante ese hecho histórico, al contemplar un país en ruinas, apegado a un sueño demasiado quijotesco en contraste con el adelanto de los demás países de Europa.

Son ellos, los intelectuales, los integrantes de su reconocida Generación del 98, designación negada por muchos de sus miembros y por distinguidos críticos españoles, en base al válido argumento de carecer de coetaneidad, pensamiento e ideología comunes, y semejanza en la expresión o el estilo, no obstante haber sido conmovidos por dicho fenómeno histórico de manera unánime, y de haber reaccionado contra la literatura realista y naturalista que había dominado hasta ese momento, mediante formas nuevas aunque individuales. Ese instante trágico español fue acompañado, en sentido general, por el pesimismo, la contradicción, el sentimiento de incapacidad y paralización, y es esa sensación de vacío lo que provoca la reacción de Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Pío Baroja, Ángel Ganivet, Antonio Machado, Jacinto Benavente,

Menéndez Pidal, Ramiro de Maeztu, Maragall, y otros, verdadera pléyade de sabios desparramada por toda España, hasta hoy no superada en su dimensión, pues la valiosa y trascendente Generación del 27 fue más reconocida por un nuevo lenguaje poético que por otras condiciones literarias o filosóficas.

Universalistas en su pensamiento, receptivos a las influencias, desde la del Siglo de Oro, el barroco, Rubén Darío y su modernismo, hasta Nietzsche, Balzac y Dostoievski, todos los miembros de la Generación del 98, salvo raras excepciones, crearon conciencia en su pueblo sobre todo para sentir el don de la libertad como uno de los más preciados derechos del hombre.

Nuestro Mariano Lebrón Saviñón, con sus antorchas múltiples, con mucho de las enseñanzas de los insignes antecesores de todas partes del mundo, pero también con mucho de sus propias lucubraciones y emociones, ocupa sin lugar a dudas un sitio tan elevado como el que más en el mundo del pensamiento y del arte literario, entendidos estos como centros de dinamismo y evolución de la cultura, aspiración máxima de los pueblos, fundamento de su ubicación en la escala de valores a partir de los cuales el futuro se hace realidad y no promesas.

Dotado de cualidades excepcionales, inteligencia brillante, incansable lector, formado en el seno de una familia ejemplar, padre español y poeta, su camino hacia la España total, madre bondadosa y hermanos consagrados a la superación, su proyección desde muy joven, fue servirle a su país por medio del cultivo de la mente, y he aquí que si bien el ambiente nacional le ofrece las oportunidades para tan digna aspiración, éstas no son lo suficientemente amplias para permitirse una comprensión filosófica y pragmática del hombre, así como de su elevada función de colocar el espíritu por encima de todas las cosas y de todas las circunstancias.

Hereda y asimila en nuestra Patria. Vive, desde muy joven, su pasado histórico, penetra, muy hondo, en las enseñanzas de nuestros grandes hombres: Eugenio María de Hostos, los egresados de su escuela positivista, Salomé Ureña, los

hermanos Henríquez y Carvajal; Max, Camila y Pedro Henríquez Ureña, Gastón Deligne, Andrés Avelino, Flérída de Nolasco, Domingo Moreno Jimenes, Pedro Troncoso Sánchez, Virgilio Díaz Ordóñez, Juan Bosch, Heriberto Pieter, Pedro Mir, Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Pedro René Contín Aybar, quienes fueron los antecedentes inmediatos de la semi-generación activa de la cual fue él un connotado miembro, conocida con el sugestivo nombre de *La Poesía Sorprendida*, y que también integraban el erudito chileno Alberto Baeza Flores, los dominicanos Freddy Ca-tón Arce, Franklin Mieses Burgos, el también erudito, humanista y poeta Antonio Fernández Spencer; y más adelante Manuel Rueda, artista, poeta, humanista, Aída Cartagena Portalatín, J. M. Glass Mejía, Manuel Valerio, Manuel Llanes y Rafael Américo Henríquez; movimiento que impulsó e innovó la poesía dominicana, no sólo con textos poéticos de vanguardia sino también mediante enjundiosos ensayos y críticas de obras de autores nacionales y extranjeros.

Es posible que la actividad literaria de Mariano Lebrón Saviñón, primero con Domingo Moreno Jimenes y Alberto Baeza Flores por medio de *Los Triálogos*, contentivos de los conceptos estéticos de cada uno de ellos, y después en *La Poesía Sorprendida*, haya sido su inicial gran experiencia como poeta y ensayista, pero al mismo tiempo significando su comprensión de ensanchar más sus conocimientos en otras áreas, como la filosofía, la estética, la historia general de la literatura, la Historia Universal, el detenido y razonado estudio de los clásicos y el Renacimiento, el de la medicina, en el cual ha descollado asimismo no sólo en su ejercicio como médico, sino como profesor universitario, ensayista y conferencista nacional e internacional, lo que le ha valido merecidos reconocimientos.

Resultado de tan excelentes dotes intelectuales y experiencias, son sus obras de temas diversos, como *Los Triálogos* (1943); *Sonámbulo sin sueño* (1944), poesía; las obras de teatro *Mirtha primavera* y *Cuando el otoño riega las hojas*, publicadas en los *Cuadernos dominicanos de cultura* en 1944; *Luces del trópico* (1949), conferencias; *Algunos aspectos de la cultura judía*,

1980, separata de estudios histórico-bíblicos del pueblo judío, publicados en la revista *Aula*, de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; *Historia de la cultura dominicana*, 5 volúmenes (1981-1982); *Tiempo en la tierra*, poesía (1982); y *Vuelta al ayer* (1997), poemas.

Una de las facetas de Mariano Lebrón Saviñón que más ha sido objeto de estudio por los críticos y ensayistas, es, sin dudas, su poesía publicada, si bien no tan extensa como la de otros renombrados poetas dominicanos, es de una calidad muy elevada, tanto en su aspecto esencial, el lirismo, como en la diversidad de formas en que nos la ofrece, aspecto este que lo destaca más entre las obras similares de sus compañeros de *La Poesía Sorprendida*, como las de otros de parcelas distintas, en virtud del sostenido uso de métricas clásicas, tales el endecasílabo, el soneto, el decasílabo, el alejandrino, el octosílabo, y mezclas de estos como el endecasílabo con hemistiquio de alejandrino, octosílabos, dodecasílabos, por ejemplo su poema *Motivos del mar*, por encima del verso libre, que fue más usual en la poesía dominicana a partir del postumismo que encabezó Domingo Moreno Jimenes. Poetas pertenecientes a *La Poesía Sorprendida* como Franklin Mieses Burgos y Manuel Rueda fueron cultivadores de la métrica señalada, pero en sus obras no encontramos las combinaciones que en un mismo poema realizaba Lebrón Saviñón.

Las señaladas características de la poesía de Lebrón Saviñón es lo que ha sustentado el criterio de que es de estilo neoclásico, y al efecto Alberto Baeza Flores, al analizar la razón del uso del soneto por Manuel Rueda paralelamente al metro libre como lo había hecho en las ediciones de *La Poesía Sorprendida*, nos dice: "En el número IV Mariano Lebrón Saviñón ofrece el soneto "Razón de mi verdad". Es un poeta neoclásico muy modernizado, atento al aire cristalino de Alberti —el primer Alberti— y a la luz ardiente de García Lorca. En el número V, con los sonetos "Rui señor sin cristal", reitera Mariano Lebrón Saviñón esta línea, pero el resto de los poetas del grupo continúa hacia una poesía de exploración libre, que en Rafael Américo Henríquez es una exploración dentro de las formas: (*La Poesía Dominicana en el siglo*

xx, pág. 450, ed. 1986). En el mismo sentido Manuel Rueda expresa: "Impulsado por temperamento a los moldes clásicos, en especial a los del Siglo de Oro, influencia que le permitió encontrar acentos convincentes, Lebrón Saviñón pudo entusiasmarse, sin embargo, con una gama de posibilidades contradictorias, así lo vemos aparecer junto a Baeza Flores y Moreno Jimenes en los tres cuadernos de *Los Triálogos*, anticipación un tanto prematura de los cuadernos de *La Poesía Sorprendida* ya que el *Postumismo*, y con él su Patriarca, iban a ser acremente cuestionados por el nuevo movimiento" (*Prólogo a la obra Tiempo en la tierra*, poesía, de Lebrón Saviñón, pág. 5, 1982).

Si bien es cierto el señalamiento de neoclasicismo del estilo de la poesía de Lebrón Saviñón que externan Baeza Flores y Rueda, no menos cierto es que en una gran parte de su producción poética el simbolismo y las concepciones del pensamiento clásico también afloran con mucha lucidez, como en este ejemplo: /"Y en mi dicha final/ en la agonía/ de mi solo morir que bien espero/ hablaré con el Dios de mi alegría/ En grato desespero con/ que yo hablo sin mí/ siempre que muero", eco lejano de Santa Teresa de Jesús y Fray Luis de León, destacándose en el resto de su obra un tono romántico que en ocasiones deriva hacia el surrealismo, lo que permite colocarlo un tanto distante de Miguel de Unamuno y entre Antonio Machado, Federico García Lorca y André Breton, aunque también con un lenguaje muy personal.

Pero a no dudarlo, su obra más extensa la integran sus ensayos, esto es, los "decires personales", según Unamuno, o tener que decir algo; decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los hombres, en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma", según Mariano Picón Salas, en las cuales estudia Mariano Lebrón Saviñón inimaginables aspectos de la cultura, la historia, la pureza del idioma español, las ciencias y el pensamiento general expuesto en obras de autores de todo tipo. No deja él de incursionar en el área de la crítica literaria, entendida esta no como simples opiniones, relatos temáticos o comentarios periodísticos de textos, sino como penetración mental entre los silen-

cios de esos textos a fin de indagar en el pensamiento del autor aquellas vivencias que no pudieron ser expresadas.

Más de 2,000 estudios atesora este maestro de generaciones nacionales, la inmensa mayoría inédita en espera de un gesto que la haga del dominio público, y es esa la razón por la cual —lo que no resulta extraño— que tanto en el país como en el extranjero, su figura sea solicitada para dictar conferencias, formar parte de jurados de premiaciones diversas, como la que anualmente se otorga en España con el nombre de Premio Cervantes, y las que en la República Dominicana se conceden sobre poesía y ensayos, también cada año, y también para concedérsele prestigiosos galardones, como el que recibió en México en el año 1992, el gran Premio José Vasconcelos. En 1999 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, auspiciado por la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación y Cultura. Igualmente honra al país y es su digno representante en España, por su condición durante varios años de presidente de la Academia Dominicana de la Lengua.

Esta antología de ensayos que publica la Biblioteca Nacional es el testimonio más fehaciente de la profundidad de análisis sobre obras y temas de índole diversa que posee Mariano Lebrón Saviñón, motivo más que suficiente para que su labor intelectual sea conocida y consultada, sobre todo en el universo de nuestra lengua, lo que no sucede, no sólo con él, sino con los demás renombrados escritores intelectuales, primero por la insularidad que nos limita, y segundo por la falta de una adecuada política cultural del Estado que, además de darlas a conocer en nuestro medio, proyecte las obras de los dominicanos más allá de nuestras fronteras.

Palabras del rector de la Universidad APEC, Dennis R. Simó, en representación de las instituciones coauspiciadoras del homenaje a don Mariano Lebrón Saviñón.

Propietario de una extensa trayectoria literaria y humanística, don Mariano Lebrón Saviñón, el último sorprendido, ha estado alumbrando la cultura dominicana por más de 65 años (recuérdese que publicó sus primeros poemas y ensayos antes de cumplir los 15.

Ahora, “a altas horas de su edad”, recibe el reconocimiento (o uno de los reconocimientos, porque su labor ha sido valorada tanto a nivel nacional como internacional) de todos los que vemos en él un maestro, un guía, un paradigma. Es, sin duda alguna, una de las figuras más trascendentes de la literatura dominicana. Y no exagero si digo, enriqueciendo mi expresión anterior, “una figura trascendente y singular, en el sentido de que en un medio donde no es rara la mezquindad y el egoísmo, este “*aprendiz de rui señor*”, como a él le gusta llamarse emulando a Machado, es un ejemplo de humildad, de sencillez y de entrega.

En la Universidad APEC, donde a través de la Vicerrectoría Académica, en el Departamento de Extensión Cultural, estamos dando los pasos finales para dejar formalmente establecido el Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, vivimos día a día su memorable solidaridad. Es Asesor Cultural de la Rectoría; pero en realidad es fuente de consulta para todos, y responde con acierto desde la inquietud más elemental, hasta la interrogante más especializada. Y esta es una verdad que podemos extrapolar a todos los ámbitos donde se desenvuelve.

Tradicionalmente se le asocia con Bécquer, Lorca, Góngora y Quevedo. Sin embargo, su visión del mundo, el vuelo filosófico de su pensamiento, también está emparentado con Rilke, con quien comparte la noción de la divinidad y del lenguaje, y se nutre de edades pretéritas, más allá de las luces y sombras del medioevo, hasta llegar, de nuevo, al alba

de hoy, en un acertado recorrido por la evolución de la cultura universal.

A lo largo de los días, a través de sus intervenciones televisivas —porque el “*Tío Mariano*” es un gran conversador, un gran expositor—, se afianza su transformación en fuente de sabiduría, hontanál en el que abrevan personas de todas las edades y de todos los niveles. Ciertamente, “*el Tío Mariano*” sabe explicar con lúcida gracia y sencillez los aspectos más complejos del pensamiento. Esta cualidad *del maestro*, creo, no reside sólo en su sólida formación, tanto en las letras como en la medicina (no olvidemos que es médico pediatra), sino, también, en la pasión con la que aborda todo lo que hace, una pasión vital.

Ahora que el otoño riega sus hojas, don Mariano sigue produciendo y sigue publicando. Sabemos que tiene múltiples textos inéditos, poemas, ensayos, cuentos y una novela. Es importante resaltar esto: el don Mariano cuentista, prácticamente desconocido, y el don Mariano novelista, totalmente inédito, aunque ha tenido difusión como poeta y ensayista. Ojalá esos textos pronto vean la luz, porque la carga emotiva, el nivel de asombro y la multiplicidad de sentidos que tiene su voz, merecen una convocatoria con la posteridad.

Don Mariano, a través de este homenaje con motivo de su octogésimo aniversario, reciba nuestro afecto y admiración, reciba el testimonio de nuestro respeto y reciba nuestro anhelo de que su Tiempo en la Tierra, como su libro, atraviese las edades. Parafraseando a Huidobro, reciba también nuestro agradecimiento por la felicidad que nos depara el saber que los lugares seguirán siendo cálidos con su presencia.

Y en nombre de las instituciones coauspiciadoras (Secretaría de Estado de Cultura, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, Secretaría de Estado de Salud Pública, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Universidad APEC, Universidad Interamericana, Academia Dominicana de la Lengua, Academia de Ciencias, Instituto Duarte, Ateneo Dominicano y Esta noche Mariasela), gracias por su trayectoria y porque siguen siendo suyos los caminos, gracias

por su inagotable legado y gracias porque, a juzgar por los bríos que tiene todavía, sabemos que seguiremos juntos por mucho tiempo, que tendremos Don Mariano para largo... Sea con usted toda la luz del mundo.

Muchas gracias.

La joven plenitud de don Mariano Lebrón Saviñón

Adrián Javier

Contrario a lo que comúnmente se puede creer, no es tarea fácil abordar la figura emblemática de un intelectual de fuste, que, además de ensayista profundo, historiador de nuestra cultura, orador singular y significativo poeta, suma a su estro de humanista verdadero, las dotes propias del dramaturgo innato, la nimbada personalidad del médico infantil; solidario y sensible, conjugado con el rigor docente, al que se le impone una vigilia celosa y permanente, en pro de la conserva y desarrollo de la lengua de Cervantes.

Si a todo esto se le agrega el hecho de que se trata de una trayectoria inmarcesible, estructurada sólo para el bien de los demás, y sin quererlo, proyectada para orgullo y honra de su generación y coterráneos, puede el menos avisado imaginar a qué reto intelectual se enfrenta aquel, que sólo pretenda esbozar en uno sólo de sus ángulos, el perfil polivalente de este filántropo, y la hidalguía serena y sin igual, del primer sorprendido de nuestras letras, que a la vez que es, el más avezado y último humanista del Caribe, es el único que prevalece, gallardo, con su asombro a cuestas, dignificando el oficio de escritor, y constituyéndose, a la saga de los nuevos paradigmas, en el poeta y académico dominicano de la más joven plenitud. Una de las personalidades más vitales, ya con rango adquirido de símbolo, cuando en cualesquiera de los recodos del mundo se hace referencia al orbe crítico, creativo e intelectual de nuestra novísima Hispanoamérica ilustrada.

Ante una personalidad tan grata y cara a nuestros anhelos de crecimiento espiritual y literario, ante una obra tan abarcadora, pluridisciplinaria, y sencillamente tan verdadera, ante un ser tan transparente y tan humilde frente a su ya reconocida, envidiable y redentora universalidad, las palabras se nos presentan insuficientes. Y no podemos más que encogernos de hombros frente a la página en blanco, la que sólo nos permite escoger uno de sus tantos masones impolutos para aplaudirlo. Aplaudir, sí, a la nobleza encarnada en don Mariano Lebrón Saviñón, modelo de hombre de bien, y molde del escritor que todos quisiéramos llegar a ser.

Si nos detenemos con atención en la obra y trayectoria de este celebrado humanista y lingüista meticuloso, podríamos comprobar que detrás de indesmayable trajinar creativo, intelectual y docente, perviven los resortes de una épica. Es a este “blasón impoluto” al que me refiero.

Sobreviviente moral de una época plagada de alabarderos pusilánimes y gratuitos, así como de cortesanos impúdicos y artistas renegados, don Mariano Lebrón Saviñón se convirtió en un testigo de excepción y en el más ético de los escritores de su grupo. Y aún no sean estos presupuestos, si se quiere, valores ponderables a la hora de aquilatar de manera crítica, la estatura estética de una u otra obra en su conjunto, sí lo son cuando obra y artista se desarrollan en un período histórico donde lo común era la canallada de la miseria humana, en su más triste, aborrecible y pérfido esplendor.

He ahí la épica a la que aludimos. La épica interior no develada en que ha devenido la vida de este insigne bardo de mi país. Salir ileso y reluciente (como esa agua de la fuente a la que él siempre ha cantado), del combate a muerte moral, entre proclives y traidores, entre delatores y desalmados, no es tarea fácil. Pero además, lograr denunciar estas miserias sin que el escritor ceda un ápice a la batahola del panfleto, es una épica. Y esto, mis amigos, don Mariano lo logró. Ustedes ya han oído algunos ejemplos, escuchen estos otros:

En un país con un gobierno de fuerza, con pocas revistas y un par de mal contados “medios de comunicación” escritos, don Mariano logra con apenas 21 años, publicar en el primer

número de la revista *La Poesía Sorprendida*. Corría octubre de 1943, y ya se perfilaba como uno de los ideólogos de la agrupación literaria homónima, *La Poesía Sorprendida*, uno de los clanes literarios más trascendentes de nuestra historia literaria.

Dos años más tarde, en enero de 1945 —con la tiranía apenas quinceañera— en el número 17 de los importantes “Cuadernos Dominicanos de Cultura”, trajo consigo el poema “Alguien llora en el mundo”, donde no sólo el poema canta a la amada dormida, sino que “denuncia” que esta lo hace “entre dos desoladas madre selvas”, mientras él está “doliente”, gimiendo por su olvido, y todavía escucha “el ventarrón de miedo” de su ensueño, para más tarde llamarla con “cuatro heridas nubes de puñales”.

Dice el poeta, para rematar, que sólo en los ojos de la amada encuentra la libertad y pureza que lo motoriza: “fue en el fondo de tus ojos donde me vi libre de amarras y en el paño de tu dolor de ausencia”. Se trata, ya hemos visto, de un poema denunciador transfigurado en un conmovedor canto amoroso.

Es cierto que para guardar las apariencias, el poeta dice: “Era un agua clara corriendo y despertando./Era el cielo caldo como balcón sin luz./Era el tibio claror de música./Era tu voz defendiendo la noche/oponiendo su sonoro cristal/a la aurora de todos los confines”. Pero esa voz, a la que los intelectuales del trujillato presentaron creyéndola inofensiva como, ciertamente, “una de las voces líricas más puras de la joven poesía dominicana, con un canto modernísimo entroncado, sin embargo, en la noble tradición clásica española”, también se atreve a decir: “herido estoy, sangrando por mi vida/hasta mi eterno sueño verdadero/mordido y abandonado por tu ausencia/viviendo en tus jardines los dolores”.

Pero esto no basta, un año antes, en el número 13 de los mismos “Cuadernos Dominicanos de Cultura”, en septiembre de 1944, don Mariano presenta una selección de textos que llamó “Sonetos y Canciones”, composiciones de un libro inédito titulado “Trópico virgen”, donde en uno de

sus poemas, "Invocación a mi isla", dice: "Te llamo desde el bosque ardido de distancias/esperando una estrella en mi horizonte (...) te busco desde lejos/Te entregas como un árbol, como una isla abierta en medio de un gran pantano/Como una fuente pura en aridez de rosas".

¿Ustedes oyeron eso?: ¡Una isla abierta en medio de un gran pantano! Y ese: ¡una fuente pura en aridez de rosas! Estamos frente a un poeta social. ¡Todos creíamos hasta hace un rato que don Mariano era sólo un gran poeta amoroso, ese que le grita a la amada, en su poema "Ausencia": "Tú pueblas la profundidad del silencio en una sola voz/ y hasta tu hondura interminable/ va mi voz a buscarte", es también el que le dice que a pesar de haberse "vuelto polvo de estrella", no es más que el "habitante del mundo en que te anegas".

Esto es, el gran poeta sorprendido en el amor, deviene también en gran poeta sorprendido en el dolor. Dolor social, sí, no sólo porque el verdadero amor es imposible en tal encrucijada, sino también porque éste carece de campo abierto para la hermosa exposición de sus fulgores.

¡Todo un poeta social transfigurado!

Sería interesante anotar sus corrientes alternas con el movimiento generacional del 48, subrayar estas trepidantes conformaciones estilísticas en sus obras de teatro, detectar estas preocupaciones ontológicas en sus enjundiosos ensayos, e indagar sus parangones formales en la dignidad con la que ha ejercido su magisterio.

Un artista polivalente y una obra plural, inquiere con urgencia la valoración oportuna de una crítica que no haga sólo concesiones a la interpretación simple de sus casualidades lingüísticas. Y mucho menos que sólo repare, como en el pasado, en los tópicos laudatorios epocales, que, vistos con el prisma de "una ética de la más pura tradición española", devenga, apenas, en "el mejor vestigio de su entorno".

Artistas y escritores, con el numen y el coraje de don Mariano Lebrón Saviñón, responsable y ejecutor de una obra trascendente, no sólo por su calidad sino también por su integridad, merecen ser analizados con lupa, situados en la envergadura de su justa dimensión, y ser expuestos a las

nuevas generaciones de hacedores literarios, como el mejor ejemplo, el mejor y el más vivo paradigma, del rigor y la pasión necesarios, para crear un mundo propio, pletórico de significancias, hallazgos y aportes invaluable.

Sepa usted, don Mariano, que esta sala se pone de pie, para aplaudir su nacimiento.

La presente edición de
Vida y obra de don Mariano Lebrón Saviñón
se terminó de imprimir en los talleres
de la Editora Centenario, el mes
de marzo, 2003, constando de un mil
ejemplares, más sobrantes de
reposición.

Produce, desde hace veinte años, el programa radial *"Panorama Farandulero y Algo Más"*, y desde otros tantos, publica su columna *"Generalidades"* en el vespertino El Nacional, los martes y jueves, tema que llevó a la pantalla chica a través de un programa reconocido con el mismo nombre. Además, ha sido colaborador del periódico Hoy durante varios años. Su fecunda pluma le ha permitido entregar a la sociedad dominicana diez tomos de *"Grandes Dominicanos"*. Asimismo, es autor de las obras *"Caonabo Javier: Perfil de un Político"*; *"Confesiones de una Ninfómana"*, *"La Vida de Jochy Santos con el mismo golpe"*, *"Premios Casandra: Historia de ACROARTE"* y *"Héctor Jiménez: un profesional en los Rascacielos del Triunfo"*. Está en proceso de elaboración su segunda novela, *"La Más Celosa de las Mujeres"*. Además, es autor de varios temas musicales, entre los que mencionamos *"Homenaje a Antonio Guzmán Fernández"*, *"Santo Domingo"* y *"El merengue"*.

Aquí medito y pienso

*Aquí medito y pienso:
cuando el amor duele, se ama
con la misma ternura que en el huerto
la espina del rosal perfuma y hierde;
como en la sombra
la saeta de luz de una mirada
y como el beso
que le niega a la luz su llamarada.
Cuando el amor duele...
se ama.*

*"Bajo la Cruz del Sueño"
Mariano Lebrón Saviñón*



UNIVERSIDAD APEC



Producciones Catemar